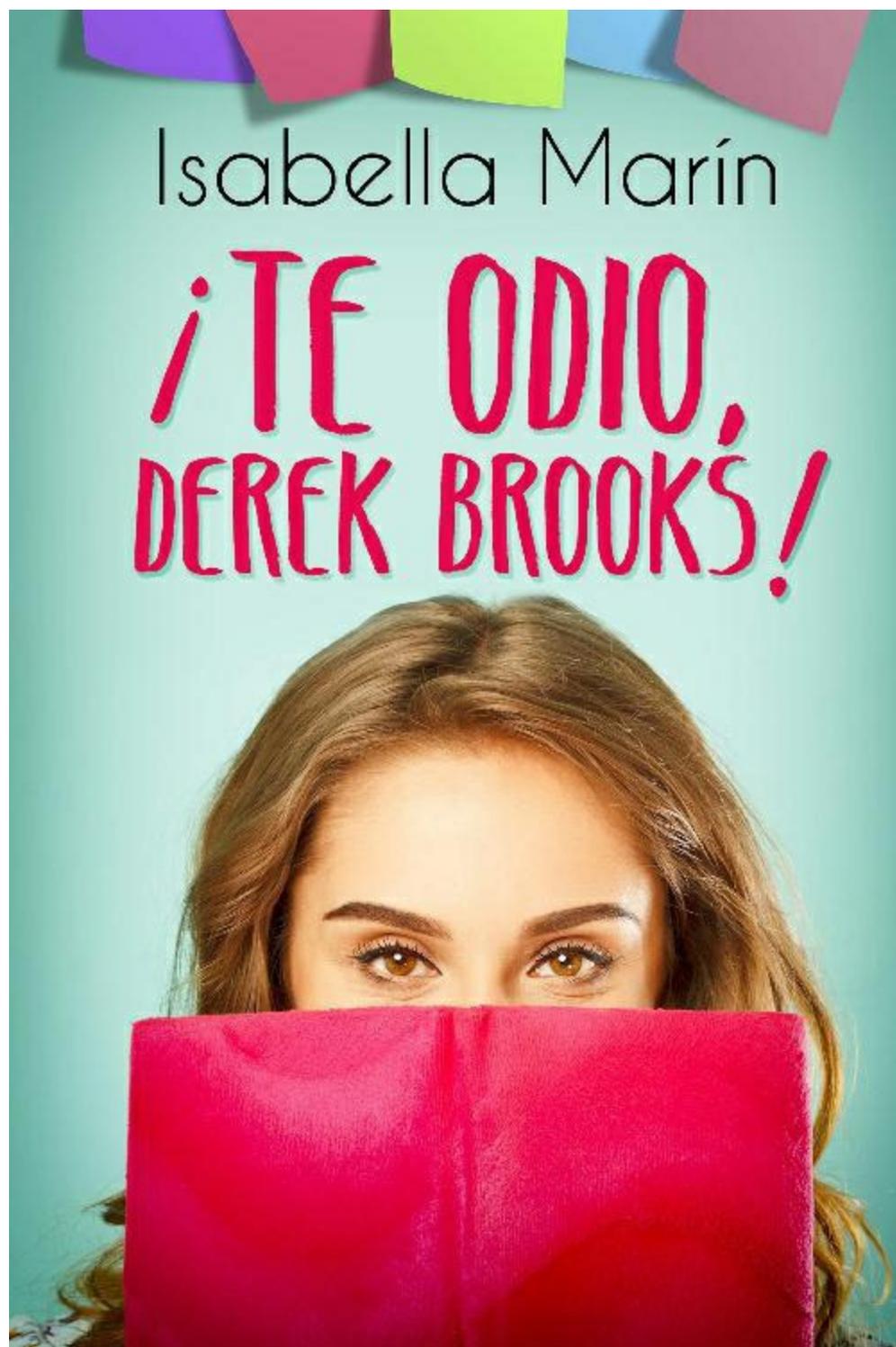


Isabella Marín

**¡TE ODDIO,
DEREK BROOKS!**





¡Te odio, Derek Brooks!

Isabella Marín

© Isabella Marín, octubre 2018

Diseño de la portada: Alexia Jorques

Foto: Fotolia

Primera edición: octubre 2018

Corregido por Correctivia

“No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Índice

[Capítulo 1: El reloj siempre es puntual. Lizzy O’Conner... no lo es.](#)

[Capítulo 2: A Lizzy le encantan las habichuelas mágicas](#)

[Capítulo 3: ¡El jefe de Lizzy debe morir!](#)

[Capítulo 4: El Diablo es simpático](#)

[Capítulo 5: Fue homicidio. O asesinato...](#)

[Capítulo 6: El conde *Derekula*](#)

[Capítulo 7: No quiero quererte](#)

[Capítulo 8: Tic, tac, tic, tac](#)

[Capítulo 9: Una escritora en apuros](#)

[Capítulo 10: Las escritoras visten de Gucci](#)

[Capítulo 11: Cuando Derek conoció a Jensen](#)

[Capítulo 12: La dama de corazones. Rotos.](#)

[Capítulo 13: Aumenta el calor...](#)

[Capítulo 14: La chica que soñaba con una motosierra y la cabeza de su jefe encima de una bandeja de](#)

[plata](#)

[Capítulo 15: El amo absoluto](#)

[Capítulo 16: Pactando con el Diablo](#)

[Capítulo 17: Cena para los chacales](#)

[Capítulo 18: El camino hacia el Infierno](#)

[Capítulo 19: El Diablo y yo](#)

[Capítulo 20: Solos en la oscuridad](#)

[Capítulo 21: El día en el que el mundo de Lizzy se detuvo](#)

[Capítulo 22: El lado oscuro de Lizzy O'Conner](#)

[Capítulo 24: La *fabulosa* vida de Lizzy](#)

[Capítulo 25: ¿Vibradores o baberos? ¿ESA es la cuestión?](#)

[Capítulo 26: *Sexy and I know it*](#)

[Capítulo 27: La Declaración de Rebeldía de Lizzy](#)

[Capítulo 28: El invierno de mi vida](#)

[Capítulo 29: Más oscuridad aún](#)

[Capítulo 30: Los aterradores padres de ella](#)

[Capítulo 31: Caída libre](#)

[Capítulo 32: Nuevos horizontes](#)

[Capítulo 33: El capítulo en el que mi jefe me mató a mí](#)

[Epílogo](#)

[Otros libros de la autora](#)

A Vero Gallego,

por enseñarme a decir

vaffanculo.

Ya todos los lectores que

recomendasteis

esta historia.

¡Gracias por vuestras

críticas constructivas y por vuestro

incondicional apoyo!

Sois increíbles.



Capítulo 1: El reloj siempre es puntual. Lizzy

O'Conner... no lo es.

Septiembre. Primera semana. Lunes, 06:50

Si consiguiera abrir los ojos en los próximos dos minutos, podría hacer montones de cosas beneficiosas: ocuparme de la colada, disfrutar de un desayuno saludable y nutritivo, hacer estiramientos para eliminar por

completo la molesta celulitis de los muslos.

Aunque, por el otro lado, también podría emplear ese tiempo haciendo cosas menos beneficiosas y mucho más divertidas. Como, por ejemplo, perder el rato husmeando en las redes sociales de mi ex. Podría hacerme una cuenta falsa y decirle que soy su admiradora secreta, y luego hacerme otra cuenta falsa y decirle a su novia (¡con la que me puso los cuernos, el muy cabrito!) que él y yo mantenemos una tórrida relación amorosa.

Hum. Las posibilidades de hacer el mal son infinitas a estas horas de la mañana.

« Así que abre los ojos, Lizzy. Ábrelos. En un mundo donde lo más valioso que tenemos es tiempo, cada segundo cuenta» .

¡Ostras! Mi cerebro delibera incluso estando dormida. Debo de ser un genio.

06:54

O puede que esté preocupada por mi primer día y por eso no consigo caer en un sueño profundo y reparador, y, en vez de aprovechar estos seis minutos que me quedan para hacer algo útil, (como dormir), me los paso planificando una actividad que nunca llevaré a cabo (hacer el mal), porque no se puede hacer el mal ¡si sigues en la cama!

06:59

La teoría de que soy un genio me complace mucho más. Y ya que soy tan lista, será mejor que siga dándole vueltas a lo de hacer el mal. Seré un genio malévolo. Todo el mundo temblará al escuchar mi nombre. *Lizzy*. A secas. ¿A que suena terrorífico?

07:00

Ugh. La alarma. Nuevo día, nueva canción. *Running up that hill*, de Placebo. Adiós al sueño reparador y a mis planes de hacer el mal. Es hora de enfrentarse al mundo real. Con valentía. Sentido común.

Y con un par de tabletas de Kit Kat, por si me fallara la valentía y el sentido común. Suele pasar más a menudo de lo que me gustaría admitir.

07:00:59

La alarma sigue sonando. ¡Me encanta esta canción!

Lo de la alarma tiene su historia, ¿sabéis? Desde hace más de un año, todas las noches, antes de irme a la cama, elijo un grupo diferente para que me despierte a la mañana siguiente. Es mi ritual secreto. He leído un estudio que aseguraba que, de esta forma, la gente se despierta un poco menos gruñona. Nadie puede rugir como una bestia cuando le despiertan con música, ¿verdad que no?

—¡Lizzy! ¡Apaga ese maldito trasto! Me tienes hasta los ovarios con tus gilipolleces.

Ugh. O puede que algunos sí.

Mi aura, luminosa y alegre hace tan solo un momento, empieza a teñirse de un deprimente gris. Lucy, mi compañera de piso, tiene el don de agriar mis mañanas. Es el Grinch de los buenos despertares.

Pero no permitiré que sus berridos acaben con mi buen humor. Soy fuerte.

Resistiré. Tengo por delante un maravilloso día, una estupenda semana, un magnífico año para hacer el mal. Soy joven, estoy sana y me niego a dejar que el odio hacia los nuevos comienzos me devore por dentro como el gusano del pecado.

—¡¡¡Lizzy!!! ¡APÁGALO TE HE DICHO!

Pues el gusano me ha devorado. ¡Porque odio los lunes!, por mucho que intente disimularlo con cancioncillas y sonrisillas. Odio empezar una nueva semana. No solo porque hay que retomar una actividad que de por sí detesto (ir al trabajo, *beah*), sino porque ponen a Lucy demasiado rezongona. ¿Qué tiene en contra de Placebo? Buscaré un estudio sobre la gente a la que no le gusta Placebo. Seguro que son todos perturbados.

—¡LI-ZZY!

¡Por el amor de Dios! Ya voy, ya voy. ¡Qué tiquismiquis!

Busco el móvil a tientas y, no sé qué botón pulso, pero consigo detener la música. Aún no puedo abrir los ojos. Los párpados me pesan como si fuesen

de plomo.

Me quedaré un minuto más, para despejarme. No hay nada mejor que ese minuto que le robas al reloj. Es el mejor minuto de toda tu vida, porque abarca toda una infinitud de momentos placenteros.

Hecha un ovillo, bostezo complacida, agarro la sábana y me tapo hasta las orejas para rehuir el indiscreto sol neoyorquino, que arroja toda su fuerza hacia la arrugada cortina amarilla que me separa del mundo exterior.

Solo un minuto.

Puede que cinco.

No más de diez, en todo caso.

Un cuarto de hora, haciendo un exceso.

Quizá veinte minutos, si me doy mucha prisa después.

08:11:00

¡Hostia puta! ¡Me he dormido!

08:11:02

A la velocidad vampírica de Damon Salvatore, pego un salto de la cama y me abalanzo sobre la puerta del baño. ¿He dicho ya lo mucho que odio los lunes?

—¡Oh, venga ya! —le grito al espejo, que me devuelve la imagen de un espantapájaros al que no reconozco. Párpados hinchados de sueño, el pelo

hecho un zarzal, una camiseta zarrapastrosa, cortesía de Coca Cola, con una mancha de chocolate entre las tetas... ¿Qué te ha pasado, criatura?

Haz el favor de adecentarme, parecen suplicar los tristes ojos azules del adefesio.

—¡Pues no haberte bebido las siete copas de vino! —la reprendo, como si fuese culpa suya que yo eligiera pasar de todo anoche y me fuera de fiesta, cuando es obvio que lo que hay que hacer los domingos por la tarde es hincharse a palomitas, golosinas, helados, etc. etc. etc., mientras miras cualquier truño de Netflix. ¡Es lo que hace la gente normal!

Exasperada y agobiada por el tictac, (como decía, lo más importante que tenemos es el tiempo, porque siempre escasea), empiezo a maquillarme con gestos frenéticos. Rímel. Eyeliner. Más rímel. Parezco un cirujano en plena faena.

—¡Arrrrggggghhhh!

Acabo de comprobar que las dos líneas que enmarcan mis ojos son absolutamente catastróficas.

No pasa nada. Las borraré y punto.

Cojo un poco de papel, escupo encima (tengo que recordar pasar por la farmacia y hacerme con un desmaquillante), froto y retrocedo un poco para admirar mi obra.

Ah, genial. Ahora soy Fétido Adams. Un gran avance.

Mi humor se ha estropeado irremediablemente. Regreso a la habitación batiendo las puertas a mis espaldas y empiezo a revolver en el armario.

—¡Lucy! ¡Necesito ropa formal! ¡Maldita sea! ¿Dónde estará mi blusa beige? Ah, no, espera. Esa era de Sarah, ¿no?

Esto es un desastre. Ni siquiera controlo la ropa que tengo. ¿Qué clase de persona no conoce su propia ropa?

—¡Lucy! —grito más alto—. ¿Tienes algo formal para prestarme?

He sacado todo un montón de ropa del armario y estoy sentada encima, desesperada, sin saber qué ponerme, cuando la puerta de mi compañera de piso se abre y una camisa blanca vuela en mi dirección. Alabado sea el Señor.

Estoy salvada. ¿Lo que escucho a lo lejos es un coro celestial?

Ah, no. Es la solterona del quinto piso, a la que le ha dado por la religión este año y no deja de dar el coñazo con cancioncillas eclesiásticas. El año pasado le dio por los vagabundos, y el anterior, por las basuras. Síndrome de Diógenes en todo su esplendor. Puestos a pensar, la música eclesiástica es maná celestial comparada con todo lo demás.

—¡Gracias! ¿Y una falda?

Lucy me responde con un portazo que sacude toda la casa. Hmmm. Será que no tiene faldas formales.

Sin tiempo que perder, me abotono la camisa, agarro la primera falda de vuelo que veo, muy colorida, nada formal, (es lo que hay), y cuelgo un par de pulseras multicolores en ambas muñecas. ¿El resultado final? Una mezcla entre oficinista, médium y gitana húngara. Perfecto para soportar este día. Delante del espejo, me calzo las manolestinas y agarro las gafas y el bolso. De camino a la puerta, revuelvo el bolso en busca de las llaves y el móvil. Suelo dejarme una de las dos cosas en casa. O ambas.

Comprobado. Llevo llaves, móvil y pintalabios rojo. Aunque eso último no sé para qué. No tengo pensado seducir a nadie de camino al trabajo.

—Lucy, me voy.

—¡Cállate de una puta vez! ¿A quién coño le importa lo que hagas?

—Yo también te quiero, pastelito.

Con las gafas aún en la mano, deajo caer la puerta a mis espaldas y cruzo el pasillo a la velocidad de una tormenta tropical. Me pongo las gafas porque no veo un pimiento, pulso el botón y me apoyo contra la pared. Apenas me puedo sujetar en pie. Estoy muy cansada. No he tenido tiempo de asimilar que hoy empieza una nueva semana.

Dios, lo que me desesperan los lunes. ¿A qué mente enfermiza se le habrá ocurrido empezar la semana en un lunes? ¡Después de un domingo y antes de un martes! ¡Qué despropósito! Todo el mundo sabe que el domingo acaban

las fiestas solo porque el martes vuelven a empezar. El lunes está muy mal ubicado. No le da tiempo a una a recuperarse. Los viernes son los nuevos domingos. Los martes son los nuevos jueves. Los jueves son los nuevos sábados. ¿Y qué pinta el lunes en todo esto? ¡Nada! ¡El lunes no existe!

Tras malgastar dos valiosos minutos filosofando sobre por qué deberíamos prohibir los lunes, constato que el ascensor no funciona. Estupendo. Siempre se estropea cuando tengo prisa. O puede que yo tenga prisa cada vez que se estropea el ascensor. Es una reflexión hartó compleja para una mañana de lunes.

No tengo tiempo para seguir deliberando. Bajo las escaleras de dos en dos y me precipito hacia el exterior, empujando la puerta con el hombro.

Ugh. Hace un frío de narices. Y eso que estamos en septiembre. Qué ciudad más peculiar.

—¡Taxi! TA-XIII... IIIIII —alargo la vocal y le sonrío a un ejecutivo guapete, que me devuelve el gesto. Eso sí, como intente soplarle el taxi, lo acuchillo—. Taxiiiiiii.

8:35

Ojalá supiera silbar. A lo mejor los taxistas me harían caso. ¿Por qué no habré traído una bufanda? ¡Con lo prácticas que son! Jodido viento.

8:39

—¡Taxi! Aquí. ¡Eh! ¡Eh! —Pese a lo mucho que agito los brazos, el taxista pasa por delante como si no me hubiese visto—. ¿Será posible? ¡Si estoy justo delante de ti! Gilipollas.

—¿Por qué no coge el metro? —me sugiere el ejecutivo guapete.

—Llegaría demasiado tarde —explico, apesadumbrada.

—Vaya. Lo siento por usted. Yo iré en metro. Adiós.

—Eh... ¿adiós? —digo, dudando.

¡Ni siquiera me ha pedido el número de teléfono! ¿Cómo demonios se liga en esta ciudad?

Miro al ejecutivo con aire interrogante, pero él ya se está alejando en dirección al metro. Niego con la cabeza. La gente es imposible en esta ciudad.

8:42

Agito los brazos delante de todos los taxis que me adelantan y reflexiono sobre cómo es que los neoyorquinos se han reproducido durante todo este tiempo. En Wisconsin, cuando un chico te habla, es que le gustas. Y si le gustas, es que quiere casarse contigo. Las relaciones son mucho más sencillas allí.

Desde que vivo en Nueva York, nadie me ha pedido matrimonio. ¡Ni una sola vez! A lo mejor mi madre tiene razón: acabaré siendo una solterona como

la prima Alyssa, que se rebeló contra la familia, se mudó a la Gran Manzana Podrida y, desde entonces, va dando tumbos de relación en relación, porque todos los hombres de los que se enamora no están *emocionalmente disponibles*. Lo que sea que eso signifique.

Horrorizada por tal idea, grito con más energías:

—¡TA-XI!

8:49

Siete minutos más tarde y varias maldiciones escupidas por lo bajo, consigo que un coche se detenga. Gracias a Dios. ¿Dónde está el coro celestial cuando te hace falta?

—¡A Manhattan! —exijo, abalanzándome sobre el asiento y cerrando la puerta con ímpetu antes de que alguien me sople el coche. Esto está lleno de lobos hambrientos. ¿Será que todos llegamos tarde los lunes?— Oficinas Ediciones Brooks . Lo más rápido que pueda. Llego tarde.

—Y seguirá llegando tarde. Hay tráfico.

—Eso ya lo veo. Pero le agradecería que...

—Está bien, está bien. Haré lo que pueda. Agárrese.

El coche arranca tan deprisa que me golpeo la nuca contra el respaldo del asiento. Si llego a saber que me toca viajar con Daniel Morales, me quedo calladita.

—Oiga, oiga, oiga —lo freno mientras mis manos tantean el asiento en busca del cinturón. ¡¿Dónde está?!—. Tampoco hay que volverse locos. Es decir, que si llego un poco tarde...

El taxista hace como que no me ha escuchado y se sube a la acera para adelantar a toda una fila de coches parados en medio de un atasco. Está claro: ¡vamos a morir todos!

Ya me imagino a San Pedro, con un díptico interminable, recitando mis pecados más sonados:

—Has mentido como una bellaca, Lizzy. Has engañado. Has echado las cartas de Tarot para averiguar las combinaciones de la Lotería (pero Dios te ha castigado por tu avaricia y nunca te ha tocado ni un centavo. El Señor es muy sabio). Has pensado en hacer el mal. Nunca lo has llevado a cabo, es cierto, pero pensar en ello también es pecado. Has mantenido relaciones carnales antes del matrimonio. Muchas veces. Demasiadas, ahora que me pongo a contar lo de Jimbo y las noches en el pajar de tus padres. En resumidas cuentas, Lizzy, eres una fulana. ¡Al Infierno contigo!

Y yo, vestida de Audrey Hepburn (no se puede ir al Cielo así, de cualquier manera), suplico el perdón divino y aseguro entre terribles sollozos que me arrepiento de todas mis malas acciones.

—¿En verdad te arrepientes de todos tus pecados, Lizzy? —truenan San

Pedro con expresión recelosa—. Piénsatelo bien, pues no puedes mentir al Creador, que todo lo sabe y todo lo comprende.

Entonces, como en el viejo Hollywood, una luz celestial cae sobre mi brillante rostro, empapado en lágrimas, y saca en relieve esa chispa de rebeldía que ni siquiera el mismísimo roce de la divinidad sería capaz de ahogar.

—De todas, menos de una. Con lengua de muerte confieso que no me arrepiento, ¡y jamás me arrepentiré!... —Como la heroína de una telenovela, alzo el mentón para enfrentarme valientemente a la ira divina y hago una pausa teatral, así concedo más dramatismo a mis siguientes palabras—... de haberle echado un mal de ojo a ese sinvergüenza de Derek Brooks. Bueno, varios, a decir verdad —confieso alocadamente y con los párpados entornados—. Y una vez practiqué vudú para principiantes. Ya sabe, lo de los muñequitos y las agujas clavadas en sitios raros. Si quiere, puedo decirle *dónde* se las he clavado. —Me acerco a San Pedro y le susurro algo escandaloso al oído. A San Pedro se le dilatan los ojos—. ¿Eso es pecado capital, oh, Santo Padre Celestial? —pregunto, retrocediendo.

Un pitido me devuelve al mundo terrenal, donde ni soy Audrey Hepburn ni el inclemente San Pedro está a punto de dictaminar mi eterna jubilación en el Infierno. Menos mal, porque menudo mal trago. ¡Y todo por culpa del

abominable Derek Brooks! No le deseo ningún mal, pero ojalá le salga un sarpullido en los huevos. Uno de esos que pican mucho.

Complacida por la idea, compruebo el reloj.

—¿Usted cree que es posible llegar a Manhattan antes de las nueve? —le pregunto al taxista.

—Ni en helicóptero. Haberse levantado antes.

La gente de esta ciudad es *tan* encantadora...

Superado el atasco del puente, empezamos a movernos con un poco más de normalidad.

Sin embargo, a medida que avanzamos hacia el corazón de la Gran Manzana, el tráfico vuelve a espesarse, como si el Todopoderoso hubiese decidido en algún momento de su ajetreada jornada que yo, Lizzy O'Conner, tenga que retrasarme en mi primer día de trabajo.

A ver si se toma un segundo para desvelarme la combinación de la lotería.

No me vendría nada mal conocerla antes del sábado. De lo contrario, la casa de empeños se quedará con los pendientes de mi abuela. Ugh. Qué mala racha llevo. Será mejor que no piense en mis problemas financieros. Me deprimiría.

Anda, un ferry lleno de turistas. Mira. Algo en lo que pensar.

—Jamás he viajado en ferry —le digo a Daniel Morales, con la intención

de entablar conversación con él. No es que me guste su persona. No me gusta, para que quede claro. Lo que pasa es que odio estar callada. Ese silencio en mi cabeza... Esos silbidos que no sé de dónde provienen... No los soporto—. No hay ferrys en Wisconsin, ¿sabe? Claro, ahora que me he mudado a Nueva York, tendré que hacerlo al menos una vez. Dicen que uno no es neoyorquino del todo hasta que no coge el ferry.

—¿Quiere que me pare en alguna parte para que pueda coger el ferry?

—me pregunta, en tono bastante arisco.

—¿Qué? No, hombre, no. Era solo un comentario.

—Ah. O sea, que no me paro.

—No. Otro día será. Lo apuntaré a mi lista de cien cosas que hacer antes de morir —me río de mi propio ingenio y lo miro, sin comprender por qué se mantiene tan serio—. Ya tengo quinientas cuarenta y ocho —prosigo en el mismo tono guasón—. Quinientas cuarenta y nueve, si sumamos lo del ferry.

Aguardo expectante. El taxista se cambia de carril. *En silencio.* ¿Será borde?

—¿Usted tiene una lista de cien cosas que hacer antes de morir?

Yo jamás me doy por vencida. Sigo y sigo y sigo, hasta que los demás se cansan tanto que termino gustándoles.

—Pues no.

Vaya. Igual no le apetece demasiado hablar. A lo mejor es por el tema que he elegido. Hay gente que odia los ferrys. También hay gente que ama el látex.

Conclusión: hay gente rara en todas partes.

Buscaré otra cosa de la que hablar. ¿Qué tal mi vida personal? Contar anécdotas de uno mismo siempre es interesante. Leí un estudio sobre cómo socializar y decían que no hay que temer hablar de uno mismo. Eso sí, siempre hay que ser sincero. No vale inventarse que eres astronauta, cuando lo más alto que has subido nunca es la cuarta planta de tu edificio, y eso por las escaleras porque eres claustrofóbico.

—Una vez salí con un pastor. Reverendo o rabino, o... algo similar. En fin, de los que sí pueden mantener relaciones carnales (¡A Dios doy gracias por eso!, ¿sabe lo que le quiero decir?). —Yo me río y él no. Es bastante incómodo. Aun así, no me dejo acobardar y prosigo tras haber carraspeado por lo bajo—. Bueno, el caso es que nuestro amor nunca llegó a cuajar. Yo era una mística rarita que echaba las cartas de Tarot cada vez que se enfrentaba a un dilema, y él no pudo hacer la vista gorda a eso. *Si Dios quisiera que supiésemos el futuro, nos lo habría hecho ver*, me reprendió una tarde de domingo. Siempre ponía voz de barítono cuando quería imponer su voluntad, no sé por qué. Huelga decir que yo estaba arrodillada en el salón,

echando las cartas de Tarot para saber si él iba a proponerme matrimonio cualquier día de esos. La verdad es que no parecía muy probable. Aun así, no me desalenté y las volví a echar. *Pero es posible que Dios no pensase en todo, ¿no?* , le dije, con un ojo a las cartas y el otro mirándole a él. ¿El ahorcado? ¿Qué quería decir el ahorcado? *A lo mejor se le escapó esa parte. Nadie es perfecto.* ¿Y sabe lo que hizo el muy honorable pastor? ¡Cortó conmigo! ¿Se lo puede creer?

—Pues sí. Ese tipo me cae bien —murmura el taxista, el cual gira a la derecha para intentar escapar del atasco.

Parpadeo varias veces.

—¿Por qué iba a caerle bien?! ¡Era un capullo!

—Esa es *su* versión de los hechos. Seguro que la de él es muy diferente.

—Los tíos siempre os defendéis los unos a los otros —acuso con una mueca de disgusto.

—Porque las mujeres estáis todas locas —repone él, distraído por el tráfico.

Suelto un ruidito indignado.

—¡Las mujeres no estamos locas! —chillo, lo cual contradice un poco mi afirmación—. El problema es que los tíos sois unos capullos. Por eso yo ya no salgo con nadie ahora. ¿Y sabe lo que le digo? Que soy feliz. Sí, como lo

oye. Hago cosas que antes nunca tenía tiempo de hacer. Montones de cosas. Montones, montones, *montones* de cosas. Soy voluntaria en cuarenta y dos organizaciones diferentes. Me hago mis propios jerséis. Hago bizcochos para dos orfanatos. Siempre me salen mal, pero sigo intentándolo porque mi madre me enseñó de pequeña que la perfección consiste en seguir mejorando.

—¿Y qué es lo que quiere?, ¿una medalla?

Nuestros ojos se cruzan en el espejo retrovisor.

—Un poco de reconocimiento no estaría mal —admito, con remilgo.

—Pues vale. Es usted una santa.

—Gracias.

Sonrío complacida y miro por la ventanilla. Me pongo bien las gafas.

Colocarme las gafas me da un aire intelectual.

—¿Ya estamos en Manhattan? —me intereso, transcurridos unos momentos.

Vuelvo la mirada hacia el espejo interior y constato que el taxista me está mirando.

—Eso de ahí es Park Avenue.

Me cambio de ventanilla para verlo mejor. Hostia puta. Menudos edificios. Cuando hice la entrevista, vine en metro. No tuve el privilegio de ver todo esto.

—Ha-la. Este distrito huele a poder, ¿no le parece?

—No sabría decirle. Solo huelo su colonia barata.

8:57:46

Abro la boca en un gesto indignado y le lanzo una mirada fustigadora. No quiero caer en la trampa de creerme sus palabrejas.

8:57:49

No, no pienso hacerlo. No pienso comprobarlo por mí misma. Supondría poner en duda la calidad de mi colonia. Y estoy segura de que ese amable vendedor ambulante dijo que era original.

8:57:51

Está bien. Soy débil. Me olisqueo a mí misma, solo para constatar que me está tomando el pelo.

—¿Pero cómo se atreve?! —estallo, un par de segundos después de su insulto—. Mi colonia huele muy bien.

Él arruga la nariz.

—Créame, encanto, eso huele de todo, menos bien. ¿Qué coño es?, ¿jazmín?

—Pues no, neoyorquino cascarrabias. Es fruta de la pasión —aseguro con gesto amanerado.

—¡Fruta de la pasión! —bufa y se eriza como un gato rabioso—. Si la

pasión oliese como usted, la raza humana se habría extinguido hace mucho tiempo.

Lo fulmino con la mirada y me sulfuro todavía más cuando descubro que ni se inmuta. La gente de esta ciudad me desespera. En casa tenía cientos de amigos. Aquí solo tengo dos. Y uno de ellos es un gato, con lo que apenas cuenta.

—¿Usted siempre es así de borde?

—¿Por qué cree que ha conseguido un taxi en hora punta? —repone, mirándome de nuevo a través del espejo.

Sonrío como una animadora.

—¿Porque el Universo está de mi parte? —propongo, esperanzada.

—Chorradas. Porque nadie me aguanta más de una manzana. No tengo madera para este trabajo. Lo odio. Cualquier día de estos lo dejo y vuelvo a los rally.

—Temía que dijera algo así —resoplo con fastidio—. Tiene toda la pinta de odiarlo. Pero se me ocurre que, a lo mejor, podría usted hacer una excepción y ser agradable con una pobre chica de Wisconsin. Para que no se lleve un mal recuerdo de los neoyorquinos y su maldi... *maravillosa* ciudad. Juraría que el taxista está refrenando la sonrisa.

—Está bien. Admito que... he estado un poco... quizá, borde con usted.

¿Qué le parece la Gran Manzana?

— *New York, New York*, como diría el bueno de Frank. ¡Qué maravilla de ciudad! ¡Cuánta clase! Qué... ¡Alto el fuego! —grito, y el taxista pega un frenazo en mitad de una avenida.

El mecanismo del cinturón de seguridad se acciona, opone resistencia y me devuelve con brusquedad a la posición inicial.

—¿Qué? ¿Hemos atropellado a alguien?

—No, no es eso.

—Entonces, ¿por qué coño chilla? —me grita, mosqueado.

—Es que... esto es como dar vueltas siempre a la misma manzana.

—¿Qué?

—¿No lo ve?

—¿Ver, el qué? ¿Está loca?

—Pues que... nada cambia. ¡Me siento estafada! ¿Dónde está el *glamour* que me prometieron nada más bajar del tren en la estación central, con mi aire pueblerino y mi maleta roída por un ratón de campo?

El taxista, pese a su cabreo, suelta una carcajada. Creo que empiezo a caerle bien. Como todo el mundo, no puede evitar caer bajo el embrujo de mis ojitos azules, mi risa de jabalí estrangulado y mi encanto *wisconsiniano*.

—¿De verdad que un ratón de campo se había comido su maleta?

—¡Ande que sí! Y se vino a Nueva York, el muy pillín.

—¿En su maleta?!

—Ya lo creo. Ojalá lo hubiese visto antes de montarme en el tren. Habría dejado el ratón en casa —murmuro para mí—. O le habría pagado el billete, qué menos. Dichosos roedores. Les encanta seguirme. ¡Soy el Martin Luther King del mundo animal!, ¿se lo puede creer?

Vuelve a reírse, y yo sonrío con calidez. Me gusta hacer amigos.

—¿Y cómo se deshizo de él?

—Muy fácil. Conseguí un gato. Mientras el pequeño seguidor se estaba dando un festín dentro de mi maleta, cogí un saco de basura, me dirigí a los cubos más cercanos (estoy en contra de las tiendas de mascotas, eso es explotación animal, prefiero la adopción callejera) y agarré la primera criatura con bigotes que vi. Resultó ser una rata.

Me interrumpo ante el torrente de carcajadas.

—¡Está de coña!

—Más quisiera. Esta ciudad tiene un problema. Se lo digo muy en serio.

—¿Cogió *una* rata?

—Como se lo estoy contando. Cuando la acerqué a mis ojos miopes, chillé, la lancé lo más lejos que pude (*lo más lejos que pude* resultó ser el peinado de una señora muy elegante, que amenazó con demandarme), me

puse las gafas para corregir la miopía y corrí para que la señora no me pillara.

A unos quinientos metros de ahí, encontré otros cubos. Lo mío con *Zarpas* fue amor a primera vista. Vi sus ojitos amarillentos de cazador de ratones, él vio mis ojitos azules de delincuente juvenil, y nos enamoramos al instante.

Como en las películas de los sesenta. Seguro que alguien tocaba *Moon River* en alguna parte por ahí.

—Madre mía. Usted es un fenómeno.

—¿A que ahora le caigo bien?

Se lo piensa un segundo.

—Pues no.

Mi mueca de satisfacción se trueca en una de disgusto. Me dejo caer hacia atrás y me cruzo de brazos. *Cascarrabias*.

—Pero admito que tiene un poco de chispa... —añade el taxista para consolarme.

—Con eso me vale —digo, recuperando mi buen humor. No suelo estar enfurruñada durante demasiado tiempo. Soy demasiado... exultante. Mi ex decía que yo era alegre hasta la demencia. Lo que sea que haya querido decir con eso. Aún no tengo claro si era algo bueno o algo malo. Aunque, conociéndole, probablemente sea lo peor que me han llamado en la vida.

—Hemos llegado. ¿Metálico o efectivo?

Miro al taxista parpadeando. Debe de estar loco, el pobre.

—¿Pero qué dice? ¡Significa lo mismo!

—Eso es porque no me funciona el cacharro del banco —informa con desdén.

—Vaya por Dios. Y luego el fenómeno soy yo. Tenga. Quédese el cambio.

—Sí. Me llegará para medio café.

¡Qué hombre tan frustrante! Me enervan los neoyorquinos. Todo Vanderbilt Avenue y la *fuckin'* Empire State. En Wisconsin solo tenemos la fiesta del maíz. ¡Y bien orgullosos de ella que estamos!

Movida por mi patriotismo de granja, bajo del taxi, cierro con un golpe seco y, aunque sé que voy muy pillada de tiempo, me tomo un momento para coger aire en los pulmones y admirar mi nuevo lugar de trabajo.

El mundo editorial.

Esa jungla en la que los inocentes corderillos (escritores novatos que no tienen ni idea de dónde intentan meterse) acaban bajo las zarpas de los feroces lobos de Manhattan (editores cascarrabias que no se molestan siquiera en abrir sus libros). Estupendo. Allá vamos.

Contoneando las caderas y sonriendo a derecha e izquierda como si conociera de algo a todas esas personas, me abro paso entre el rebaño de hombres y mujeres vestidos de forma formal. Todos van de negro o gris.

Menos yo, que llevo la camisa blanca de Lucy, mi falda multicolor y unas manoleínas rojas. Soy como Alicia en el país de los proletarios.

No sé por qué, pero hoy me siento atractiva. Segura de mí misma.

Encantadora.

Me siento *yo* al cien por cien.

— *Porca puttana!* — exclamo, en medio del rebaño, y todo el mundo se vuelve para mirarme en el peor momento de mi vida.

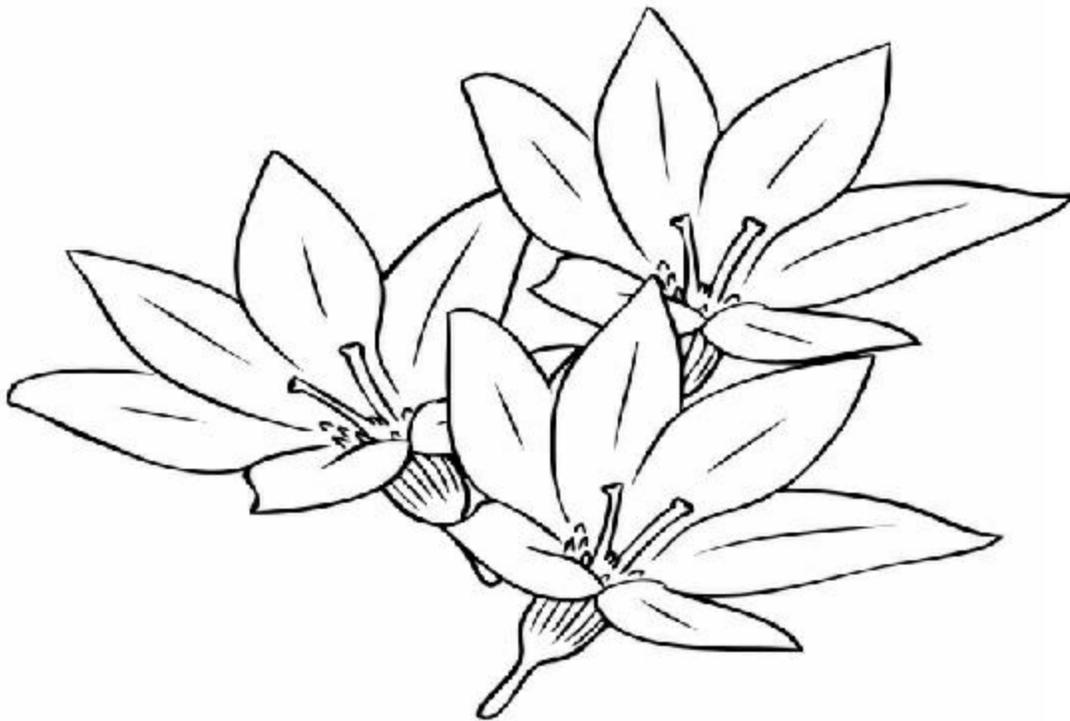
Una ráfaga de viento se ha elevado desde mis tobillos hasta mi trasero, ha hinchado mi imposible falda de vuelo y me ha dejado con todos mis *encantos wisconsinianos* al aire.

¡Jo-der!

¡El plan de esta mañana no consistía en enseñar mis malditas bragazas a todo el condenado Manhattan!

ODIO los lunes, ODIO el jodido Nueva York, ODIO la *fuckin'* Empire State y ODIO al cabronazo de Derek Brooks.

Hala. Me he desahogado. Ahora, a trabajar.



Capítulo 2: A Lizzy le encantan las habichuelas mágicas

Lunes, 09:15

Si cada momento de nuestras vidas estuviera acompañado por una canción, ahora mismo sonaría *Sexy Silk*, de Jesse J.

Porque así es cómo se siente una al cruzar las puertas mecánicas de Ediciones Brooks: como una sexy y malvada gatita de garras afiladas. Miau.

—¡Detengan ese ascensor ahora mismo! —clamo con aire melodramático en medio del elegante pasillo de mármol blanco.

Siempre he querido decir eso.

Ah, y también lo de *¡el asesino es el mayordomo!* Aún no se me ha presentado la oportunidad.

—Un momento —me frena un empleado de seguridad, que se interpone en mi camino y me corta el paso. Y con *camino* no me refiero solamente a los pocos metros que me separan del lujoso ascensor, sino también al metafórico camino hacia un ascenso. No creo que aquí asciendan a gente que llega tarde en su primer día de trabajo, ¿verdad? —Déjeme ver su acreditación.

—¿Mi qué? Oh, la etiqueta esa que me dieron la semana pasada. Sí, la tengo en alguna parte. En algún bolsillo o... ¡ajá! Aquí está. Tenga.

Aliviada por haberla encontrado tan pronto, se la ofrezco, alzo las cejas dos veces seguidas y sonrío como Dios manda para que se vea que mi dentista sí que vale. Él coge la acreditación y la estudia ceñudo.

¿Por qué tarda tanto? ¡Llego muy tarde!

—No se parece mucho a la de la foto.

—No soy nada fotogénica. He salido a mi madre. Tendría que verla.

Siempre parece un demonio de Tasmania en las fotos. Los ojos se le van así, hacia todos los lados. Un espectáculo. Difícil de describir. Y mire que yo tengo el don de la palabra.

—Ya. Aquí no lleva gafas.

—Anoche, antes de irme de fiesta, hice un salteado con guindillas y esta

mañana no me atreví a ponerme las lentillas. Seguro que se imagina por qué. Ceñudo, el hombre eleva la mirada hacia la mía cuando me escucha reírme estúpidamente, cochiueando como una manada de cerdos dementes. Me da a mí que este no es muy buen comienzo.

—Pues es una lástima que no las llevara para la foto —me dice, tan serio que la sonrisa se me congela de pronto y el corazón se me encoge dentro de pecho. ¿No va a dejarme entrar *solo* porque no me parezco a la de la foto?

—Porque le sientan bien las gafas.

Un momento. ¿Intenta ligar conmigo?

Como no soy capaz de adivinarlo, lo escruto con aire suspicaz.

Arrugo la nariz.

Lo mido con la mirada.

Vuelvo a arrugar la nariz (porque una mosca se ha colado por la puerta al mismo tiempo que yo y se me acababa de asentar en la punta de la nariz.

Jodidos bichos. ¡Creo que me persiguen desde Wisconsin!).

Ajeno al molesto insecto, el empleado de seguridad me sonrío como un Don Juan. Me fijo en las arruguitas que enmarcan las esquinas de sus ojos azules, y entonces caigo en la cuenta.

¡Dios mío, está ligando contigo! Intenta parecer normal, aconseja la voz de mi madre, que a veces suena dentro de mi cabeza.

¿Normal? ¿Cómo quieres que parezca normal?, rebato yo, indignada.

¡Callaros las dos!, tercia mi padre con aire resuelto. *Lizzy, haz lo que puedas, cariño. Estamos contigo.*

Un consejo maravilloso.

—Gracias —respondo con toda la normalidad de la que soy capaz mientras procuro acallar a mis imaginarios padres, que me están preguntando si este hombre estará casado y cuánto ganará al mes. *¿Cariño, es eso suficiente para vivir en Nueva York, que es una ciudad bastante cara?* , pregunta mamá. *No lo sé. ¡Callaos de una vez! Estoy intentando ser normal*—. Entonces, ¿todo bien? Me encantaría estar de cháchara con usted, en serio. De hecho, ni se imagina cuánto. Soy muy habladora, tanto que me invento un mundo imaginario solo para seguir hablando. Pero es un mal momento ahora. Llego un poco tarde, es mi primer día, *blablabla*. En fin. Ya sabe cómo funcionan estas cosas.

—Claro. Faltaría más. No pretendo entretenerla. Pero no corra. Las baldosas pueden ser traicioneras.

—Gracias, capitán. Tomo nota del consejo. El barco es inestable. Lo pillo. Se ríe de mi chiste y de mi saludo marinero. Excelente. Mi tercer amigo en Nueva York. Estoy en racha.

—Para eso estamos.

—Ya. Bueno, adiós.

—Espere. Deje que llame el ascensor por usted. Soy Noah. Creo que no se lo había dicho.

Me aparto para que pulse el botón en mi lugar. El pobre quiere sentirse útil. ¿Quién soy yo para negarle ese placer?

—Lizzy. Mucho gusto.

Le doy la mano y él la sostiene, busca mis ojos y se hunde en ellos. Es muy seductor. Un poco mayor para mí gusto, pero muy seductor.

—¿Por qué me mira así? —pregunto, al ver que no se dispone a soltar mi mano—. No me habrá salido el bigote...

Su carcajada llama la atención de la recepcionista, que levanta la mirada hacia nosotros con una sonrisa mal disimulada.

—Lizzy, permítame que le diga que es usted como un soplo de aire fresco. Justo lo que le hacía falta a esta empresa rancia.

Suelto una risita encantada y recupero mi mano.

—Ostras. Gracias, Noah. Nunca me habían dicho nada igual. ¿No será usted poeta? He leído un estudio que aseguraba que hoy en día todo el mundo escribe. Leo muchos estudios. En el váter, sobre todo.

Se ríe.

—Tengo algunos escritos, ahora que lo menciona, pero no es nada serio.

Un día se los enseñé al jefe, el señor Brooks, ya sabe. Quería que me diera su opinión. Es un hombre con criterio. Pero me dijo que ese papel solo valía para limpiarse... ¡figúrese usted el qué! —me susurra, consternado.

Contraigo los labios en una mueca de acritud.

—Bah. Ni caso. Ese tal Brooks no es más que un cabrito cornudo.

—Cuidado con él, señorita Lizzy. Procure no cruzárselo demasiado.

Despide a la gente solo porque se ha levantado de mal humor. Y, entre usted y yo, se levanta malhumorado casi todos los días. Creo que nunca toma yogur con bífidos.

—Descuide, hombre. A mí ni me verá el pelo.

—¡No me diga! Y yo que creí que usted era su nueva secretaria. Mencionó algo hace un rato sobre amonestar a su nueva secretaria por llegar tarde y di por hecho que se trataba de usted. Hasta ahora no he visto llegar a nadie nuevo.

—¿La secretaria de Brooks? ¿Yo? ¡En absoluto!, y alabado sea el Señor por ello —le susurro con aire cómplice—. No, señor. Yo trabajo para Mary White.

—Oh, la señorita White. ¡Qué encanto de mujer! Siempre me trae buñuelos.

¿Lo veis? Sabía yo que hoy iba a ser un gran día. Si uno quiere saber

cómo es una persona, lo único que tiene que hacer es preguntárselo a sus subordinados.

Nuestra charla es interrumpida por la llegada del ascensor.

—Bueno, ya está aquí su carroza, *milady* —me dice Noah, apurando al máximo la conversación—. Dele recuerdos a la señorita White de mi parte.

—Lo haré —aseguro con una sonrisa.

El ascensor está vacío, salvo por un hombre cuyo rostro no puedo ver, ya que lo mantiene oculto tras un periódico de finanzas. Entro y no sé cómo me las apañó para pisarle sin querer. Soy de naturaleza torpe.

—Disculpe usted —farfullo, retrocediendo azorada. Me coloco las gafas y lo miro, echando la cabeza hacia atrás. Es un hombre bastante alto.

—Hmmm —gruñe él, sin prestarme la menor atención.

—Adiós, Lizzy —me despide Noah con la mano.

—Adiós —alcanzo a decir antes de que las puertas se cierren.

Compruebo el reloj y casi me da un infarto.

—Dioses, qué despacio sube este ascensor —me quejo al del periódico.

—Hm-mm.

Otro cascarrabias más. ¡Malditos neoyorquinos, con su *fuckin'* Empire State! Será que por eso son tan creídos. *Tenemos el Empire, tenemos la Estatua de la Libertad... ¿Qué tenéis en Wisconsin, aparte de cerdos?*

¡Pues me gustaría a mí ver a un maldito neoyorquino desayunando la Estatua de la Libertad! Si no me falla la memoria, todos desayunan beicon.

¡De los cerdos de Wisconsin!

09:18:08

Impaciente por llegar, me meneo como un gato pulgoso, miro el reloj cada segundo, me coloco la ropa y las gafas decenas de veces y suspiro mis innumerables penas. El señor trajeado lee con tranquilidad sus noticias sobre la Bolsa de Nueva York. No parece dispuesto a conversar conmigo.

09:18:59

Lo miro anhelante, hambrienta de palabras intercambiadas a lo loco, pero no hay suerte. No está dispuesto a hacerme caso.

Decepcionada, vuelvo la mirada hacia las puertas. Dios, mataría por abrir la boca ahora mismo.

Lo vuelvo a mirar, con la esperanza de que él...

Pero no. Vaya.

¡Muy bien! Estaré calladita, si eso es lo que desea. ¿Quién necesita intercambiar palabras con desconocidos, de todas formas? ¡Bien podría ser un psicópata!

Tras una eternidad, cuando yo ya no soporto más el sonido del silencio que silba dentro de mi cabeza y estoy a punto de abrir la boca para decirle

cualquier estupidez, el bendito ascensor se detiene. Como el trajeado no se mueve, doy por sentado que estamos en mi planta.

—Que tenga un buen día —me despido con mi pueblerina amabilidad.

—Mmmm —me obsequia con otra exhibición de su impresionante don de palabra.

Pongo los ojos en blanco. Malditos neoyorquinos. *Fuckin' Empire State.*

Las puertas se cierran a mis espaldas y el trajeado sigue subiendo. Será algún jefe. Los jefes siempre están en las plantas superiores. No me figuro por qué. ¿No les basta con estar por encima en la jerarquía empresarial?

¿También quieren estarlo físicamente? Ugh, qué engreídos.

—¡Mierda! —me horrorizo al mirar de nuevo el reloj. Me van a despedir.

09:20:16

Desesperada por llegar a tiempo, hago caso omiso de los amables consejos de Noah y echo a correr por el brillante y gélido pasillo de mármol.

09:20:51

—¡Ay, no! —chillo, pero ya es demasiado tarde.

No veo a tiempo el aviso de suelo mojado y, cuando intento frenar, me resbalo, caigo de culo y me deslizo varios metros en la dirección en la que corría.

Por fortuna, soy de las que se quedan con el vaso medio lleno, así que, en

cuanto dejo de botar como una pelota deshinchada, me consuelo con la idea de que, al menos, ya no tendré que recorrer todos esos metros a pie.

Deslizarse es mucho más fácil.

09:21:21

Estoy pensando en que estaría incluso contenta de haberme caído, de no haber sido (naturalmente) porque me escuecen las posaderas como si hubiese pasado la jodida noche jugando en el cuarto privado del señor Grey.

Maldiciendo, me levanto y me froto las zonas doloridas.

Desearía ser puntual por una vez en la vida. Y ya que estamos pidiéndole cosas imposibles al Universo, también desearía estar dos kilos por debajo de mi peso, solo para poder entrar en esos vaqueros que me compré la semana pasada, sin tomarme la molestia de probarlos. ¿Cómo iba a saber yo que sería incapaz de abrochármelos sin invocar a las fuerzas malignas de la naturaleza?

Y que, una vez abrochados, ¿me quedaría sin aliento, como cuando sale el bueno de Gosling por la tele y se le ha olvidado ponerse una camiseta encima de esa cosa que la gente llama *tableta*? En serio. ¿Habéis visto *Crazy, Stupid Love*? ¡Por Dios Bendito!

Ah, y tener menos celulitis en los muslos tampoco estaría mal.

¿Funcionarán esos aparatitos de masaje?

Vaya tonterías estoy diciendo.

Ahora que he tenido un segundo para recapacitar, lo que más deseo en el mundo es no haber besado nunca al gilipollas de Bolton. Estábamos en sexto y a mi amiga Georgi se le había ocurrido jugar al estúpido juego de la botella. Los padres deberían prohibir esos juegos, en serio. Mi primer beso fue una experiencia tan traumática que es un milagro que haya quedado tan normal después de eso. Otros hubiesen necesitado años de terapia.

Pongo mueca de grima y me sacudo ante la imagen de un rostro rollizo y lleno de granos acercándose demasiado al mío, con esos labios húmedos y entreabiertos moviéndose como los de un pez al que acaban de sacar del acuario.

¡Basta ya!, me grito mentalmente.

De verdad que no sé a qué vienen estos pensamientos tan inquietantes a las nueve de la mañana de un lunes. Es como si presintiese que algo malo está a punto de pasar.

Nada malo está a punto de pasar, me repito, empeñada en que así sea. No pienso permitir que nada malo me suceda hoy. Todo en la vida es cuestión de energías. El *chi*. Si uno piensa negativo, atrae cosas negativas. Si uno piensa positivo... ¡Pues eso!

—Mike, ¿puedes llevar esto a la planta veinticinco? —dice alguien en alguna parte.

Me vuelvo sobresaltada, preocupada por haber hecho el ridículo en mi primer día, pero no veo a nadie. La sala que conduce al pasillo está llena de cubículos blancos. Me he caído de culo y nadie ha reparado en mí. Es lo que tiene trabajar en Manhattan. Nadie repara en nada. Casi que mejor. Suelo hacer el ridículo bastante a menudo.

—Ahora no puedo —contesta el tal Mike desde otro cubículo—. Me han convocado en la treinta y dos. Asuntos importantes.

Por Dios, ¿cuántas plantas tiene este edificio? Por culpa de la niebla no pude ver lo alto que es. Jack fliparía ahora mismo. Estaría echando cálculos, para saber en cuánto tiempo sería capaz de treparla. ¡Ese cabroncete de las habichuelas! Siempre en busca de ogros gigantes y malvados. Por lo que yo ya sé de antemano, en la última planta de esta torre también hay uno de esos ogros. A ver si viene el maldito Jack y se lo carga de una vez.

Para, Lizzy. Este no es momento para ideas homicidas. Aún tienes que pagar el alquiler. Y recuerda lo del chi.

Mi Yo interior tiene razón. Hay que frenar la ira.

Así que cojo aire en los pulmones, lo suelto y curvo los labios en una sonrisa de esas que solo ves en los anuncios de leche; esa clase de sonrisas saludables y contagiosas que te aseguran que la leche desnatada es una auténtica maravilla, cuando, en el fondo, tú sabes perfectamente que no sabe

a nada.

Basta de niñerías, Elisabeth O'Conner. Tienes sitios a los que ir y gente a la que ver. Así que compórtate.

Decidida, y armada nada más que con una inquebrantable seguridad en mí misma (y un bolso rojo que parece pesar demasiado para mí), abro como una diva las dos puertas de cristal que me separan de mi objetivo. Estoy a punto de abrirme camino entre los lobos de la editorial más prestigiosa de Manhattan: *Ediciones Brooks*.

Mi sueño es publicar con ellos algún día. *Entonces ¿por qué no enviarles directamente un manuscrito?*, diréis algunos de vosotros, irritados por mi falta de agudeza mental. *¿Para qué molestarse en ocupar un cargo de secretaria, si tu sueño es escribir libros?*

¿Pensáis que no se me ha ocurrido a mí antes que a vosotros, cerebritos?

¡Pues lo pensasteis mal!

Por supuesto que tuve la osadía de enviarles uno de mis escritos el año pasado.

Y, de manera extraordinaria, (chocante, lo sé), los ilustres señores se dignaron a contestar. Recuerdo perfectamente ese momento. No podía contener mi emoción mientras, con manos temblorosas, rasgaba el sobre que me traía las maravillosas noticias.

Os imaginaréis la decepción que me invadió cuando leí las únicas palabras impresas sobre un papel brillante de color beige (¿qué clase de editorial sería usaría papel beige, por Dios Bendito?)

En fin, supongo que esa no es la cuestión.

La cuestión es que las dos palabras eran: *una y mierda*, escritas por ese orden exacto. La carta venía firmada por un tal Derek Brooks, uno de los hermanos Brooks (lo deduje por el nombre).

Soy una persona pacífica y encantadora, pero ese día estallaron rayos y retumbaron truenos a mi alrededor. Los ángeles hicieron sonar las trompetas del apocalipsis. Mis ojos, aunque azules, se oscurecieron como los del mismísimo Lucifer, y a partir de ese momento, convertí a Derek Brooks en mi enemigo acérrimo.

No nos engañemos, estuve encantada de hacerlo. Brooks era mi primer enemigo declarado. Estaba tan entusiasmada de tener un enemigo, que le dediqué todas mis energías. Me alimenté del odio que despertaba en mí. Le maldije en todas las lenguas conocidas y aún por conocer. Es más, aprendí italiano solo para poder maldecir a Brooks en ese idioma.

Vaffanculo, stronzo! ¿A que suena bien?

No tengo ni idea de lo que significa. La verdad es que aprendí italiano viendo películas porno, porque no podía permitirme un profesor particular.

Además, los profesores particulares no te enseñan las palabrotas, lo cual no concordaba con mis propósitos. Un amigo me dijo que en el porno había muchas palabrotas y, en fin, la cosa se descontroló.

Pero volvamos a lo del enemigo público número uno, que siempre tiendo a dispersarme.

Si iba a jugar a los dardos, imaginaba su cara en la diana. Mis flechas nunca fallaban. Mis amigos me apodaron *Cupido*. Si entrenaba con mi saco de boxeo, bueno, esa es una historia divertida que no tengo tiempo de contaros. ¡Porque llego tarde!

Lo que sí puedo asegurar, ahora que estoy mirando hacia atrás con la beatífica sonrisa de alguien enganchado a fuertes tranquilizantes, es que toda esa ira reprimida ha quedado en el pasado. El psicólogo dice que soy una mujer equilibrada ahora.

Es coña .

¡Nunca he ido al psicólogo!

Pero sí a una pitonisa y a un par de brujas de pacotilla. ¿Pero eso qué importancia tiene? Lo relevante es que, con terapias alternativas (hechizos y maldiciones, ¿para qué mentir?), he conseguido canalizar mi odio hacia la famosa editorial y su condenada cúpula directiva. Sobre todo, ahora que Mary White me ha ofrecido el puesto de ayudante.

Esa mujer es una leyenda viva en el mundo de las letras. Su criterio ha sacado a montones de escritores del anonimato y los ha catapultado hacia la fama.

Aunque también ha hundido reputaciones como nadie en la historia editorial...

Es honesta, a la par que implacable. No me cabe duda de que, trabajando para ella, algún día, en un futuro no muy lejano (o eso espero), alcanzaré mi sueño de publicar un libro bajo este sello. Quién sabe, puede que tengan ofertas para los empleados: *su ticket de comida, su bono de transporte, su oportunidad para publicar libros, gracias.*

Dicen que soñar es gratis. Y yo sueño, desde luego. Según mis padres, demasiado. Según Lucy, no lo bastante. A ver si se ponen de acuerdo, porque están volviéndome loca entre todos.

—Mierda, ¡yo trabajo en la planta de arriba! —constado cuando, al llegar al final del pasillo, no encuentro el despacho de la señora White.

Aaaaarrrrrrgggggffftttttt.

Tranquilos, no me ha saltado el gato encima del teclado. Era mi forma de canalizar la ira.

No pasa nada. Ahí hay otro ascensor. Te acercas y lo llamas. ¿Has visto qué fácil?

Pulso el botón, compruebo el reloj y suspiro. Esta mañana se me está haciendo muy, pero que muy, larga.

El ascensor llega después de una eternidad (¡¡treinta y dos segundos!!) y yo monto tan cabreada que pienso en qué canción de Iron Maiden sería ideal para acompañar mi estado de ánimo. No se me ocurre ninguna lo bastante *heavy*.

Por cierto, esta soy yo.

No, no miréis a la rubia escultural cuyas piernas deben de medir como mínimo un metro veinte. ¡Parece una cigüeña, la jodía!

Yo soy la morena bajita que va al lado. Sí, esa, la del aspecto ratonil, la que desentona por completo con la opulencia de este rascacielos. Nada sorprendente, ¿eh? Una granjera en Nueva York. Un buen título para mis memorias.

—Hola —le digo a la cigüeña, con mi sonrisa *made in manicomio*.

Ella no contesta y yo no sé cómo actuar, así que me quedo mirándola con mi cara de demente, la boca estirada en una amplia sonrisa (que luego me destrozaré algún músculo de la mandíbula) y los ojos azules más grandes que nunca. La mujer está horrorizada. Seguro que piensa que voy a atacarla de un momento para el otro.

Procuro parpadear de vez en cuando. He leído (en un estudio, cómo no)

que los desequilibrados no lo hacen. A lo mejor verme parpadear le resulta tranquilizador a doña Cigüeña.

Tras un minuto de tenso silencio, el ascensor se detiene.

Carraspeo y, antes de bajar, me aseguro de estar en la planta en la que *realmente* trabajo. Estoy aquí, y ya no hay vuelta atrás. Acabo de pasarme al lado oscuro.

Agarro con más fuerza las correas de mi bolso y hago un gesto con la mano para despedirme de la señorita rubia con aspecto de modelo. Ella, agradable criatura, no se molesta en mirarme. Vuelvo a suspirar melancólicamente. Desde que me he mudado a Nueva York, me he acostumbrado a ser invisible. *Ser invisible no tiene nada de malo, Lizzy*, me digo a mí misma mientras camino con pasos vacilantes hacia la que va a ser mi mesa de trabajo.

09:26:42 Llegada aquí, me siento con elegancia (es decir, que no me deajo caer como una vaca gorda), coloco mi boli de la suerte sobre la mesa y enciendo el ordenador. Tras asegurarme de que nadie ha reparado en mi desliz, me pongo a trabajar.

Lo primero que hago, como todo empleado modélico de hoy en día, es abrir el Facebook. El de mi ex, por supuesto.

09:28:12

Vaya, a Karen 91 le gusta su foto de perfil.

09:28:13

¿Quién demonios es Karen 91?

Estoy debatiéndome entre sentimientos encontrados, el odio hacia mi ex, que me dejó por otra, y los celos hacia la sonriente *Karen 91*, cuando escucho la voz de mi jefa llamándome desde su despacho.

—Liz, ¿puedes acercarte un segundo?

Me pongo en pie con la rapidez de un soldado alemán y doy las gracias al Universo por no haber sido pillada *in flagranti* en mi primer día.

Obligándome a adoptar la pasmosa tranquilidad de aquel que no ha llegado ni un segundo tarde y que lo tiene todo bajo control, me aliso la falda, adopto una sonrisa profesional y encamino mis resueltos pasos hacia su despacho.

Como soy fina y elegante, llamo a la puerta antes de entrar. No voy a irrumpir como un becerro desquiciado, como hice en mi trabajo anterior. Lo de *becerro desquiciado* lo dijo mi jefe, no es cosa mía.

—Lizzy, no entres como un becerro desquiciado.

Eso fue lo que me aconsejó, antes de entregarme la carta de despido.

Nunca supe si me echaron por ser un becerro o por ser una desquiciada. En la carta no lo aclaraban.

Así que, ante la duda, llamo y espero instrucciones.

—Adelante.

Entorno la puerta y piso por primera vez lo que, a simple vista, parece el despacho de mis sueños: un espacio enorme, cuadrado, bañado por un océano de luz natural. La pintura color vainilla, los enormes ventanales, los muebles de madera... Lo quiero, lo necesito, me hace falta.

Estoy rodeada de calidez. Los cuadros que adornan las paredes deben de costar más dinero que toda la granja de mis padres (el viejo Ford de mi madre incluido).

En mitad de la estancia hay una enorme mesa oval con asientos para dieciséis personas. No sé muy bien para qué se usa. ¿De verdad esta mujer reúne a tantas personas?

Oh, y, por supuesto, están las vistas: todo el esplendor de Manhattan se abre ante mis ojos cuando me detengo delante del escritorio.

—Buenos días, señora White. Se la ve radiante esta mañana.

Nunca viene mal un poco de peloteo. Sobre todo, cuando has llegado casi media hora tarde.

Sin levantar la vista de la pantalla de su moderno ordenador, Mary White se coloca tras la oreja un brillante mechón pelirrojo. Bob largo. Carré. La moda del año. Esta mujer tiene estilo. A ver si se me pega algo.

—Lizzy, me temo que ha habido un pequeño cambio.

Envidio la serenidad de las mujeres elegantes. Ojalá yo fuese como ella, neoyorquina, sofisticada y...

Un momento. ¿Qué intenta decirme?

—¿Cambio? Una palabra que siempre he detestado.

—Resulta que no vas a trabajar para mí.

¡Genial! Mi primer día aquí, y ya me despiden. Cuando nadie lo creía posible, voy y supero mi propio récord.

—Vaya, eso es... Quiero decir... ¿Por qué? Si es por haber llegado tarde, tengo una explicación que... Bueno, unas obras en medio de... Y también ese desastre natural que...

¡Vale!, ¡se me da muy mal mentir!, así que cierro la boca y voy al grano.

—¿Me van a despedir?

—Curiosamente, te vamos a ascender.

¿Acaso he entrado en un Universo alternativo en el que yo he dejado de ser Elisabeth O'Connor? A mí nunca me pasan cosas buenas. Nunca. ¡Jamás! Aquí hay truco, seguro. Me lo dice mi olfato *wisconsiniano*.

—¿Ascendida? ¿Yo?

Mi reciente *ex* jefa levanta sus azules ojos del ordenador y me lanza una mirada entre divertida y compasiva.

—Ascendida —repite, y despliega el índice para señalarme el techo de su despacho—. Última planta.

Los segundos mueren en silencio. Tiene que ser alguna clase de broma macabra que mi pequeño cerebro no es capaz de pillar.

—Última planta... —murmuro pensativa, y la vuelvo a mirar para asegurarme de haberlo entendido bien—. Pero eso no puede ser cierto, puesto que en la última planta está el despacho de...

—Derek Brooks . *Exacto*. Y tú llegas tarde. A su alteza no le gustan las secretarias desobedientes.

—Espere. ¿Voy a trabajar para...?

—Tic tac, Lizzy —me acalla con impaciencia—. El tiempo no juega a tu favor. Te están esperando en la última planta, así que corre, corderillo, corre, o cerrarán el matadero antes de que consigas entrar. Y sería una auténtica pena perderte toda la diversión.

Se le ve demasiado satisfecha. Me preocupa. Esta mujer es malvada. ¿Por qué se alegra tanto? ¿Vamos a morir todos?

Murmuro un aterrado *gracias* y salgo de su despacho enfrascada en mi abstracción. Regreso a mi mesa, agarro mi boli de la suerte y lo vuelvo a guardar.

Bolso en la mano, camino hacia el ascensor como una autómatas. Soy

incapaz de recuperarme de la conmoción. ¿Derek Brooks quiere que trabaje para él? ¡¿Por qué, en el nombre de Dios?!

No dejo de preguntármelo mientras el ascensor me traslada a la última planta del edificio Brooks.

En cuanto se abren las puertas con el ya familiar silbido, peino todo el vestíbulo con la mirada, pero no veo a nadie. ¿Acaso los empleados de Shrek tienen miedo a las alturas? No hay secretarias ni recepcionistas.

De hecho, ni siquiera hay mesas o mostradores para dichos cargos. Todo lo que me rodea resulta escalofriante. El silencio atronador, el larguísimo pasillo blanco hospital, la falta de ventanas; todo esto me recuerda a una película de miedo. Es como una espiral que gira y gira y gira, psicodélica y mareante.

Igual no tenía que haber empezado la dieta cero azúcares precisamente hoy. ¡Estoy desfallecida!

Espero que al fondo de este pasillo haya un despacho lleno de empleados.

Si no, este lugar sería demasiado siniestro. ¿Seré yo la única alma que deambula por la última planta?

09:32:05

No, espera. Escucho unos tacones.

09:32:12

Ah, es la rubia del ascensor, que viene hacia mí muy cabreada.

Esta vez, se digna a lanzarme una mirada despectiva de arriba abajo. Un segundo después, el ascensor se la ha tragado y vuelvo a estar sola.

Con el corazón palpitante, me agarro a mi bolso, mi única conexión con el mundo exterior.

Esto es estúpido. ¡Estoy temblando y todo! Mi imaginación se ha vuelto loca y me muestra toda una serie de imágenes espeluznantes.

Freddy Kruuuuueger.

Jason Vooooooooorhees.

Donald Truuuump.

No me vais a negar que ese peluquín da repelús.

—¡Solo es un despacho, por el amor de Dios, Lizzy! —gruño por lo bajo, y me obligo a comportarme como una adulta.

09:32:00

¡Ya basta de tonterías! Alzo el rostro y avanzo hasta que encuentro una mesa y un ordenador. Es lo único que hay, así que deduzco que este será mi sitio. No veo a nadie a quien preguntárselo, de modo que ocupo el sillón y aguardo unos momentos. Agudizo el oído.

09:32:51

Nop, nadie dice nada. Pues ya está. He llegado. Ahora, a trabajar.

09:33:21

Lo cual es fácil de decir.

O sea, en teoría, debo trabajar. En la práctica, no sé qué se supone que debo hacer. ¿Por qué no ha venido nadie a darme instrucciones? Qué gente más rara.

09:37:00

Sigo aquí. La vida se me pasa de largo. Qué deprimente.

09:38:04

A falta de tareas con las que entretenerme, enciendo el ordenador, coloco al lado del teclado mi boli de la suerte y empiezo a husmear dentro de los cajones de mi enorme mesa nueva.

Vaya, cuantas cosas. Incluso hay un cepillo de dientes, nuevo a estrenar.

¿Por qué? ¿Brooks da por hecho que descuido mi higiene dental?

—¡Melissa! —trueno una voz masculina a mis espaldas. Su alteza, me figuro.

Por culpa del sobresalto, se me cae al suelo una agenda que estaba cotilleando. Con aire culpable, me agacho para cogerla.

—¿Es que estás sorda? Llevo media hora llamándote. Llegas tarde.

Solo puedo ver sus zapatos: negros, brillantes, muy limpios. Carísimos, naturalmente.

Mis ojos suben despacio por sus largas piernas, tapadas por un pantalón negro de marca, continúan por su torso (calculo mentalmente lo que debe de valer el traje que lleva, sin sumar los zapatos, y me horrorizo) y terminan observando esos ojos oscuros que parecen taladrarme.

¡Hostia puta!

En la diana me imaginaba a un tal Derek Brooks gordo, medio calvo y con mucha mala leche. En sus cuarenta y muchos. Amargado por culpa de sus problemas de erección y su incipiente calvicie.

Nunca imaginé que Derek midiera metro ochenta de altura, fuera delgado y fuerte a la vez, muy atractivo, moreno, masculino. Nada de problemas de erección. Estoy convencida de que este hombre es de lo más viril. Como los conejos, probablemente.

¿He dicho ya que es atractivo? Dios mío. ¡Se me han empañado las gafas de lo guapo que es! La vida es muy injusta. ¡Los malvados no pueden ser guapos! Todo el mundo sabe que los malvados son feos. Porque la maldad deforma a la persona. ¿No?

—¿Hola? —Brooks pasea la mano por delante de mis ojos para llamar mi atención—. ¿Hablas mi idioma?

Es un alivio saber que al menos he acertado en cuanto a su mala leche.

Hago el esfuerzo de recomponerme tras la conmoción, parpadeo y

sostengo su mirada.

—Disculpe, no sabía que estaba llamándome a mí —acerto a decir, en un murmullo apenas audible. Tragando saliva, me enderezo en la silla y dejo la agenda sobre la mesa.

Si este es mi jefe, quiero morirme. Cómo es posible que el hombre más atractivo de todo Manhattan ¡¿sea EL JODIDO DERECK BROOKS?!

Está claro: vamos a morir todos. Y yo, la primera. De pena. Porque jamás podré ligármelo. A fin de cuentas, ¡odio a este tipo!

Derek Brooks, cruzado de brazos, me observa con aire divertido. No sé si es consciente de los conflictos mentales que me atacan cual abejas.

—¿No sabías que te estaba llamando a ti? ¿Es que hay otra Melinda por aquí?

—¿No era Melissa? —tengo la osadía de corregirle.

Él entorna los ojos con exasperación.

—Melissa, Melinda, Miranda... ¿Qué más da? ¡Tú!

—Es que yo me llamo Lizzy —susurro, con un nudo en la garganta.

Su rostro adquiere un aire tierno. Esto no pinta nada bien.

—Oh, ¿en serio? —dice en tono burlón y, acto seguido, se expresión afable se quebranta, oscureciendo y endureciéndose por partes iguales—. ¡Es ridículo que una mujer de tu edad se haga llamar Lizzy! —trueno, y yo pego

un brinco en mi silla—. ¡Y tráeme un café! ¡Lo quiero para ayer!

Tras rugir como el Rey León, regresa a su despacho, dejándome sola y traumatizada. Menudo primer día. El ogro es un ogro, pero tiene el aspecto de un príncipe azul. ¿En qué clase de mundo retorcido estamos viviendo?

09:42

Me trago el nudo de la garganta y cojo mi bolso para ir a comprarle a su señoría un café, que, por cierto, no ha mencionado cómo lo toma.

09:43

No quieres matar a tu jefe, no quieres matar a tu jefe, me mentalizo en el ascensor. HUUUUUMMMM. HUUUUUMMMM. Paz mental. Mariposas. Primavera. Flores. Gatitos lindos. Damon Salvatore. Hachas. ¡No, hachas, no! ¡Hachas no! VADE RETRO. ¡Vuelve a lo de los gatitos! Gatitos. Gatitos lindos. HUUUUUMMMM. Damon Salvatoreeee. Gatitos con colmillos. Feroces, feroces colmillos.

09:44

¡A la mierda la paz mental!

Mi subconsciente pretende cargarse a Brooks. A lo mejor en la otra vida fui Billy el Niño o Jack el destripador, o... ¡el maldito Allan Poe!

09:44:28

El ascensor llega abajo y yo me doy prisa para salir antes de que me

aplaste un grupo de ejecutivos. Los ejecutivos siempre caminan como los zombis, ¿os habéis dado cuenta? Van en masa y no reparan en nada de lo que sucede a su alrededor. Les mueve un único fin: devorar los cerebros de sus subordinados.

09:48

Otra vez en la calle. Encuentro el Starbucks más cercano, entro y me pongo a la cola.

09:49

Mientras espero a que me atiendan, medito sobre qué clase de café podría comprarle a mi jefe.

¿Uno que lleve cianuro? , me propone mi horrible consciencia.

Deshecho ese pensamiento de mi mente y me obligo a sonreírle al camarero, un chico joven, rubio, muy guapo. Sus celestiales ojos azules se cruzan con los míos, lo cual me deja embobada durante un buen rato. Creo que necesito echar un polvo. Llevo todo el día observando con ojos hambrientos a los hombres con los que interactúo. ¡Si incluso me parece atractivo Derek Brooks! ¡Menudo disparate!

—¿Puedo ayudarte?

—¿Qué? Ah, sí, claro —me espabilo al darme cuenta de que llevo unos cuantos segundos mirándolo con una sonrisa bobalicona—. Hola. Un café,

por favor.

Los labios del chico se despliegan en una sonrisa.

—Vale. ¿De cuál?

—Pues... hmmm... —Miro las ofertas, pero no soy capaz de decidirme—. Uno de cada, si eres tan amable.

El rubio apoya las palmas en el mostrador y en su boca aflora un gesto socarrón. Dios mío, es realmente guapo. ¿Estaré en celo, como los gatos?

—Déjame adivinarlo. Trabajas para Derek Brooks.

Parpadeo asombrada.

—¿Cómo lo sabes?

—No llevo demasiado tiempo por aquí, pero tengo entendido que Brooks es una leyenda entre los camareros. Resulta que todas sus nuevas asistentes pasan por esta tienda y piden lo mismo. Susurran las malas lenguas que, si una no acierta a la primera, la despide. ¡Sin preaviso! Toma.

Mis agudos ojos enfocan el vaso de plástico que me ofrece.

—¿Qué es? —pregunto, alargando el brazo para cogerlo.

Discretamente, despego el *post it* en el que han escrito el nombre de Derek Brooks y me lo guardo en el bolsillo de la falda. Si acierto, quiero que su alteza piense que es mérito mío. Ya hemos empezado con mal pie esta mañana.

—Café solo, sin azúcar ni leche ni nada raro. Es así como lo toma.

—Vaya. Gracias, eh... —Me fijo en el nombre que pone en su camiseta—... Jensen. Me llamo Li... —me detengo al recordar el malicioso comentario de mi jefe sobre mi nombre y sonrío abochornada—. Ejem... ¡Elisabeth! Encantada de conocerte.

Nos damos la mano por encima del mostrador. Yo parezco torpe y desaliñada; él, seguro de su atractivo. Somos como Giselle Bündchen y Homer Simpson. Y para que quede claro, Giselle no soy yo.

—Lizzy te pega más —asegura Jensen, el cual retiene mi mano y me observa, fascinado por mis ojos.

—¿De verdad? —me asombro y ladeo la cabeza hacia un lado—. ¿No crees que sea ridículo que una mujer de veinticuatro años se haga llamar Lizzy?

—¿Y tú no crees que sea ridículo que un hombre de veintinueve trabaje en un Starbucks? —repite él mientras intenta refrenar una sonrisa.

—Pues no. —Frunzo el ceño y lo miro confundida—. ¿Por qué iba a serlo?

Jensen se hace el misterioso y no suelta prenda. Sonríe y me guiña el ojo.

—Hasta mañana, Lizzy.

Como no puedo entretenerme mucho más, me despido con la mano y

vuelvo a la oficina.

09:59

—¿Lizzy? —El ogro me ha escuchado mucho antes de alcanzar yo su puerta. Tiene oído fino. Como los zorros—. ¿Eres tú?

Pongo los ojos en blanco.

¿Quién va a ser sino? Aquí no hay nadie más. ¡Por algo será!

Abro su puerta enérgicamente, irrumpo como un becerro desquiciado y me detengo en el umbral.

¡Dios Santo!

¿Para qué necesita este hombre tantos metros cuadrados? ¿Tiene incluso un sofá! ¿Es qué duerme aquí?

Un momento.

No esperaré que yo haga lo mismo, ¡¿verdad?! Tengo una vida. De acuerdo, puede que sea aburrida. Y sosa. Y tal vez escasa. *En ocasiones*. Pero una vida, al fin y al cabo.

—Traigo su café —me obligo a recuperarme de la conmoción y deposito el vaso sobre su escritorio con mi sonrisa más profesional.

Brooks levanta la mirada del móvil y me contempla con aire inexpresivo.

—Llegas tarde. Siempre tomo mi café antes de las nueve.

Claro que sí. ¿Por qué iba a decir: *Gracias, Lizzy, ha sido muy amable por*

tu parte desplazarte hasta a tomar por culo para comprarme a mí un café?

—Lo siento, pero tendrá que cambiar sus hábitos, o comprarse usted mismo el café. Yo empiezo a las nueve.

Con estudiada parsimonia, Derek coloca el iPhone sobre el enorme escritorio de cristal, tan frío como su persona, y se acomoda en el sillón. Me avergüenza confesar que me tiemblan las bragazas cuando sus oscuros ojos se clavan en los míos.

—En cuanto a eso. A partir de mañana, quiero que estés aquí a las siete y media.

—¿Y se le ofrece algo más a vuestra alteza?, ¿aparte de hacerme madrugar solo para comprarle un estúpido café, sin azúcar, leche, ni nada raro?

—repongo, con una mirada a la altura de la suya.

De acuerdo, puede que deba aprender a no soltar lo primero que se me pasa por la mente. Ahora viene cuando me dice que estoy despedida. Puedo sentirlo, y eso que el Universo no me ha concedido el don de la clarividencia. Aunque tampoco lo necesito. Sé de antemano que me echaré a llorar cuando tenga que llamar a mi padre y suplicarle que me pague el alquiler de este mes.

—Nop. Con eso me doy por satisfecho. —Para mi sorpresa, sonrío—.

Gracias, Lizzy, querida.

Y, sin añadir nada más, me despide con un impaciente gesto de su todopoderosa mano.



Capítulo 3: ¡El jefe de Lizzy debe morir!

Lunes, 12:05

Si incluso antes de trabajar para Derek Brooks, ya coqueteaba con ideas homicidas, imaginaros lo que siento ahora, a mediodía, tras haberme pasado

toda la mañana cumpliendo con sus exigencias, cada una más disparatada que la otra.

¡Durante interminables horas!

Dejadme que os haga un resumen de los peores momentos de la jornada.

10:15

A su alteza se le antoja despedir a Jenny, la de contabilidad, por solo Dios sabe qué razones. Claro que él no va a mancharse las manos y convertirse en el malo de la película, así que me pide (no, *me exige*) que lo haga yo por él.

10:45

Acabo de dar las malas noticias. Antes me he tragado un Kit Kat casi sin masticar. Necesitaba coraje, y como vodka no venden en las máquinas expendedoras...

Hmmm. A lo mejor debo proponerlo en la próxima reunión.

11:15

Jenny, con sus adorables gafitas de contable empañadas por las lágrimas, lleva media hora moqueando encima de mi hombro. Intento consolarla con torpeza. Nunca he sabido lo que hay que decir en estos momentos tan duros. —Que se joda Brooks —resuelvo decirle para animarla un poco—. Tú vales más que esto.

11:19

Jenny solloza con más ímpetu, y yo me siento aún peor por no haber sido capaz de impedir su fulminante despido. Creo que voy a acabar con depresión, ¡y lo peor de todo es que la condenada máquina expendedora se ha quedado sin chocolatinas!

11:21

He aprendido que aporrear la máquina no sirve de nada. Hay que llamar al servicio técnico y gritarle al robot.

11:22

Ahora que lo pienso, ¿por qué hay un robot en todas partes? ¿Qué ha sido de las personas que se ocupaban de estos trabajos?

11:23

No puedo seguir deliberando sobre el mundo de la robótica. Brooks me convoca de urgencia a su despacho y me pasa una lista de tareas que en absoluto tienen que ver con mi cargo de secretaria.

11:48

Su alteza me vuelve a llamar. Me pasa una lista de cosas aún más disparatadas.

A) Localizar en internet un chihuahua para su novia (la rubia escultural que he conocido nada más llegar).

B) Mandarle un collar de diamantes a otra novia suya, que, de manera

sorprendente, también se llama Alison como la primera.

—Muy importante, Lizzy —me dice su Excelencia que, repantigado en su sillón de líder supremo, me dicta las tareas que yo apunto en un iPad que tan generosamente me ha regalado—. No te hagas un lío con las Alison. Alison Uno quiere un chihuahua. Alison Dos quiere diamantes. No le envíes a Alison Dos el chucho porque es alérgica y se daría cuenta del fallo.

¿Estamos?

Levanto la mirada del iPad y asiento. Él despliega los labios en un gesto complacido.

—Buena chica. Cuando acabes con esto de los regalos, quiero que vayas al restaurante de la planta baja y pruebes todos los platos del menú para asegurarnos de que no contienen ajo. ¡Odio el ajo! Si hay alguno que lo lleve, lo apuntas y me lo comunicas para que no me lo pida a la hora de comer.

—¿Quiere que pruebe todos los platos de la carta? —pregunto, sin dar crédito. ¿Es que no le preocupa el tamaño de mi panderó?

—También los postres. Nunca se sabe.

—Claro. Es muy habitual que la gente eche ajo a los postres. ¿Alguna otra cosa más?

Intento en vano disimular el toque irónico de mi voz, y Derek se da cuenta de ello, ya que me dedica una mueca censuradora.

—Ahora que lo mencionas, sí. Necesito que me organices un viaje romántico para este fin de semana. Mi novia y yo queremos visitar París.

—¿Qué clase de viaje están buscando?

—Lo típico. Cena con vistas a la Torre Eiffel, paseo en coche de caballos por la avenida de los Champs Elysées... Algo sencillo, bonito y romántico

—resuelve, junta las manos por debajo de la nuca y se arrellana en el sillón, que emite un sonido de queja.

Dejo de teclear y resoplo con fastidio.

—O sea, el topicazo parisino. Muy bien. ¿Irá con Alison Uno o con Alison Dos?

—Con Charlotte Cuatro.

¡Esto es el colmo de los colmos!

—¿Puedo preguntar cuántas novias tiene?

—Desde luego que sí.

Fin del asunto.

Con un suspiro fatigado, apunto en el iPad sus exigencias. Y, al lado, anoto *canalla infiel* solo para divertirme.

—¿Y eso es todo?

—¡Claro que no! No he hecho más que empezar. —Sube ambos pies encima del escritorio y se repantiga aún más. *Claro, póngase usted*

cómodo—. Cuando tengas un momento, quiero que borres todos los *e-mails* que me han llegado hoy. Tengo el *inbox* petado. La gente no para de escribirme, una libertad que siempre me ha asombrado. ¿Por qué se creen con derecho a bombardearme con sus insignificantes peticiones?

—¿Quiere que borre *todos* los *e-mails*? —repito pasmada—. ¿Y si hay alguno importante?

—Volverán a enviarlo. Míralo de esta forma: borrar los *e-mails* es como una especie de filtro interno. Así me aseguro de que solo me llegan los transcendentales.

—Interesante teoría.

—Lo sé. Soy un genio. Pero no lo digas por ahí. Mi modestia no me permite ser presuntuoso.

—Me fascina lo humilde que es usted.

—¿Verdad que sí? Es casi excesivo.

—Ya lo creo.

—Es agradable saber que tú y yo coincidimos al menos en un aspecto. Pero no nos dispersemos. Tenemos una empresa que gestionar. Cuando acabes con todo esto, por favor, ve y dile a Mary White que ese tono de naranja le sienta fatal. Me irrita la vista cada vez que la miro. Que se cambie de ropa antes de la reunión de las cuatro. Tiene que impresionar a los

japoneses y, con esas pintas de zanahoria, no va a conseguirlo. Ella lo entenderá. Digo yo que por algo habrá solicitado mi opinión al respecto.

—¿Eso es legal siquiera?

Brooks, confundido por la pregunta, deja de mirar las musarañas y baja la mirada hacia la mía. Una arruga hunde su entrecejo, lo cual le hace parecer aún más atractivo. ¡Maldito sea! ¿Por qué no podía tener calvicie incipiente y problemas de erección? Me habría resultado más fácil trabajar con él en esas circunstancias. Definitivamente, estoy en celo como los gatos.

—¿El qué?

Tomo aire y me obligo a ser profesional. Brooks es como la manzana del pecado, roja y brillante por fuera, pero podrida por dentro. Yo no quiero dar un mordisco a una manzana podrida.

¿Verdad que no?

—Obligar a un empleado a llevar la ropa que usted considera adecuada

—le respondo, mirándolo menos ensimismada.

—¿A quién le importa si es legal o no? Yo soy el jefe. Los empleados me deben sumisión.

Apunto líder supremo al lado de canalla infiel.

—En Correa del Norte, usted triunfaría.

—Yo triunfo en todas partes, Lizzy —se jacta el rey de la modestia—. Ah,

antes de que se me olvide de ello. Mi querida Lizzy, necesito pedirte un favor personal. Esto que quede entre tú y yo. Te pido discreción absoluta. Es un asunto altamente delicado.

—Claro, usted pida, no me sea tímido.

—Necesito que te hagas amiga de Gina, de recursos humanos.

Este hombre no deja de asombrarme.

—Vale, sé que acabaré odiándome a mí misma por haberlo preguntado, pero ¿por qué quiere que haga eso?

—Tienes que ayudarla a aprender a cocinar antes del próximo sábado. Es muy importante.

—Usted está loco, ¿verdad? Le debieron de diagnosticar algo en su infancia. No, no se moleste en contestar. Ya me lo figuro.

Brooks tuerce la boca, el esbozo de una mueca irritada.

—No digas tonterías. Lo que hago, por muy excéntrico que a ti te parezca, es para proteger los intereses de esta empresa. Eso fue lo que dijo mi padre cuando decidió dejarlo todo plantado y fugarse con su novia rusa, que bien podría ser mi hija por la edad que tiene. *Derek, tienes que proteger los intereses de la empresa.* Esa fue su carta de despedida. Nunca mencionó cómo hay que hacerlo. Así que hago lo que puedo.

—¿Y qué tienen que ver las aptitudes de Gina en la cocina con los

intereses de su empresa?

—He oído en el ascensor, sin querer, por supuesto, a su novio diciendo que va a dejarla si no lo hace. A veces me paseo en el ascensor. Voy de incógnito. Resulta muy útil. La gente siempre se sincera en los ascensores, ¿te has dado cuenta?

—¿Qué?

Brooks me ignora y prosigue.

—A mí me encanta conocer a mis empleados, verlos en todas sus facetas. ¿Sabes quién es el novio de Gina?

—Hmmm, es obvio que no, ya que llevo trabajando para usted desde esta mañana y su empresa tiene más de quinientos empleados.

Brooks me mira asombrado.

—¿Llevas aquí solo desde esta mañana?! ¡Vaya! Sí que se me ha hecho largo el día —murmura para sí; alza la mirada y sostiene la mía sin pestañear—. Su novio es este... estirado alto y moreno que siempre camina como si tuviera un palo metido en el culo. ¿No sabes cuál te digo? ¿Seguro? Trabaja en recursos humanos. O en seguridad. O, en fin, en alguna parte de esta irritante empresa. Intentará ligar contigo. Ya lo verás. Intenta ligar con todo el mundo. ¡El otro día quería ligar con el conserje! —exclama indignado—. ¿Crees que deberíamos aconsejarle que cambie de gafas? ¿O de

acera? —apenas se atreve a susurrarme.

Exasperada, dejo el iPad encima de la mesa y atrapo su mirada.

—¿Puedo preguntar por qué quiere que le diga eso a la pobre Gina?

—Como he dicho, estoy pensando en los intereses de la empresa. Si no aprende a cocinar y el muy idiota rompe con ella, va a deprimirse.

—¿Y por qué eso debería ser asunto suyo?

—Pero ¿qué dices? ¡No podemos permitirnos una baja por depresión ahora mismo, Lizzy! Piensa un poco. ¿Tienes idea de la cantidad de trabajo que tenemos en esta época del año? La gente siempre quiere sacar libros en otoño. Jamás he sabido por qué. A decir verdad, jamás me ha importado.

Además, Gina me cae bien. No quiero que sufra.

—Claro. ¡Qué considerado es usted! Lamento no haberlo visto antes.

Derek sonrío y finge no haber captado la ironía.

—Gracias, Lizzy. Es muy valiente por tu parte reconocer el error.

—Claro, claro.

—Cuando hayas acabado con tus tareas, quiero que vayas a ver a Bob, de marketing, y le digas que su mujer le pone los cuernos con Carl, el del departamento legal. —Se inclina sobre la mesa y me susurra en tono confidencial—. ¿Conoces a Carl? —Hago un gesto negativo con la cabeza—.

Mejor. No te pierdes nada.

—¿También lo ha escuchado usted por casualidad en el ascensor?

—No digas tonterías. Esto lo sé porque he colocado cámaras de vigilancia en la sala de reuniones de la tercera planta. Sin que nadie lo sepa, por supuesto. Si lo supiesen, no me resultaría divertido —me susurra con cara de malo—. Como estaba aburrido esta mañana, porque mi secretaria NO ESTABA AQUÍ PARA ENTRETENERME —grita a todo pulmón; seguro que le han escuchado incluso en la sala de reuniones de la tercera planta—, decidí mirar las grabaciones. ¿Y cuál es mi sorpresa? Carl estaba dándose el lote con la mujer de Bob. Supuestamente, había venido a traerle la comida a su marido. ¡Hay que ver qué arpía!

Ahogo una risita al escuchar la indignación que hay en su voz.

—Vale, lo he apuntado todo. Incluido lo de la arpía. ¿Por qué se lo decimos a Bob?

—Porque me cae mal, quiero que se deprima y se coja la baja indefinidamente.

—Tiene mucho sentido —me burlo—. ¿Alguna otra cosa más?

Brooks se queda en silencio. Apoya la sien en dos dedos, ladea la cabeza hacia la derecha y me observa de una forma intensa y bastante rara. Está ensimismado. Completamente. Es la quinta vez hoy que sorprendo ese extraño brillo en su mirada.

—¿Señor Brooks? —susurro.

Le lleva un par de segundos reaccionar.

—¿Qué? Ah. Creo que eso será todo por ahora, Lizzy. Gracias por todo.

—De acuerdo.

Empujo la silla, me pongo en pie y me dispongo a marcharme.

—Ah, no, espera. Una cosa más —dice. Me detengo a medio camino y me vuelvo hacia él. Como si no tuviera ninguna prisa por hablar, se examina las uñas, cortas y muy cuidadas, y frunce el ceño—. Quiero que hagas algo con ese pelo. De inmediato.

Estoy a punto de teclear su exigencia, cuando me detengo y alzo la mirada hacia la suya.

—¿Qué?

—Sí, sí, tu pelo. —Hace un gesto impaciente con la mano para señalar lo que está claro que le parece un desastre—. No sé por qué, cada vez que te miro se me viene a la mente una imagen de una mujer peinándose con las garras de un gato rabioso. En esta empresa tenemos una imagen que mantener y no puedo permitir que mis empleadas, sobre todo mi *personal assistant*, vayan por ahí con esas pintas.

—¿Y qué es lo que sugiere usted que haga con mi pelo, oh, señor todopoderoso? —pregunto, esforzándome por refrenar la irritación.

—Algo se te ocurrirá. Y ahora, *hush hush*. Estoy muy ocupado y estás entreteniéndome. Tienes una hora para hacer todo eso. Después, vas a acompañarme a una reunión de alto nivel. Te estaré esperado en la puerta del edificio. ¡Haz algo con ese pelo mientras tanto!

Enfurecida, me vuelvo sobre los talones y echo a andar hacia puerta, renegando hacia mis adentros sobre lo mucho que odio a este hombre.

—Por supuesto, *majestad* —farfullo, y cierro con fuerza a mis espaldas, no antes de escuchar su risita ahogada, que me hace sulfurarme todavía más. Regreso a mi despacho, donde, nada más sentarme, suena el teléfono.

Descuelgo, pero no me da tiempo de decir la típica frase de: *despacho de Derek Brooks*, porque una mujer histérica empieza a gritarme en el oído.

—¡Cabrón de mierda! Dónde coño te has metido ahora, ¿eh? ¿Crees que tengo todo el día para esperarte? ¡Tenía una manicura a las diez con Fabio y me la he perdido por tu culpa! ¿Tienes idea de lo difícil que es conseguir hora con Fabio?

—Despacho de Derek Brooks, buenos días —consigo decir, por encima de la larga lista de improperios que la mujer iba escupiendo.

Al darse cuenta de que yo no soy Derek, se queda callada durante unos latidos del corazón.

—¿Y tú eres? —dice al fin.

—Li... Elisabeth, la secretaria del señor Brooks.

La mujer suelta un suspiro cansado.

—Mucho ha tardado. Pásame con Derek.

—Voy a ver si está. ¿De parte de quién?

—¡Tú pásamelo! —vuelve a gritarme.

Ugh, qué terrorífica es.

12:16

Pongo la llamada en espera y comunico con el despacho de Derek.

12:17

El despacho de Derek resulta ser Finanzas.

—¿Señor Brooks?

—¡No! Se ha equivocado. Esto es *finanzas*.

Pues vaya...

12:18

Cuelgo y vuelvo a marcar.

—Escuche, señor Brooks...

—Escuche usted. Ha llamado a imprenta. No hay ningún Brooks aquí.

—Disculpe.

12:19

Por tercera vez, marco lo que *creo* que es el número interno de Brooks.

—Servicio técnico, buenos días.

Cuelgo de golpe. Esto es demasiado.

12:20

Irritada, pulso varios botones a la vez. Uno de ellos da tono.

—¿Qué parte de *estoy muy ocupado* escapa de tu comprensión? —brama un hombre al otro lado de la línea, y ya no me hace falta comprobar nada. Sé que es el Diablo.

—Ya —digo, y procuro no revelar mi alivio—. Le he oído la primera vez. No estoy sorda.

—Entonces, ¿por qué me incordias, Lizzy? Ten un poco de compasión para con tu anciano jefe.

—Lamento interrumpir su hora de estar mirando a las musarañas, pero resulta que tengo a una mujer histérica al teléfono. Dice que ha perdido una cita con Fabio por su culpa, quién quiera que sea ese. ¿A lo mejor desea el señor ponerse al teléfono y tranquilizarla?

—¡Mierda! —Oigo un ruido sordo, seguido de una grosería. No pinta nada bien—. ¡Esa es Kim! Dile que no estoy.

—Claro, estoy a su entera disposición.

Le cuelgo a Derek y vuelvo a contactar con Kim. Esta vez, a la primera.

Me merezco una medalla a la mejor empleada del año.

—Me temo que el señor Brooks no está. ¿Quiere dejarle algún recado?

—¡Claro que está! ¿Dónde iba a estar ese cabrón si no? Se pasa el día

metido en la oficina tocándose los huevos. ¡Dile que se ponga ahora mismo o iré para allá y se va a cagar vivo!

¡Ay, Dios! Empieza a dolerme la cabeza.

—Lo siento, no puede ponerse. Está reunido.

—¿Con quién?

¡Busca, Lizzy, busca!

—¡Mary White! —suelto, a la desesperada.

Se produce una corta pausa. El corazón me aporrea con fuerza dentro del pecho.

—Oh. Claro. Estamos a primeros del mes. Estarán decidiendo el presupuesto. De acuerdo. Dile que le espero en casa. ¡Que se dé prisa!

Y me cuelga.

Dejo escapar un suspiro de alivio. Acabo de resolver mi primera crisis en el trabajo. Estoy muy orgullosa de mi astucia. Sin duda, me merezco una medalla.

Coloco el teléfono en su sitio y decido descansar la cabeza encima del escritorio durante unos momentos. Si no lo hago, temo que me estalle en breve.

— ¡Lizzy! —Derek grita tan alto a mis espaldas que pego un brinco en la silla—. De pie, soldado. Te has dormido en la guardia.

—No estaba dur...

—Estabas roncando y babeando encima de la agenda. No me contradigas jamás. ¿Has solucionado todo lo que te he pedido?

—¿Cómo? Me lo pidió hace cinco minutos.

—Por eso. ¿Cuánto tiempo te hace falta para ser eficiente?

—Bastante, teniendo en cuenta que estaba ocupada arreglando sus líos amorosos. Además, me dijo que tenía una hora para hacerlo.

—Cuando digo una hora, quiero decir treinta minutos. Ocúpate de todo enseguida. Te quiero abajo en un cuarto de hora.

Mientras yo lo fulmino con mis ojos azules, él me vuelve la espalda y se aleja hacia el ascensor.

No quieres matar a tu jefe, no quieres matar a tu jefe, me repito mientras abro la lista.

—De acuerdo, Lizzy, tú puedes hacer esto y más. Te has licenciado con matrícula de honor en la UW-Madison. La gente como tú se merienda a gente como Brooks todos los días.

12:29

En un arrebató de eficiencia, compro el primer chihuahua que aparece en

Google y hago que se lo manden a Alison Uno. Llamo a *Tiffany's* y encargo un collar para Alison Dos.

—El más vulgar de toda la Costa Este —le subrayo al dependiente.

12:31

Ya que tengo el teléfono en la mano, llamo al restaurante y pregunto cuáles son los platos que contienen ajo. Los apunto en la lista.

12:33

Contacto con una agencia de viajes y elijo el viaje más caro a París, todo incluido, para dos. ¡Fastídate, Brooks!

12:36

Decido ignorar sus chismorreos maliciosos, así que tacho ese punto de la lista y me voy directamente al baño. Mi pelo está perfectamente.

Lista acabada en menos diez minutos. Eso sí que es ser eficiente.

Ahora, por fin me sobra algo de tiempo para husmear en el Facebook de mi ex. Me intriga esa tal Karen. ¿Qué significa 91? ¿Su fecha de nacimiento o su talla de sujetador? Como sea, las dos cosas me enervan.

Vuelvo a sentarme en mi sitio y abro la pestaña del Facebook. Voy a escribirle a Karen.

El irritante sonido del teléfono me interrumpe de mis malvados propósitos.

¿Será posible?

—Despacho de Derek B...

—Lizzy, ¿dónde coño te has metido? Llevo pitando diez minutos. Me han debido de escuchar desde Long Island. ¿Seguro que no tienes problemas de oído? Puedo mandarte a un chequeo, por si acaso. ¿Y si es un tumor?

12:37:48

Aprieto el bolígrafo entre los dedos hasta que cede el plástico.

12:37:49

Tiro el bolígrafo a la papelera. De nada me va a servir roto por la mitad.

12:37:51

Me acabo de dar cuenta de que Brooks es capaz de descontármelo del sueldo, con lo que estoy sopesando la idea de recuperar el bolígrafo de la basura y arreglarlo con un poco de pegamento.

12:37:53

Deshecho cualquier idea acerca de cómo arreglar el estropicio y me centro en gritarle a Brooks.

—¡Me acaba de decir que tengo un cuarto de hora! —me defiendo, levantando el tono para que vea que a mí no me intimida—. Solo han pasado diez minutos y medio.

—Cuando digo quince minutos, quiero decir tres. ¡Date prisa! Kim tiene una limpieza de cutis a las dos y, si llego tarde, es capaz de cortarme los

huevos. ¿Tienes idea de lo difícil que es conseguir una cita con Silvano? ¿O de lo doloroso que tiene que ser que te corten los huevos?

—No, claro que no. Pero me encantaría que usted lo averiguara.

—¿Cuál de las dos cosas? —pregunta Derek con horror.

— *Ambas.*

Cuelgo furiosa, agarro el bolso y salgo corriendo hacia el ascensor. Mi jefe debe morir. Lo sé, así de claro. ¿Vale la pena pasar el resto de mis días encerrada en una prisión federal para presos de alto riesgo? No me hace falta meditarlo. Lo único que tengo que decir al respecto es: *¡Orange is the new black!*



Capítulo 4: El Diablo es simpático

Lunes, 12:42. Día infernal.

En efecto, Derek Brooks es Satán, y Ediciones Brooks, el Infierno que su padre, Satán Senior, ha creado. Hoy he podido descubrir que, en contra de mis creencias bíblicas, el Diablo no tiene cuernos ni cola, sino que es la metamorfosis de un exitoso empresario, joven, guapo y atractivo, con buen

gusto para los trajes y un puñado de novias medio dementes acechando por ahí.

Por lo que he leído en Google, conduce un Bentley negro recién salido de fábrica y le importan un comino las señales de tráfico. Vamos, que, según la prensa sensacionalista, Brooks es una versión moderna y cachas del ángel caído. Multas sin pagar, problemas maritales y una no muy buena relación con su familia, quienes le consideran una especie de oveja negra y hace años que le excluyeron de sus remilgados círculos sociales. Hay quienes afirman que Satán Senior nombró a Derek presidente de la editorial solo para castigarlo y poner así fin a sus interminables juergas.

Es de locos lo mucho que puedes averiguar sobre una persona con un solo clic.

Bajo hasta la primera planta de la torre Brooks sin que mis manoletinas toquen el suelo, o eso es lo que siento yo. Parece que esté volando, una Mary Poppins hippie e incompetente, a la que le toca ejercer de niñera de un niño grande y maleducado.

—Lizzy, ¿te han despedido tan pronto?

Algo que debe de ser orden del día en esta empresa.

—Oh, hola, Noah. Aún no, pero si no salgo pitando, lo harán.

Farfullo una disculpa, me abro paso entre las puertas giratorias y salgo a la

calle corriendo. Delante del edificio, mi neurótico jefe pita como un desquiciado.

¡Virgen María, dame fuerzas!

—¿Quiere dejar de pitar? —exijo entre dientes, abriendo con ira la portezuela de su carroza infernal—. ¡Long Island se queda corto! Le han debido de escuchar incluso en la India.

Derek Brooks curva los labios en una sonrisa pícara y se incorpora al tráfico con un chirrido de ruedas, a pesar de que uno de mis pies aún no está del todo dentro del coche. ¡Por Dios Bendito!

Cierro la puerta lo más rápido que puedo, me coloco el cinturón de seguridad y, con la misma mueca de horror que tenía aquel día cuando alquilé una avioneta en el Tíbet y estuvimos a punto de estrellarnos, les rezo a todas las Vírgenes que conozco (incluida la solterona del quinto piso, que seguro que es virgen también). Necesito toda la ayuda divina si quiero salir ilesa de esta carrera hacia la muerte.

Escucho bocinas e improperios, pero mi insensible jefe ni se inmuta. Con toda su cara, les hace una peineta a los taxistas, acelera el coche y eleva el volumen de la música. Suena *Rock you like a hurricane*, de los Scorpions.

La canción ideal para escuchar mientras estiras la pata, asegura mi madre con melodramático cinismo.

—¿Puedo preguntar adónde nos dirigimos con tanta prisa? —inquiero, bajando un poco el volumen de la música—. ¿Y qué tiene que ver la mujer histérica con todo esto?

Derek sonrío y me lanza una mirada rápida mientras, con una mano sobre el volante y la otra apoyada en la palanca de cambios, sorteaba el tráfico con la precisión de un mensajero de DHL. ¿Por qué no conduce con las dos manos, por el amor de Dios? ¿Y cómo puede estar tan relajado? ¡Vamos a morir todos!

—A mi casa —aclara, y me guiña el ojo.

No, no, no. ¡Por ahí sí que no paso!

Antes de despedir a la chica de contabilidad, he buscado a mi jefe en Google y, según la todopoderosa *Wikipedia*, a pesar de que el playboy acaba de cumplir los treinta y tres años, se ha casado seis veces ya, ¡seis!, y todas esas infelices fueron secretarias suyas antes de pasar por el altar. ¡De ninguna de las maneras voy a ser yo la séptima!

—Señor Brooks, de verdad que me halaga usted, pero yo no tengo ninguna clase de interés amoroso en...

Me interrumpo ante la explosión de carcajadas, y lo miro perpleja.

—¡No, espera! Piensas que yo quiero...—Echa la cabeza hacia atrás y suelta todo un torrente de risotadas—. Piensas que yo quiero... —Más

risas—. ¡Contigo! Ay, qué bueno, Lizzy.

En pleno ataque de risa, su mano empieza a golpear el volante, y nuevas carcajadas brotan de su garganta. Si alguna vez he tenido un ego, no lo recuerdo.

—¿Qué es lo que le resulta tan gracioso?

Con gesto remilgado, tiro del dobladillo de la falda para taparme las rodillas. Él me lanza una mirada divertida.

—Lizzy, puedes estar tranquila. Te aseguro que no eres mi tipo en absoluto. ¡Pero en absoluto!

Por razones que escapan a mi comprensión, eso me duele. Odio a Derek Brooks, de eso no me cabe la menor duda. Llevo un año deseándole lo peor y echándole maldiciones cada vez que recuerdo esa horrible carta que me envió. Le he deseado incluso que le contagien la sífilis y que se le caigan todas las muelas (si pensáis que no he sido lo bastante retorcida, es porque no tenéis ni idea de lo que vale un dentista en Nueva York).

Entonces, ¿por qué demonios me afecta tanto su opinión? ¿Por qué me duele que él no me encuentre atractiva?

Es decir, la gente dice que lo soy. ¿Por qué Derek Brooks no parece fascinado por mis grandes ojos azules? ¿Ni por mi rostro angelical? ¿Ni por mis torneadas piernas?

Y lo que es peor de todo: ¿por qué quiero yo que Derek Brooks me mire de esa forma?!

Estoy siendo ridícula, resuelvo, con aires de pasmosa entereza. E ste tío me importa una mierda. Y lo mismo me pasa con su estúpida opinión. Se la puede meter por donde le quepa.

—Ni usted es mi tipo —me obligo a decir, puesto que, al verme tan callada, Brooks ha empezado a estudiarme con el ceño fruncido.

Seguro que está preguntándose si ha ofendido mis sentimientos. Y sí, lo ha hecho, lo admito, pero preferiría tragarme un cactus a primera hora de la mañana, antes que reconocerlo delante de cualquier ser vivo.

Y mucho menos delante del irritante Derek Brooks, que piensa que mi libro es una mierda y mi persona, el ser menos atractivo sobre la faz de la tierra.

Así pues, me exijo a mí misma dejar de pensar en él de un modo romántico y finjo una actitud de fría indiferencia, que mantengo hasta que aparcamos delante de su casa. Soy Freya, la reina de hielo.

—¿Los Hamptons?! —exclamo asombrada, y la escarcha que me cubre se hace añicos.

Me bajo del coche para admirar mejor la mansión colonial con vistas al mar y me olvido por completo de mi resolución de convertirme en una reina

de hielo.

El estallido de colores que trepan por la blancura de los muros me deja demudada. Enredaderas de flores moradas, extraños árboles entrelazándose en una bóveda, a veces blanca, a veces azul, según el tipo de flor de cada árbol, macetas y macetas de plantas exóticas y jamás vistas en esta parte del país. Un espectáculo. Es como una... ¡isla griega!

—Los Hamptons, mi pequeña Lizzy —confirma Brooks, mirándome por encima de las gafas de sol.

Playa privada, piscina, palmeras... ¿Quién es este hombre?

—¿De verdad vive en este casoplón? ¿Quién es usted?, ¿el maldito George Bush?

Soy incapaz de salirme del asombro. Derek se ríe, cierra el coche y me conduce a la entrada. *¡Figlio di puttana!* Guapo y rico. ¿Acaso este hombre lo tiene todo?

Todo, menos sentido común, me recuerda mi madre con los párpados entornados.

—Tengo un *loft* en Manhattan —explica, como si fuera una banalidad—.

Esto es solo para los fines de semana.

—Impresionante —murmuro, siguiéndolo hacia la escalinata—. Yo, en los fines de semana, voy al cine. Cuando tengo dinero, claro. La mayoría de las

veces... hmmm... no lo tengo.

Derek ríe entre dientes, me abre la puerta y me invita a entrar. El interior es exactamente cómo me lo esperaba. Amplio, luminoso, elegante.

Decoración francesa, muebles de muy buena calidad, obras de arte por doquier. Cálidas tonalidades de beige y champan suavizan la frialdad del suelo. Las ventanas, que cubren toda una pared de arriba abajo, apuntan hacia la inmensidad azul del océano. Podría pasarme toda la vida admirando estas vistas, las cortinas moviéndose con la brisa, el susurro del oleaje, el olor a mar... Te deja sin aliento.

—Vamos, Lizzy. Ya tendrás otra ocasión de curiosear. Llegamos tarde.

¿Recuerdas lo de mis huevos?

—Señor Brooks —me vuelvo con remilgo y me empujo las gafas para parecer más inteligente—, le digo de verdad que no quiero recordar nada que tenga que ver con sus partes nobles.

Derek suelta una carcajada, coloca una mano en mi brazo y me hace cruzar el vestíbulo a grandes zancadas, sin concederme demasiado tiempo para admirar su casa.

En silencio, atravesamos un largo corredor, bordeado de ventanales que, ahora reflejan el mar, ahora el impresionante jardín, según se retuerce el camino. Derek me empuja dentro de una biblioteca que tiene pinta de

emplearse a modo de despacho y cierra la puerta a sus espaldas.

Freno en seco al encontrarme con tres personas sentadas alrededor de una mesa redonda de caoba. Derek se golpea contra mi espalda.

—¿Pero qué diablos haces? —gruñe en mi oído.

—Es que... hay gente —le susurro, sin saber cómo actuar.

—¿Y qué? Entra. No hemos venido a robar.

—Eso ya lo sé.

—Entonces, camina. Nos están mirando.

Doy un paso para complacerle.

Y para parecer menos cohibida de lo que me siento, compongo una sonrisa vacilante.

Una mujer rubia, que perfectamente podría desfilarse para Dolce&Gabbana, me lanza una mirada cruzada. Detenidamente. Sin prisas. No me gusta la forma en la que me está mirando.

—Déjame adivinarlo —dice con frialdad y sin dejar de pesarme con sus agudos ojos verdes—. *Elisabeth*.

No me pasa desapercibido el desprecio con el que ha escupido mi nombre.

Asiento con la cabeza e intento liberar mi brazo para salir corriendo de aquí, pero el agarre al que me someten los dedos de Derek se vuelve más fuerte.

Todos los ojos están centrados en mí y, de repente, me siento muy incómoda. Fuera de lugar. Desentono por completo en esta casa. Mi ropa es fea y barata, una talla más grande de lo que debería ser.

Ahora, al ver los altísimos tacones de la mujer morena de mediana edad que está sentada al lado de un treintañero trajeado, me doy cuenta de lo desgastadas que están las puntas de mis manoletinias. ¿Estaban tan arañadas cuando salí de casa? Seguramente. Es como si llevara la letra P, de *pobre*, cosida en mi camisa. Y, lo que es peor de todo, todos los aquí presentes piensan lo mismo que yo: ¿qué demonios hace esa muerta de hambre agarrada al brazo del impresionante Derek Brooks?

Todos, menos mi jefe, al que le importa una mierda el estado de mis zapatos. Como básicamente todo lo que le rodea (ejecutivo zombi). Salvo, mi pelo, por supuesto. Con eso sí que parece tener un problema.

—¿Por qué la has traído? —espetea la rubia—. Ella no pinta nada aquí.

—Ella pintará algo en cualquier sitio donde yo esté —repone Brooks con una inflexibilidad que me aterra.

Vuelvo la cabeza y lo contemplo desconcertada. Es la primera vez que le veo serio. Pero serio de verdad. Ya no parece un crío maleducado que se pasa el día pensando en cómo fundir el dinero de papá. En este momento es un hombre. Poderoso. Intransigente. Dios mío, es absolutamente intimidante,

con la mandíbula prieta y los ojos echando chispas. Jamás pensé que él pudiera ser así.

—Si eso, puedo esperar en el coche —les propongo a todos, con renovadas ganas de salir pitando. No sé bien qué es todo esto, pero no me gusta la tensión que hace crepitar el aire. Y no me gusta la nueva faceta de mi jefe. Lo mejor sería irme.

Intento retroceder. Pero la mano que sujeta mi brazo aprieta un poco más fuerte.

—Tú no te vas a ninguna parte —susurran sus labios, tan cerca de mi oído que contengo el aliento—. Es mi casa y el que te ha invitado soy yo. Te quedas.

—Pero...

—Pero nada. Lizzy —dice en voz alta, retrocediendo y recuperando al instante su faceta de crío mimado al que nada afecta nunca—, te presento a Kim, la futura *ex* señora Brooks. Esta es su abogada chupasangre, la siempre estimable señora Parker. —Me indica a la morena que lleva un conservador traje blanco, y luego me hace girarme hacia el rubio trajeado para presentármelo también—. Y, por supuesto, el señor Scott, el abogado de Ediciones Brooks. Toma nota. Este te será útil en caso de despido impropio —me susurra al oído, y luego anuncia en voz alta—: Esta es

Lizzy, mi nueva secretaria. Y no me refiero a alguien en concreto cuando digo esto, Kim, pero más vale que nadie le falte el respeto en mi casa. ¿Queda claro?

La rubia abre la boca para protestar. La abogada chupasangre levanta la mano para acallarla.

—Se ha hecho entender, señor Brooks.

—Excelente. Ahora, realizadas las debidas presentaciones —Derek se deja caer en una silla y yo me siento a su lado, en el sitio que él mismo me indica—, ¿por qué no pasamos directamente a la parte en la que intentáis dejarme en calzoncillos? Kim, encanto, ¿qué es lo que quieres para que me firmes el divorcio de una puta vez? ¿Un castillo en Irlanda? ¿Una pirámide en Egipto? ¿Una playa en Bora Bora? Tú pide, no te cortes.

Kim lo pulveriza con su hermosa mirada, que me hace pensar en un bosque lleno de musgo, y antes de que alguien pueda detenerla, se precipita hacia el vaso de agua de la señora Parker, lo agarra con una mano y arroja su contenido hacia Derek.

Una carcajada (la mía, por supuesto) hace añicos la quietud de la tarde.

Derek, con parsimonia, se saca un pañuelo del bolsillo y empieza a secarse el rostro (se nota que tiene experiencia con los divorcios, venía ya preparado para lo peor).

Me río de nuevo a causa de ese pensamiento, hasta que los ocho ojos se centran en mí, hirientes, censuradores. Enrojezco hasta las puntas de las orejas, busco una mejor postura en mi asiento y murmuro un "disculpad" mientras finjo colocarme las gafas.

—Lizzy, ¿por qué no haces cosas de secretarías?

Me inclino hacia él (Dios, ¿cómo puede oler tan bien?) y susurro:

—¿Cómo cuáles?

Derek sonrío durante medio segundo y luego apaga la sonrisa. Es un maestro de las sonrisas relámpago.

—Como tomar notas o algo. ¡Yo qué sé! Nunca he sido secretaria.

Me aclaro la voz, saco el iPad del bolso y empiezo a escribir, con aire de extrema eficiencia: *la histérica rubia es la ex mujer del capullo infiel. Acaba de tirarle un vaso de agua a la cara. Ha valido la pena venir hasta aquí solo para ver eso. Fin.*

Complacida con mi redacción, dirijo mi atención hacia la ardiente conversación que las cuatro almas cándidas llevan a mi lado. La atmósfera está cargada de gritos y tensión. Kim exige la mansión de los Hamptons, el Bentley, el piso de Milán y la casa de Mónaco. Ah, y unos cuantos cuadros de Picasso. Todo eso, aparte de la pensión compensatoria de diez mil dólares al mes. ¡Diez mil! Ese tal Silvano debe de ser la hostia de caro.

—Ni de coña —es la respuesta tajante que recibe por parte de Derek, que se inclina hacia delante y apoya los codos sobre la mesa. Cuando la mira a los ojos, siento pena por Kim. No me gustaría que Derek me mirara nunca de esa forma—. Mira, muñeca, lo único que vas a llevarte va a ser lo que traías al casarnos: una maleta llena de ropa de mercadillo. Tal vez así aprendas a no juzgar a los demás por la calidad de la ropa que llevan.

¡Bien dicho, Brooks! Un momento. ¿Lo está diciendo por mí? ¿Se ha dado cuenta de que los demás piensan que soy una muerta de hambre? Entonces, no es tan zombi como pensaba.

—Eres un cabrón capullo hijo de...

—¡Kim! —clama la abogada chupasangre, levantando la mano—. Señor Brooks, le recuerdo que mi cliente...

—Su cliente pretende hacerse rica a mi costa, y va a ser que no —la acalla Brooks con impaciencia—. No es mi primer divorcio, señora Parker. Estoy más que acostumbrado a toda esta mierda. La respuesta es NO. NO va a llevarse nada de todo eso. Por algo firmamos un acuerdo prematrimonial.

¡Scott!

El abogado con pintas de tiburón saca una copia de dicho contrato de su maletín.

—Aquí lo tiene, letrada. Según puede ver...

La señora Parker no se rebaja tanto como para leer el contrato. Curva sus labios pintados de beige en una sonrisa indulgente y, con la ayuda de su dorada pluma estilográfica, empuja los papeles hacia el centro de la mesa.

—Señor Scott. —Hace una pausa solo para sonreír con aún más condescendencia—. Usted y yo sabemos que eso carece de cualquier validez en caso de infidelidad. Y su cliente no es precisamente el marido del año. Brooks se hunde en su sillón, sube ambos pies encima de la mesa y medio sonríe con tanta socarronería que no puedo evitar sonreír también. Pese a que no le conozco demasiado (aunque admito que ha sido una mañana larga), sé que esa sonrisa autosuficiente significa que tiene un as guardado en la manga de su carísima americana negra.

—¡Demuéstrelo! —la reta y se cruza de brazos desafiante.

Desconcertada, la señora Parker lo mira por encima de las gafas. Espero que el as de Brooks sea el ganador. Si tengo que elegir entre el Diablo y la zorra de Babilonia, está claro que soy una *groupie* satánica.

—¿Como dice?

— *Que lo demuestre* —le deletrea lentamente—. No importa lo que sabe, señora Parker, sino lo que puede demostrar, y le garantizo que usted no puede demostrar una mierda, porque jamás le he puesto los cuernos a Kim. Al menos, no físicamente. Dicho esto, que tengáis un buen comienzo de

semana. Lizzy y yo aún no hemos comido, y Kim tiene cita con Silvano para gastarse mi fortuna. Bueno, la de mi padre. Según podéis ver, andamos todos muy liados en estas fechas del año. Hasta la vista. Vámonos, Lizzy.

Cuando Brooks se levanta, no me queda otra que seguir su ejemplo. Una pena. El espectáculo estaba de lo más entretenido. Trabajando para este hombre ya no tengo que ahorrar para ir al cine.

—¡Derek!, ¡ni se te ocurra irte! No hemos terminado.

—Oh, ya lo creo que sí, amor mío. Voy a pagarte una pensión compensatoria. Nada más. Diez mil al mes. ¿No te basta con eso?

Kim abandona la silla y corre hacia la puerta para detener a Brooks. Este la aparta con suavidad, pero ella vuelve a interponerse en su camino, bloqueando la puerta con su cuerpo.

—Por aquí no pasas. Esto no va a acabar así.

—Esto acabará cuándo y cómo yo diga. Es decir, hoy. Aquí. Buen viaje de vuelta a Queens, encanto. Espero que encuentres otro marido rápido. Y cuidado con los acuerdos prematrimoniales. La próxima vez no firmes nada. Como si no hubiese hecho suficiente, encima deposita un paternal beso en su frente, lo cual acaba por completo con la paciencia de Kim.

—¡Eres el mayor mamón que he conocido en toda mi vida! —estalla, con un veneno que me pone los pelos de punta. ¿Debería aconsejarle clases de

italiano? Seguro que eso suena mucho mejor en la lengua de Berlusconi.

—Kim... —se impacienta Brooks.

—Tu padre tiene toda la razón, cariño. No eres más que un jodido perdedor. Nunca fuiste capaz de hacer nada por ti mismo. No has conseguido nada en toda tu puta vida. Siempre has vivido a la sombra de tu padre, y siempre vivirás así. *Me das asco* —subraya entre dientes.

A Derek le cambia la expresión, como si una máscara de rigidez pasara a cubrir su faz. Se queda serio, callado. Puede que atormentado.

—Adiós, Kim —dice, poniéndole fin a un silencio que llevaba durando casi un minuto, y traga saliva—. Hubo un tiempo en el que... Bueno, eso ya no importa ahora, ¿verdad que no?

—¡Ojalá te mueras!

—Esperaba acabar esto como dos personas civilizadas, ¿sabes?

—¡Tú eres de todo menos civilizado, mamón!

—Comprendo que pienses eso, y lo siento. De verdad. Lo siento mucho.

—¡Metete tus excusas por el culo, grandísimo hijo de perra!

—Kim, por favor —la abogada chupasangre coge a su clienta por los hombros y la aleja de nosotros—. No vale la pena.

—Lo odio. Me ha jodido la vida —solloza Kim, a la que toda esta presión hace derrumbarse.

La señora Parker abraza a Kim y nos hace un gesto con la mirada para que nos larguemos.

—Vamos, Lizzy. Aquí ya no pintamos nada.

Sin abandonar su aire apesadumbrado, Derek me agarra de la mano y me arrastra por el pasillo. No intercambiamos ninguna palabra de camino al coche. ¿Está triste por lo de su divorcio? Eso significaría tener un corazón, y no estoy nada convencida de que Brooks lo tenga. Seguro que lo que late en su pecho es un reloj Rolex. Plateado, gélido, de acero.

—¡Sube! —me exige, cuando llegamos al Bentley .

No pongo demasiadas pegas . *¡Dios me libre!* Ha pasado de la tristeza al cabreo en cuestión de segundos. Vete a saber de lo que es capaz. La línea que separa el enfado del instinto homicida es muy delgada. Que me lo digan a mí. Sin saber cómo enfrentarme a sus emociones, subo y espero unos segundos antes de hablar.

—Un divorcio siempre es duro —me sorprendo diciendo.

Brooks arranca el coche y me lanza una mirada ceñuda.

—¿Has estado, estás o piensas estar, casada?

—No. Hablaba por hablar.

Las esquinas de su boca se mueven un poco. Juraría que intenta retener la sonrisa. Busca mis ojos a través del aire y me observa en silencio, con tanta

concentración que se me corta el aliento. Hay algo dulce en su mirada, algo inexplicable, algo fuera de lugar. Algo *mío*. No sé por qué me mira así. Pero me gusta. Algo se enciende en mi interior cuando lo hace, algo que arde, y late, y desgarrar.

—Deberíamos marcharnos —dice de pronto.

Quiero decir algo, quiero saber por qué me estaba mirando así, pero Brooks vuelve el rostro, arranca el coche y centra toda su atención en conducir de vuelta a Manhattan. Está tan perdido en sus pensamientos, tan distante, tan... atormentado, que noto una desconocida inquietud corroyéndome por dentro. No sé por qué me siento así. Es como si... ¡Es como si sintiera pena por él! Como si... mi mayor deseo en la vida fuese consolarlo.

Lo cual es ilógico, estúpido y lo más peligroso que he sentido nunca.



Capítulo 5: Fue homicidio. O asesinato...

Lunes, 14:05

—Vayamos a comer juntos —me sugiere Derek a la vuelta.

—Bueno...

De camino a Manhattan, he hecho todo cuanto he podido para ignorar mis sentimientos y ahora las aguas han vuelto a su cauce. Vuelvo a odiar a Brooks. ¿No es maravilloso?

—¿Has probado los platos de la carta, como te pedí?

—¿Es azul el cielo? —repongo con autosuficiencia.

Derek enarca las cejas, asombrado por la osadía de mi respuesta. Tengo que confesar que a mí misma me asombra. Creo que estoy traspasando la línea que separa a un jefe de un amigo, y más vale que retroceda. A fin de cuentas, mi jefe no es otro que ¡Derek Brooks! No podemos ser amigos. Aunque el mundo acabara y solo quedásemos él y yo solos, jamás sería amiga suya. Así de claro.

—Bien. Vas mejorando, Lizzy. Me impresionas. Esta mañana me dejé llevar por el impulso de creer que eres un completo desastre, pero empiezo a darme cuenta de que estaba equivocado contigo. A lo mejor la primera impresión no es siempre la correcta.

—¡Por supuesto que no lo es! Ya verá lo mucho que se sorprenderá en cuanto me conozca mejor. Soy la reina de la eficiencia.

—Y habrás reservado mesa, claro.

Se me dilatan los ojos cuando me doy cuenta de que mi recién adquirida profesionalidad está a punto de convertirse en cenizas. Mierda.

—¿Mesa? —balbuceo y traslado la mirada hacia la suya—. Usted no mencionó nada acerca de... una mesa.

Derek suspira desencantado y niega con la cabeza. Se le ve cansado.

Divorciarse ha de ser agotador. Empieza a masajearse el entrecejo, como hacía mi padre cada vez que yo ponía a prueba su paciencia.

—¿Es que te lo tengo que decir todo? —Aunque me habla en voz baja, aún parece cabreado. O decepcionado. No lo sé. Me inquieta cuando se comporta así—. ¿No sabes leer entre líneas, Lizzy?

Sus palabras están teñidas de derrota y tristeza, y esos mismos sentimientos se reflejan en sus ojos cuando Brooks vuelve el rostro hacia el mío y me observa en silencio. Estoy con el corazón palpitante, dentro de este silencio que se prolonga y se prolonga, cada vez más pesado. No entiendo qué es lo que le pasa, pero tengo la sensación de que esta conversación tiene un trasfondo mucho más profundo de lo que nunca llegaré a comprender.

¡Porque no sé leer entre líneas!

Sostener su mirada se vuelve tan difícil que desvío la vista al suelo, hacia mis desgastadas manoleínas. Brooks no deja de contemplarme. Siento sus ojos atravesándome, volviéndome vulnerable, expuesta. ¿Qué está pasando aquí? Mi olfato *wisconsiniano* no me desvela nada.

Me humedezco los labios, a punto de hablar, pero es él quién interrumpe el silencio.

—Lizzy...

—Lo siento —lo acallo a toda prisa—. Yo no pretendía... —no se me

ocurre nada que decir, así que me freno de golpe y suspiro—. No, ¿sabe qué?
Lleva toda la razón.

—¿Qué? —susurra Derek, y el vacilar de su voz desvela la confusión que
debe de sentir.

Me armo de suficiente valor como para volver a enfrentarme a él. Sus
oscuros ojos brillan al cruzar una mirada con él. *Arden*. Consumen. Me
fuerzo a no mirarle a los ojos. Sus ojos me desconciertan, porque parecen
decir justo lo contrario a sus palabras.

—Las primeras impresiones son las que cuentan —hablo, con un sosiego
del que estoy orgullosa—. Y yo, como secretaria, apesto. Por eso me
despiden siempre y nunca llego al fin del mes. Voy a serle completamente
sincera. Este es mi tercer trabajo en lo que va de año. Solo llevo medio día
trabajando para usted, y ya la he fastidiado decenas de veces. Para empezar,
he llegado tarde. Luego, me he hecho un lío con unos pedidos. Y por no decir
que me he olvidado por completo de reservarle mesa. Admitámoslo: soy un
desastre con patas.

—Lizzy, cállate —ordena, con la mandíbula apretada. Su voz es áspera.
Desconocida.

—Así que si me quiere despedir —me obligo a seguir adelante, y vuelvo a
buscar sus ojos—, hágalo. Lo comprenderé. Adelante. Dígalo y acabemos

con esto de una vez. De todos modos, trabajar para usted es... —Rehuyendo su mirada, me callo y busco la palabra—. Es una locura —añado en un susurro.

Vaya, qué bien sienta decirlo en voz alta.

—Oye... —Con la única mano disponible, Derek coloca un dedo bajo mi barbilla, me alza el rostro y me lo gira hacia el suyo. Atrapa mis ojos y los sostiene todo el tiempo que el tráfico le permite—. No estoy regañándote —asegura tras unos momentos de silencio, y aprieta las mandíbulas—. No pasa nada. No voy a despedirte. *Quiero* que trabajes para mí, ¿de acuerdo? Tú eres... lo que quiero. Así que no vuelvas a decir que eres un desastre. Porque a mí no me parece que lo seas.

Sus palabras, el tono que emplea, revuelven algo dentro de mí. Confusa, intento atrapar su mirada, pero no recibo ninguna reacción por su parte. Tan solo un ligero cambio en su cuerpo, músculos que se tensan y empiezan a latir en su mandíbula. Solo eso.

Mis ojos se pasean por su rostro que, a medida que se propaga el silencio, se vuelve aún más rígido. Nadie dice nada.

Llegamos a la oficina, donde Derek empieza a hacer maniobras para aparcar. Después de encajar el coche en el sitio reservado para los directivos, se vuelve de cara a mí.

¿Qué demonios es lo que nos está pasando? ¿Estamos teniendo *un momento*? ¿Un momento romántico?

En silencio, nuestras miradas se buscan, y yo sostengo la suya con una intensa expresión de asombro tensando mi rostro. Hay algo en sus ojos, un brillo tan extraño que me enturbia el cerebro.

Sí. Estamos teniendo un momento. Porque Derek me atrae. Demasiado.

No soy capaz de eludir sus ojos, de dejarme arrastrar hacia ellos.

Hacia él...

Sé que es de locos, pero cuando me mira así, es como si todo cambiara.

Como si él fuese otra persona. ¡Como si yo misma fuese otra persona!

Lo cual no tiene absolutamente ningún sentido. Estoy dispersa.

Y él no deja de mirarme.

—Siento lo de la mesa —musito, porque tengo la impresión de que aludir mi metedura de pata pondrá fin a esta locura.

¿Qué es lo que quiso decir con lo de *tú eres lo que quiero*? ¿Y por qué me lo dijo en ese tono tan serio, tan extraño en él?

Derek pone los ojos en blanco y un gesto de desaprobación tuerce su rostro. Sin ninguna explicación, se apea del coche, da un portazo y camina hacia el restaurante.

Contengo el aliento durante unos segundos, titubeando sobre si seguirlo o

no, cuando veo que da media vuelta, regresa a grandes zancadas y abre mi puerta de golpe. Parece exasperado, molesto, como si volver a por mí le pareciese una debilidad.

—No lo sientas —dice mientras espera a que baje—. De todas formas, el restaurante no es para tanto.

Y con eso, el asunto queda zanjado.

14:10

Acabo de descubrir el engaño de Derek: el restaurante es el sitio más elegante en el que yo he estado jamás. Ni siquiera sé para que se necesitan tantos cubiertos. A mí me basta con un solo tenedor.

—Señor Brooks —nos recibe el maître, que tiene tal sonrisa de buitres hambriento que consigue que me caiga mal de inmediato—. Pensábamos que no estaba en la ciudad. Como nadie ha llamado para reservarle mesa...

Brooks hace un gesto de desdén.

—Acabo de volver. Un imprevisto. ¿Hay mesa?

No menciona mi metedura de pata. ¡Qué considerado!

—Por suerte, sí. Acaban de cancelar una reserva.

Algo me dice que nadie ha cancelado nada. El maître no quiere reconocer que aquí no come ni Dios, aparte de Derek Brooks.

—Mira qué bien. ¿Lo ves, Lizzy? Es nuestro día de suerte. Después de ti.

No me ofrece otra posibilidad excepto la de comer juntos. ¿Eso no es extraño? ¿Y si alguien de la oficina nos ve? Dirán que Derek me ha contratado porque me acuesto con él. Desde luego, nadie va a creer nunca que estoy aquí porque soy muy eficiente e indispensable para la empresa.

—¿O prefieren junto a la ventana? —oigo cómo el maître se lo dice a Brooks.

—No. Aquí está bien. Gracias, Bill.

Bill asiente y Brooks y yo nos sentamos. Cara a cara.

—Les dejo las cartas. Si me permiten, la sugerencia del chef es el estofado de perdiz.

—¡Qué asco! —Brooks pone mueca de grima—. Pediremos cualquier otra cosa. Gracias.

El maître inclina la cabeza antes de retirarse. Cuánta elegancia. *Oh la la.*

Abro mi carta, pero la cierro de inmediato, con tantas fuerzas que Brooks levanta la mirada y frunce el ceño. Lo único que puedo permitirme es el café.

¡Y eso pidiéndole un préstamo a Lucy!

—¿Lo sabes tan pronto? —se asombra mi jefe.

—Es que... no tengo nada de hambre hoy. Con estas aceitunas tengo bastante. Son gratis, ¿verdad?

Por si acaso. No vaya a ser que me cuesten medio sueldo.

—Lizzy, si vas a trabajar para mí, debes alimentarte bien. No quiero que te desmayes, te pongas mala o sufras una caída nerviosa. Ya sabes lo que opino sobre las bajas. Además, en tu sueldo se incluyen las dietas. No querrás desperdiciarlas.

¿Ah, sí? ¡Pues el chuletón más grande!

—De acuerdo —me hago la fina, como la que no quiere la cosa—. Haré un esfuerzo por picar alguna cosilla. Para no decepcionarle, más que nada.

¡El chuletón con patatas, ensalada y postre!

—Sé que lo harás. Discúlpame un momento. Tengo que hacer una llamada. Pídeme algo de comer, por favor. No tengo mucho tiempo para entretenerme. Videoconferencia con Japón.

—¿Lo que yo quiera?

—Salvo la perdiz...

—Me ha quedado claro que aborrece usted la sugerencia del chef.

—No hay nada más repugnante que la caza. Ahora vuelvo. Sé buena.

Se despide con una sonrisa efusiva y, de espaldas a mí, se abre paso entre un grupo de mujeres que acaban de llegar. Mi mirada, (y la de las otras mujeres), lo persigue hasta la puerta.

Y aunque me gustaría centrarme en cualquier otra cosa, por algún motivo, sigo observándolo a través del cristal, como una vil criminal que espía a su

víctima desde las sombras.

Mientras yo me llevo una aceituna a la boca y la mastico despacio, Brooks, al otro lado del cristal, se saca el móvil del bolsillo y marca un número. Un grupo de chicas pasan por la calle y vuelven la cabeza para mirarlo, riendo y cuchicheando. No me sorprende. ¡Es tan guapo!

Me horrorizo nada más pensarlo.

¡Lizzy, no caigas en la tentación como las otras seis infelices! Derek Brooks es Satán.

—¿Lo ha decidido? —me aborda una camarera.

—Ajá —murmuro distraída mientras contemplo a Derek, que se pasa una mano por su oscura y densa mata de cabello y se vuelve de cara a mí. Me mira tan fijamente que juraría que puede verme a pesar del reflejo del cristal—. Chuletón para mí y solomillo para él.

—¿Salsa de ajo?

¿Parece cabreado? Está discutiendo con alguien. ¡Es todavía más guapo cuando se enfada! ¡Oh, cállate!

—¿Señorita? —la voz de la camarera me devuelve a la realidad.

—¿Eh? Sí. Y patatas fritas, por favor. Y una ensalada de col para compartir. Y de poste quiero pastel de chocolate. Lo pido todo ahora, no vaya a ser que Brooks cambie de parecer —le explico.

—Excelente elección.

—¿Usted cree?

La camarera se queda un poco descolocada, a juzgar por el constante aleteo de sus pestañas.

—Oh, dicen eso a todo el mundo —caigo en la cuenta, un segundo después.

—Sí. Decimos eso a todo el mundo. Si me disculpa...

—Desde luego —farfullo avergonzada y me coloco las gafas de pasta.

La camarera desaparece de mi campo visual y yo me hundo en mi asiento y me dedico a estudiar la carta.

Derek y la comida llegan al mismo tiempo.

—Justo a tiempo —le digo.

Sonrío, cierro el menú y lo deposito sobre la esquina de la mesa.

—Soy un reloj, Lizzy. En todos los sentidos.

—Lo que sea que haya querido decir con eso.

Con un nerviosismo injustificado, agarro mi vaso de agua y me lo bebo, a sorbitos. Así estaré ocupada durante un buen rato. Derek levanta las cejas dos veces seguidas y se sienta.

—Hm, salsa de pimienta y solomillo. Mi comida favorita. ¡Cómo me conoces, nena! Sabía yo que tú eras mi alma gemela.

Delante de mi mirada atónita, Brooks coge el pequeño bol de salsa de ajo y echa todo el contenido encima de su solomillo. Mis ojos se dilatan, como cuando te das cuenta de que la has fastidiado. *Oh, querida.*

Aparto el vaso para detenerle, pero ya es demasiado tarde. Derek ya se ha llevado el primer bocado a la boca y lo está masticando despacio, frunciendo el ceño y arrugando la nariz a medida que el sabor impregna sus papilas gustativas.

—¿Lizzy? —dice, después de tragar.

Madre mía. La que se va a liar.

—¿Jefe? —susurro con aire temeroso.

Derek se pasa la lengua por los dientes, ladea la cabeza hacia un lado y vuelve a arrugar el entrecejo.

—Sé que te parecerá una pregunta ridícula, pero... ¿qué clase de salsa es esta?

Mi madre.

—De ajo, me parece.

Derek traga en seco.

—De ajo.

—Creo. No estoy muy segura, claro... Venía con el filete. Con el mío, quiero decir —me apresuro a añadir—. Su filete no traía ninguna salsa. Pero

si quiere comerse la mía, siéntase libre de hacerlo. Yo soy generosa, por si no lo sabía, y no tengo problema en compartir mi...

—¿Lizzy?

Cierro la boca y miro a Derek, que en ningún momento ha perdido la compostura.

—¿Señor Brooks?

—Llama a la ambulancia, si eres tan amable.

Y antes de que me dé tiempo a preguntar por qué, Brooks se desploma encima de mi pastel de chocolate. Sabía yo que era un error pedirlo todo al mismo tiempo.



Capítulo 6: El conde *Derekula*

Lunes, 20:50

Debe de ser el día más largo de toda mi vida.

—¡Esto es demasiado incluso para ti! ¿Con qué demonios vamos a pagar ahora el alquiler?, ¿eh? Este mes no me han dado ningún trabajo. ¡Dijiste que te encargabas tú, Lizzy, joder!

Aguanto la mirada de Lucy con valentía. Sé que tiene razón. Este mes me tocaba a mí pagar el alquiler.

—¿Cómo iba a saber yo que tiene alergia al ajo como los vampiros? —me defiendo, y me dejo caer al sofá con aire agotado—. Si es que todo en ese hombre es antinatural. Incluidos sus abdominales —añado por lo bajo.

—¿En serio que estás pensando en sus abdominales ahora, cuando él se debate entre la vida y la muerte?

—No seas tan melodramática, Lucy. Nadie se ha muerto por un poco de ajo.

—¡ÉL TIENE UNA FUERTE ALERGIA, CABEZA HUECA! ¿Cuándo lo vas a comprender?

—¡Dios, lo siento! —alzo el tono, mortificada.

Soy consciente de que he fastidiado las cosas, y me atormenta la posibilidad de haberlo hecho aposta. ¿Y si mi subconsciente ha tomado el control sobre mí y ha intentado acabar con la vida del pobre Brooks?

A lo mejor tengo a un Míster Hyde por ahí, saboteándome desde el interior de mi mente.

O a lo mejor es que soy mala y punto.

También puede que tenga al demonio dentro. Tantos hechizos y maldiciones me habrán pasado factura. Nadie juega con la oscuridad sin

pagar un precio.

Dios mío. ¡¿Y si el demonio soy yo?!, pienso con los ojos abiertos de par en par.

—¡Lo sientes!

Lucy, con un bufido, interrumpe mi conflicto laico. La miro y parpadeo.

¿Parpadearía de ser el demonio? ¡Ay!, ¡no lo sé!

—No sabía que fuera alérgico —me confieso con voz trémula—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Muchas, teniendo en cuenta que vamos a quedarnos en la calle dentro de quince días. A ver si me calientan tus excusas entonces, cuando esté durmiendo entre cartones.

La reina del melodrama ataca de nuevo.

—Estás creando tormentas dentro de un vaso de agua, eso es todo. Nadie va a dormir entre cartones. ¡Relájate! Llamaré a mi padre para que nos pague el alquiler.

—De eso nada. Vamos a arreglar las cosas tú y yo. Como las adultas. ¿No te has cansado de causar problemas a tus padres?

—Sí, pero ¿qué puedo hacer? Es culpa suya por haber traído a este mundo a una inútil.

—Podrías arreglar tus estropicios, para variar —propone Lucy con gran

sabiduría.

—¿Arreglar mis estropicios? Hmmm. Nunca lo hubiera pensado. No sé si me gusta la idea —resuelvo, después de meditarlo unos segundos.

—Nunca dije que fuera a gustarte. Pero es lo que hay. Vamos.

Lucy se remanga, metafóricamente hablando, y decide solucionar el problema ella misma. Me agarra de un brazo y me hace abandonar la comodidad de nuestro sofá, no sé aún con qué maléficos fines.

Un momento.

¡A lo mejor el demonio es ella!

Eso tendría mucho más sentido. Piénsalo. ¿Quién te ha obligado a aceptar este trabajo, para empezar? Lucy. ¿Quién te ha dicho *tú aguanta* cuando la llamaste a las diez de la mañana para decirle que tenías pensado dejar el curro? ¡Lucy! Todo esto se habría podido evitar de no haber sido por ella. ¿Y qué clase de nombre diabólico es Lucy? Ella nunca dijo cuál era su nombre completo. ¿Lucía? ¿Lucinda? ¡¡¡¿¿¿Lucifer???!!!

Madre mía. Madre mía. Madre mía. Si Lucy es el demonio, es que ¡vamos a morir todos!

—¿Qué vas a hacerme? —susurro, mirándola con terror. ¿Por qué huele a *Amor Amor*? ¿No debería oler a azufre?

—Irás a verle.

Miro horrorizada la expresión resuelta de su rostro.

—¿A Derek?

—No, a su Santidad, el Papa. ¡Claro que a Derek! Mueve el culo.

Vaya. Ha dicho Santidad y no le ha salido humo por las orejas. Entonces, ella no es el demonio, y volvemos a la teoría de que el demonio soy yo.

¡Mecachis!

Me cruzo de brazos, convencida de que hacer caso a Lucy es lo peor que puedo hacer. Tengo el mal presentimiento de que, si voy a ver a Derek, algo va a cambiar irremediabilmente entre nosotros, y es mejor prevenir que curar.

—Estás loca si piensas que voy a hacerlo. Oh, amiga mía, no me vas a sacar de aquí ni con un chorro de agua. ¿Te das cuenta de cuánto me va a gritar si voy a verle? Estará de un malhumor terrible. ¡Le acabo de envenenar!

—¿Y tú te das cuenta de la que se va a liar si resulta que le has envenenado y ni siquiera has tenido la decencia de pasarte por el hospital? ¡Puede denunciarte!

—¡Me da igual! No voy a ir a verle. No quiero que me grite. Prefiero pasar una temporadita en la cárcel. Al menos ahí no hay que pagar el alquiler. Y ya me he hecho a la idea de que el naranja no es tan malo.

Lo afirmo y lo sostengo, señorías.

—Oh, pobrecita mía. Le da miedo que el grande y feroz Derek vaya a regañarla. —Justo cuando yo creía que Lucy se había vuelto maternal, un cambio en su rostro lo echa todo a perder. Sin duda, tiene al demonio dentro—. ¡Te mereces que te grite, joder! Yo misma tengo ganas de estrangularte. ¡No se puede ser tan inútil, chica! Vamos. Te llevaré para asegurarme de que no te echas atrás.

Cuando a esta mujer se le mete algo en la cabeza, no hay quien se lo saque. A lo mejor si llamo al cura para un exorcismo...

—Camina, coño —exige, empujándome por detrás.

Aferrada a la idea del cura, hago fuerza para resistirme, me agarro con los dos brazos a una columna decorativa y aguanto todo lo que puedo, pero ella es más robusta. O puede que sea la fuerza demoníaca. El caso es que mis pies descalzos empiezan a deslizarse por el parqué, y no precisamente en la dirección que a mí me gustaría.

—¡Para ya, Lucy! No pienso ir.

—Elisabeth O'Connor, no seas infantil. Necesitas este trabajo. ¿De verdad piensas que tu padre se lo va a tomar bien? Recuerda lo de la última vez, cuando te amenazó con arrastrarte por los pelos de vuelta a Wisconsin y casarte por la fuerza con ese paleta de Trent Carlson si volvías a perder el

trabajo.

Ostras, se me había olvidado eso. Mi padre estaba muy cabreado ese día.

Dichosa *pitopausia*. A lo mejor él también tiene al demonio dentro. Eso explicaría un par de cosas. Como, por ejemplo, que me prohibiera conducir su coche después de estrellarlo contra el pajar.

—Mierda —me rindo, consciente de que no tengo escapatoria. O Brooks, o Carlson. Sinceramente, prefiero a Brooks. De lo contrario, tendría que viajar en el remolque de un tractor por el resto de mis días—. Vale. Lo haré.

—Sabia decisión.

—Pero, al menos, deja que me cambie de ropa. Llevo chándal, por el amor de Dios.

—¡Da igual! Un moribundo no se fijará en tu atuendo. No seas tan frívola, Elisabeth.

—Él no es un moribundo. ¡Es Derek Brooks!

—No sé por qué te empeñas en convertirle en un demonio. Seguro que no es más que hombre, como cualquier otro.

Aprieto los labios para retener la réplica que iba a soltarle a Lucy (¡qué sabrá ella sobre Derek Brooks! ¡o sobre los demonios!), y en vez de decir nada, agarro enfurecida mi bolso y la sigo hacia la puerta.

—¿Ves cómo la mejor alternativa es la de hacer las paces con tu jefe?

—me apacigua Lucy mientras esperamos el ascensor.

Le lanzo una mirada cruzada. *Vade retro!*

—No, no lo veo, pero me consuelo diciéndome que es mejor arrastrarme y pedir disculpas a Brooks, puesto que la alternativa sería casarme con el gilipollas del pueblo.

—A mí me da igual con qué filosofía te lo tomes. Mientras vayas y hagas lo correcto...

—Eres una bruja.

—Y tú, una boba envenena jefes.

Le saco la lengua, me cruzo de brazos y no le vuelvo a hablar en un buen rato. Sé que tiene razón, pero no me da la gana admitirlo.

21:20

¡¿Este día no va a acabar nunca?! A lo mejor he entrado en una burbuja mística y estoy condenada a vivir eternamente mi primer día con Derek Brooks.

21:22

Para no enviarme con las manos vacías, Lucy aparca delante de una floristería y me obliga a ir a comprarle flores a mi jefe.

—Es mejor disculparse con un buen ramo de flores —me dice, con una seguridad tan férrea que me horroriza contradecirla. Aun así, lo haré.

—Sí, cuando eres un hombre y le has puesto los cuernos a tu mujer. Pero yo le acabo de envenenar. ¿Crees que un estúpido ramo solucionará eso?

—Lo sabremos dentro de cinco minutos. Compra unas flores bonitas, por si acaso.

Hago una mueca y desaparezco en la oscuridad del callejón.

21:27

Aprovechando que Lucy me espera en su coche, compro las flores que a mí me da la gana. Es decir, las más baratas. A ver qué opina al respecto.

21:31

—¿Girasoles?!

Acabo de descubrir qué es lo que opina.

Ocupo el asiento del copiloto, cierro la puerta y me vuelvo hacia ella con calma y sin ninguna clase de prisas.

—Y ahora, ¿qué? —pregunto, desafiante.

Lucy, que empieza a conocerme y sabe que estoy a punto de estallar, decide, sabiamente, no provocarme más. Aferra el volante con las dos manos y se incorpora al tráfico sin decir nada.

—Eso es para los muertos —murmura un minuto más tarde, porque se moría si se lo guardaba para ella.

Vuelvo el rostro hacia el suyo y le pongo mala cara.

—Seguro que Derek no lo sabe. No es tan pueblerino como tú.

—Cuanto más hablas, más ganas de estrangularte me entran. Ponte el jodido cinturón, no vaya a ser que sienta la tentación de asfixiarte con él.

—¿Sabes que eres mi mejor amiga en el mundo? —le digo con zalamería.

—¿Sabes cuánto me importa eso ahora mismo?

—¿Una mierda? —le propongo, con mi más adorable sonrisa.

—Mira. Lo has clavado. Y yo que pensaba que eras tonta. Pero no, eres más lista de lo que pareces. Y no es solo por las gafas que llevas.

21:52

El día suma y sigue.

Lucy aparca en un callejón oscuro y detiene el motor.

—Pues ya estamos aquí.

—Pues sí. Puedes esperarme en el coche, si quieres —añado alocadamente—. No tiene sentido que nos mojemos las dos.

—Sí, claro. ¿Te lo has pensado mucho? Vamos, que te acompaño. No pienso perderte de vista.

¡Demonios! Es más lista de lo que creía. No se deja engañar tan fácilmente.

Hago una mueca en la oscuridad y bajo.

Pese a la cada vez más intensa llovizna, Lucy se apea del coche, me agarra

de la mano y me arrastra hacia la puerta del enorme hospital privado en el que han ingresado a un moribundo Brooks, que, nada más ser reanimado por los sanitarios de la ambulancia, repetía con lengua de muerte que ni de coña iba a ir a un hospital público. Es pijo incluso para estirar la pata.

21:55

¿Acabará el día a medianoche? Ya no lo sé. Sigo dando vueltas a lo del bucle místico.

21:57

Odio a Lucy. Que todo el mundo me mire mientras avanzo por el pasillo es solo culpa suya. Y de mi aspecto...

La verdad es que estoy hecha un adefesio, con el chándal rosa de Hello Kitty y un enorme ramo de girasoles amarillos y marchitos en la mano. Me siento cansada, vieja y cobarde.

—Ahora que lo pienso... —titubeo delante de la puerta de Brooks.

—Entra.

Lucy me mete dentro de un empujón y cierra a mis espaldas. Me tambaleo hasta la mitad de la estancia, hasta que consigo recuperar el equilibrio. Menos mal que hay una cortina ocultando la cama. Mi jefe no me ha visto haciendo el ridículo. ¡Hurra!

—¿Quién anda ahí? —pregunta Brooks. Su maldito oído de zorro no falla

nunca.

Con valentía, aparto un poco la tela, lo suficiente como para meter la nariz dentro de su zona VIP.

—Esto... ¿Señor Brooks? Soy Lizzy. ¿Puedo pasar?

Brooks está leyendo. Tiene un libro electrónico en la mano y la luz de la mesilla encendida. Me alegro de ver que está despierto. Y vivo, puestos a pensar.

—¿Vienes a rematarme? —dice, sin esbozar ningún gesto, aparte de desdén. Este hombre es el rey del sosiego. Esperaba berridos y rugidos, no indiferencia.

—No. Vengo a asegurarme de que está bien.

Como si no le importara demasiado mi presencia, apaga la pantalla y deposita el Kindle sobre la mesilla. Intento recomponerme y parecer lo más digna que puedo en estas circunstancias. ¿Por qué me castiga con su silencio?

Al ver que me ignora, echo la cortina hacia un lado y entro, pese a no haber recibido aún una respuesta afirmativa por su parte.

—Tenga. Esto es para usted.

Brooks tarda unos momentos en volver la mirada hacia los girasoles que le ofrezco. Y cuando lo hace, arquea una ceja.

—Lamento decepcionarte, cachorrillo, pero resulta que no me he muerto

aún.

No puedo reprimirme y contraigo los labios en una mueca.

—Así que está hecho un pueblerino, ¿eh?

—Todo el mundo sabe que los girasoles son para los muertos.

— *Casi* todo el mundo —insisto en hacer hincapié.

Derek hace una mueca, se coloca la almohada y vuelve el rostro hacia el mío. No sé qué es lo que piensa, lo cual me desespera. ¿Por qué me mira tan fijamente?

Cohibida, me siento en la butaca que hay al lado de su cama y dejo las flores en el suelo.

—No sabía que los girasoles fueran para los muertos —intento disculparme, consciente de que la voz me está temblando un poco.

Derek me observa con tanto empeño que desvío la mirada. Está demasiado tranquilo. ¿Por qué no ruge como un basilisco?

—¿De dónde eres, Lizzy? —pregunta, para mi sorpresa—. Tú y yo nunca hemos hablado de nada personal. Aunque tampoco hemos tenido tiempo, ¿eh? Hace menos de veinticuatro horas que nos conocemos.

Levanto la mirada y constato que no se está burlando. Parece serio y amable, por una vez. Interesado en conocerme mejor.

—La verdad es que soy de Wisconsin.

—Hmmm. Eso queda bastante lejos. ¿Y qué haces en Nueva York?

Una pequeña sonrisa traviesa lucha a asomar en las esquinas de mis labios.

Hablamos como si fuésemos dos viejos amigos. Nunca pensé que Derek y yo pudiésemos llegar a llevarnos bien. Y mucho menos después de mi intento de asesinato.

—Está claro. Pierdo el tiempo trabajando para usted.

Brooks se esfuerza en contener la sonrisa.

—Muy graciosa. Espero que me den el alta pronto —cambia de tema y se vuelve serio—. Odio los hospitales.

—Ya. Yo también. Los pasillos huelen a desesperación.

—Diría que es lejía.

—Metafóricamente hablando, es desesperación —me empecino en mis ideas.

—Metafóricamente hablando, tienes razón —cede Brooks con los párpados entornados—. ¿Quieres mi gelatina?

Pongo cara de confusión y Derek entorna los ojos de nuevo.

—El vasito de la mesilla —aclara, señalándomelo—. Odio la gelatina.

—Oohh. No, gracias.

—¿Tampoco te gusta la gelatina?

—No.

Lo miro recelosa. ¿Por qué estamos hablando de gelatina? Esto es extraño.

—Es tarde, Lizzy.

—Ya. Quiere dormir —conjeturo.

—No. Es que... no creí que fueras a venir. Y mucho menos a estas horas.

—No quería... molestar —susurro y aprieto los labios.

—Tú nunca molestas, Lizzy —susurra, con los ojos paseándose por todo mi rostro.

No sé qué decir, así que no digo nada.

—Cuéntame algo sobre ti que nadie más sepa.

Me sorprendo ante tal extraña petición. ¿Serán los calmantes que le han chutado?

—¿Por qué quiere que haga eso?

—Mis actos no entienden de razones.

—Cierto. Sigo sin saber por qué despidió a la pobre Jenny...

Sonríe un poco y hace como que no ha oído mi murmullo.

—Está bien —cedo con los ojos en blanco—. A ver qué puedo contarle que nadie más sepa.

—Cualquier cosa —insiste Brooks.

Me lo pienso un poco antes de hablar.

—En quinto, copié en mi examen de francés —confieso, arrancándole una

sonrisa. Me contempla como si estuviera absorbiendo cada uno de mis rasgos, para guardárselo todo dentro de la memoria—. He mentido en la Santa Confesión. *Varias* veces. Y me gusta la música de los sesenta. Toda. Es maravillosa. Y las películas. *Desayuno con Diamante*, *Vacaciones en Roma*... Adoro a Audrey. Es mi modelo en la vida. A diferencia de mí, ella no es nada torpe. También me gusta el cine francés, aunque a algunos les parezca malo. La comedia francesa, sobre todo. Louis de Funès, por poner un ejemplo, es desternillante. Ah, y después de romper con mi último novio, me prometí a mí misma que nunca llevaría a ningún otro chico a casa de mis padres. A no ser que tenga pensado casarme con él.

—Vaya... —Brooks hace una pequeña pausa, en la que sus ojos no se apartan de los míos—. ¿Y esto no lo sabe nadie más que yo?

Asiento solemnemente.

—También me gusta el cine coreano. Pero eso lo sabe todo el mundo.

Brooks aprieta los labios para no sonreír.

—Gracias por contármelo.

—De nada —murmuro, ruborizada.

Con el paso de los segundos empiezo a sentirme tan incómoda que desvío la mirada al suelo. Por norma general, no tengo problema en hablar de mí misma. O en hablar, en general. Pero con él todo es diferente. Con él soy otra

persona. Y, aun así, sigo siendo yo misma. Es extraño.

—Perdí la virginidad a los dieciséis, no a los catorce, como piensa todo el mundo —le sobreviene a Brooks un ataque de honestidad—. Estuve a punto de hacerlo a los catorce, pero me eché atrás porque no estaba preparado.

Luego mentí y les dije a mis amigos que me lo había montado con Sandra.

Ella corroboró la hazaña.

Parpadeo varias veces y busco su mirada.

—¿Por qué hizo eso?

—Para que no pensarán que era gay. Como iba tan bien peinadito...

Me río.

—Jolines.

—Y me comí la tarta de cumpleaños de mi madrastra y le eché la culpa al perro. Para fastidiar. Por lo demás, está todo en la *Page Six*. Esto es lo único que nadie más sabe.

Sonrío y asiento.

—Muy bien. He de confesarle que ahora me parece usted un poco más humano que esta mañana.

—Por eso lo he hecho. Quería tocar tu fibra. Así, si me ves como a una persona, a lo mejor ya no intentas asesinarme.

—Oh —murmuro desencantada.

—Es broma. Solo quería... que lo supieras. Que supieras algo sobre mí que nadie más sabe.

—Una pregunta, señor Brooks.

Enarca las cejas y espera.

—Tú dirás.

—¿Los posible rumores sobre su orientación sexual...?

—¡NO SOY GAY, JODER! SOLO ME GUSTA IR BIEN PEINADO.

—Vale, vale, no se sulfure. Solo preguntaba. Jolines.

Brooks tuerce la boca en un gesto de enfado.

—No veo por qué era necesaria tal pregunta.

—Lo siento —vuelvo a disculparme, aún más cohibida que antes—. Es un mundo donde los tíos buenos o están casados o son gay, es mejor preguntar estas cosas.

Sonríe un poco y se le pasa el cabreo.

—¿Sabes que eres la primera que viene a verme? —desvela después de unos segundos de silencio.

La sorpresa me hace parpadear y buscar su mirada.

—¿En serio?

—Ya lo creo.

—¿Es que usted no tiene familia?

Derek curva la boca en un gesto amargo.

—Sí, la tengo. Demasiada, incluso. Un padre ausente, una madrastra más joven que yo, un hermano capullo, una futura cuñada a la que aún no conozco... Y, aun así, aquí no hay nadie más que tú.

—¿Por qué?

Se produce una pausa. Brooks baja el rostro al suelo, su mirada perdiéndose en algún punto de por ahí. Es guapo. Maldita sea, es tan atractivo que se me encoje el corazón. No sé si es por la barba o por el tormento que brilla en sus ojos, pero esta noche me parece más inalcanzable que nunca, como un dios frío e inapelable al que los humanos hemos colocado muy arriba en el cielo; un dios de rasgos esculpidos y mirada triste.

—Porque, en el fondo, Lizzy, a nadie le importa una mierda —murmura, levantando lentamente la mirada hacia la mía.

—¿Y sus novias?

— *¿Novias?* —enfatisa con una sonrisa incrédula—. Eso no significa nada.

Ellas... Es complicado.

Es tan vulnerable que no puedo evitarlo: busco la mano que descansa sobre su pecho y me aferro a sus dedos. Asombrada por lo que acabo de hacer, lo miro en silencio, con el corazón palpitante. Él, a su vez, me mira a mí, una mirada larga y reluciente que me hace contener el aliento. No sé qué

decirle.

Por el otro lado, sé que no debo decirle nada. No debo abrir la boca ni estropear esto. Solo debo... esperar.

Esperar, ¿qué?

Sus ojos marrones se clavan en mis ojos azules más profundo, y la atmósfera se carga de algo desconocido, algo electrizante que agita el aire en derredor nuestro. El tiempo, lo más valioso que tenemos, empieza a ralentizarse, a perder cualquier significado. Ya he dejado de contar los segundos, porque ya no importan nada ahora mismo.

Derek Brooks me mira de forma completamente distinta, conteniendo la respiración, y yo no puedo evitar sentirme atraída hacia él.

En vez de retirar la mano, sus dedos se curvan sobre mis nudillos y aprietan fuerte. En sus ojos brilla algo parecido al alivio cuando intercambiamos otra mirada.

Miles de sensaciones se agitan dentro de mí como mariposas encerradas en un bote de cristal. Estoy convencida de que él siente el mismo cosquilleo en la piel, el fuego que pasa de su mano a la mía.

Es inquietante.

Está mal.

Él es mi jefe y yo le odio.

Aun así, el corazón me late cada vez más deprisa dentro del pecho. La garganta se me seca y mis ojos son incapaces de romper el contacto con los suyos.

Puede que, después de todo, Derek Brooks no sea tan malo. Puede que haya algo humano en él, una necesidad de afecto, una vulnerabilidad, una ligera debilidad. ¿Estoy enamorándome de Derek Brooks?

—¿Lizzy?

—¿Sí? —murmuro, y me horroriza lo ronca que ha sonado mi voz.

—¿Llevas un chándal de *Hello Kitty* a tu edad?

La magia se quebranta como una enorme bola de discoteca que alguien estrella contra el suelo. Suelto su mano y me aparto. No. No me estoy enamorando de él.

Porque sigue siendo el mismo cretino de siempre. ¿Por qué habré pensado hace tan solo un segundo que él, que Derek Brooks, es alguien diferente?

¿Que puede ser agradable, o encantador, o tierno?

—Parece que sí. Tengo que irme. Buenas noches, señor Brooks. Me alegro de saber que sigue vivo.

Una contracción recorre su rostro, de mandíbula recia y ceño fruncido. Ha percibido la frialdad en mi voz.

—Lizzy, espera. No te vayas aún. Yo...

Aguardo unos instantes, con la esperanza de que él diga las palabras adecuadas. Sin embargo, Derek se mantiene callado.

—Lo que imaginaba —murmuro para mí.

Le vuelvo la espalda, decepcionada sin saber por qué, y me dispongo a marcharme. Movido por un impulso, Derek me agarra de la mano en el último momento y me detiene. Mis ojos se giran y bajan asombrados hacia los suyos. El pulso me late enloquecido por debajo de sus dedos. Noto la piel ardiendo de nuevo. ¿Qué demonios me está haciendo?

—Gracias por venir —me susurra, con tanta suavidad que se me contrae el corazón en el pecho.

Porque de nuevo veo en él esa vulnerabilidad, esa...

No. Esto no está pasando.

Arranco mi muñeca de su agarre.

—Buenas noches, señor —me despido con gelidez.

Y antes de que le dé tiempo de añadir nada, me precipito hacia la puerta, cierro con un golpe y, falta de aire en los pulmones, me recuesto contra la pared y bajo los párpados para rechazar las lágrimas que amenazan con asomar en las esquinas de mis ojos. Ni siquiera comprendo por qué maldita razón tengo ganas de llorar, por qué la necesidad de consolarlo me está abrumando tanto.

¿Porque está solo? ¿Porque se siente triste? ¿Porque, a pesar de todo cuanto posee, no tiene a nadie que le visite en el hospital? ¿Porque, en contra de todo lo que me ha hecho o dicho, no puedo evitar encontrarlo simpático? Suelto de golpe todo el aire que había retenido y aprieto los párpados con fuerza.

—Mierda. Esto no está pasando —murmuro derrotada, y me abrazo a mí misma con la esperanza de que eso consiga ahuyentar el frío que siento desde que su mano ha soltado la mía.

Martes, 09:15

Buenas noticias. No estoy atrapada en una burbuja. ¡Es martes! ¡Hurra! No tengo que ir a trabajar porque le he causado una baja indefinida a mi jefe, el hombre que detesta las bajas. Así que aprovecharé al máximo mi día libre. Tengo millones de cosas que hacer. Ni siquiera sé por dónde empezar.

11:17

Me aburro horrores. No sé qué hacer con tanto tiempo libre. ¡¡Ni con mi vida!!

He colocado el armario, he limpiado el baño y he hecho la compra. Ahora, ¿qué? ¿Qué se supone que debo hacer? Universo, si estás ahí, mándame una señal.

11:20

El Universo me ignora.

11:21

Decido mirar el correo electrónico, por si la señal llega en forma de oferta de trabajo.

11:22

El Universo me ha mandado una señal. Tengo un e-mail. De Brooks. No voy a leerlo.

11:23

Soy débil. Muy débil. Voy a leer su e-mail. No puedo resistirme.

11:24

¿Por qué me late el maldito corazón de esta forma mientras espero a que mi viejo portátil ejecute la orden de abrir el e-mail? ¡Ni que fuera una jovencita en su baile de fin de curso! Es ridículo.

11:25

¿Qué es eso de las actualizaciones? ¡¿Por qué no abre el mail?! Quiero saber *ya* lo que dice Brooks.

11:42

Voy a mandar un correo a Lenovo. Sus portátiles son una mierda. Pero antes leeré el de Derek. Allá vamos.

De: Derek Brooks

Para: conejitolindo21@hotmail.com

Asunto: Sigo vivo!!!!!!!!!!!!!!!

Querida Lizzy,

Pese a lo mucho que te has esforzado, sigo con vida. He pensado que te gustaría saberlo. Me dicen las enfermeras que no has vuelto a pasar por aquí, y no es que te eche de menos, pero... puedes venir cuando quieras.

Bueno, adiós.

Derek.

P.D. No puedo evitarlo, lo siento. Sé que te cabrearás como una mona, pero te lo tengo que preguntar: ¿Qué clase de dirección estúpida es esta? Te acabo de crear una nueva: elisabeth.o.connor@brookseditons.com . Espero que la uses.

11:43

Le odio. Indudablemente.

11:44

¿Verdad?

11:45

¡Ay, no lo sé! Necesito helado. Y una película lagrimógena. *City of Angeles*, a ser posible.

11:47

Ya tengo el helado de chocolate.

—Lucy, ¿quieres ver una peli conmigo?

—Mientras no sea una de esas coreanas que tanto te gustan...

—¡Coreanas! ¡Eres un genio! Esas me harán llorar seguro.

—Paso, tía. No me apetece que se me hinchan los ojos como a una rana.

Hago un gesto de desdén y enciendo Netflix. Esta noche recordaré en mis plegarias a su fundador. Es un genio.

También recordaré al fundador de los portátiles Lenovo. Quemaré las velas del revés y rezaré para que en la otra vida esté condenado a mandar, *eternamente*, correos electrónicos. ¡Desde un portátil marca Lenovo!

Miércoles, 9:02

Más correos electrónicos. Nada de actualizaciones hoy. Cancelar, cancelar, cancelar. Abrir mail de Brooks.

De: Derek Brooks

Para: conejitolindo21@hotmail.com

Asunto: Conejito lindo, dónde estás?

Querida Lizzy,

Veo que me ignoras. ¿Debo recordarte que aún eres mi empleada?

CONTESTA DE INMEDIATO. ¿Por qué no usas el otro mail? Te he escrito ya tres veces.

Derek.

9:15

Cada mail que recibo me hunde en la miseria un poco más. Las películas coreanas ya no son suficiente. Necesito algo más fuerte que eso. Y estoy a punto de recibirlo.

—Lizzy, ¿por qué has alquilado una peli porno? —me grita Lucy desde el vestíbulo.

Se me dilatan los ojos.

—Mierda. Creo que el dependiente no ha comprendido a lo que me refería con *fuerte*.

Jueves, 9:21

Tras media hora de actualizaciones, puedo abrir el correo de Brooks.

De: **Derek Brooks**

Para: conejitolindo21@hotmail.com

Asunto: ENCIMA QUE ME ENVENENASTE!

LIZZY, ESTOY AL BORDO DE UN COLAPSO MENTAL. CONTESTA AL MAIL. TENGO QUE HABLAR CONTIGO

21:58

Aún no le he contestado. Estoy muy orgullosa de mí misma.

Claro que, para evitarlo, me he tenido que ir a la perrera y llorar delante de

cada jaula de gatito abandonado... ¿Por qué la gente es tan cruel?

23:04

¡Este hombre no quiere dejarme vivir!

De: **Derek Brooks**

Para: conejitolindo21@hotmail.com

Asunto: Vale, lo he pillado

No quieres hablar conmigo. Está bien. Solo te escribo para decirte que me han dado el alta esta mañana. Me incorporo el lunes. No vayas mañana a la oficina. No te necesito.

Buen fin de semana,

Derek,

00:01

Solo puedo pensar en la punzada de dolor que he sentido al leer que *él* no me necesita. ¡Ni que estuviera enamorada del jodido Derek Brooks!

Suspiro, me tiro, despatarrada, en la cama y me tapo hasta las orejas. En medio de un silencio sepulcral, el tictac del reloj me recuerda el paso del tiempo. Las doce y diez de la noche. Las doce y once. ¡Las doce y doce!

Furiosa, arranco la almohada de debajo de mi cabeza y me cubro el rostro con ella.

—Aaaaarrrrrggggg —grito, apretando la almohada contra mi boca. Igual

amortiguo el sonido.

—¡Lizzy! ¿Tan mala es la porno?

—¡No! —Aparto la almohada para que Lucy pueda escucharme desde su habitación. Y porque cabe la posibilidad de que me asfixie por error...—. He tenido una semana larga. Vete a la cama ya.

—Eso es lo que intento. Solo si te callaras...



Capítulo 7: No quiero quererte

Lunes, 07:00

Dua Lipa. *Electricity*. Nuevo día, nueva canción.

—¡¡Lizzy!!

—Sí, sí. Lo apago.

Desganada, detengo el despertador sin rechistar y me siento en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos. Ni siquiera tengo ganas de dormir. Ya no le robo minutos al reloj. Estoy demasiado inquieta. Hoy vuelvo a una rutina que me horroriza. Odio los lunes, odio la *fuckin'* Empire State y odio trabajar para Derek Brooks.

Aun así, cada vez que pienso en volver a verle, el corazón se me acelera de golpe.

07:48

Antes de ir a la oficina, paso por el Starbucks para conseguirle un café a Derek. Estoy tan decepcionada conmigo misma que decido hacer una lista de prioridades:

A) No voy a pensar en Derek.

B) No voy a hablar de Derek.

C) No voy a ver a Derek. No después de lo de la semana pasada.

07:49

Me lo repito una y otra vez, hasta que se me mete en la cabeza. No voy a ver a Derek.

07:52

He caído en la cuenta de algo muy importante. Él es mi jefe y yo soy una profesional, así que volver a vernos es prácticamente inevitable.

07:54

Bueno, si soy sincera conmigo misma, nunca he sido demasiado profesional, pero necesito el dinero para pagar el alquiler. No puedo permitirme prescindir de este trabajo. Esa es la maldición del pobre. Tienes que hacer cosas que no quieres hacer.

07:55

No seas e mbustera, Lizzy. Tú quieres ver a ese Derek Brooks, me mortifica la voz de mi madre mientras avanzo en la cola del Starbucks con la lentitud de un gato viejo. Sé que mi imaginaria madre tiene razón.

07:56

Y, sí, soy consciente de que tengo que ignorar mis sentimientos. De hecho, llevo intentándolo toda la semana. Porque son ficticios. Sé que son ficticios. Yo, en el fondo, no quiero ver a Brooks. ¿Verdad que no?

07:58

Ay, Señor, ¿en qué lío me he metido? ¿Y por qué tardan tanto en atender?

07:59

He llegado a dos conclusiones:

A) Los camareros están dormidos.

B) Mi vida se ha vuelto demasiado complicada en una sola semana.

Años atrás, tenía un plan. Tenía unos sueños. ¿Qué demonios ha pasado con eso?

Derek Brooks, eso te ha pasado, me contesta mi madre con acritud.

Jodidas colas. Una piensa demasiado cuando está haciendo cola. Y no siempre viene bien pensar en tonterías.

08:02

—Lizzy, ¡qué madrugadora!

Levanto la cabeza, aturdida y descolocada, y choco con la mirada divertida de Jensen.

—Jensen, buenos días. —A pesar de la angustia, la sonrisa aflora a mis labios de forma natural al ver a Jensen —. Un café para mi jefe, por favor.

Descubro que Jensen lo tenía ya preparado. Me lo ofrece al instante.

—Aquí tienes, señorita.

—Qué rapidez, chico. Gracias.

Ya estoy de camino hacia la puerta, cuando le oigo llamándome:

—¿Liz?

Vuelvo la cabeza hacia atrás y, sin poder contener el asombro, lo miro con las cejas en alto. Jensen tiene las dos manos apoyadas en el mostrador y mantiene los labios curvados en esa media sonrisa arrebatadora que pienso que solo me la dedica a mí, aunque luego recuerdo que es camarero y que probablemente se la dedique a todas las mujeres para conseguir una buena propina.

—¿Cómo te gusta? —me pregunta, mirándome con descaro a los ojos.

Eso me pilla tan desprevenida que, durante unos segundos, enmudezco.

—El café —aclara, al ver mi mueca de confusión.

Enrojezco de vergüenza al darme cuenta de que él se refería a un simple café.

¡Qué idiotez! ¡Pues claro que se refería al café! Por qué iba a preguntarte este dios rubio cómo te gusta a ti el...

¡Cállate, madre, por el amor de Dios!

—Solo —balbuceo y, presa de la turbación, me precipito hacia la puerta, la empujo con el hombro y desaparezco de su vista lo más rápido que puedo, como el gusano cobarde que soy.

08:05

Madre mía. No estoy preparada para esto.

Derek ya ha llegado.

Cuando voy a dejarle el café, me lo encuentro con la frente apoyada encima de su escritorio. Tiene los dos brazos tapándole la cabeza y aire de absoluta derrota. ¿No estará malo otra vez?

08:05:07

Por favor, que no le hayan contagiado el ébola ni la peste bubónica ni la meningitis. Universo, retiro todas las maldiciones que le he echado este último año.

08:05:09

¡Dios mío! Ya no quiero que a Derek Brooks le pase nada malo. De hecho, ni siquiera quiero que padezca sífilis o que pierda las muelas. ¡Derek Brooks me cae bien! Qué horror.

08:05:25

Me decido a hablarle y carraspeo ruidosamente para hacerle saber mi presencia.

—¿Señor Brooks?

En respuesta, Derek gruñe. Avanzo con precaución, para no asustarle.

—Me alegra verlo sano y salvo, señor. Le traigo su café. Como a usted le gusta, solo, sin azúcar ni leche ni nada raro —lo animo con mi tono más enérgico.

Derek levanta el rostro y me observa impasible. Ay, madre, tiene ojos

vidriosos. ¡Como los de Bambi! Ya no podré odiarle nunca más.

Se ha quitado la chaqueta, no lleva corbata, y los primeros tres botones de su camisa blanca están desabrochados. Su pelo está despeinado, y sus labios, hinchados, rojos y un poco húmedos. ¡No se ha afeitado! Algo muy malo debe de haberle pasado. Él siempre va de punta en blanco. ¡Y ahora es el jodido rey del desaliño!

Lo cual lo vuelve aún más atractivo...

Vale, ¡no pienses en eso!

Pasan los segundos sin que yo consiga moverme o respirar. Su mirada me ha atrapado, y he de decir que Derek no parece dispuesto a soltarme tan fácilmente. Quiero vocalizar, decir cualquier cosa, cualquier estupidez, pero me paraliza un atroz miedo de que mi voz suene demasiado ronca y él se dé cuenta de todo el poder que ejerce sobre mí.

Así que me quedo parada delante de su escritorio, con el café en una mano y los ojos encajados en los suyos.

Intento no pensar en lo atractivo que luce esta mañana. Intento no pensar en nada.

—Ha... —me aclaro la voz dos veces seguidas y lo vuelvo a intentar—.

¿Ha dormido usted en la oficina?

Derek esboza una media sonrisa. No sé si para burlarse o porque le

divierte mi pregunta.

—Eso es evidente, Lizzy. —Hace una mueca, se levanta y viene hacia mí—. Kim me ha echado de casa. ¡MI casa!

—Lo... lo... siento —tartamudeo. Él se apoya en el escritorio, delante de mí, a solo diez centímetros de distancia.

—¿De verdad?

—Sí —aseguro alocadamente—. Usted no es tan malo, al fin y al cabo. Casi sufre acoso escolar por ir bien peinadito. Las personas que sufren acoso siempre son buenas.

Brooks aguanta la sonrisa. Baja el rostro y aprieta los labios. Estoy diciendo tonterías, lo sé. Estoy demasiado nerviosa. Se me ha incendiado todo el rostro y me da miedo que él pueda verlo.

—Conque no soy tan malo, ¿eh?

Levanta la mirada hacia la mía, y de nuevo soy capaz de percibir esa corriente extraña fluyendo entre nosotros dos.

Y también soy consciente de que entre él y yo solo debería fluir una única corriente: la del secador de pelo que hay que arrojar a la bañera cuando él esté dentro.

Muajajajaja. Esa era mi risa diabólica, por si os surgía dudas.

En medio de un silencio incómodo, Derek ladea la cabeza hacia un lado y

busca mi mirada.

—Puedes tutearme, ¿sabes? —me dice, con suavidad—. No soy tan mayor.

—De acuerdo —murmuro, sin ser capaz de quebrantar el contacto visual. ¿Por qué no deja de mirarme? ¿Por qué no dejo *yo* de mirarle a él?

Brooks avanza dos pasos más y se detiene delante de mí. Puedo sentir su respiración estrellándose contra la piel de mi rostro. Ay, madre.

—Es curioso —susurra, con voz enronquecida.

—¿El qué? —musito, ya que estamos tan cerca el uno del otro que me da miedo hablar en voz alta.

—Es curioso que... te haya echado de menos.

Me quedo paralizada, con el aliento contenido, cuando Brooks alarga el brazo y desliza los nudillos por mi mejilla. No sé por qué me está tocando así, ni sé por qué no se lo estoy impidiendo. Tal vez porque me gusta el modo en el que arde mi piel por debajo de la suya.

Me coloca un mechón y en las comisuras de su boca tiembla una sonrisa.

—Lizzy —susurra, un poco atormentado, y, acercándose a mí, coge mi cabeza entre las manos—. Lizzy, Lizzy, Lizzy... Hay tantas cosas que...

Se interrumpe de pronto y, lleno de confusión, busca mis ojos. No sé por qué, tengo la impresión de que se está rindiendo ahora mismo. Lo veo en su

mirada. Son sus ojos los que se apagan de golpe y se enfrían como un pequeño cubito de hielo que alguien ha olvidado en el congelador.

Sus manos caen a mi alrededor y Derek da un paso hacia atrás. Sí. Se está rindiendo. Quería decirme algo y no ha tenido el valor de hacerlo.

—Hay tantas cosas que tengo que hacer —asegura, en un tono completamente diferente al anterior—. No sé por qué estoy perdiendo el tiempo contigo.

Y se aleja, no solo físicamente, sino que se aleja del todo de mí, y ahora solo me queda el recuerdo de su mirada, el modo en el que ardían sus ojos, la forma en la que me ha hablado, la suavidad con la que ha acariciado mi mejilla, lo posesivos que eran los dedos que rodeaban mi rostro.

Solo hemos tenido unos momentos. Ha sido un simple roce. No tiene por qué afectarme. No es el primer hombre que me toca, y, con un poco de suerte, no va a ser el último.

Pero me afecta.

Madre mía.

Cierro los ojos, me apoyo contra el escritorio y tomo pequeñas bocanadas de aire para recuperar el aliento.

No quiero enamorarme de Derek Brooks, pero, a estas alturas, tanto él como yo sabemos que todo en la vida es solo cuestión de tiempo.

—¿Lizzy? ¿Dónde estás, soldado? Te necesito. Alguien me ha llamado *hashtag gilipollas* en Twitter y no sé cómo contestarle. Odio las nuevas tecnologías. ¿Lizzy? ¿Qué estás haciendo? ¿Es que no me has oído? Tenemos una reunión con el departamento digital.

No hay tiempo para tristezas o melancolías, así que compongo mi sonrisa más natural y lo sigo por el pasillo.

—Sí, Derek. Te he oído —murmuro, antes de cerrar la puerta de su despacho a mis espaldas.

Miércoles, 09:10

—Estoy profundizando en lo de mi odio hacia Brooks.

—¿Y cómo te va con eso? —pregunta Lucy al otro lado de la línea. La he llamado desde el trabajo. Hay que aprovechar que Brooks no viene hasta después de comer.

—Mal. Porque no puedo sacarme de la cabeza el modo en el que brillaban sus ojos cuando me vio en el hospital.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo le brillaban? ¿Como dos luciérnagas? —me propone, burlona.

—¿Qué más da cómo le brillaran? ¿Es que no me has oído? ¡Le odio! No me importa su persona.

—¿Te das cuenta de la incongruencia? No puedes odiar algo que no te

importa.

—Puedo, y lo haré. Le odio, le odio, le odio...

—Dios mío, qué melodramática estás hoy. Será porque es miércoles.

Escucha, tengo que dejarte. Me toca turno.

—¿Estás segura de que vender tu sangre es lo correcto?

—¡No la estoy vendiendo! —se defiende, alzando el tono—. La estoy donando.

—A cambio de dinero.

—Y de un bocadillo.

—Como sea, es un trato comercial. La sangre debería ser gratis. El simple hecho de estar salvando la vida de alguien debería ser suficiente estímulo para...

—Lizzy, ¿por qué hay un animal salvaje en medio del pasillo? —ruge Brooks a mis espaldas.

¡Mi madre!

—Suficiente estímulo para que usted consiga vender la saga entera

—continúo con profesionalismo—. Una saga de vampiros —le susurro a un atónito Brooks—. Comercio ilegal de sangre humana. Todo un dramón.

Tiene gancho de cara al público.

—¿Pero qué diantres estás diciendo? —oigo a una confusa Lucy al otro

lado de la línea.

—Gracias por contactar con Ediciones Brooks —le digo, y rezo para que se dé por aludida—. Estaremos más que contentos de recibir su manuscrito. Adiós.

Antes de que Lucy lo eche todo a perder y se descubra el pastel, cuelgo, me pongo de pie y compongo la mejor sonrisa que tengo. Brooks, en vaqueros y camisa arremangada, me estudia con recelo. Tiene la frente arrugada de forma interrogativa.

—¡Derek! ¡Qué sorpresa!

—¿Ah, sí? ¿Por qué? Trabajo aquí. ¿Qué tiene eso de sorprendente?

—Ya sé que trabajas aquí, pero pensaba que te habías tomado la mañana libre. Eso ponía en el mail. *Lizzy* (lo siento, siempre que leo tus mails, pongo voz de barítono, no es nada personal), *me voy a tomar la mañana libre*. Tal cual. De ahí mi confusión.

—Respuesta que, sin embargo, no contesta a mi pregunta —me recuerda, y se cruza de brazos.

—¿Qué pregunta? —me hago la loca.

—Sabes perfectamente qué pregunta. La estás eludiendo.

—De eso nada. Es que... soy corta de miras. Y de memoria. No sé ni lo que digo.

—Lizzy, ¿por qué hay un animal salvaje en el vestíbulo? —gruñe, crispado a más no poder.

Entorno los ojos en señal de rendición.

—No es un animal salvaje. Es un gato. Esta vez llevaba las gafas. ¡Bien por Lizzy!

Cochiqueo como un jabalí, hasta que veo la mirada de Brooks y se me quitan las ganas de reír. Carraspeo, me empujo las gafas, ya que me están colgando un poco, y le digo:

—Me lo encontré.

—¿Al gato?

—¿A quién sino?

—¿Y por qué está aquí?

—Pues porque... porque...

—¿Porque...? —apremia Brooks con gesto severo.

—No tiene casa —contesto con aire resuelto—. Tengo que buscarle un hogar.

Brooks se sienta encima de mi escritorio. Madre mía, ¡que no vea el Facebook parpadeando! *Karen 91* me ha contestado al mensaje. Me hice una cuenta falsa para saber más sobre su relación con mi ex.

—¿De dónde lo has sacado?

—¿Al gato?

—Obviamente.

—De los cubos de la basura.

—¿Y qué estabas haciendo...? Olvídalo. ¿Cómo vas a encontrarle casa?

—Pondré un anuncio en internet, contactaré con un par de ONG y rezaré para que alguien quiera adoptar un gato viejo y medio ciego.

Derek frunce el ceño.

—Suena complicado.

—Lo es —admito y, entre suspiros, me dejo caer encima de la silla con aire derrotado—. Ojalá conociera a alguien rico y... con ganas de tener una mascota. Una familia normal jamás lo va a adoptar. Hay que invertir dinero. Los veterinarios son más caros que los dentistas y...

—Me lo quedo yo.

Parpadeando, busco con la mirada a Brooks. Eso es algo que nunca pensé que él diría.

—¿Qué?

Tuerce la boca para restar importancia.

—He dicho que me lo quedo.

—Eso lo he oído. Pero ¿por qué? A ti no te gustan los gatos. Piensas que son *animales salvajes*.

Calla un segundo, suspira exasperado y busca mi mirada.

—Porque es importante para ti.

Mierda. Una respuesta que no sé si me gusta.



Capítulo 8: Tic, tac, tic, tac

Septiembre. Última semana. Viernes, 15:15

—Quiero que destruyas todos estos manuscritos.

Derek Brooks deja caer un montón de papeles sobre mi escritorio. En las últimas semanas la tensión entre él y yo no ha hecho más que aumentar. Cada vez que estamos a solas, el aire de la habitación crepita, cargado por algo desconocido y completamente excitante.

Cuestión de tiempo, Lizzy. Cuestión de tiempo.

Rehuyendo mis pensamientos, levanto la mirada de la carpeta que tengo entre manos y lo miro confusa. Derek, en traje y sin corbata, me contempla con impasibilidad.

—Bonito traje.

Ay, Dios, hija, ¡no digas lo primero que se te cruza por la mente! , se ofusca mi madre. ¿No te ha servido de nada ese cursillo de Cómo ligar en Manhattan y no morir en el intento ?

—Cavalli —proclama él, guiñándome el ojo.

—Cavalli... —me asombro yo, sin tener ni idea de quién es ese.

—Un diseñador italiano muy importante —me explica, con un brillo malicioso en la mirada.

—Claro, claro. Por supuesto que lo sabía.

—Si tú lo dices... —Sonríe con picardía y, lleno de esa autosuficiencia suya tan irritante, me da la espalda y se dirige hacia su despacho—. Cuando hayas acabado con eso, avísame. En mi mesa hay más documentos que

destruir.

—¿Por qué? ¿Va a venir un inspector de la Hacienda Pública?

Derek se detiene y se gira para encararme. Una arruga de desconcierto hunde su entrecejo.

—¿La Hacienda Pública? —duda, sin entender adónde quiero ir a parar—.

No. ¿Por?

—Como estamos destruyendo documentos y todo eso, pensé... bueno... que, tal vez...

Derek ríe entre dientes.

—Ay, Lizzy, Lizzy. Piensas que tu jefe es un empresario ligeramente corrupto, ¿es eso?

Me encojo de hombros.

—No se amasa una fortuna como la tuya siendo honesto.

Le sostengo la mirada, algo avergonzada por lo que acabo de decir. Ser alocada es uno de mis mayores defectos. Si a eso le sumamos mi pueblerina sinceridad... El resultado es que Derek no consigue dejar de sonreír.

—Lamento decepcionarte, pero resulta que soy bastante honesto. Nunca le he robado un céntimo al Estado. Y lo que estamos destruyendo solo son libros que la gente me envía. Nada más.

Me siento estúpida y torpe. Una completa idiota.

—Oh. Así que ninguno valía la pena, ¿eh? —conjeturo.

—¡Y yo qué sé! ¿Crees que he leído todo eso? La vida es demasiado corta, Lizzy. No doy abasto con todo. Tantas mujeres que conquistar, tan poco tiempo...

Tiro la carpeta al escritorio con demasiada brusquedad y me cruzo de brazos a la defensiva.

—¿Intentas decir que *tú* no lees las cosas que te envían?

Soy consciente de que mi voz suena demasiado aguda, pero no puedo evitarlo. Estamos en terreno minado y uno de los dos va a salir mal parado antes de que acabe el día.

—Los manuscritos no requeridos, no. Claro que no. Solo leo a autores consagrados, los únicos que pueden hacerme inmensamente rico.

No.me.lo.puedo.crear.

—Y después de destruir los manuscritos, ¿vas a querer que les envíe a esos pobres autores una carta con las malas noticias?

Él ladea la cabeza y me estudia ceñudo. Sigue sin comprender por qué me estoy sulfurando tanto.

—¿Por qué iba a querer yo eso?

—¡Porque a mí me enviaste una! —estallo, con los calores de la furia subiendo por mi cuello.

Derek se apoya encima de mi escritorio, se cruza de brazos y me observa divertido.

—¡Lizzy, menuda caja de sorpresas estás hecha! Y dime, ¿qué manuscrito era? No me acuerdo de él.

—Seguro que la trituradora sí —escupo con veneno.

Ríe de nuevo.

—No seas tan susceptible. Si te envié una carta, es que me leí tu libro y me gustó. A veces les escribo una pequeña crítica a algunos autores, para animarlos a que sigan adelante. Cuéntame, ¿te hice una crítica constructiva?

—Mucho, mucho. Aunque fuiste un tacaño con las palabras.

—¿Tacaño? —repite y se inclina hacia mí—. ¿Cómo de tacaño? —me susurra, demasiado cerca de mi oído. Tiene que cesar esto, lo que sea que esté haciendo. Tiene que dejar de intentar seducirme. Y no porque me parezca un acoso laboral, sino porque cabe la posibilidad de que me rinda.

Carraspeo cuando su respiración agitada se encuentra con la mía. ¿Por qué sigue atrayéndome de esta forma?

— *Muy* tacaño —le respondo en voz baja—. Dos palabras.

Derek se humedece los labios lentamente. Ay, Señor. Tenemos que dejar de comportarnos como dos animales en celo.

—¿Obra maestra? —me sugiere con voz ronca, y mueve el brazo para

colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja.

Cuestión de segundos, nos miramos el uno al otro en silencio. La mirada de él oscila entre mis labios y mis ojos. Creo que, si no reacciono de una vez, va a besarme. Desde luego, me mira como si pensara hacerlo.

—Una *mierda* —subrayo entre dientes, y me felicito por mi recién adquirida intransigencia.

Derek hace una mueca y se endereza.

—Has acabado con la magia —me reprocha, extendiendo los brazos hacia ambos lados—. ¡Estarás contenta!

—¿La verdad? Sí, lo estoy. ¡Magia! ¿Qué magia? ¡Si me caes mal!

Meditabundo, Derek se sienta en la esquina de la mesa y empieza a golpearse los labios con el dedo índice, como si estuviera pensando en algo muy importante.

—Así que una mierda —delibera por fin—. Hay que admitir que también era una crítica interesante. A lo mejor tenías que haber leído entre líneas.

—Bésame el trasero.

—No me provoques. Es tentador.

—Que te den.

Se pone de pie. Sonríe. Yo, no.

—Vamos, Lizzy, ¿dónde está tu sentido del humor? —Adopta una postura

de boxeo y empieza a pegar saltitos a mi alrededor—. Quieres pegarme, ¿eh?

—Me apunta con sus puños—. Dímelo. ¿Quieres la revancha? Venga, Lizzy.

¡Vamos, Lizzy! Pégame y acabemos con este asunto ya. Como los hombres.

Me dejo caer en mi silla, apoyo el codo en el reposabrazos y, descansando

la boca en dos dedos, lo observo inexpresiva. No es más que un crío

maleducado. Ni siquiera puedo cabrearme con él. Es un niño grande que

siempre tiene que salirse con la suya.

—Paso —me limito a decir y, para dejar de mirarlo, me enderezo en mi

asiento y empiezo a teclear deprisa. Cualquier cosa. Da igual.

FGEHKHOERUJEGDFJGLH`HPJHEYETYWEYWILVJGK.

Luego, pongo cara de haber escrito *La Odisea*.

Al ver que no le hago caso, Derek vuelve a sentarse encima de mi

escritorio.

—Tuviste que odiarme —me dice, apaciguador.

Estuve leyendo tres libros sobre maleficios en una semana, busqué

técnicas de vudú en Google y contacté tres veces con una pitonisa que

afirmaba conocer rituales ancestrales para acabar con la vida de un

enemigo. Una farsa, por supuesto. ¡Estás vivo y coleando!

—Ni de lejos —contesto, sin mirarle.

—¿Me perdonas? —lloriquea, y coloca la barbilla encima de la pantalla

de mi ordenador para que yo pueda ver su cara de Bambi cuya madre acaba de morir trágicamente.

Le lanzo una mirada rápida por debajo de mi oscuro flequillo.

—No —aseguro en tono cáustico.

—¿Y si hago pucheros?

Tecleo sin tomarme la molestia de mirarle. HSGFGFTTRBGJHKHL.

Estoy muy ocupada.

—Tampoco.

—¿Y si te llevo a cenar? Sitio caro, champán, ostras... Ya sabes, el kit de disculpas al completo.

FHFGFGFJBKBLJEWFFZJKDCLHOJOPTJEH0245854.

—Preferiría comerme el pienso de mi gato.

Derek suelta una carcajada.

—Vale, no te gustan las ostras. Lo comprendo. ¿Y los chuletones? Si no me falla la memoria, los chuletones te encantan.

DHFGJHLHJDGEYE. ¿Pero qué está diciendo? ¿Una cita? ¿Y cómo sabe lo de los chuletones? ¿No será adivino? Porque pienso soltarle una trola.

—Tengo novio.

Como no dice nada, levanto la mirada y le sonrío satisfecha. Su sonrisa se congela.

—¿Novio?

—¿Es que no tengo pintas de tener novio, o qué?

—No seas absurda. Es solo que... no lo sabía.

—¿Por qué ibas a saberlo?

—Porque soy muy listo. ¿Cómo se llama ese fulano?

—Jensen —suelto el primer nombre que se me pasa por la mente—. Y no es un fulano.

—¿Cómo es? La descripción detallada, por favor.

Sus ojos sostienen a los míos como en un duelo. Uf, la cosa se está poniendo seria.

—Rubio, alto, fuerte, de ojos azules... Muy guapo —aseguro, y vuelvo a sonreír.

—¿A qué se dedica?

—Es comercial.

—Un oficio infame. ¿Cuántos años tiene?

—¿Por qué te interesa tanto?

—¡Tú contesta! ¿O es que el novio es imaginario?

—Veintinueve —respondo, y le lanzo una sonrisilla dulce.

Un músculo de su mandíbula empieza a palpar.

—Demasiado joven para ti. Los hombres jóvenes solo piensan en una

cosa.

—¿Sexo?

—Videojuegos —hunde Derek mis esperanzas.

—Oh —murmuro desencantada. Me he metido demasiado en mi papel y se me ha olvidado que Jensen, en realidad, NO es mi novio.

—Sí. *Oh*. Me preocupas, Lizzy. Quiero conocerle. Esta noche. Tú, yo, Jensen y Maggie Uno. Cena de parejitas.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué íbamos a tener una cena de parejitas? No somos tan amigos.

¿Y quién diantres es Maggie Uno?

—Mi nueva novia. Ahora me veré obligado a ligarme a una Maggie Dos.

Me pierden las sagas— susurra conspirativo—. Después de leer Harry Potter, ya nunca más pude volver a la normalidad —confiesa, con aire absorto.

—¿En serio? Así que la culpa es de J.K. Rowling. Sabía yo que esa mujer era malvada. Menudo trauma te ha creado. ¿Cuántos años tenías cuando leíste Harry Potter?

—Veinticinco.

—¿Veinticinco?! —me escandalizo. ¡Era demasiado viejo para que nadie le creara un trauma!

—Lo sé. Era joven e impresionable.

—¿Joven e impresionable? ¿Te estás escuchando? ¡Tenías edad para casarte!

—Eso también. Además, ya estaba casado. No funcionó. Como te dije, los hombres jóvenes solo piensan en una cosa: *Word Of Warcraft*. Queda con Jensen en *Da Giulio*. Yo te recojo a ti. A las ocho. Tenemos una cita. ¡Y haz algo con ese pelo mientras tanto!

En un acto reflejo, me paso una mano por el pelo y luego rechino los dientes. Siempre consigue cabrearme cuando se mete con mi pelo.

Bueno, dejémoslo en que me cabrea *siempre*.

—No sé si Jensen puede hoy —grito tras él.

—Si no viene, daré por hecho que no existe —y cierra la puerta a sus espaldas.

Dejo caer la cabeza encima del escritorio. ¿Por qué demonios no le habré dicho que soy lesbiana? Habría sido todo mucho más fácil.



Capítulo 9: Una escritora en apuros

Viernes, 16:20

Me siento ridícula y fuera de lugar, aquí sentada delante del Starbucks a la caza de Jensen.

El otoño se acaba de apoderar de Manhattan. Las hojas de los arboles están a punto de morir, convirtiéndose en hermosos matices anaranjados en

los que no me había fijado hasta ahora. Será porque estaba demasiado ocupada fijándome en los abdominales de mi jefe...

¡Maldito Derek Brooks! ¡Y maldita mi boca grande! *La que has liado, Lizzy. Para querer ser escritora, tienes muy poca imaginación.*

16:22

Me arrebujó en mi chaqueta amarilla. Una ráfaga de viento lanza unas cuantas hojas muertas contra mi rostro. A pesar de que ningún violinista toca algo trágico a mis espaldas, me siento tan abandonada como esa pequeña vendedora de cerillas del cuento de Andersen.

16:25

Me enciendo un pitillo, que apago enseguida y tiro al suelo. Nunca me ha gustado el tabaco. Fumo solo cuando estoy nerviosa.

16:27

Abandono el banco y empiezo a dar vueltas por el pequeño parque, sin perder de vista la puerta del establecimiento. Miro la hora. Es pronto.

16:29

Me enciendo otro pitillo. Doy una calada, lo tiro y lo apago con la bota.

Vuelvo a mirar la hora.

Y entonces veo a Jensen abandonando el local.

—¡Jensen! —le grito, agitando una mano en el aire para captar su

atención.

Al otro lado de la calle, Jensen alza el rostro y peina el parque con la mirada. ¿Cómo demonios es que no me ve a la primera? ¡Si soy un estallido de colores en medio de un paisaje otoñal! Chaqueta amarilla, falda azul eléctrico, manoleinas verdes... Sí, me he puesto lo primero que he encontrado esta mañana. He leído un estudio que aseguraba que la gente que tiende a mezclar colores imposibles tiene cierto desequilibrio mental. Seguro que ese estudio lo ha escrito mi ex. Probablemente, vaya dedicado a mí.

—¡Aquí, Jensen!

En cuanto me reconoce, una sonrisa ilumina sus ojos.

—¡Lizzy! —exclama sorprendido y cruza deprisa en mi dirección.

Ya no lleva el ridículo uniforme de Starbucks, sino una camisa negra de mangas arremangadas, un vaquero oscuro y unas botas moteras. Parece joven, despreocupado y... ¡malo! Seguro que tiene una Harley guardada en alguna parte y se gana una pequeña fortuna jugando al billar, o algo así.

Se detiene delante de mí y se guarda los cascos en la mochila.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas?

Me ruborizo. Ojalá no tuviera que decírselo.

—Ejem... tengo que pedirte un favor —hago una larga pausa para elegir

bien las palabras y me obligo a aguantar la presión de su mirada—. Verás, es

un tema un tanto delicado.

Jensen alza las cejas y se humedece el labio inferior.

—¿Delicado?

—Muy delicado. —Hago otra pausa, resoplo y me empujo las gafas por la nariz—. Le he dicho a mi jefe que eres mi novio —voy al grano.

El guapísimo Jensen ladea la cabeza hacia la derecha y me mira divertido, con ambas cejas enarcadas de modo interrogante.

—¿Y por qué harías algo así?

Agito la cabeza como una desquiciada.

—No lo sé. Estaba arrinconada. ¡Y me pone muy nerviosa! Y solo se me ocurrió tu nombre, por Dios sabe qué razones.

Jensen avanza un paso y me observa con una media sonrisa en los labios, esa que sospecho que dedica a todas las clientas.

—Porque piensas en mí constantemente.

—Sí. ¡O sea, no! —me apresuro a negarlo en cuanto asimilo sus palabras, y agito la cabeza para rechazar esa idea—. *No*. No es que esté enamorada de ti ni nada. Jensen, lo siento, la he liado —lloriqueo y pongo carita de pena para despertar su lastima. Nadie se resiste a mi encanto *wisconsiniano*. Ni a mi carita de pena.

Él se cruza de brazos (¡qué fuerte está!) y lucha por contener la sonrisa.

Mi melodramática actuación debe de resultarle entretenida.

—¿Por qué dices eso? ¿Cuál es el problema?

—¡Pues que quiere conocerte! Hoy. Esta noche. Cena. Él, tú, yo y Maggie Uno.

—¿Maggie Uno?— repite confuso.

Hago una mueca.

—No preguntes. Dime que no tienes planes. —Le pongo ojitos, por si acaso—. Por favor.

Jensen me contempla en silencio, hasta que, de pronto, todo su rostro se tuerce en una sonrisa lobuna. ¿Por qué mi madre nunca me ha hablado de los hombres como él, que parecen majos, pero luego resultan ser altamente peligrosos?

—No tengo planes.

Presa del entusiasmo, me lanzo a sus brazos y le beso las mejillas.

—¡Wow! Si llego a saber que solo por no tener planes me besas así, te lo habría dicho esta mañana.

Avergonzada, me aparto de él y recupero la compostura.

—Me he pasado. Lo siento.

—Yo no lo siento —Me guiña un ojo y vuelve a sonreír como un pendenciero—. No sé a qué hora habrás quedado, pero te recojo a las ocho.

—Ya. Respecto a eso...

—Te recojo a las ocho, muñeca. Si no, no voy.

¡Joder!

Definitivamente, cuando acabe este asunto, me proclamaré lesbiana.

De camino hacia el metro, me pregunto vagamente si mi amiga Mary seguirá soltera.



Capítulo 10: Las escritoras visten de Gucci

Viernes, 17:15

—Es una situación difícil —delibera Lucy, que cierra el armario y se vuelve de cara a mí.

—Pues hazla fácil — gruño yo.

—Chissss. No hables. Vas a estropear la mascarilla.

Ah, sí, la mezcla infernal de color verde que, según Lucy, estirará mi rostro, le aportará luminosidad y hará que el maquillaje aguante mejor.

Aunque me ha advertido varias veces que no me mueva (¡ni respire!), me quito una rodaja de pepino del párpado para mirarla.

—¿Qué me pongo, Lucy?

— Amiga mía, esto es un desastre. ¡Vamos a ir de compras!

Oh, no. *Odio* ir de compras.

—No quiero ir de compras —lloriqueo, y me vuelvo a tapar el ojo con la rodaja de pepino cuando Lucy se planta delante de mí, con las manos en jarras y mirada fulminante. ¡Es tan aterradora a veces!

—Es una situación de emergencia.

— *Odio* las situaciones de emergencia.

—¿Quieres que tu jefe se burle de ti? ¿Quieres sentirte ridícula, insignificante y eclipsada por Maggie Uno?

Hombre, visto así...

—No —murmuro, dubitativa.

—Entonces, saca la Visa Gold. Tú y yo tenemos cosas que hacer.

—Mierda. Esto va en serio, ¿verdad?

—Oh, sí. Esto se ha vuelto personal.

—Mierda.

18:29

Lucy aparca su viejo y oxidado Ford en el aparcamiento del Barneys.

—¿Barneys? ¿En serio?

—¡Barneys es la hostia! Aquí vamos a encontrar de todo.

—Y solo nos costará medio riñón. ¿Por qué no podemos ir a los grandes almacenes y buscar algo que esté rebajado al cincuenta por ciento?

—Porque eso es de pobres.

—¡Es que somos pobres!

—Esta noche, no. Esta noche, serás una princesa. Por Derek. Por Maggie.

Por el motero peligroso. Por ti misma.

Madre mía, me lo vende demasiado bien.

Se abren las dos puertas de cristal y, como dos turistas que no pueden contener su entusiasmo, nos adentramos en el templo de las compras.

18:39

¿Templo de las compras? El Infierno es un hotel *resort&spa* comparado con esto. ¡Esto es un manicomio!

En la primera tienda que visitamos, zapatos Jimmy no-sé-qué, dos mujeres se tiran del pelo por un par de sandalias rebajadas. Mientras ellas se pelean como dos gatas furibundas, me acerco de puntillas y ojeo el precio.

¡Mil doscientos dólares!

¿Cuánto demonios costaban antes de las rebajas? ¿Y por qué una mujer en su sano juicio querría esos artilugios? A no ser que trabajes en la habitación del dolor, no veo dónde puedas ponerte algo así.

—Aquí no —me tira Lucy del brazo—. Hay unas tiendas un poco más arriba. Ya verás. Ahí seguro que encontrarás algo.

Seguimos con la ruta, deteniéndonos delante de algunos escaparates, solo para decidir que ese no es el estilo que estamos buscando. A decir verdad, no sé qué estamos buscando. Lo que sí sé es que no pienso comprar nada de aquí. Me haré la loca y luego nos iremos a los grandes almacenes.

Dicho y hecho.

—¡Mira! —exclama Lucy entusiasmada, y me arrastra de la mano hacia una tienda cuyo escaparate está lleno de lucecitas doradas—. Gucci— susurra, como si el tal Gucci fuera el Santo Grial.

Pongo los ojos en blanco y me dejo llevar por su frenesí.

Entramos en Gucci.

A Dios doy las gracias por el sofá que me encuentro junto a la entrada.

Me tiro encima de los cojines y empiezo a hojear las revistas de moda con aire aburrido. De espaldas de mí, Lucy va correteando de un lado al otro como un abejorro mareado.

—¿Qué te parece esto? —me pregunta al cabo de unos diez minutos de frenética búsqueda.

Retiro la nariz de la revista y observo ceñuda el minúsculo vestido rojo que me enseña.

—De putón.

Lucy levanta la percha hasta la altura de sus ojos para examinar mejor el vestido.

—Sí, es de putón —coincide, y lo tira a una cesta.

Vaya modales.

Vuelvo a hundir la nariz dentro de la revista. De vez en cuando, asoman los ricitos rubios de mi amiga, que sigue correteando enloquecida, moviendo perchas de un sitio al otro. Está en su salsa.

—¿Y esto?

Suelto un suspiro. ¿Por qué no se da por enterada y nos vamos de una vez?

—Demasiado conservador.

Lucy tira el pantalón blanco y la blusa verde que estaba enseñándome.

—¿Y esto? —Esta vez, me propone un vestido sin mangas. Regular.

—Solo llevaría ese tono de naranja en la cárcel.

Me mira como si quisiera estrangularme. Creo que empieza a pillarlo.

—¿Y esto?

Encuentro los ojos marrones de Lucy y los sostengo sin parpadear.

—Demasiado verde —Lo lanza a sus espaldas y me enseña otro conjunto—. Demasiado negro —Hace una mueca de desesperación y me propone un último vestido—. Demasiado... ¡Lucy, es perfecto!

Jamás pensé que diría esto, pero me he enamorado. El vestido (¿OCHOCIENTOS DÓLARES? ¡ME CAGO EN LA PUTA!), el vestido es perfecto.

Aunque odio hacerlo, porque odio el consumismo, la pijería, la alta costura, etc. etc. etc., me rindo ante la textura de la tela y ese exquisito tono champán que hará lucir, sin duda, mi bronceado (de algo tenía que servir pasarse todo el verano rescatando ballenas en el Pacífico).

Presa del febril entusiasmo que se apodera de las mujeres en los centros comerciales, me lo pruebo y debo admitir que parece haber sido creado expresamente para mí. Ajustado a la cintura y con altura justo por debajo de las rodillas, resalta mis curvas, mi tono de piel, mi ¡todo! Tengo la impresión

de que mis ojos parecen aún más azules y más expresivos.

—Es realmente bonito —murmuro, acariciándolo delante del espejo—. No sabía que yo pudiera llegar a ser tan guapa.

—Yo te lo digo todo el rato —me recuerda Lucy con los párpados entornados.

—Ya. Pero yo nunca me había sentido así hasta... Bueno, hasta probarme este vestido. Es perfecto.

Ensimismada, aliso la falda y me contemplo a mí misma. Lucy, detrás de mí, sonrío complacida.

—Pues vamos a comprarlo.

Me deja a solas para que me cambie. Sé que me estoy convirtiendo en mi peor pesadilla, una mujer que necesita ropa de marca para sentirse guapa y segura de sí misma. Y aunque sé que la ropa no hace a la persona, no puedo evitar sentirme diferente cuando la llevo puesta. No puedo evitar sentirme... mejor.

Odio esto.

Pero haré un esfuerzo, porque me sienta tan bien...

Ay, madre, ¡el demonio del consumismo me ha devorado!

Cuando salgo, en vaqueros y camiseta de los Rolling Stone, me reúno con Lucy y, juntas, nos dirigimos a las cajas de la tienda.

—Gracias, Lucy —murmuro mientras espero a que el banco apruebe el pago.

—¿Por qué?

—Por hacerme ver que... soy bonita.

—Bueno, no hay de qué, mujer. Mira, el banco te ha aprobado el pago.

Maravilloso. Ahora, ¡a depilarse!

—¿Depi... qué?

—No te hagas la loca. ¿Hace cuánto que no te haces la cera?

—¡Nunca me he hecho la cera!

Lucy deja caer la bolsa al suelo, con uno de esos gestos dramáticos que tanto la caracterizan (es actriz en Broadway. O, al menos, lo intenta).

—Yeti, tú y yo tenemos asuntos pendientes.

Suelto una carcajada, me saco una chocolatina del bolso y sigo a la loca de mi amiga por todo el centro comercial.

—Que sepas que me depilo todas las semanas —aseguro, con la boca llena de chocolate.

—Si no se usa cera, no es depilarse. No hay belleza sin dolor. O eso piensa Nicky Minaj.

—Hmmm. Si ella lo dice...

—¿Qué es eso?

Los ojos de Lucy caen sobre mi deliciosa chocolatina.

—La merienda. ¿Pero qué haces? —protesto cuando, nada más montarnos en un ascensor, Lucy me arranca la chocolatina de las manos.

—¿Tienes idea de lo que te estabas comiendo?

—Eh... ¿chocolate? —me atrevo a sugerir.

—Celulitis, granos y una talla treinta y ocho. ¿Quieres tener una talla treinta y ocho?

—Mi madre dice que estoy demasiado flaca —murmuro, a modo de explicación.

—Tu madre nació en los sesenta. Por eso nunca te has hecho la cera.

Bajamos al aparcamiento, donde miro con ojos anhelantes cómo la muy zorra tira mi chocolatina en una papelera. Me acerco, por si puedo recuperarla, pero me aparta a rastras de la basura.

—¡Lucy! ¿Por qué has hecho eso? ¡Tengo hambre!

—Me lo agradecerás algún día.

—Te odiaré hasta el fin de los tiempos. Era una Bounty. Mis favoritas.

—Necesitas echar un polvo. Igual te olvidas de las chocolatinas. La pregunta es: ¿será Derek o será Jensen?

—Ninguno de los dos. Hice voto de abstinencia la semana pasada.

—JA. Eso no te lo crees ni tú, bombón. Ahora que lo pienso, creo que será

Derek. Todo ese odio reprimido tiene que estallar por algún lado. Convertirse en chispas de pasión y...

La agarro del brazo y la detengo junto al coche. Mis ojos azules encuentran sus ojos y los sostienen con firmeza.

—Escúchame lo que te digo, porque no te lo pienso repetir. Si Derek Brooks fuese el último hombre sobre la faz de la tierra, y yo la última mujer, la raza humana se extinguiría. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Bien.

Aclarado el asunto, volvemos a ser amigas y nos ponemos en marcha de nuevo.

—Entonces, cuando te lo vas a follar...

—¡Lucy!

Enervada, me monto en el coche y cierro de golpe para dejar de escucharla.

No hay manera de explicarle nada. ¡Qué tontería! Yo y Derek Brooks.

Estamos a mil años luz de que eso suceda entre nosotros. Yo le odio y él no me encuentra atractiva. Y sí, sé que algunas veces saltan chispas en la oficina, pero seguro que eso solo pasa porque nos cabreamos el uno al otro. Son chispas de furia. O de tensión. Nada más.

—Te acabo de pedir cita para depilación —dice Lucy al abrir de sopetón la puerta—. Deberías hacerte las ingles, por si acaso. Por si a Derek...

Empiezo a cantar a pleno pulmón:

—*Escucho su voz. En la mañana ella me llama.*

La radio me recuerda a mi hogar muy lejos.

Y conduciendo en la carretera me viene ese sentimiento.

De que yo debería haber estado en mi hogar ayeeeeerrrr.

—¡Cállate! Odio el country.

Para enervarla, canto más alto:

— *Caminos country, llevadme a casa. Al lugar al que pertenezco. Oeste de Virginia, mamá montaña. Llevadme a casa, caminos country*

—Eres lo peor.

Sonríó dulcemente y repito el estribillo.



Capítulo 11: Cuando Derek conoció a Jensen

Viernes, 19:52

—¡Estás deslumbrante! —chilla Lucy y, del entusiasmo que la invade, empieza a pegar saltitos por todo nuestro salón— . *Soy una reina. Del estilo* —canta y baila, y hasta hace la ola.

Me contemplo en el espejo, el vestido dorado, el pelo moreno que cae en

cascada sobre mis hombros, los ojos ahumados, muy expresivos, el brillo de labios beige. No parezco yo.

—No sé si podré andar con estos tacones —titubeo, indecisa—. Me siento ridícula.

—¿Ridícula? ¡Por favor! Estás estupenda. Alza la barbilla. —Me da un golpe con los dedos justo debajo de la barbilla y yo elevo la cabeza—.

Endereza la espalda. Camina hasta la puerta de la cocina.

Las agujas de los Jimmy no-sé-que de Lucy resuenan por todo el piso cuando me desplazo hasta la puerta de la cocina.

—Andas perfectamente. Y ahora quiero que...

El timbre de la puerta la interrumpe. Tiene que ser Jensen, porque Derek no sabe dónde vivo. Me ha llamado para preguntármelo, naturalmente, pero le he dicho que es mejor quedar en el restaurante. Y, si bien ha insistido en venir a buscarme él personalmente, me he mantenido firme y estoy muy orgullosa de ello.

Lucy se arrebujá con la horrenda bata roja que su ex novio le trajo desde China y se va a abrir la puerta mientras yo sigo de pie, intentando averiguar si soy capaz de mantener el equilibrio con estos instrumentos de tortura que alguna mente perturbada ha creado con algún oscuro fin que, definitivamente, *no* es caminar. ¿Y si bebo? ¿Y si me tropiezo y acabo de patitas delante de

Maggie Uno? Las posibilidades de hacer el ridículo son múltiples.

—¿Lizzy? ¿Dónde está mi chica favorita?

Mis ojos se abren de golpe.

¡Señor, dame fuerzas! ¿Qué demonios hace aquí?

Taconeo hasta el pasillo lo más rápido que puedo.

—¿Qué parte de quedamos en el restaurante...?

Me quedo sin aliento al ver a Derek Brooks en la puerta, en traje, sin corbata y con una camisa blanca que resalta el moreno de su tez y desvía toda la atención hacia sus ojos oscuros. Tiene el pelo despeinado, aire atormentado y una mano apoyada en el marco de la puerta. Está guapísimo. Me quiero morir. ¿Por qué este hombre tan espectacular tiene que ser Derek Brooks? ¿Por qué no podía ser un vendedor de periódicos?

—Elisabeth... —no parece encontrar las palabras, con lo que me vuelve a mirar y frunce el ceño—. Vaya. Estás... estás... realmente...

— *Deslumbrante* —termina Lucy con los ojos entornados—. Cuando quieras aprender a vocalizar, llámame. Soy actriz. Lucy Jones. Encantada.

—Derek Brooks —murmura él, sin mirarla siquiera.

—Ah, el jefe capullo. Fíjate, pensaba que eras el motero peligroso. Tienes pintas de motero peligroso, a pesar de ese traje pijo que llevas.

—Poseo tres motos —le contesta él con aire abstraído.

Aún está mirándome a los ojos. Y aún le estoy yo mirando a él.

—Oh. Felicidades. Eh, *playboy*, ¿pasamos al salón? ¿O quieres seguir mirándola embobado desde el pasillo?

Derek se recompone, asiente y sigue a Lucy de camino hacia el salón.

—Todo un encanto tu amiga —me susurra al oído cuando pasa por delante de mí.

—¿Tú crees? —murmuro divertida, y doy media vuelta para seguirlos.

—Derek, ¿quieres tomar algo? ¡Pero siéntate, hombre! El sofá parece piojoso, lo sé, y el gato de Lizzy, el *Señor Zarpas*, tiene pintas de garrapatoso, pero te garantizo que lo desparasitamos el mes pasado, así que no hay peligro de que te pegue nada, ni pulgas ni garrapatas. Estás a salvo. Me muerdo el labio para no reírme de la cara que pone Brooks. Se sienta en el sofá porque no se atreve a ofender la hospitalidad de Lucy y nos mira a las dos como un niño tímido. Por primera vez desde que le conozco, ya no parece el jefe mandón, capullo e inaguantable.

Lucy entra en la cocina, abre la nevera y se agacha para buscar algo dentro. Desde mi ángulo, puedo verle todo el trasero en pompa. Derek también puede, pero no lo hace. Elije mirar hacia el techo.

—Y bien, ¿vais a tomar algo? ¿Os largáis? ¿Os quedáis? ¿Qué demonios tenéis pensado hacer? Aparte de miraros embobados, quiero decir.

Me paso una mano por el pelo y me dejo caer junto a Derek.

—Te sienta bien el pelo suelto —me dice él con voz ronca, y, como fascinado, enreda los dedos en mis ondas. Me ruborizo (¡mecachis!) trago en seco y le dedico un amago de sonrisa.

—Gracias. Eh, no Lucy— centro toda mi atención en la bruja de mi amiga, que está delante de mí con las manos en jarras—. Vamos a esperar a Jensen.

La sonrisa de Derek se apaga.

—¿Jensen es real?

No me da tiempo de responder a eso porque suena el timbre de la puerta.

Me levanto de un saltito, corro hacia el pasillo, abro y me lanzo a los brazos de Jensen.

Y todo esto con unos tacones de doce centímetros. ¡Soy increíble! ¡Soy Catwoman! Miau.

—¡Wow! Yo también te he echado de menos, muñeca. Llevo demasiadas horas sin verte.

Le doy un beso fugaz en la boca (intentando ignorar el hormigueo que me recorre todo el cuerpo cuando se tocan nuestros labios).

—Así que este es el famoso Jensen.

Cuando me vuelvo, choco con la mirada oscurecida de Derek, que está

apoyado en la puerta del salón, con los brazos cruzados a la altura del pecho y la mandíbula tensa. No parece nada contento.

—Ven, cariño, voy a presentarte a mi jefe. Derek, este es Jensen. Jensen, Derek.

Alzo las cejas dos veces seguidas y le sonrío victoriosa a mi jefe. Lizzy uno, Derek cero.

Durante unos segundos, ninguno de los dos hace ademán de darse la mano. Lucy, de espaldas de Derek, está mordisqueando una zanahoria y observa divertida el momentazo.

—¿Chicos? —les digo, con una sonrisa demasiado tensa. ¡Me duelen las mejillas de tanto aguantarla!

Los dos reaccionan a la vez.

—Derek, es un placer.

—Jensen. Al fin nos conocemos. Lizzy habla mucho de ti.

Jensen me coge de la mano y su sonrisa se amplifica.

—Eso es comprensible. La tengo loquita.

Carraspeo, irritada.

—Eso parece. —El rostro de Derek se vuelve inexpresivo cuando levanta la barbilla soberbiamente—. Bueno, ¿nos vamos?

—Después de ti —le dice Jensen, enseñándole la puerta con la mano.

Pongo los ojos en blanco, cojo mi bolso, le lanzo un beso a Lucy y salgo por la puerta. Bajamos en el ascensor los tres, sin que nadie hable.

A mi derecha está Derek, guapísimo, con su traje de marca y las manos hundidas en los bolsillos.

A mi izquierda, Jensen, guapísimo también, vestido de forma casual, con un vaquero desgastado y una camisa blanca de lino, cuello alzado y mangas arremangadas. Uno rubio, el otro moreno. Uno majo, el otro horrible. Y lo peor de todo es que los dos me gustan. Y mucho. ¡Qué lío! ¡Tenía que haber nacido lesbiana!



Capítulo 12: La dama de corazones. Rotos.

Viernes, 20:05

Derek se marcha a buscar a su novia, Maggie Uno. Supongo que nunca creyó en la existencia de Jensen y pensó hasta el último momento que íbamos a cenar él y yo solos. Lamento decepcionarle. ¿O es que la decepcionada soy yo?

Prefiero no pensarlo demasiado. No podría soportar la verdad.

—Os veré en el restaurante —se despide Brooks, con su acento culto de niño bien de los Hamptons.

Eleva la ventanilla del coche, acelera y desaparece entre las sombras de la noche, dejando atrás un chirrido de ruedas y una nube de polvo.

—¿Cómo puedes trabajar para ese capullo? —quiere saber Jensen, que me abre la puerta de su coche, un BMW rojo, descapotable.

Voy a echar un currículo en el Starbucks mañana mismo, si pagan tan bien como para permitirse este coche.

—Tenemos un plan de pensiones muy atractivo.

Jensen suelta una carcajada, cierra mi puerta y ocupa el asiento detrás del volante.

—Ah, antes de irnos. Jensen Singer, mucho gusto.

Me río.

—Esto teníamos que haberlo hecho al principio. Pero vale. Elisabeth O'Connor.

Jensen vuelve el rostro hacia mí y me observa durante unos segundos, como si mi nombre no pegara en absoluto con mi persona.

—¿Eres irlandesa?

—Entre otras cosas. Mi abuelo era de Irlanda, pero mi padre nació en

Racine.

—¿Racine? —repite, asombrado—. ¡No jodas! ¡Mi madre es de Racine!

—¿En serio? Nunca he conocido a nadie de mi ciudad desde que vivo en Nueva York. Aquí parece que todos sean de Long Island, Manhattan o los Hamptons. Pijo, más pijo y el colmo de los pijos, como es el caso de Derek Brooks. Estoy convencida de que en el vocabulario de mi jefe no entra la palabra hipoteca. ¡Seguro que no tiene ni idea de lo que significa eso!

—Puedes apostararlo, muñeca.

Durante todo el trayecto, Jensen y yo intercambiamos impresiones sobre sitios que ambos conocemos, gente de Racine con la que tenemos buena relación y los cinco peores restaurantes de la ciudad.

—Pensaba que tendrías una moto —comento mientras observo cómo hace maniobras de aparcamiento delante del restaurante italiano *Da Giulio*. Yo sería incapaz de aparcar un coche. Y de conducirlo, puestos a pensar.

—Y la tengo, pero estaba convencido de que ibas a llevar un vestido para nada adecuado, así que he decidido, sabiamente, traer el coche.

Se apea del vehículo y me abre la puerta como un auténtico caballero.

Suspiro como una tonta y cojo su mano.

—¿Tiene algo de malo mi vestido?

Una sonrisilla pícaro se materializa en las esquinas de la boca de Jensen.

Se inclina hacia mi oído y me susurra:

—Lo único malo es que estás guapísima y me cuesta... *vocalizar* cuando estoy contigo.

Sonrío para mis adentros, me agarro a su brazo y entramos. Un camarero de mediana edad, vestido de etiqueta, nos recibe junto a la entrada.

—Tenemos una reserva a nombre de Derek Brooks —informo con una radiante sonrisa.

El hombre comprueba el enorme libro de reservas y asiente.

—Por aquí, por favor.

Para sorpresa de nadie, nos lleva a un reservado VIP (eso pone en la puerta), un espacio cerrado, apartado del resto del restaurante. Nos han preparado una mesa para dos, lo cual confirma mis sospechas de que Derek había planeado una velada romántica que no incluía ni a Jensen ni a Maggie Uno. Quizá sea yo la única secretaria que no ha caído rendida a sus pies y quiere poner fin a esa agonía y reafirmarse como el macho supremo de Ediciones Brooks.

—Disculpe —le digo al camarero, cogiéndolo de la manga para detener su oído junto a mis labios—, vamos a ser cuatro. ¿Le importaría darnos otra mesa?

—Si me hacen el favor de seguirme hasta la barra.

Esperamos sentados, tomando una copa, hasta que nos preparan una mesa para cuatro. Nada más volver al reservado, veo a mi jefe entrando por la puerta, con una rubia de metro ochenta colgando de su brazo. Siento una opresión en el estómago y un extraño deseo de arrancarle a la Barbie aquella las extensiones.

Gracias a Dios, consigo inhibir mis deseos asesinos y comportarme con educación e indiferencia. Esta vez es Derek él que alza las cejas dos veces seguidas y me sonrío complacido al presentarnos a su novia.

—Querida Maggie, te presento a mi adorable secretaria, Lizzy, y a su encantador novio, Jensen.

Maggie Uno se alisa el vestido rojo, increíblemente corto, que lleva (dejadme adivinarlo, ¿Gucci?) y nos da la mano. Me cae mal. No es que yo tenga celos, ni nada, pero no la soporto.

—Es un placer conocerte, Lizzy. Derek habla mucho sobre ti.

Está claro que le tengo muy impresionado.

—¿Será verdad? ¿Y qué es lo que dice?

Maggie Uno se engancha las ondas detrás de las orejas y parpadea como el conejito Playboy del año.

—Que tienes un pésimo gusto para los peinados —responde, con toda la sinceridad de su ignorante ser—. Pero a mí me parece que tu pelo está genial

—se apresura a añadir y ríe histéricamente.

Ugh. ¿Dónde la conoció Brooks? ¿En un club de estriptis? Me cae fatal.

Demasiado delgada. Demasiado alta. Demasiado... ¡rubia! ¿Por qué no tiene celulitis, como la gente normal?

—Tengo el mismo gusto para los peinados que el señor Brooks para las mujeres —gruño entre dientes, y me siento al lado de Jensen.

Los labios de Derek se mueven un milímetro, insinuando una sonrisa taimada que no llega a materializarse. Jensen casi se atraganta con el vino.

Maggie sigue parpadeando como el conejito Playboy del año. No ha pillado la indirecta. La velada comienza muy bien. Creo que estoy teniendo un ataque de celos. Será mejor que me hinche a comer. Igual, después del atracón, me centro solo en los ardores de mi estómago y no en las carantoñas de Derek y Maggie.

Con el jefe a mi derecha, mi falso novio a la izquierda y la conejita Playboy en la única silla disponible, abro la carta para decidir qué voy a cenar. Los otros me imitan.

—Disculpe —le dice Maggie al camarero, con una aguda vocecita que me cripa los nervios—, ¿cuáles son los platos para veganos?

El camarero trae otra carta, especial para esa categoría de gente que solo comen espárragos trigueros, coliflores y vete tú a saber qué otra cosa más.

—¿Veganos? —repito, mirándola por encima de mi menú—. ¿O sea que no comes nada de origen animal? ¿Nada...de nada?

—Exacto. Me parece una crueldad comernos a los pobres animales.

—Y a mí, aunque no puedo evitarlo. ¿Pero de verdad te parece una crueldad comerte un huevo? —repongo, sosteniendo su mirada—. ¿O beberte la leche de una vaca?

Los ojos verdes de Maggie parpadean sorprendidos. Está desconcertada. No sabe qué contestar. A lo mejor es vegana porque el conejito del año pasado lo era, o porque lo leyó en una revista y le pareció *guay*. No creo que tenga nada que ver con sus principios.

—Pues sí. Es una crueldad.

—Ya veo —me limito a decir y hundo de nuevo la nariz en mi menú.

Sé lo que quiero, pero, aun así, hojeo todas las paginas porque sé que pedir eso delante de Maggie podría ser considerado una ofensa. Por el otro lado, ¿qué otra cosa podría hacer? No me gustan las coliflores. Soy demasiado carnívora.

—¿Lo tienes, Lizzy? —pregunta Derek, lo cual hace que Jensen ponga mala cara, ya que considera que es él quién me lo tenía que haber preguntado.

—Voy a tomar el chuletón —informo y cierro la carta ruidosamente. *Lo siento, Maggie*—. Poco hecho.

Derek se lleva el puño a la boca y tose para disimular una carcajada.

—¿Estás bien, cari? —se inquieta su novia, que parece ahora un conejito de lo más maternal. Echa un poco de agua en el vaso y se lo ofrece a Derek, que lo coge y finge beber—. ¡Huy, mi pobrecillo bebé! A ver si vas a tener fiebre.

Me van a entrar arcadas como siga hablándole a Brooks como a un niño de dos años.

—Estoy perfectamente, cielo. —Enervado, Brooks aparta la mano de Maggie, que estaba tomándole la temperatura, y repite en tono seco—.

Perfectamente. Si Lizzy es tan valiente como para atreverse con el chuletón, me arriesgaré con un entrecot. ¿Jensen?

Mi falso novio le pone mala cara.

—En tal caso, un solomillo. Poco hecho. Como a Lizzy, me gustan la carne poco hecha.

¿Están compitiendo para ver quién va a comer algo parecido a lo que voy a comer yo? ¿Están locos?

—No puedo creer que vayáis a comer esto delante de mí —suelta Maggie, con la cara enrojecida.

A todo esto, nadie tiene en cuenta la sensibilidad de la pobre Maggie, y he de decir que, si no la odiara, me sentiría fatal por ello.

Pero no es el caso. Soy mala. Soy el demonio. Iré al Infierno y San Pedro se alegrará. Así es la vida. Nadie es perfecto. No puedo suprimir la maldad que llevo dentro. Me rindo. *Maldad del Universo, ven hacia mí. Te acojo en mi alma oscura.*

—¿Por qué dices eso, encanto? —Derek frunce el ceño, con aires de incompreensión—. ¡Oh, que eres vegana! Es verdad. Se me había olvidado por completo.

Qué capullo es. ¡No le importa nada su novia! Pues vale, iremos al Infierno los dos. Y Jensen acabará en el Purgatorio, porque tampoco es que sea mucho mejor que su alteza o que yo.

Sonriéndonos los unos a los otros con nuestras sonrisas más falsas, le decimos al camarero los platos que hemos elegido cada uno y le entregamos nuestras cartas.

—¿Y tú a que te dedicas, Maggie? —pregunta Jensen para hacerse el simpático—. Aparte de ser la novia de Derek, quiero decir.

—Oh, pues yo hago muchas más cosas aparte de eso. Soy modelo, actriz, fotógrafa, diseño braguitas, vendo vibradores y dilatadores anale... —Se detiene, ya que Derek se ha atragantado con el agua y tose como un poseso. Solo continúa cuando él levanta la mano para indicarle que está bien—. En fin, muchas cosas. ¿Y tú?

—Soy escritor.

Giro la cabeza hacia Jensen y lo miro, atónita.

—¿Eres escritor?!

Derek se inclina sobre la mesa, claramente motivado por el rumbo que está cogiendo esta conversación. Es como un tiburón que ha olido la sangre a lo lejos.

—¿No sabías que tú novio es escritor? —quiere saber su alteza, cada vez más intrigado por el asunto.

Odio su maldita sonrisa lobuna.

—No. O sea, sí —balbuceo, muy avergonzada, y me ruborizo irremediabilmente.

—¿Sí o no, Lizzy?

Oh, querida.

—No —rezongo entre dientes y traslado la mirada hacia la suya para indicarle que esta conversación acaba aquí.

Derek, al que la dureza de mi mirada no impresiona demasiado, adopta una sonrisa triunfante y empieza a acariciar el borde de su copa con el índice.

Está tramando algo malo. Me lo dice mi olfato *wisconsiniano*.

Y si a eso le sumamos el brillo malévolo que resplandece en sus pupilas...

—¿Y cómo es que el encantador Jensen le ha ocultado su verdadera

profesión a nuestra adorable Lizzy? ¿Secretitos? ¿Tan pronto? La estabilidad de vuestra relación se está tambaleando, ¿o es cosa mía?

—Nunca surgió el tema, pero, ya que lo mencionas, este es momento adecuado para hacerlo oficial. —Jensen coge mi mano entre las suyas, me mira como si pretendiera pedirme matrimonio aquí mismo y me dice—:

¿Elisabeth O'Connor, quieres ser mi musa?

Suelto una risita tonta. Derek bufá. Oigo a lo lejos como Maggie está hablando con el camarero sobre purés de espinacas.

—Será un honor —contesto y pestañeo con coquetería.

—¡No tan rápido, pequeña inconsciente! Antes habrá que averiguar qué es lo que escribe nuestro querido Jensen. No querrás ser la musa de un hombre que escribe *La Vida de una Rata en Tres Actos*. Dime, Jensen, ¿has escrito algo que yo haya podido leer?

Jensen coloca las manos a ambos lados de su plato y esboza una media sonrisa insufrible. Está claro que se odian el uno al otro.

—Eso depende. ¿Lees, Derek?

—Soy editor.

—¡Mentira! —lo dejo yo al descubierto—. Suele triturar los libros que le llegan y borra todos los e-mails. Creo que no ha leído nada serio desde que sacaron la última de Harry Potter.

—¡Eso no es cierto! —protesta su alteza indignado, aunque acto seguido, entorna los ojos y se ve obligado a admitir—: *Casi* todos los libros que me llegan. Alguno me he leído. Además, estábamos hablando de los libros de tu amado.

—Seguro que me conocéis por mi seudónimo. Jensen G.

—¡Oh... Dios... mío! —exclamo, llevándome ambas manos al pecho como una *groupie* desquiciada—. ¡Jensen G. es mi autor favorito! Estoy enamorada de él desde que leí *Tacones altos y mente corta*. ¡Nunca he visto tanta sensibilidad como la que tiene su prosa! ¡Cuánta pasión! Y aun así, escéptico y crítico. Perfecto equilibrio. ¡Dios mío, Jensen!, ¡creo que quiero casarme contigo! —chillo, sin poder contener la emoción.

—Todo a su tiempo, pequeño saltamontes —me frena Derek-el-sensato en tono frío y bastante seco—. ¿Y cómo es que Lizzy piensa que eres comercial, amigo Jensen?

—Porque trabajo en el Starbucks. Necesitaba inspiración para mi nuevo libro.

—O puede que no hayas vendido un pimiento y te haga falta dinero para pagar el alquiler. La estabilidad económica es muy importante dentro de una relación, Lizzy.

—Tonterías. Donde haya ingenio, vamos sobrados.

—¡Ingenio! Nadie come ingenio ni se calienta con él, pequeña inconsciente.

—Hablas como Lucy —gruño por lo bajo.

Derek hace un gesto elocuente con las cejas. Sí, sí, él es muy listo y siempre tiene razón. Lo pillo.

—Yo también escribo —suelta Maggie de repente—. Puedo enviarte uno de mis cuentos infantiles. Trata sobre el poder de la amistad entre una cucaracha y un niño. Es muy profundo. El niño quiere pisar la cucaracha, pero ¡no la pisa!

—¿Y? —pregunto yo, deseando explorar todos los confines de la mente de Maggie. A lo mejor la he infravalorado. A lo mejor es un diamante en bruto. Soy mala persona por haberla juzgado por su aspecto y por dar por hecho que, si le sobra belleza, es porque le falta cerebro. ¡Soy el demonio!

—Eso es todo —me responde Maggie con una sonrisa exultante—. El niño *no* la pisa. ¿Lo pillas?

—Ah —digo, decepcionada—. La verdad es que no lo pillo —vuelvo a decir, después de deliberar unos segundos—. ¿Cuál es el conflicto? ¿Y el desarrollo de la historia? Vale, el niño quiere matar la cucaracha y no la mata. Pero luego ¿qué? ¿Qué pasa con el niño? ¿Y con la cucaracha? ¿Adónde va? ¿De dónde viene? ¿Cuáles son sus aspiraciones en la vida? ¿Tienen las

cucarachas aspiraciones?

Maggie parpadea muy deprisa.

—Me he perdido —confiesa, avergonzada, y yo la miro boquiabierta y con el ceño fruncido. ¿Cómo puede haberse perdido? ¿Qué clase de escritora de pacotilla es?

—Será mejor que se lo mandes a tu novio —aconseja Jensen, para poner fin a este momento tan incómodo para las dos—. Él es el editor. Yo solo escribo.

Maggie se gira hacia Derek, que parece desear estar en cualquier sitio de este planeta, menos aquí.

—¿Cari, eres editor? —pregunta, muy sorprendida.

Derek coloca la palma de su mano encima de la mano de Maggie y le da unos golpecitos como de consuelo.

—Sí, cielo, así me gano la vida, pero en mi editorial no publicamos cuentos infantiles.

Nos interrumpe el camarero, que dispone la comida sobre la mesa. Maggie se ha pedido una crema repugnante de color verde. No quiero saber lo que es. He oído la palabra algas. He de decir que su cena se le parece al vómito verde que sueltan los demonios en las películas de posesiones diabólicas. Ugh. ¿Por qué habré pensado en eso? Ahora ya no podré sacármelo de la mente.

Durante un rato, nadie dice nada. Su alteza mastica su entrecot de forma muy lenta y me mira de reojo cada vez que percibe movimiento por debajo de la mesa, y es que Jensen acaricia mi mano de vez en cuando, cuando cree que nadie está pendiente de nosotros.

—¿Y tú, Derek? —Jensen suelta el tenedor, y su intensa mirada azul se centra en su alteza, que se acaba una copa de vino y rellena tanto la suya como las nuestras—. Aparte de casarte dos veces al año, triturar libros y borrar *e-mails*, ¿haces alguna otra cosa interesante?

Derek se pasa una mano por la barba incipiente que ensombrece su barbilla y curva los labios en una sonrisa forzada.

—Yo hago muchas cosas interesantes, amigo Jensen.

—Eso es cierto —da fe Maggie mientras arrebaña su cuenco de crema de algas—. El otro día me llevó a Barneys. Fue muy interesante. Y luego fuimos a un *sex shop* donde compramos lencería y bolas para...

—Eso también, cielo —gruñe su majestad entre dientes y mira a Maggie con severidad—. Pero Jensen no se refería a eso. Sabes, practico deportes de alto riesgo.

—Su alteza se ha divorciado seis veces —intervengo yo, divertida y un poco achispada por la copa de vino que me he tomado—. Si eso no es deporte de *alto riesgo*, no sé lo que es.

—¿Llamas a tu jefe *su alteza*?

Ops. Jensen parece algo molesto por la familiaridad que hay entre Derek y yo. ¿Será que me he pasado por el forro lo de la jerarquía empresarial y he confraternizado con el Diablo?

—Me llama de muchas formas distintas, dependiendo del momento.

¡Ay, Dios!, ¡qué mal ha sonado eso! Da a entender en entre nosotros dos hay algo más que una simple relación laboral. *¿Y no es así, Lizzy?*, me pregunta mi horrible conciencia, que sabe perfectamente que llevo semanas coqueteando con mi jefe, incluso cuando yo me empeño en tildar de *odio* lo que hay entre nosotros.

—¿Sabéis qué? —Miro nerviosa a mi alrededor, en busca de una salida, cuando recuerdo que la bendita Lucy me ha obligado a pintarme los labios antes de salir de casa—. Iré a... a retocarme el... el pintalabios. Sí. Eso. Iré a retocarme el pintalabios —proclamo, ahora con absoluta seguridad.

Jensen y Derek me miran con el ceño fruncido. No les he debido de parecer demasiado convencida.

Le sonrío a Maggie, que no parece enterarse de nada de lo que pasa a su alrededor (una lagartija debe de tener un coeficiente de inteligencia más elevado que el suyo), agarro mi bolso y me alejo en dirección al baño lo más rápido que este vestido ajustado y los Jimmy lo-que-sea de Lucy me

permiten.

—Madre mía. Esta es la cena de los idiotas —refunfuño por lo bajo y empujo la puerta con el hombro, aliviada de descubrir que el baño está vacío. Dejo el bolso encima de un pequeño aparador de madera y apoyo las dos manos contra el lavado. Permanezco así durante unos segundos.

De pronto, levanto la cabeza y observo mi imagen en el espejo, mi rostro pálido y desencajado, mis ojos atormentados pese a la alegría que me he esforzado en mostrar. Esto es un desastre. ¡Estoy enamorada de mi jefe!

Y lo que es peor aún, ¡estoy enamorada del dios rubio que le prepara el café a mi jefe! No va a salir bien la cosa haga lo que haga. Siga el camino que siga. Tome la maldita decisión que tome. Da igual, porque voy a acabar de la misma manera. Sola. Con el corazón roto. Ninguno de los dos me conviene.

¡Un playboy de los Hamptons y un escritor de éxito! ¡Tenía que haberme enamorado de Bob, el de marketing! Estará disponible en cuanto averigüe que su mujer le pone los cuernos con Carl.

Hmmm. Tal vez mañana pueda pasarme por marketing y tantear un poco el terreno. ¿Cómo era eso que siempre me decía mi madre? ¿El hambre viene comiendo?

—No hay nada entre vosotros dos.

Sobresaltada, levanto la vista y, a través del espejo, cruzo una mirada con

Derek Brooks, que está apoyado contra la puerta del baño y tiene las dos manos hundidas en los bolsillos. Todo en su postura refleja indiferencia. Sus ojos, en cambio... Quizá solo ellos reflejen lo intranquilo, lo turbado que está en realidad.

—Este es un baño de señoras, y sé que a vuestra alteza os suele traer sin cuidado cualquier norma, pero esta vez os habéis pasado un poco.

—¿Tú crees? —murmura con voz ronca, y veo cómo cierra el pestillo—.

¿Y qué vas a hacer al respecto, Elisabeth?

Trago en seco y lo miro demudada. Es inquietante estar con él, a solas, en un espacio tan reducido.

—Señor Brooks... —suplico en un murmullo y ladeo la cabeza hacia la derecha para indicarle que no quiero mantener ninguna conversación al respecto y que lo más inteligente que puede hacer es marcharse.

—Derek —me corrige mientras se me acerca por detrás, con un brillo de depredador en la mirada. Se detiene a mis espaldas, tan cerca que puedo sentirle, incluso cuando hay varios centímetros de aire separándonos. Quizá he deseado tanto sentirle que ahora me lo estoy imaginando todo—. Estás guapísima esta noche —me susurra al oído.

No digo nada y él desliza las puntas de los dedos por mi cuello y, suspirando, me envuelve en un abrazo. *Ay, Señor.*

—Derek, ni se te ocurra —musito, y noto la respiración acelerándose—. Esto no va a pasar entre tú y yo.

Me suelto de su abrazo y me obligo a caminar hacia la puerta, a pesar de que todo mi ser me grita que debería quedarme.

Estoy a punto de abrir el cierre, cuando Derek me hace detenerme.

—¿Lizzy?

Su susurro vibra por toda mi espalda, y sé que todo lo demás da igual, porque voy a quedarme a escuchar lo que tenga que decir.

Entrecierro los ojos y me vuelvo para mirarle. Está apoyado contra el lavabo y, cuando nuestros ojos se encuentran, me dedica una media sonrisa que me hace contener el aliento.

—Deberías hacer algo con ese pelo antes de salir del baño.

Y por muy absurdo que eso parezca, sus palabras acaban con mi autocontrol.

¡Es absurdo! No es ni de lejos la frase más romántica del mundo. De hecho, es la peor cosa que me han dicho jamás en estas circunstancias.

Pero resulta que eso no tiene la menor importancia, porque me abalanzo sobre Derek Brooks como si no hubiera un mañana.

Sonriéndome, enreda las manos en mi pelo, se pega a mí y me empuja contra la pared, donde se apodera de mi boca con un tórrido beso que, de

alguna forma, consigue borrar todo el odio que le he estado procesando durante este último año.

A lo lejos oigo cómo alguien intenta abrir la puerta. No me importa en absoluto. Solo me importa Derek, que traslada las manos a mi cintura y me aprieta contra su fibroso cuerpo, mientras su lengua se hunde dentro de mi boca, una y otra vez, haciéndome perder la cabeza por completo.

Todo mi mundo se detiene durante unos segundos cuando sus caderas se apoyan en las mías y su erección empuja contra mi estómago.

Gimo sin poder evitarlo, y eso hace que Derek se hunda dentro de mi boca con más agresividad. Su hambre parece insaciable.

—Lizzy —jadea, y arrastra las palmas por la curvatura de mi espalda, subiendo y bajando lentamente, registrando cada pequeño centímetro de piel desnuda.

Alguien llama a la puerta del baño.

—¿Lizzy? ¿Estás ahí?

Mierda. Es Maggie. Suelto el cuello de la camisa de Brooks al instante.

—¡Joder! —gruñe Derek entre dientes.

Se aparta de mí y, mientras recupera el aliento, se frota los labios para deshacerse de mi pintalabios.

—Dile que se marche —me exige entre dientes.

Niego con la cabeza, asqueada por mi propio comportamiento. Derek es un *playboy*, su novia está llamándome desde el otro lado de la puerta y yo acabo de besarlo como si nada. ¡Me estoy convirtiendo en una persona horrible! Nueva York está corrompiéndome, tal y como vaticinó cinco meses atrás el reverendo Jackson, el párroco de mis padres.

—Díselo tú mismo. Yo me voy a casa. Adiós, Derek.

Antes de que él pueda detenerme, agarro el bolso, abro la puerta y empujo a Maggie con el hombro para abrirme paso.

—Lizzy, ¿estás bien?

Cometo el error de mirarla a la cara y los ojos se me cargan de lágrimas.

—Lo siento —le digo, a punto de llorar—. Por todo.

No espero a que ella diga nada. Me marchó antes de que eso pase. No lo soportaría.

—¡Pero Lizzy! —la escucho. Sin embargo, no me detengo. Sigo caminando hasta nuestro reservado.

Los ojos de Jensen se iluminan al verme.

—¡Lizzy! ¿Dónde os habíais metido todos?

—Nos vamos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Porque yo lo digo! ¿Te vienes o te quedas?

Jensen se levanta de la silla, saca la cartera del bolsillo de los vaqueros y deja dinero encima de la mesa. Quiero gritarle que se mueva de una vez, que mi jefe es lo bastante rico como para hacerse cargo de eso.

Pero no puedo hablar. Estoy paralizada. Por lo que le he hecho a Maggie. Por lo que me he hecho a mí misma.

—¿Quieres hacer algo divertido? —me dice Jensen mientras caminamos hacia el coche—. Sigue siendo nuestra primera cita, después de todo.

Quiero hacer cualquier cosa que me distraiga de pensar en Derek Brooks.

—¿Incluye paseo en moto?

—No —me dice, dudando.

—Entonces, cuenta conmigo.



Capítulo 13: Aumenta el calor...

Viernes, 23:05

Jensen conduce deprisa por las calles de Nueva York. Le dirijo ojeadas de vez en cuando. Parece relajado y contento.

Y es realmente atractivo. No recuerdo haber visto alguna vez unos ojos tan azules como los suyos.

—¿Ves algo que te guste? —me dice, divertido.

Sacudo la cabeza como si acabara de salir de un trance.

—A decir verdad, sí. Me gusta todo lo que veo.

Me muerdo la lengua nada más decirlo. ¡No sé de dónde ha venido eso!

¡Burda sinceridad pueblerina!

Los bordes de la boca de Jensen se elevan en una sonrisilla pícara.

—No puedo creer que no me dijeras que eres escritor —acuso, movida por el deseo de cambiar de tema—. Y no puedo creer que una persona como tú se pase el día sirviendo cafés.

Con la mano izquierda sujetando el volante, Jensen coloca su otra mano encima de la mía y me lanza una miradita rápida. Sus ojos brillan en la oscuridad del coche.

—Solo es un contrato de tres meses. Han pasado ya dos. Y no te he dicho que soy escritor porque nos hemos visto... ¿qué?... ¿tres veces?

—Eso es cierto —admito de mala gana—. Y dime, escritor/camarero, seas lo que seas, ¿adónde vamos?

—A un bar de moteros. Está en el Bronx. Te va a gustar.

No me hace falta llegar al Bronx. Ya sé lo que voy a encontrarme allí. Una banda de moteros pegándose por una chustilla. O algo así.

23:28

Muy bien. Retiro lo último que he dicho. El bar es un antro como cualquier otro. Solo que tiene moteros.

—¿Qué vas a tomar? —me pregunta Jensen, señalándome con la cabeza una mesa de madera que se acaba de quedar libre.

—Una birra... tronco —respondo, como si yo misma fuera una motera peligrosa del Bronx.

Se echa a reír, me da un beso en la mejilla y se aleja hacia la barra. Me quedo observando su ancha espalda y me pregunto, distraída, si Derek y Jensen seguirán la misma rutina de ejercicios. Los dos son muy fuertes.

—Aquí tienes tu *birra*, colega. Vayamos a sentarnos.

Doy un trago a la botella y lo sigo por el bar. Jensen me coge la cerveza para que pueda sentarme.

—Gracias, tío —le digo, con mi voz peligrosa.

Nos echamos a reír como dos tontos y pasamos un rato llevando una conversación ligera, hasta que Jensen le pone fin con un comentario que no me termina de agradar.

—He observado que hay mucha familiaridad entre Derek y tú para llevar tan poco tiempo trabajando juntos.

Como no podía ser de otra manera, tenemos que hablar de su alteza ahora, cuando yo me había propuesto ignorar por completo su existencia.

—No te creas. En el fondo, nos odiamos el uno al otro. Tenemos unos muñecos de vudú en la oficina. Vienen muy bien para estos casos.

Jensen medio sonrío, bebe de la botella y hace una pausa. Ay, madre, me va a decir algo que no me va a gustar. Está deliberando demasiado.

—No es esa la impresión que yo tengo —dice al fin y evalúa mi mirada durante unos segundos—. ¿No será que os odiáis porque os resulta mucho más fácil hacer eso que admitir lo que sentís el uno por el otro?

Bufo, tomo un poco de cerveza para envalentonarme y me enfrento a su inquisitiva mirada.

—Te aseguro que, aparte de un constante deseo de estrangularle, no siento nada más por Derek Brooks.

Aunque no era ese mi plan, tengo que desviar la mirada hacia el final de la frase porque no puedo seguir mintiéndole en la cara. La verdad es que siento algo más por Derek, aparte del más que evidente deseo de estrangulamiento.

Jensen me agarra la barbilla, vuelve mi rostro hacia el suyo y estudia mis ojos con mucha atención.

—¿Seguro?

Ejem, ejem.

—Que me parta un rayo si te miento —y dicho eso, curvo los labios en una sonrisilla adorable para reiterar mis palabras.

Después de soltar esa barbarie, procuro recordar si llevo algo metálico encima, o, en fin, algo que pueda atraer los rayos. No quiero acabar fulminada por la ira divina.

—De acuerdo. Te daré mi voto de confianza, entonces—. Jensen se pone en pie y me ofrece la mano—. ¿Quieres bailar conmigo?

Ni siquiera me había dado cuenta de que hay una banda tocando en el escenario.

¡Porque estabas demasiado ocupada pensando en los pecaminosos labios de tu jefe, traidora!, me susurra mi irritante consciencia. Agito la cabeza para bloquear esos pensamientos y cojo la mano de Jensen. Él me abraza y empezamos a movernos lentamente, siguiendo el ritmo de la canción. Hay más gente bailando, otras parejas que parecen conocerse de toda una vida, parejas enamoradas y consolidadas, parejas que no se mienten como acabo de mentir yo a Jensen.

—Estás muy guapa esta noche.

—Eso dicen.

Noto sus brazos tensándose a mí alrededor y sé instintivamente que he metido la pata.

—¿Quiénes lo dicen?

—¿Eh? Lucy, mi compañera de piso. Huy, si ni siquiera te la he

presentado. ¡Qué despiste tengo! Es actriz, ¿sabes? Trabaja en Broadway. Hizo de Julieta la semana pasada. Tenemos que ir a verla un día de estos. Es del sur, de Savannah. Lleva aquí mucho más tiempo que yo, unos cinco años, más o menos. Yo solo llevo un año. Antes vivía en las afueras de Racine, ya sabes, en la granja de...

—Lizzy —Jensen interrumpe mi verborrea.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Por?

—Como no paras de hablar... Pareces nerviosa. —Se detiene, para analizarme con su mirada fisgona—. ¿Estás nerviosa?

Suelto una risita histérica, que seguro que va a confirmar sus sospechas.

—¡Qué va! Estoy de lo más sosegada. Es solo que tú me... *intimidadas*.

Nunca había bailado con un escritor tan famoso como tú.

Lizzy, pasarás toda la eternidad en un caldero de brea. Por mentirosa.

¿Ahora me imagino que San Pedro me habla también? ¡Yo tengo un problema grave!

—Y dime, Lizzy, ¿has besado alguna vez a un escritor tan famoso como yo?

¿Eh?

No me da tiempo de responder a eso, porque Jensen coge mi rostro entre las manos y aplasta sus labios contra los míos.

Pese a lo mucho que me pillan por sorpresa su atrevimiento, reacciono de inmediato. Mi cuerpo toma el control sobre mí, anulando por completo la actividad de mi cerebro. Sin demasiadas contemplaciones, entreabro los labios para que su lengua pueda entrar y le devuelvo el beso.

Jensen deja escapar un gemido de excitación, me envuelve entre sus brazos, acercándose a su pecho, y me besa aún más apasionadamente, incitado por mi enardecida respuesta.

Tengo la mente hecha un lío. Sé que no debería estar haciendo esto, pero no puedo evitarlo. La pasión de Jensen me deja descolocada, sin aliento. La cabeza me da vueltas, sin control. No puedo parar.

Así que lo beso y lo beso mientras pongo en silencio esa vocecita dentro de mi cabeza que intenta advertirme del tremendo error que estoy cometiendo.

—¿Sabes? —me dice cuando nos separamos en busca de aire—. Me da igual lo que te traigas con ese tal Derek. Al fin y al cabo, he sido yo él que te ha besado al acabarse la velada.

Ya. Pero solo porque su alteza se ha asegurado de besarme antes.

¿Dos hombres en una sola noche?

Dios mío, soy como Derek Brooks, ¡pero con pechos! , me horrorizo, con los ojos abiertos de par en par.



**Capítulo 14: La chica que soñaba con una
motosierra y la cabeza de su jefe encima de una
bandeja de plata**

Octubre. Primera semana. Lunes, 09:57

—Así que te gusta dormir desnuda. Siempre lo he sospechado.

En medio de un sueño placentero, que va camino de convertirse en la más cruel de las pesadillas, abro los ojos de golpe y peino la habitación con la mirada. ¡Mi jefe está sentado en la butaca de al lado de mi cama, ligeramente inclinado hacia delante!

Viste camisa azul cielo con las mangas arremangadas, pantalón de color crema, y no parece haberse afeitado desde el pasado jueves. Sus elocuentes ojos marrones resplandecen, cargados de lascivia, cuando cruzamos una mirada.

—Buenos días, cuchi-cuchi —me dice, y las comisuras de sus labios se curvan en una sonrisa sugerente y de lo más insufrible.

—¿Qué demonios...? ¡Derek! —grito escandalizada mientras agarro la sábana y me tapo, con aire puritano, hasta la barbilla—. ¿Cómo has entrado? Sus labios se tuercen en un gesto de desdén.

—Por la puerta. *Evidentemente*.

Hago una mueca de advertencia. Él entorna los ojos.

—Lucy me ha abierto —desvela el misterio, se levanta de la butaca y se sienta a mi lado en la cama—. Hmmm. Me gusta tu colchón. ¿Es de muelles?

—pregunta mientras rebota a mi lado.

Voy a matar a Lucy, y su agonía será larga y... ¡agónica!

—Qué... haces... ¿aquí?! —gruño entre dientes, a punto de perder la paciencia.

—Esa no es la cuestión, querida cuchi-cuchi. La cuestión es: ¿qué haces *tú* aquí?

—¿De qué coño estás hablando? Esta es mi cama. El intruso eres tú.

Derek pone los ojos en blanco.

—Lo que estoy preguntando es por qué *COÑO* no estás en la oficina a las *DIEZ* de la mañana *DE UN LUNES*.

—¡Oh, eso! —exclamo con falso aire inocente—. Tengo resaca. Jensen y yo tuvimos un fin de semana loco. Ah, y he decidido dejar el trabajo.

Derek aprieta la mandíbula y rechina los dientes.

—Dimisión denegada. Ahora, mueve tus bonitas posaderas a la oficina. Tenemos una reunión a las dos. Muy importante. De altísimo nivel. No puedes faltar.

Le lanzo una sonrisilla adorable.

—De eso nada. No pienso volver a trabajar para ti después de lo del viernes.

Derek deja de probar mi colchón, cruza los brazos sobre el pecho y me mira como si no supiera a qué demonios me refiero.

—¿Qué fue lo que pasó el viernes?

—¡Que nos besamos! —le grito, ya al borde del colapso mental.

—¡Oh, eso! —imita mi falso aire inocente, lo cual pone muy a prueba mi escaso autocontrol—. Es verdad. Casi se me olvida. Gran beso, por cierto. Una pena que nos interrumpieran.

—¡¿Besaste al jefe capullo?!

Más allá de Derek, Lucy, de pie en el umbral, me mira boquiabierta, con las manos en jarras, su desastrado pijama de franela amarillo y los rizos rubios, despeinados, enmarcando su atónito rostro. Estas actrices...

—¿Quieres dejar de escuchar detrás de las puertas? Gracias. Y sí, besé a Derek Brooks.

—¿Quién es Derek Brooks? —se entromete una voz masculina, y al instante veo asomarse la cabeza de un tío pelirrojo al lado de la cabeza de Lucy.

—¿Este quién es? —le pregunto a Lucy, que pone los ojos en blanco.

—Te dije que te quedaras en la habitación —lo riñe, irritada.

Él me sonrío.

—Buenas. Soy Lewis. El novio de Lucy. Tú debes de ser Lizzy. Lucy habla mucho de ti.

—¿Tienes novio y no me has dicho nada?

—¿Hola? ¿Podemos dejar la vida amorosa de Lucy para otra ocasión y

centrarnos en la razón de mi visita? —reclama Derek Brooks, al que escandaliza mucho que la gente no le preste atención. Seguro que tiene *daddy issues* desde que su padre se fugó con la rusa—. Exijo que me hagas caso, Elisabeth. Soy tu jefe, por el amor de Dios.

Suelto un gritito de exasperación. Mi vida se ha convertido en una versión retorcida de *La Divina Comedia*.

—¡Fuera todo el mundo! ¡No quiero veros a ninguno! ¡Estoy en cueros y no me apetece nada de esto!

Lucy y Lewis se dan prisa para cerrar la puerta. Derek, en cambio, no da señales de querer moverse de aquí.

—¿Sí, alteza? —hablo a través de los dientes apretados, empleando toda la irritación de la que soy capaz.

—Tenemos que hablar —me dice, muy serio, mientras me evalúa con la mirada.

—Dispara. Que sea rápido. No estoy de humor. Los lunes me deprimen.

—Que me hayas besado no quiere decir que ahora tengamos que comportarnos como si...

—Espera un momento. ¿Que *yo* te he besado *a ti*? —interrumpo, sin creer lo que estoy oyendo—. Perdona, fuiste tú el que me besó.

—¡Te tiraste a mis brazos! ¿Qué querías que hiciera? Mi virilidad estaba

en juego. Una vez más.

—¡Tropecé! ¡Jamás me tirarías a tus brazos, cacho alimaña devora secretarías!

Derek se lleva una mano a la frente y, entre soplidos, empieza a masajearse el entrecejo, como si de repente tuviera un horrible dolor de cabeza.

—Mira, bombón, sé que no has podido resistirte a mis encantos, es comprensible. Causo un gran efecto en las mujeres. Y me alegra que estés enamorada de mí, de verdad que lo valoro, pero me gustaría que fueras un poco profesional y te olvidaras del tema durante un tiempo. Que me quieras con locura y pienses constantemente en hacerme el amor, *de forma violenta*, encima de mi escritorio, no quiere decir que no podamos trabajar juntos. Noto los calores de la ira subiendo por mi cuello.

—¡Fuera!

—Lizzy... —El tono de exasperación de Derek me dice que su paciencia está acabándose. ¡Y la mía también!

—¡Vete al demonio, al Infierno o a la mierda! ¡Me da igual adónde, mientras te largues de aquí!

Derek coge mi mano y resopla.

—Lizzy, bromas aparte, quiero que vuelvas. Por favor. —Me lanza una

mirada tan suplicante que me deja sin aliento—. Te necesito.

Entrecierro los párpados solo para dejar de verle. *¡No, no, no y no! No puedes caer en la trampa de Derek Brooks. No es sano estar tan cerca de él. ¡Le besaste, por el amor de Dios!*

—Estaré ahí en una hora —cedo, como la boba que soy.

Derek sonrío, satisfecho de haber conseguido lo que quería. Planta un beso en mi frente, se levanta y se dispone a marcharse.

—Espera un momento —le digo de repente.

Se detiene junto a la puerta y se vuelve para encararme.

—¿Por qué? ¿Quieres que nos volvamos a besar?

—No. Lo que quiero saber es por qué estás tan contento hoy.

—Aunque no te lo creas, tengo montones de razones. He recuperado a mi querida Lizzy, he echado a patadas a Kim de mi casa. —Coge aire en los pulmones, lo suelta despacio y despliega los labios en una sonrisa—. Y no hay nada entre Jensen y tú. La vida me sonrío, pequeña Lizzy. La vida me sonrío.

Pues yo me encargaré de estropearte el buen humor, alteza.

—Ay, Derek, todo parece tan maravilloso... Salvo por una cosa.

—¿Cuál?

—Jensen es mi novio. El viernes nos besamos —confieso con cierto tono

malicioso.

Las atractivas facciones de Derek se crispan al instante.

—¿Qué? ¿Le besaste también a él? ¿Qué clase de arpía malvada eres tú?

No se juega a dos bandos.

Hago una mueca.

—Oh, por favor. ¿Derek Brooks está dándome lecciones sobre cómo ser fiel? Por el amor de Dios. Si te has casado seis veces y tienes millones de novias por ahí.

—¡Yo no tengo la culpa de no tener suerte en el amor! —protesta, indignado—. En vez de echármelo en cara, ¡deberías compadecerme! Eres malvada, Lizzy O'Conner. Malvada de verdad.

Me coloco la almohada y de pronto quiero saber más sobre los matrimonios fallidos de mi jefe.

—Dime una cosa. Te casas, prácticamente, dos veces al año. ¿Por qué?

¿Es que disfrutas con los divorcios?

—Lo hago porque creo en el matrimonio.

—Pero no en la fidelidad.

Los ojos marrones de Derek me contemplan en silencio.

—Creo en la fidelidad, Lizzy —dice por fin—, pero solo con la mujer adecuada. Y ninguna de mis seis esposas lo era—. Se acerca y vuelve a

sentarse encima de la cama. Algo me dice que va a sincerarse conmigo—. Mi primera esposa, Eva, me casé con ella porque era extranjera e iban a deportarla. La segunda, Amber, era católica, republicana y embarazada. No era mío, pero, aun así, le pago una pensión. Su padre era reverendo, ¿sabes? No podía presentarse en casa con un bombo.

Su confesión me deja de piedra. ¡Derek Brooks es noble! No me lo puedo creer.

—¿Qué?

—Éramos amigos, así que les hice un favor a ambas. Como Sandra a mí en el instituto.

—¡Vaya! No esperaba tanta nobleza de alguien como tú. ¿Y las otras cuatro?

Sonríe maliciosamente.

—Lo otro no fue tan noble. Me case con Chris porque le sentaba bien el bañador. Con Louise, porque siempre me han atraído las francesas. ¿No te parece que las francesas tengan un *je ne sais quois*? —Frunce el ceño cuando me ve negándolo—. ¿No? Hmmm. A mí, sí.

—¿Y las otras dos?

—Luego conocí a Marissa. Oh, Marissa. Qué gran mujer. Aún no he superado ese divorcio.

Ahogo una risita al ver la mueca melancólica que pone.

—Déjame adivinarlo. ¿Le sentaba bien la minifalda? —me atrevo a sugerir.

Derek me dedica una mueca de reprobación.

—No, listilla. Pero hacía buenos macarrones. Al hombre también se le conquista por el estómago, por si no lo sabías.

—Algo de eso había oído. ¿Y qué me dices de Kim, tu más reciente fracaso marital?

—¿Kim? Hmmm. Pensé que era la definitiva. Pero... —Se encoge de hombros y no dice nada más.

—Es muy guapa. ¿Por qué no funcionó?

Derek suspira.

—Porque, por desgracia, me enamoré de otra mujer.

—Por supuesto. No sé por qué me molestó en preguntar.

—Nunca le puse los cuernos —continúa, abstraído—. A Kim, quiero decir.

—¡Menuda novedad! ¿Por qué? ¿La otra te rechazó? —me burlo.

—No exactamente. Nunca llegó a saber lo que sentía por ella. El destino puede ser cruel, pequeña Lizzy. Muy cruel. A ella solo he podido amarla en la distancia.

—Vaya. Alguien debería escribir tu biografía. Sin lugar a duda, tendría entre manos un *bestseller*.

Mi broma no consigue el propósito de ahuyentar la tristeza que flota sobre la cabeza de Brooks. Resopla, se levanta y echa a andar hacia la puerta.

Rodea el pomo con la mano y lo gira despacio.

—Te esperaré en la oficina. Ah, y, por cierto, Lizzy —me dice, volviéndose lentamente—. De verdad que necesitas un peluquero. Tenemos una reunión muy importante hoy. Te recuerdo que en Ediciones Brooks tenemos una imagen que mantener. Llama al más caro de la ciudad y cruza los dedos para que solucione ese desastre. Yo lo pago—. Me guiña un ojo y añade—. Tranquila, luego lo descontaré de tu nómina.

Y sale por la puerta.

Suelto un grito de irritación, agarro la almohada y me tapo la cabeza con ella.

No quieres matar a tu jefe. No quieres matar a tu jefe, me mentalizo una y otra vez.

Aparto la almohada y vuelvo a chillar.

—Aaaarrrgggghhh. *Tenemos una imagen que mantener. Tenemos una imagen que mantener* —imito a Brooks, exagerando al máximo sus gestos y su voz.

¿Ah, sí? De acuerdo. Que se preparen los de Ediciones Brooks. No quería hacer esto, pero VOY A USAR EL CRÉDITO PARA EMERGENCIAS.



Capítulo 15: El amo absoluto

Lunes, 13:58

Me da igual la hora que sea. Cruzo, altiva, las puertas giratorias de la torre de cristal en la que tengo la mala suerte de trabajar (¡jodido alquiler!). Todo

el mundo vuelve la cabeza para mirarme, como si quisieran comprobar que la vista no les está jugando una mala pasada. No me esperaba menos. Me he gastado cinco de los grandes para que así sea.

—¿Lizzy? ¿Qué te ha pasado?

Me he convertido en mi peor pesadilla: la reina del consumismo, ¡la Kim Kardashian de Wisconsin!

Esa sería la respuesta acertada. Pero como no estoy de humor para admitirlo en voz alta, le sonrío a Noah y cambio de tema.

—Hombre, Noah. ¿Qué tal la próstata? ¿Sigue molestando?

Noah parpadea, eclipsado por mi aspecto de superestrella de Hollywood que lo mira por encima de las gafas de sol.

—Bueno, así y así —murmura, descolocado.

—Me alegra saber que te encuentras mejor. Si me disculpas. Tengo una reunión.

Me quito las gafas de sol a lo Audrey Hepburn, agito mis ondas color avellana (con reflejos rubios) y taconeo por todo el pasillo en dirección al ascensor.

—¿Elisabeth?

Lisa, de jurídico, se acerca y me evalúa desde las puntas de los pies (con manicura francesa y comprimidos dentro de unos preciosos Louboutin de

color crema) hasta la cabeza.

—¿Eres tú?

Comprendo la pregunta. Sin esos horribles recogidos, soy irreconocible.

Derek Brooks llevaba razón. Mi pelo era un desastre. Encrespado, con las puntas dañadas y un horrible tono negro que hacía que mi piel pareciese demasiado lívida (como buena irlandesa, he usado protección de cien para el rostro. Por si acaso. Me aterra el cáncer).

—En carne y hueso, querida. —No solo he mejorado mi aspecto, sino que he cambiado mi acento pueblerino. Ahora parezco culta, sofisticada y glamurosa. A ver qué le parece esto al señor Brooks.

—¡Vaya, chica! Casi no te reconozco. Estás increíble. Guapísima. Me encanta el vestido.

Oh, sí, *el* vestido. Corte lápiz, color blanco, manga corta. Ajustado a la cintura. Altura justo por debajo de las rodillas. Seiscientos cincuenta dólares. Rebajado. *Un chollo*, según la comercial. Ejem, ejem.

—Gracias, Lis. Ahora, si me disculpas, tengo una reunión y no quiero cabrear a Brooks con mi falta de puntualidad.

—Claro, claro —balbucea Lisa, que elije subir por la escalera en vez de coger el ascensor conmigo. Intimido a las personas. Qué emocionante.

De reojo, veo a Bob, de marketing, comiéndose unos donuts dentro de su

despacho de cristal. Tiene los bigotes manchados de azúcar. Ni me molesto en saludar. Ahora soy un pibón. Mi vanidad ya no conoce límites. He subido el listón hasta alturas de vértigo.

14:05

Llego a mi puesto de trabajo. Un poco tarde, pero tengo una buena excusa: estaba haciéndome un cambio de imagen a petición del presidente de la compañía.

—¡Elisabeth! —truenas su satánica majestad desde su despacho—. Llegas *MUY* tarde.

Pongo los ojos en blanco, dejo el bolso sobre la mesa y, con aire majestuoso, abro la puerta de cristal que separa nuestros despachos.

Su alteza está repantigado en el sofá. Vuelvo la mirada hacia su escritorio y descubro a un señor de unos sesenta años tecleando algo en el ordenador personal de Brooks.

—Oh, lo siento, no sabía que estuviera reunido. Vuelvo luego.

—Por favor —dice el señor de nombre desconocido, al tiempo que se pone de pie, sonrío y se cierra el botón de la chaqueta—. Querida Elisabeth, insisto en que se quede usted. —Se me acerca y me ofrece una mano—. Jack Brooks. Encantado de conocerla.

¡Hostia puta! ¡Satán Senior!

Aunque también podría ser un tío lejano...

Aprieto su mano, fascinada por la elegancia y la personalidad de Jack. Si tuviera unos veinte años menos, le echaba el guante ahora mismo. En serio. Está buenísimo para la edad que tiene. Un par de canas por ahí, unas cuantas arruguitas por allá, pero, en conjunto, es todo un señor.

—¿Brooks? —pregunto, sonriente—. Como...

—Mi padre —aclara Derek, con los ojos en blanco—. Tu jefe más absoluto y supremo. El dueño de todo cuanto nos rodea. —Con aire burlón, despliega las manos para señalarme los dominios del jefe supremo—. El amo todopoderoso de...

—Suficiente, Derek —se enerva el jefe absoluto—. Te has hecho entender.

Derek sonrío y luego apaga la sonrisa.

—Padre, esta es mi adorable secretaria, Lizzy.

—¿Tu secretaria? —repite Brooks padre muy asombrado—. ¡Pero si es morena!

—Estoy madurando —asegura su alteza, entornando de nuevo los párpados.

—Ya te digo que estás madurando. Señorita, posible futura nuera, si tenemos en cuenta las estadísticas, es un placer conocerte.

Incómoda por lo de las estadísticas, le sonrío al señor Brooks, consciente de que el pago de mi alquiler depende de él. Mucho más ahora, después de haberme gastado el colchoncito de mis padres.

—El placer es mío, señor. Si necesita cualquier cosa, estaré en mi humilde cubículo.

El amo absoluto inclina la cabeza, se aleja de mí y se sienta en la mesa de cristal negro con asientos para ocho personas. Siempre me he preguntado si alguien la ha usado alguna vez. Está claro que en tiempos de Satán Senior esa mesa resultaba útil para algo. Su hijo no la ha usado jamás. ¡Porque jamás se reúne con nadie! Como se pasa el día tocando las narices mientras la empresa se gestiona por sí sola... Es lo que tienen las dinastías. Apenas hace falta mover un dedo. Con contratar a gente más preparada que tú ya es suficiente. Estoy a punto de volver a mi despacho, cuando Derek pega un salto del sofá, se abalanza sobre la puerta y la cierra delante de mis narices.

—Tú te quedas —me dice en tono categórico, indicándome un asiento en la mesa grande. Se inclina sobre mí y añade en un susurro—. Por cierto, *guau*. Bonito aspecto. Casi me da un infarto al verte entrar.

—Nunca hasta hoy me había resultado tan desagradable la palabra *casi*
—murmuro, con una mirada elocuente.

Derek me dedica su más inocente sonrisa. Pero no me impresiona. Sigo

poniéndole mala cara. La cara de un pequinés enfurecido.

—No me decepciones, Lizzy. Necesito apoyo moral. Hoy más que nunca.

Mi padre tiende a tocar las narices.

—Será genético.

—Venga —insiste, apaciguador.

Cedo, con los ojos en blanco, taconeo hasta el centro de su despacho y, de mala gana, me siento en la silla que me indica.

—Bueno, ya que estamos todos —se alegra el señor Brooks, que preside la mesa como el jefe absoluto que es—. ¿Podemos empezar?

Derek se deja caer en la silla situada a la derecha del amo absoluto, se saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo enciende.

—Procede —le dice a su padre, antes de soltar el humo hacia arriba.

Nunca lo había visto fumar. Creo que lo hace solo para tocar las narices.

El señor Brooks le quita a su alteza el cigarro de la boca y lo aplasta contra la mesa, a falta de un cenicero. Soy incapaz de retener una carcajada.

—Bien. Ahora *sí* que podemos empezar.

—Lizzy, haz cosas de secretarias y deja de mofarte de mí —me susurra

Derek, que se inclina sobre la mesa para que su padre no pueda escucharle.

Pongo los ojos en blanco, enciendo el iPad de Brooks y empiezo a teclear

en una pestaña de Outlook: *el capullo infiel teme a su padre, que es el señor*

más elegante que he visto jamás, con su traje oscuro de alguna marca europea, su colonia cara y su cabello perfectamente peinado.

Sonríó satisfecha (algún día usará todos estos apuntes para escribir un libro sobre la escandalosa vida de Derek Brooks) y presto atención a lo que se habla.

—Tienes que solucionar la huelga de México —le impone el jefe supremo a Derek.

Su alteza se cruza de brazos como un niño enfurruñado.

—¿Por qué tengo que ir yo? A mí no me gusta México.

—¿Te has pasado dos meses ahí en lo que va de año! ¿Qué tonterías estás diciendo?

—¡En Cancún! —alega su majestad a gritos—. Eso casi ni es México.

—¡Me importa un bledo que te guste o no! Vas a ir porque es tu trabajo.

El señor Brooks fulmina a su hijo con su mirada amenazadora. Su alteza hace una mueca de desagrado.

—¿Por qué no puede ir mi hermano?

—¡Está de luna de miel! —le recuerda Jack Brooks, con irritación—. Creo que puede permitirse, el pobre muchacho, ir de luna de miel una vez en treinta y nueve años. —Se inclina hacia mí y me susurra—. Este se ha casado seis veces ya. ¡Con sus seis correspondientes lunas de miel!

—Ya —respondo divertida—. Estoy al tanto de su vida amorosa.

—¿Y quién no, hija mía? ¡¿Quién no?! Y dime, ¿eres su novia?

—¡Qué va a serlo! Si sale con *Jensen G*.

Para burlarse, Derek pronuncia el nombre de Jensen G imitando mi voz de *groupie* histérica. Pongo los ojos en blanco.

El señor Brooks se queda muy sorprendido.

—¿Jensen G? ¿El escritor? ¡Al fin una chica con buen gusto, coño!

—Vuelve a inclinarse hacia mí y cuchichea—: Todas las secretarias de Derek tenían un gusto pésimo. Al fin y al cabo, se casaron con él.

Su majestad carraspea con irritación.

—Gracias, padre, por tu puntualización. ¿Podemos hablar de negocios ahora?

El señor Brooks se pone de pie, se abrocha de nuevo el botón de la chaqueta y empieza a andar hacia la puerta.

—No hay nada de lo que hablar, Derek. Tienes que ir a México y punto.

Este fin de semana. Y nada de hoteles pijos y coches de alta gama. Tienes que dar una imagen de empresario humilde.

—¿Y qué sugieres? —pregunta su alteza, claramente irritado.

—Moteles de carretera.

—¡De ninguna de las maneras! No, ni de coña. Me niego rotundamente.

El señor Brooks eleva la barbilla desafiante y sostiene la mirada chispeante de su hijo.

—Entonces, recoge tus cosas, muchacho. Estás despedido. Tú, y tu chica también.

Abro la boca en un gesto horrorizado. ¿Pero yo qué culpa tendré? ¿Si le he caído bien a Satán Senior! ¿Por qué se venga de esta forma? ¿No es consciente de que las personas tenemos que comer y alquileres que pagar? ¿Qué hombre más diabólico!

Derek resopla y se levanta de la silla.

—Espera —dice, con la mandíbula tensa—. Deja de apretarme las tuercas. Lo haré. Pero con una condición.

El señor Brooks abre la puerta y se detiene, sin siquiera girarse.

— ¿*Condiciones?* ¿Cuál es mi política, Derek?

—No negociar con terroristas —responde su alteza sin inmutarse.

—He ahí tu respuesta. No estás en condición de negociar conmigo, muchacho.

—Aun así, insisto. Una vez me dijiste que uno no puede rendirse sin antes luchar. ¿Había algo de cierto en eso, o era tan falso como todo lo demás?

Satán Senior resopla y, vencido con sus propias armas, se vuelve para encarar a su rebelde hijo.

—Eso te dije, ¿eh? ¡Porque nunca creí que fueras a hacerme caso! Pero quizá me haya equivocado contigo. Muy bien. Expón tus condiciones. ¿Qué es lo que quieres?

—Lizzy se viene conmigo. Ya que iba a acompañarme en el exilio... Satán Senior me estudia durante unos momentos. Me ruborizo, y él curva la boca en una media sonrisa burlona.

—Dalo por hecho —resuelve, aun mirándome fijamente.

Abro los ojos de par en par. Quiero protestar, decirles que no soy un perro al que puedan pasar de un sitio al otro, que soy una mujer moderna con opiniones y elecciones propias. Pero lo único que hago es contemplar la puerta que se cierra a sus espaldas.

¿Y ya está? ¿Me voy a México? Oh, querida.

Martes, 03:25

—¿Por qué estás ahí mirándome como una perturbada? —gruñe mi mejor amiga en mitad de la noche.

Suspirando, deajo caer los hombros y me acerco a su cama. Solo llevo una camiseta larga, roja. Mis pies descalzos hacen crujir el parqué por dónde piso.

—Lucy, he tenido un sueño horrible —le digo mientras me hago hueco a su lado en la cama.

—¿El mundo se había quedado sin chokolatinas y te veías obligada a

comer coliflor? —se mofa, tirando de la sábana para cubrirse.

—¡Peor aún! Yo era Audrey Hepburn —le explico, aún horrorizada por el realismo de mi sueño—. Y mi vida era como en *Desayuno con Diamantes*.

—Si era la versión porno, no quiero saberlo.

Pongo mala cara en la oscuridad.

—No era la versión porno. Era *igual* que en la película. Todas las mañanas me iba a Tiffany's, con mi bolsa de papel llena de chokolatinas y...

—¡Eso no es como en la película! —protesta Lucy a gritos.

—Era la versión moderna —alego para apaciguarla—. ¿Me quieres escuchar?

—Está bien. Sigue. ¿Y qué pasaba?

—Como iba diciendo, una mañana cualquiera estaba yo comiéndome mi chokolatina Mars (en el sueño sabía mejor que en la vida normal y tenía menos calorías), cuando una limusina negra se detuvo a mis espaldas.

—Oh, qué misterio.

Lucy no deja de burlarse de mí. Si no fuera tan inquietante el sueño, no se lo contaría. Pero necesito la opinión de un experto, y no puedo llamar a la pitonisa hasta que las agujas del reloj señalen las nueve en punto. La última vez que la llamé en mitad de la noche, no se lo tomó demasiado bien.

Claro que yo estaba borracha entonces y no me importó demasiado.

—El que bajó de la limusina era Derek —prosigo, con la voz temblorosa de un presentador de un programa de misterio.

—¿Brooks?

—No. Derek Christopher Shepherd, de *Anatomía de Grey*. ¡Pues claro que Derek Brooks, pequeña tontaina! ¿Quién, sino?

—¿Y seguro que no es la versión porno?

—¡Está bien! Ya he tenido bastante. No vuelvo a contarte nada nunca más. Enfurecida como una mona, abandono la cama y camino a grandes zancadas hacia la puerta.

—Vale, vale —se ablanda Lucy ante mi rabieta—. Lo siento. ¿Y qué pasó?

Me detengo en el umbral y lucho conmigo misma durante unos momentos, pero acabo rindiéndome, me vuelvo y la miro a la cara.

—Se me acercó, se arrodilló delante de mí y, con el anillo más vulgar de toda la Costa Este, me dijo: *Lizzy, quiero que seas mi séptima esposa*. ¿Qué crees que significa?

—¡Hostia puta! —Lucy acciona el botón de la lámpara de su mesilla y me mira con los ojos abiertos de par en par—. ¡Estás enamorada de Brooks! ¡Sus acusaciones me escandalizan! ¿Cómo ha llegado a tamaña conclusión?

—¡No estoy enamorada de Brooks! ¿Es que no me has escuchado? ¡Fue él quien me pidió matrimonio!

—Técnicamente, no. Técnicamente, fuiste tú la que lo soñó, y todos sabemos que los sueños no son más que la percepción de los deseos más profundos e inconfesables de tu propio subconsciente.

—Interesante teoría. Espera. ¿Insinúas que mi subconsciente quiere casarse con Brooks?

—¿Qué otra cosa podría significar?

—¿Que debería cenar menos hidratos de carbono? —propongo esperanzada.

—Tonterías. Estás enamorada de ese hombre desde la primera vez que lo viste, y ahora quieres casarte con él.

Oh, querida...

Con mirada ausente, me dejo caer encima del colchón de Lucy y caigo en una profunda meditación, que acaba de golpe cuando Lucy me da una patada en el trasero y me manda de vuelta a mi habitación.



Capítulo 16: Pactando con el Diablo

Viernes, 13:52

He montado una rabieta. Me he echado a llorar y he pataleado el suelo con la punta de mis Louboutin. He amenazado con dimitir al menos cien veces desde el martes. Incluso he llamado a la pitonisa farsante del año pasado para que me echara las cartas y, de paso, un mal de ojo a mi jefe.

¡Todo ha sido en vano! Derek se ha mantenido irritablemente implacable.

¡Irás a México y no se habla más!, me dijo su alteza en su tono más categórico.

Y aquí estamos, de camino al país de los tacos (¡peligro para la silueta!).

Hemos viajado en jet privado hasta alguna parte de California, y ahí Derek ha alquilado un coche. Ya llevamos un tiempo en la carretera. Se supone que dentro de media hora estaremos en Tijuana, nuestro destino final.

—Deberíamos establecer unas normas —resuelvo, después de haberlo meditado durante todo el camino. En mi horóscopo de hoy decían que encontraré el amor que tanto tiempo llevaba buscando y que no debería dudar a la hora de entregarme. Precisamente eso es lo que me he propuesto evitar: lo de la entrega.

Derek arquea las cejas por debajo de las gafas.

—¿Normas? Ya sabes que odio las normas.

—Lo sé. Precisamente por eso lo hago.

—Está bien —Brooks tuerce los labios en un gesto de desagrado—.

¿Quieres el lado derecho de la cama?

—Eso me da lo mismo, puesto que pienso dormir sola.

—Aguafiestas —masculla por lo bajo, se endereza en su asiento y coge el volante con las dos manos.

—En realidad, solo tengo una norma —prosigo con fría profesionalidad.

—¿Prohibido llevar ropa durante todo el fin de semana? —me sugiere

Derek, socarrón, mientras me lanza una mirada insinuante por encima de las gafas.

—Nada de sexo.

El coche pega un frenazo brusco en mitad de la carretera desierta. De hecho, nos detenemos tan en seco que mis enormes gafas de sol (de mosca cojonera, según Lucy) aterrizan en el regazo de mi falda.

—¿Qué?! —grita Derek, horrorizado.

—Lo que has oído. Quiero que me prometas que, pase lo que pase, ninguna parte de tu cuerpo acabará dentro de alguna parte del mío —doy todos los detalles enfrentándome a su mirada con toda la dureza que esta situación requiere.

Derek me contempla por encima de las gafas.

—¿Quieres decir que, si te atragantas con una aceituna, no puedo meterte los dedos en la boca para salvarte la vida?

—Para eso existe la maniobra de Heimlich —le recuerdo.

—Tonterías. El método de Brooks es más efectivo.

—Pues no puedes hacerlo. ¿Tenemos trato o no?

Coloca el brazo contra el respaldo de mi silla, se vuelve de lado y tuerce

los labios. Está claro que la derrota le disgusta muchísimo.

—De acuerdo. Tenemos trato —cede de mala gana.

Compongo una sonrisa adorable.

—Excelente.

Brooks gruñe por lo bajo y pone el coche en marcha. Los siguientes minutos transcurren en silencio. Creo que los dos estamos pensando en eso de la norma.

—Pensaba que el padre de vuestra majestad había sido claro al decir que hay que pasar desapercibidos —digo de pronto.

Derek baja el volumen de la canción que suena en la radio y me mira a través de sus gafas de aviador.

—Y eso vamos a hacer, pequeña Lizzy. Llevo vaqueros y camisa de denim. Más desapercibido que eso, imposible.

—Conduces un Ferrari rojo, *descapotable* —puntualizo en un gruñido.

Derek hace una mueca.

—Lo sé. Qué mal gusto, ¿verdad? Con lo que me gustan a mí los Bentley.

Pero estamos en crisis y he tenido que conformarme con esta chatarra italiana

—suspira como si fuera el hombre más desdichado del mundo y eleva el volumen de la música.

Niego con la cabeza y vuelvo la mirada hacia el árido paisaje que vuela a

ambos lados de la carretera. Su majestad solo sabe conducir en dos velocidades: extremadamente rápido y velocidad de vértigo, con lo que no puedo mirar por la ventanilla demasiado tiempo. ¡Me estoy mareando!

—Habrás elegido al menos un motel barato.

Giro de nuevo la cabeza hacia Derek y constato que él estaba observándome de reojo.

Me lanza una sonrisa tranquilizadora que oculta cierto matiz de maldad.

—Oh, sí. El más barato de toda Tijuana. Te va a encantar. Está lleno de prostitutas drogadictas y camellos de poca monta. Un sitio con clase.

—Genial —murmuro, volviendo la mirada hacia la cuneta. Prefiero marearme y vomitar dentro de esta bonita *chatarra italiana*, que seguir mirando lo guapo que va Brooks esta mañana, con su camisa vaquera y su delgado rostro ensombrecido por la barba de dos días.

—Odio esta canción —le digo a Brooks, por hablar de algo—. Siempre la he odiado.

Para mi desesperación, mi jefe eleva el volumen a tope.

—¡Derek! —le grito para hacerme escuchar—. Baja eso. ¿Qué pretendes?, ¿dejarme sorda?

—No te oigo, pequeña Lizzy —me grita su alteza, señalándome su oído.

Para enervarme más, empieza a cantar todo lo alto que sus pulmoncitos

neoyorquinos le permiten— *No quiero morir. Pero tampoco me entusiasma la vida. Antes de enamorarme, estoy preparándome para dejarla marchar.*

—¡Eres irritante y te odio!

Derek ríe entre dientes, da golpecitos con las palmas en el volante para marcar el ritmo y sigue rugiendo como un poseso:

— *Solo quiero sentir amor verdadero... Y una vida eterna... Hay un hueco en mi alma... Puedes verlo en mi rostro...*

¡Encima, bailotea mientras conduce!

Me cruzo de brazos y tomo la drástica decisión de no volver a hablarle por el resto de mi vida.

Claro que, en cuanto llegamos a Tijuana, no puedo llevar eso a la práctica y el *resto de mi vida* acaba de forma trágica cuando veo lo que ha planeado Brooks para este fin de semana.

—¡¿Un racho?! —Me quedo atónita, delante de la enorme mansión en la que, según Derek, vamos a hospedarnos. Enormes praderas, un séquito de criados, ¡establos! ¿Qué ha pasado con el motel, la droga y los camellos? Esa idea me gustaba más—. ¡Un racho! ¿Has perdido la cabeza? ¿Esto es *discreto* en tu opinión?

Derek se quita las gafas de sol y contempla satisfecho los campos (aún verdes) que nos rodean. Espero en silencio hasta que sus oscuros ojos bajan

hacia mí.

—Eh, ¿hola? Si hubiese querido algo ostentoso, nos habríamos alojado en Malibú y trasladado hasta aquí en jet privado todos los días. Esto no es nada, Lizzy. Solo es un pequeño, humilde, ranchito de nada.

— *¿Ranchito de nada?* ¡Tiene treinta caballos y praderas enormes llenas de césped natural! ¿Para qué demonios queremos treinta caballos?

—Me encanta montar. ¿Y si los caballos contagian la enfermedad de los caballos locos? Calculo que, de unos treinta corceles rápidos como el demonio, sobrevivirán al menos dos para que tú y yo podamos ir a montar.

—Es la enfermedad de las *vacas locas* —lo corrijo, entornando los ojos—. No la pueden contagiar los caballos porque, según su nombre bien indica, ES SOLO PARA VACAS.

—No hay pruebas científicas —se obstina su alteza, que se abre camino a través de las puertas de madera del rancho con los soberbios ademanes de un terrateniente.

¡Señor, dame fuerzas!

—Lizzy, ¿te has traído protección solar? —me grita a lo lejos—. El sol mexicano pega fuerte. Creo que me acaba de salir una mancha en la mano.

¿Será cáncer? ¿Te importaría mirármelo?

Ejem, ¿señor?

He cambiado de opinión. No me des fuerzas, porque si me las das, me lo cargo. Dame sabiduría. Y aplomo. Y todo el autocontrol que puedas conseguir.

—¡¡Lizzy!! ¿Qué haces ahí parada? Entremos. ¿Quieres que me dé una insolación?

Con una mueca de exasperación, lo sigo hacia la puerta. Es el Diablo. Si hay un Diablo, es él. Estoy segura.

El ranchito de nada *solo* tiene ocho dormitorios, un salón de al menos ochenta metros cuadrados, cuatro baños (que yo haya contado), cocina, comedor, biblioteca y una sala de juegos, con mesa de billar, una enorme televisión y una barra de bar encajada en la pared.

Pesco dos botellas de tequila de una estantería cerca de la chimenea y las guardo a buen recaudo. Me harán falta si voy a tener que pasar todo un fin de semana atrapada con el insufrible Derek Brooks.

La decoración del interior es la típica de la zona, bastante rústico todo, mucha madera, cortinas blancas, muebles sólidos, grandes ventanas, (abiertas en este momento para suavizar el olor a cerrado), alguna que otra mosca zumbando (¡malditos caballos! ¿o son las moscas de Wisconsin que siguen persiguiéndome?). En fin, lo habéis pillado. Lo que viene siendo el típico *ranchito de nada*.

—Lizzy —me dice su majestad, que, nada más entrar, se tira en el sofá de tela gris del salón y no se vuelve a mover de ahí—. Te concedo una hora para que te refresques, retoques tu maquillaje o lo que sea que hagáis las mujeres en el baño. Después, tú, yo, Manuel y Dolores nos iremos a dar una vuelta por ahí, a conocer este entorno privilegiado en el que *yo* he tenido la inteligencia de hospedarnos.

Me echo a reír. ¿Acabamos de llegar y ya me ha buscado un novio mexicano? *¡Híjole!*

—¿Dolores? —repito entre risas—. Te será difícil continuar la saga una vez de vuelta a Nueva York.

Derek se muerde los labios como si intentara disimular la diversión.

—Dolores es una yegua, Lizzy —informa, sin poder contener una sonrisa indulgente.

Me siento ridícula. *¡Pues claro que es una yegua, Lizzy!*

—Oh. —Al instante, me doy cuenta de lo que eso supone y grito, con ojos desorbitados—: ¡¿Quieres que yo monte una yegua?! ¡Ni de coña! Me dan miedo los caballos.

La mirada de Derek empieza a brillar de pura maldad.

—Oh, sí, vas a montar, mi pequeña Elisabeth —me amenaza con su sonrisa más diabólica.

—¡Ni hablar! Me nie-go.

Me cruzo de brazos para mantener firme mi postura. Derek entorna los párpados.

—Está bien. Hagamos un pacto, bombón.

—Prefiero tirarme a un pozo lleno de petróleo que hacer pactos contigo.

¡Eres el Diablo!

Derek adopta una expresión tierna y finge estar dolido.

—Oh, mi adorada protegida —suspira, afectado—. La crueldad de tus palabras me parte el corazón.

Bufo y me dispongo a irme, pero Derek se levanta del sofá, me alcanza y coloca las dos manos en mis hombros para detenerme.

—Si montas a caballo conmigo, aceptaré tu dimisión de vuelta a Nueva York, te haré la mejor carta de recomendación del mundo y yo mismo te buscaré otro trabajo. Mejor pagado que este.

Lo miro con incredulidad. ¿Por qué está siendo tan flexible? No me fio de él. Mi madre siempre decía que no hay que fiarse de los hombres guapos. La última vez que ella se fio, acabó con un bombo. O sea, *moi*.

—¿Harías todo eso?

Derek arquea una ceja y despliega los labios en una sonrisa inocente que no consigue engañar a nadie.

—Soy un hombre de palabra, Lizzy. No juego con estas cosas.

Sostengo sus ojos con dureza y él sostiene los míos.

—Hecho —cedo con una sonrisa victoriosa—. Iré a cambiarme de ropa.

Montaré contigo.

—Excelente. ¿Has visto que fácil?

Estoy subiendo la escalera cuando vuelve a llamarme.

—¿Lizzy?

Me detengo y me giro. Como se le ocurra hacer algún comentario acerca de mi pelo, juro que le mato. Seguro que el sistema de leyes es más relajado si es la mujer la que comete el asesinato. Siempre puedo alegar que me forzó y tuve que defenderme. Algo se me ocurrirá.

—¿Sí, Derek?

—Solo quiero que tengas en cuenta una cosa.

—¿Cuál?

—Cuando volvamos a Nueva York, no querrás dimitir. Tengo por delante un fin de semana entero para hacerte cambiar de opinión.

Alzo la barbilla y adopto un aire digno. Como en las telenovelas, cuando la mala del cuento mira desafiante al galán desde lo alto de una escalera.

—Sinceramente, lo dudo, querido.

Aprovechando la teatralidad del momento, hago una salida triunfal antes

de que a Derek le dé tiempo de añadir nada más.

Llego a mi habitación, donde alguien ya ha deshecho mis maletas, y cambio mi elegante conjunto dos piezas, de falda negra y chaqueta escocesa, por unos vaqueros viejos, una camisa blanca y unas botas sin tacón. Decido recogerme el pelo en una trenza. No me he leído ningún manual sobre atuendos adecuados a la hora de montar a caballo, pero supongo que esto bastará.

—¡Lizzy! —grita su alteza, enloquecido, desde la planta baja—. ¿Estás ya?

¡Este hombre es increíble! Le voy a regalar un puñetero reloj. Abro la puerta, me apoyo en la barandilla y le grito:

—¿No me dabas una hora?

—Tenemos conceptos diferentes en lo que al tiempo se refiere —me dice, asomándose al pie de la escalera, con su conjunto vaquero, unas botas de montar y las gafas de sol puestas—. Vamos, Lizzy, Dolores está impaciente por conocerte.

Maravilloso. Y yo estoy impaciente por fracturarme la espina dorsal.



Capítulo 17: Cena para los chacales

Viernes, 16:46

Dolores, la muy hija de perra, me ha tirado siete veces. Tengo el trasero lleno de moratones. Pero al final pude montar.

A Manuel, quiero decir. Con Dolores, no hubo manera, me odia a muerte.

El sentimiento es mutuo, claro. Yo ya le he echado a ella unos cuantos

maleficios y espero que le contagien la enfermedad de los caballos locos antes de que acabe este fin de semana de pesadilla.

—¿Por qué tengo que montar yo el caballo viejo? —protesto mientras su alteza y yo vamos a paso lento por un campo lleno de flores amarillas.

Derek ríe entre dientes.

—Porque el caballo joven no te aguanta. Si es que los caballos son criaturas muy inteligentes, Elisabeth. Tienen un criterio excelente. Mira, como Dolores, que sabe elegir a las buenas personas.

Bufo, ya que no estoy de acuerdo con su teoría, aunque decido, sabiamente, no seguir con este tema.

—¿Cuándo conociste a Jensen? —quiere saber Derek de repente.

—En mi primer día de trabajo. Cuando me mandaste a por un café.

—Desearía haberme tomado un vaso de lejía —murmura para sí mismo—.

Y dime, ¿te gusta?

—Oh, sí. Mucho.

—Dame tres razones por las cuales le amas.

—Tiene porte de caballero, aguanta bien la bebida y sus dedos crean auténticas obras de arte.

Derek gira la cabeza hacia mí y sonrío socarrón. La verdad es que estoy disfrutando de este paseo a caballo más de lo que debería. El aire es cálido, el

olor a campo me adormece... No quiero volver a Nueva York. Quiero quedarme en México.

—¿Y eso es todo? Busca bien, muñeca, porque seguro que te atrae algo más aparte de sus dedos. Tú y yo sabemos que los dedos son muy importantes en una relación, pero...

—¡Derek! —me escandalizo, y noto al instante un molesto rubor encendiendo mis mejillas—. Me niego a mantener una conversación contigo sobre los dedos de Jensen.

Derek suspira aliviado. Es muy teatral cuando quiere.

—Gracias a Dios. A mí también me resultaba violento.

Agito la cabeza y, aunque lo intento, no puedo evitar sonreír.

—¿Cómo van las cosas con Maggie Uno? ¿Has encontrado una continuación? ¿Maggie versión 2.0?

Su alteza hace una mueca.

—He dejado a Maggie Uno. Era demasiado boba.

—Nooo —me lamento, a punto de echarme a reír—. Era buena chica, en el fondo...

—Eres una mujer malísima, Lizzy. Y, por cierto, me liaste la de Dios el mes pasado. Debería despedirte.

Giro la cabeza hacia él y pestañeo inocentemente.

—¿Qué he hecho yo?

—Equivocarte con los regalos. Por tu culpa he perdido a las Alison.

Echo la cabeza hacia atrás y me río a carcajadas.

—¿Te resulta divertido eso? —Su alteza adopta un tono de falsa irritación.

—¡Pobrecillo! ¿Y cuántas novias te quedan ahora? Aparte de la saga Charlotte.

Derek detiene a Dolores y a Manuel, se quita las gafas de sol y me sostiene la mirada.

—Ninguna —musita y, por primera vez en toda su existencia, parece *completamente* sincero—. Aparte de ti, quiero decir.

Se inclina hacia mí y su dedo índice se desliza despacio por mis labios.

Sencillamente, no soy capaz de respirar, ni de hablar, ni de dar alguna clase de señales de inteligencia. Me he quedado de piedra, fascinada por la excitación que desprenden las pupilas de Derek.

—Derek, ya sabes que yo...

—Chiss. No digas nada. Solo... —Resopla, tensa la mandíbula y vuelve a colocarse las gafas—. Ven. Te echo una carrera hasta la casa del lago.

No me da tiempo de decir que *ni hablar*. Su caballo echa a correr como alma que lleva el diablo.

—¿Casa del lago? —grito, pero su alteza ya no me escucha.

Meneo la cabeza con incredulidad y miro cómo su ancha espalda se aleja a toda prisa de mí. ¿Qué demonios le pasa? No puede soltarme algo así y luego salir corriendo.

Sin saber qué hacer, me inclino y le doy unas palmaditas en el cuello al caballo.

—Bueno, Manuel, me parece a mí que vamos a perder esta carrera, porque, entre que tú eres como el abuelo de todos los caballos de este establo, y que yo no tengo ni idea de cómo montar, emplearemos solamente dos velocidades para desplazarnos: muy lento y velocidad de caracol.

El caballo no dice nada.

Evidentemente, Lizzy. Es un caballo. Lo extraño habría sido que te contestara.

¡Ay, mamá!

Viernes, 17:28

El anciano Manuel arrastra perezosamente sus pezuñas por un camino polvoriento. Aún no hemos encontrado la dichosa casa del lago. Estamos en mitad de la nada. ¡Ni siquiera hay árboles que arrojen su sombra sobre nosotros! Un bosque se alza a ambos lados del camino, pero está lo bastante lejos como para que su frescor no llegue hasta aquí. El sol me pega fuerte en la cabeza y parece quemar más que nunca. Derek tenía razón. El sol

mexicano no tiene ninguna consideración con los extranjeros. Pienso quejarme de esto al gobierno mexicano en cuanto pise suelo estadounidense. Escrueto el cielo con el ceño fruncido y advierto que se acercan nubes de tormenta por el oeste. ¡Lo que nos faltaba a Manuel y a mí! Un chaparrón para rematar este día de pesadilla.

El caballo y yo estamos cansados y muertos de sed. ¡Maldito Derek Brooks y maldita esa zorra de Dolores! Seguro que lo ha hecho aposta, el muy cabrón. Me ha traído hasta aquí para deshacerse de mí .

Bueno, al menos no te ha degollado para luego enterrar tu frágil cuerpecito en estos siniestros bosques, me consuela la voz de mi madre, muy melodramática.

Estoy a punto de empezar a lloriquear, cuando de repente oigo un ruido. ¿Qué es? Manuel y yo tenemos las orejas tiasas, para escuchar mejor. ¿Parecen cascos? ¡Por favor, que sean cascos de caballo! Juro que besaré las pezuñas de Dolores e incluso al capullo de Derek Brooks si vienen a por mí y me encuentran antes de verme obligada a comerme unos sucios gusanos para sobrevivir.

Freno el caballo como en una película del oeste y lanzo una mirada a lo lejos, en dirección al ruido. Una nube de polvo envuelve algo. O a alguien, que se acerca a mí a la velocidad del rayo.

¡Es un hombre!

Me grita algo y hace señales con la mano, pero no sé lo que dice. Ojalá me hubiese puesto las gafas para verle mejor. Las lentillas me nublan la vista. Seguro que es el apuesto dueño de una hacienda, que me rescatará, se enamorará de mí y me pedirá en matrimonio antes de que acabe el día de hoy. Nuestros hijos se llamarán Diego (como el Zorro), Carlos (como Santana) y Juanita, porque me gusta cómo suena. *Juanita*. Hurra. Soy feliz otra vez.

—¡Joder, Lizzy!, ¡pensaba que te habían devorado los chacales!

Mi oído se ha visto debilitado por la sed, el miedo a morir y la idea de tener que comer gusanos. Aun así, juraría que esa no es la voz del perfecto padre de Juanita.

—¿Derek? —Me debato entre el alivio (porque no voy a morir aquí sola) y la decepción (porque acabo de perder a mis adorados hijitos, la hacienda y los establos).

—¡Venga, Lizzy, deprisa! —grita Derek, cada vez más cerca.

Decido deshacerme de la decepción y, sencillamente, alegrarme porque sigo con vida.

—¡Corre, Manuel, corre! ¡Estamos salvados!

Ni puñetero caso me hace el caballo. Avanza a la misma velocidad que un caracol. Puede que no entienda el inglés. Hmmm. Nunca había pensado en

eso.

Me devano los sesos para decirle algo en español. No se me ocurre nada, aparte de *híjole*. Gracias a Dios, la muy zorra de Dolores se nos acerca galopando.

Manuel se detiene ante la señal de Derek.

Yo suelto un suspiro tonto al ver al hombre moreno, de metro ochenta de estatura, parado delante de mí, con su erguida y firme postura, altivamente montado encima de su yegua blanca. ¡Sí que parece el dueño de una hacienda! No me extraña que me haya hecho el lío antes.

Tiene las venas de los brazos hinchadas, con tanta fuerza sostiene las riendas.

¡Hí-jo-le! Es guapo, el condenado. En mi imaginación, mi madre lleva sombrero, poncho y habla con acento mexicano. He visto demasiado cine. Observo fascinada a Brooks, que derrocha masculinidad por todos los poros de su cuerpo. ¡Qué poderoso parece! No recordaba que fuera tan guapo. ¿Solo ha pasado media hora desde que se fue? Parece mentira. No puedo creer que hace media hora estaba echándole un mal de ojo por dejarme aquí tirada con el abuelete de los establos. Ahora me casaría con él si me lo pidiera.

Vale, la próxima vez me compraré un sombrero como el de mi madre.

Claramente, el sol mexicano está afectando mis funciones mentales.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —me grita su alteza, el cual, debo admitir, parece muy cabreado conmigo—. ¿Tienes idea del susto que me has dado?

—¡Ja! —suelto las riendas y pongo las manos en jarras como Lucy—. ¿Y yo qué? ¡Estaba aterrada!, pensando en que tendría que comerme a Manuel para sobrevivir. Se ha formado un bonito vínculo entre nosotros durante esta media hora. ¡Es como de la familia! Casi era canibalismo. ¡Y todo esto porque a vuestra alteza se le ocurre hacer carreras ilegales de caballos! Derek suelta una carcajada y se relaja visiblemente. A lo mejor no era cabreo sino preocupación lo que tanto le alteraba.

—Ay, Lizzy, Lizzy. Se te saca de Manhattan y te mueres de miedo.

Venga, iremos a la casa del lago a paso lento. Pero no demasiado lento. Se acerca tormenta.

—¿Por qué no volvemos al ranchito? —propongo con mi mueca más adorable.

—Tardaríamos demasiado. La casa nos pilla más cerca y puede darnos cobijo hasta que pase el peligro. Vengo desde allí y parecía habitable. Hago una mueca de desagrado. Aun así, lo sigo. ¿Qué otras opciones tengo? No he visto ni haciendas ni terratenientes guapos dispuestos a

rescatarme y casarse conmigo. *Adiós, Juanita, querida.*

—¿No tendrás algo de beber?—murmuro al cabo de un rato, ya hecha a la idea de que tendré que regresar a casa sin hijos, sin hacienda y sin terrateniente mexicano. La vida es una mierda.

Una de las esquinas de la boca de Derek se eleva en una sonrisa.

—Solo tequila.

—¿Quieres emborracharme para aprovecharte de mí? —inquiero, mirándolo de reojo.

Derek se frota la barba y tuerce los labios en un gesto burlonamente meditabundo.

—Puede. ¿Crees que funcionaría?

—Mucho me temo que sí.

Sonríe y arrea a su yegua.

Durante unos minutos, solo se escuchan las pezuñas de los caballos y el canto de los pájaros.

—¿Derek? —susurro.

—¿Lizzy?

—¿En México hay chacales?

Miro el rostro satisfecho de Derek Brooks, que, a su vez, me mira a mí.

—Mi pequeña Lizzy, la de cosas que tengo que enseñarte.

Su majestad alza las cejas dos veces seguidas y me dedica una sonrisa de lo más sugestiva. Trago en seco y decido mantener la boca cerrada hasta la casa del lago.



Capítulo 18: El camino hacia el Infierno

Viernes, 17:41

Bajamos de los caballos delante de la casa del lago, una pequeña cabaña

de madera, con un solo habitáculo y un cobertizo para los animales. Fuera se está desatando una de las peores tormentas que he presenciado en toda mi vida. El diluvio universal seguro que se queda corto. Doy gracias a Dios de que Derek me haya encontrado a tiempo. De lo contrario, habría acabado fulminada por algún que otro rayo (¡la ira divina porque me he pasado la tarde pensando en hacer el mal!).

Parece el día del Juicio Final. El cielo se ha teñido de negro, mires en la dirección en la que mires. El viento sopla con tanta fuerza que temo por la seguridad del techo de madera y por la mía propia (solo peso cincuenta y dos kilos con un metro sesenta y cinco de altura), y la lluvia cae estrepitosamente, golpeándose sin cesar contra las dos ventanas de cristal. Derek y yo entramos corriendo, pero, aun así, nuestra ropa está empapada. Lo que siempre había soñado. Contagiarme de una neumonía en México. Si es que sabía que venir aquí era mala idea.

Me siento en una de las dos butacas al lado de la chimenea apagada y soplo aire caliente en los puños mientras tiritó sin control y miro cómo Derek se da prisa para encender la chimenea. Solo hay tres troncos de madera.

Incluso una chica como yo sabe que eso no bastará para calentar estos treinta metros cuadrados.

—Lizzy, no sé cómo decirte esto, pero tienes que desnudarte —me dice

Derek en cuanto consigue encender el fuego. Su voz ha adquirido un tono pícaro y bastante malicioso. Está disfrutando con esto, el cabrón.

—Prefiero la neumonía —aseguro, cruzada de brazos en actitud defensiva. Su alteza entorna los ojos.

—Venga, no te avergüences. He estado casado seis veces. He tenido decenas de novias. Te aseguro que lo he visto todo hasta ahora. Poseo un gran conocimiento del cuerpo femenino.

—Eso no lo pongo en duda —refunfuño, toda tosca.

Y, por primera vez, pensar en eso me resulta doloroso.

¡No, no, no! Esto no está pasando. No te importa Derek Brooks. Pensaste que estabas enamorada de él porque durante esa infernal cena tomaste demasiado vino. Tú quieres a Jensen. Jen-sen. El rubio. El majó. El motero peligroso. Odias a Brooks, ¿recuerdas? ¿Siete velas negras durante siete viernes seguidos?

—¿Me has oído?

Aturullada, levanto la mirada. Su alteza está delante de mí, y lleva solamente el vaquero que cuelga sobre sus caderas . *¡Joder, joder, joder!* El nombre de Jensen y sus ojos azules desaparecen de mi mente al instante. Solo puedo ver esa oscura mirada que sostiene a la mía, y su perfecto pecho, no excesivamente musculoso, moviéndose al ritmo de su respiración.

—La Tierra llamando a Lizzy —me dice con voz suave. Parpadeo para salir del estado de shock y hago un esfuerzo por recuperar el aliento y centrarme en lo que *dicen* sus labios, no en el modo en el que se mueven. *Madre mía. ¿Qué hago aquí con este hombre medio desnudo, del que me siento muy atraída?* —. Tienes que quitarte la ropa o vas a enfermar. Y yo soy un jefe tan malo que no quiero darte la baja. Te necesito constantemente. ¡A todas horas! Así que, por favor, quítate la condenada ropa de una vez. Juro que no miraré. —Va hacia el armario y regresa con una manta de lana—. Toma. Envuélvete con esto.

Cojo la manta con las manos temblorosas, trago en seco y empiezo a quitarme la ropa, que está tan mojada que se me ha pegado al cuerpo. Tal y como ha prometido, Derek se gira y no hace ningún intento de mirar. Aun así, le agradezco al Cielo la buena idea de invertir doscientos dólares en *Victoria's Secret*. Por si acaso.

—Ya puedes mirar —musito, y la voz me suena rara, como enronquecida. Espero que sea porque se me están formando placas en la garganta y no porque Derek Brooks me afecta tanto que no puedo ni hablar como es debido. Derek se vuelve y me mira de arriba abajo. Arquea las cejas y sonrío burlón cuando ve que la vergüenza me hace arrebujaarme un poco más en mi manta gris.

—Te sientan bien las mantas, en serio. Ahora ven aquí. Tenemos que entrar en calor.

—¡No voy a acostarme contigo, bestia retorcida! —escupo, indignadísima. Derek me dedica una sonrisa burlona.

—Me refería a entrar en calor tomando tequila, Lizzy.

¡Claro que se refería al tequila, Lizzy! ¿Por qué iba a querer Derek Brooks acostase contigo, pudiendo tener a cualquier modelo de por ahí?

¡Mamá, cállate!

—Oh. De acuerdo.

Maldiciendo para mis adentros ese toque de decepción que se percibe en mi voz, me acerco a él y cojo la botella que me ofrece. Se la devuelvo después de tomar un buen trago.

—¿No vas a escupir ni a gruñir ni a quejarte de lo fuerte que es?

Derek me mira asombrado.

—¡Por favor! No es la primera vez que bebo tequila. —Agarro de nuevo la botella y le doy otro trago para presumir—. ¿Lo ves? Entra de maravilla.

Derek ríe entre dientes.

—Como he dicho, toda una caja de sorpresas. Vayamos a sentarnos delante de la chimenea para calentarnos. En media hora se apagará. Supongo que la tormenta habrá acabado antes de la caída de la noche, pero, si no fuese

así, tendríamos que dormir aquí. —Hace una mueca maligna, abre mucho los ojos y me susurra—: *Abrazaditos*.

—Ni lo sueñes —respondo con tosquedad.

Derek arquea las cejas en un gesto sarcástico.

—Para entrar en calor, Lizzy, no seas tan malpensada. ¿No ves que estamos sin madera?

—Ya, ya.

Nos sentamos cada uno en una butaca y nos repartimos la botella de tequila para *entrar en calor*.

—Te propongo un juego —dice Derek de pronto, cuando llevábamos un buen rato ensimismados, contemplando el fuego que crepita en la chimenea de piedra.

—¿Acabará desnuda al final? —quiero saber, recelosa.

Derek suelta una carcajada. Nunca me había fijado en que tiene una sonrisa muy bonita.

—Solo si es eso lo que quieres.

—Para nada.

—Entonces, no. Te prometo que conservarás la ropa puesta.

Eso lo quiero yo por escrito. Sigo pensando en lo de entregarse al amor.

¡Dichoso horóscopo! Me ha arruinado el día.

—Sé que me odiaré por haberlo preguntado, porque, en el fondo no quiero saberlo, pero... ¿en qué consiste el juego?

—Preguntas y respuestas.

—¿Qué? —Lo miro con una sonrisa incrédula—. ¿Como lo que hacen los críos?

—¡Exacto! ¿Qué te parece?

—¿La verdad? Me parece infantil.

—Oh, venga. Será divertido —me anima con una sonrisa.

—Si tú lo dices...

—¿Qué te parece si empiezo yo?

—Si no queda otra...

—Algo tendremos que hacer, y si no quieres que hagamos *eso*, por lo de la norma, tú ya sabes cuál...

—¡Sí, Derek! Ya sé cuál. Ve al grano, ¿quieres?

—Muy bien. ¿Tienes hermanos? —quiere saber su alteza, el cual me mira sin pestañear.

¿Debería hablarle sobre el estudio que asegura que los perturbados apenas pestañean cuando miran a una persona? Neah.

—No. Soy hija única. Mi madre es profesora de piano y dice que, con una hija y ochenta alumnos a la semana, tiene bastante. Mi padre, profesor de

violín, no discrepa.

Derek me escucha con una sonrisa.

—No sabía que tus padres se dedicaran a la enseñanza. Y menos a la musical. ¿Y tú que tocas? ¿El piano o el violín?

Me muerdo el labio inferior para no sonreír.

—Por norma general, las narices.

Las carcajadas de Derek resuenan en el silencio de la cabaña.

—Eso es cierto. Y dime, ¿por qué escribes?

—¿No me tocaba a mí?

Pone los ojos en blanco.

—Creía que esto te parecía infantil.

—Sí, pero de lo contrario dejaría de ser un juego y se convertiría en un interrogatorio tipo CIA.

—Cierto. Está bien. Te toca.

—¿Quién es la mujer de la que te enamoraste? Tu amor imposible. *Ella*.

—Elijo beber —masculla mientras se acerca la botella a los labios.

¿Será tramposo?

—¡No dijiste nada de eso!

—¿Ah, no? Pues te lo digo ahora.

—¡Derek! ¡No puedes cambiar las reglas del juego!

—Obsérvame.

—Cabronazo.

—¿Por qué escribes, Lizzy?

Giro la cabeza hacía él y contemplo en silencio sus atractivas facciones.

Siempre lleva una barba incipiente que le da un aspecto más masculino aún.

—Porque es lo único que se me da bien —confieso tras unos segundos de silencio—, aunque vuestra majestad opine lo contrario.

Los ojos marrones de Derek se pasean por todo mi rostro como si lo estuvieran absorbiendo.

—Hay muchas más cosas que se te dan bien —murmura con voz ronca, y centra la mirada en mis labios—. Besar es una de ellas.

Me quedo helada cuando se inclina sobre mí, se detiene a solo dos centímetros de distancia de mis labios y sonrío.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —musito, intentando ignorar el nudo que se me ha puesto en la garganta, el pulso que se me ha disparado, la excitación que late en mi estómago...

—Elisabeth, sobre la faz de la Tierra solo hay una mujer capaz de volverme completamente loco. Y tiene gracia que seas precisamente tú.

Tengo la respiración entrecortada, y él también. Se lo noto cuando me habla.

—No sé si te sigo —susurro, me humedezco los labios y aguanto su mirada.

—No tienes que seguirme. Me gusta hacerme el misterioso. —Absorto, extiende el brazo y desliza las puntas de los dedos por mi mandíbula. Bajo los párpados para protegerme del brutal golpe de emociones que me asaltan a la vez y me obligo a detenerlo. Sin embargo, no lo hago—. Mi siguiente pregunta para ti. Tú y yo tenemos algo, ¿verdad? —murmura con voz entrecortada.

Abro la boca para negarlo, pero él enreda las dos manos en mi pelo, me arrastra hacia él y aplasta los labios contra los míos para acallarme. Me estremezco hasta el tuétano cuando su lengua intenta colarse en mi boca y apoderarse de todo, echarlo todo a perder, destrozar cualquier norma o prohibición que me haya impuesto respecto a Derek.

No puedo permitirlo, pese a lo mucho que lo estoy deseando, así que cojo su rostro entre las manos y le obligo a detenerse.

—Si, Derek —murmuro, colocando el pulgar contra su labio inferior para frenar su inminente asalto—. Tú y yo tenemos algo. Una preciosa relación laboral que no vamos a estropear solo porque haya tormenta fuera y estemos muy aburridos aquí dentro.

Derek resopla con fastidio, desenreda las manos de mi pelo y retrocede,

echando la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo de la butaca. Durante unos minutos, permanecemos en silencio, ambos observando las débiles llamas que están a punto de apagarse.

—¿De verdad le quieres? —susurra al fin.

Vuelvo la mirada hacia sus oscuros ojos, que arden con la misma intensidad que esas brasas de la chimenea.

—¿A quién?—musito, dudando.

Derek tensa la mandíbula y retiene mi mirada.

—A Jensen —responde entre dientes.

Me tomo unos instantes para reflexionar, desviando la mirada hacia el fuego que se consume a escasos metros de nosotros.

—No —confieso al fin, y he de admitir que me siento liberada.

Veo, de reojo, las esquinas de la boca de Derek alzándose poco a poco, triunfantes.

—Gracias a Dios —susurra para sí.

—Derek...

No me da tiempo de decir nada más, porque se abalanza sobre mí, enreda de nuevo los dedos en mi pelo y arrastra mi boca hacia la suya. Su lengua se abre paso a través de mis dientes, con mi acuerdo o sin él.

Y yo ya no tengo fuerzas para resistirme a lo que quiero, así que dejo de

luchar y acepto de muy buena gana la derrota.

Brooks me besa durante muchísimo tiempo, minutos, horas... ¿quién sabe?

—Eres consciente de que esta noche nos quedaremos aquí, ¿verdad?

—susurra, aún pegado a mis labios.

—Sí —suspiro, falta de aire.

Derek sonrío.

—¿Y eres consciente de lo que voy a hacerte?

La amenaza que se esconde en su tono de voz me hace temblar de deseo.

—Sí —exhalo.

—No va a ser tierno —asegura mientras sus manos masajean mi nuca.

¡Santo cielo!

—Voy a hacer que grites... —continúa, mirándome fijamente a los ojos conforme arrastra las manos por toda mi espalda.

La manta cae a su paso, despacio, hasta que solo me queda el conjunto de encaje negro. Sabía yo que era buena idea comprarlo.

—Vas a gritar, Elisabeth. *De placer* —enfatisa, y me dedica una sonrisa de lo más maliciosa.



Capítulo 19: El Diablo y yo

Viernes, 18:58

Durante unos momentos, nos contemplamos en silencio, y luego nuestros labios se apresuran a fundirse en un apasionado beso. Derek demora su boca sobre la mía durante casi una eternidad, explorándola de manera lenta y perezosa, mientras sus manos se pasean por todo mi cuerpo.

Los dos tenemos la respiración alterada cuando nuestras bocas se separan. Soy consciente de que no debería permitir esto, pero no me siento capaz de pararlo.

Bueno, no quiero pararlo. ¡Ya está! ¡Lo he admitido! Quiero acostarme con Derek Brooks.

—¿Lizzy? —susurra contra mis labios.

Su lengua empieza a dibujar lentamente el contorno de mi boca. Tengo que aclararme la voz para ser capaz de hablar y, aun así, las palabras se niegan a materializarse, con lo que me limito a gruñir un:

—¿Hmmm? —débil y patético.

—Me encanta lo que te has hecho en el pelo.

Sonrío. Él se coloca a mi espalda, me desabrocha el sujetador y me lo quita. Noto su respiración removiendo mi pelo y me doy cuenta de lo excitado que está.

Desliza el índice desde mi nuca hasta mi clavícula, elevando mi temperatura corporal, incendiando el aire a mi alrededor.

—Derek, deberías...

—¿Parar?

—Sí...

—¿Por qué? —gruñe en mi oído, con los labios encima del incontrolable

latir de mi pulso—. Entre tú y yo saltó la chispa desde el principio, Lizzy.

Puedes negarlo, pero la verdad está ahí. Es irrefutable.

De pronto, enreda los dedos en mi pelo, empuja mi cuerpo hacia abajo y recorre toda la curvatura de mi espalda con la punta de la lengua, rozándome con una lentitud casi agónica. Contengo el aliento. Sus manos encuentran mis pechos y, cuando se cierran sobre ellos, me veo incapaz de retener un gemido.

—¿Lizzy? —ronronea en mi oído.

—¿Derek? —apenas soy capaz de vocalizar, la voz me sale ronca y mis jadeos demuestran en qué estado me ha llevado con unas cuantas caricias. Es casi aterrador el efecto que produce en mí.

—Si me hubieras rechazado hoy, habría sido capaz de hacer algo muy malo —confiesa, sus los dedos describiendo círculos lentos sobre mis pezones endurecidos de deseo.

—Derek Brooks, eres un degenerado —murmuro, apoyando la cabeza en su hombro.

Los ardientes labios de Derek bajan despacio por mi cuello. Entrecierro los ojos y él clava los dientes en el lóbulo de mi oreja.

—Me lo dicen mucho —me susurra.

Poco a poco, me hace girarme hacia él, hasta que quedamos nariz contra

nariz, y su boca busca a la mía. Sin separarse de mis labios, me coge en brazos y me tumba encima de la mesa de madera. Me abre las piernas con gesto brusco y se busca sitio entre ellas. Se me cierra la garganta al notar su erección rozando mi entrepierna.

—Vamos a aclarar un par de cosas —se detiene y golpea las caderas contra las mías—. Uno. En cuanto follemos, serás mía y *solo mía*. No me gusta compartir.

—¿Y dos? —murmuro, observándolo con la intensidad del hambre que lucha por ser saciado.

Desliza la boca hacia mi oído, hace una pausa para excitarme aún más, y susurra:

—Llevamos demasiada ropa.

Derek se desabrocha el botón del vaquero y se deshace de él de forma inmediata, liberando al fin su erección.

¡Dios Santo!, pretende meter eso... ¡¿ahí?! Creo que tenemos serios problemas de espacio.

Sus chispeantes ojos se posan sobre mis bragas y una de sus cejas se eleva, como diciéndome que esa prenda sobra.

¡¡ *Ayyyy madre!!*

Me muerdo el labio inferior con nerviosismo. Derek se arrodilla delante de

mí, aparta el fino encaje negro y hunde dos dedos en mi interior, al mismo tiempo que traza círculos con el pulgar, esparciendo la humedad. Me aferro a sus recios hombros para mantener el equilibrio y dejo caer la cabeza hacia atrás, dejando que siga con su asalto. Soy suya en este momento y puede hacer conmigo lo que le dé la real gana.

—Eres muy hermosa, Lizzy —murmura, se retira y me quita las bragas.

Se pone en pie y se inclina sobre mí para reducir la poca distancia que nos separa. A medio tumbar, extendiendo el brazo y acaricio los mechones, aún mojados, que caen sobre su frente. Arrastro las yemas de los dedos por ese rostro que hace tan solo tres semanas odiaba, y por sus sensuales labios, curvados ahora en una débil sonrisa.

Derek, con mirada ardiente, me planta un beso en las puntas de los dedos, me tumba de nuevo, moldeando mi espalda contra la dura superficie de la mesa, y se coloca encima de mí.

—Llevo tanto tiempo esperando esto... —susurra y su caliente boca rodea la punta de mi pecho, cuyo pezón se endurece de inmediato.

—¿Defines un par de semanas como mucho tiempo?

Derek levanta el rostro y nuestras miradas se funden en un oscuro e intenso abrazo. Sus facciones registran la inconfundible huella de la excitación.

—Tú y yo tenemos conceptos distintos en lo que al tiempo se refiere, Lizzy. Lo que para ti solo son *un par semanas*, para mí pueden ser años. Yo vivo de otra manera.

Acoge mi pecho de la palma de su mano y vuelve a atrapar mi boca, en la que se pierde de una manera tan intensa, prolongada y desesperada que me noto la sangre hirviéndome en las venas.

—No vas a dimitir —murmura mientras su rodilla separa mis piernas un poco más—. ¿A qué no?

Levanta la mirada y sostiene la mía hasta que asiento.

—No.

Sonríe.

—Buena chica —murmura y desliza la palma derecha por mi abdomen, sin detenerse hasta llegar al hueco entre mis piernas.

De pronto, dejo de respirar y se me nubla la vista de tal modo que solo puedo contemplar al perfecto hombre cuya boca está jadeando al lado de la mía, y me pregunto cómo es posible desearle más de lo que parece humanamente posible, cuando debería odiarle con todas mis fuerzas, o al menos salir corriendo para ponerme a salvo de esto. De nosotros. De lo que *nosotros* significa.

De todas las elecciones que he hecho a lo largo de mi vida, Derek Brooks

es la peor de todas. Y, aun así, salir corriendo no es una opción.

—Derek —suspiro, retorciéndome bajo sus intensas caricias—. Te necesito ya...

Derek sonrío y cada vez me cuesta más respirar con normalidad. Su sonrisa es matadora, una mezcla de dulzura, sagacidad y peligro.

—Pensé que nunca lo dirías —murmura, acariciándome los labios lentamente.

Me aferro a sus hombros y nuestros cuerpos se funden en un abrazo desesperado. Chocamos una y otra vez, intentando traspasar las barreras de la piel, nos lamemos, nos besamos. Solo sé que le necesito. Hoy. Mañana. Siempre.

—Lizzy, no llevo condones —jadea Derek al ralentizar el ritmo—. Dime que tomas la píldora.

Mis ojos se abren de golpe . *La... ¿qué?* Ay, Dios. Trago en seco y me enfrento a su mirada.

—Ejem. Diría que no.

Me dedica una leve y sensual sonrisa, besa la punta de mi nariz con ternura y sus brazos se cierran en torno a mí, más posesivos que nunca.

—Entonces, vete pensando en nombres, porque no he hecho más que empezar.

¡¿Qué?! Universo, si estás ahí, no dejes que este error me persiga durante los próximos dieciocho años. ¡Como mínimo! Lo siento, Juanita, querida, pero este no puede ser tu padre.

Derek me besa de nuevo. Mi mente se queda en blanco. Mi cuerpo, deshecho de deseo, se rinde y sigue los movimientos del suyo.

—Lizzy... —murmura cuando deja de besarme.

—¿Y ahora, qué? —gruño contra su boca.

Sonríe de forma perezosa, como si estuviera adormilado o tan a gusto que se ha quedado sin fuerzas incluso para esbozar un gesto tan sencillo como una sonrisa.

—Tengo que hacerte una confesión.

Solo puedo rezar para que no me confiese que mis maldiciones han surtido efecto y que alguien le ha pegado la sífilis.

—Desde que vi por primera vez esos ojos tuyos tan azules, he querido follarte. *Mucho*. Duro. Date la vuelta.

Madre mía. Nunca me habían dicho algo tan crudo.

Hago lo que me pide, apoyo el abdomen contra la mesa y me agarro con las dos manos a los bordes. Derek enrosca mi pelo alrededor de su muñeca y entra de golpe, embistiendo cada vez más deprisa.

Solo baja la intensidad cuando grito y me abandono a esa sensación de

plenitud que se apodera de mí al alcanzar el clímax. Es un milagro que no me haya desmayado aún.

Con suavidad, me hace girarme para poder mirarme a los ojos.

—Espero que estés preparada para la segunda parte. Ya sabes lo que disfruto con las sagas —me dice en un suave tono de burla, me levanta la barbilla y deposita un suave beso en mis labios.

Me abrazo a su cuello y lucho por recuperar el aliento.



Capítulo 20: Solos en la oscuridad

Sábado, 10:00

El sol acaba de ocultarse tras una nube gris. Derek y yo aparcamos nuestra reluciente chatarra italiana delante de la sucursal mexicana de Ediciones Brooks y bajamos a la vez, como en las series policíacas. Somos Beckett y Castle, Lisbon y Jane, Bonnie y Clide. Rebeldes, cómplices, malvados. O así

es como nos imagino.

El recinto no es de cristal, como el de Manhattan, sino de ladrillo. No es ni la mitad de grande que el nuestro. La fachada luce vieja y descolorida. No le vendría nada mal un lavado de cara.

Cojo el maletín con agendas y papeles que he preparado para la reunión y sigo a Derek por un aparcamiento casi vacío. Obviamente, puesto que hoy es sábado y solo trabajan los del periódico. Sí, aquí se dedican también a la prensa.

Un perro que se sacude las pulgas (¿será la mascota oficial de la empresa?), nos mira gruñón cuando pasamos por delante. Junto a la entrada, hay dos camionetas, viejas, sucias y oxidadas. El resto son bicicletas. Gente con sentido común, los mexicanos. Tienen respeto por el medio ambiente, no como mi jefe, que seguro que no ha cogido una bici en toda su vida.

Miro a Derek de reojo. Es el rey de la pijería. Viste pantalones blancos y polo azul turquesa de *Ralph Lauren*. Incluso se ha puesto sus gafas de aviador. *Para pasar desapercibido, Lizzy*, me dijo cuando le pregunté. ¡Como si eso fuera posible! Un hombre como Derek Brooks no puede pasar desapercibido, ¡ni siquiera vistiendo un saco de papel! Otros intentan ser carismáticos, masculinos y atractivos. Derek Brooks jamás lo haría. Él, sencillamente, lo es.

—¡Mierda! El ascensor no va —protesta su alteza en cuanto entramos—.

Habrà que subir por las escaleras.

Sube a grandes zancadas, renegando entre dientes. Lo sigo, con mi vestido negro tan ajustado que apenas consigo andar y unos elegantes e incómodos zapatos de tacón que me van a destrozar los pies hasta la sexta planta.

Al llegar arriba, me agarro a la barandilla, jadeando como si fuera a dar mi último aliento. Derek tiene que esperar un buen rato hasta que me recupero y soy capaz de seguirlo por el pasillo oscurecido por la moqueta marrón. Huele a humedad y a cerrado aquí dentro.

—Qué poco entrenamiento —desaprueba Derek.

—Tengo agujetas.

Se detiene y sonrìe como un felino.

—Lo sé. —Arque las cejas con aire burlón—. Hemos tenido una noche muy intensa.

Pongo los ojos en blanco.

—Agujetas de montar a caballo, alteza. Lo demás no ha sido para tanto.

Lo siguiente pasa tan rápido que no tengo tiempo de reaccionar. Derek Brooks me agarra las dos manos, me las sube por encima de la cabeza y aplasta mi espalda contra la pared. Empiezo a jadear de nuevo cuando su cuerpo se apoya contra el mío y noto que se le está poniendo dura.

—¿Que no ha sido para tanto? —Sus dientes se agarran a mi labio inferior y tiran de él.

—No —lo desafío, mirando fijamente sus bonitos iris, oscurecidos de deseo—. No estoy para nada impresionada.

En las esquinas de su boca aflora una lenta sonrisa.

—¿Y por qué tiemblos? —repone, dándome otro golpecito con las caderas. Su erección se está volviendo cada vez más evidente—. ¿Porque no estás impresionada?

—¿Señor Brooks? —duda un hombre tras la espalda de Derek.

Su alteza entorna los párpados, libera mis muñecas y retrocede dos pasos.

Cuando se gira hacia el hombre moreno y bajito que viste un traje del mismo tono de marrón que la moqueta, ha recuperado completamente la compostura y el dominio sobre sí mismo. Todo rastro de excitación se ha borrado de sus facciones. Ahora parece un hombre de negocios implacable. Casi da miedo.

—Señor Sánchez —saluda, dándole la mano—. Me alegra volver a verle.

Le presento a mi secretaria, Lizzy.

Carraspeo, avergonzada por el momento romántico que ha presenciado el señor Sánchez, y aprieto su mano. Parece encantador. Nos invita a pasar a su despacho, escasamente amueblado con una mesa pequeña de madera, un par de butacas y una estantería repleta de carpetas. ¡Ni siquiera tiene una

secretaria!

Su alteza, rey del despilfarro, debería tomar nota. Mientras que el pobre señor Sánchez dispone de unos diez metros cuadrados para dirigir la sucursal, su majestad usa a su antojo toda la planta de arriba, salvo los pocos metros que forman mi despacho. Los muebles del señor Sánchez son escasos, viejos, de madera maciza. Los de Derek, son joyas del diseño. Según cuchicheaban en el ascensor unos empleados de contabilidad, mi jefe se ha gastado ocho de los grandes en una lámpara. Me pregunto si estará hecha con cristales Swarovski.

—Bien, señor Sánchez, ¿cuál es el problema con la imprenta? —exige saber mi jefe, que se repantiga en una butaca.

—Señor Brooks, tal y como le comenté a su padre, las condiciones de trabajo no son las más adecuadas y los empleados están descontentos con la dirección de la empresa.

Mirando a mi alrededor, eso no me sorprende en absoluto. Las condiciones son pésimas, comparado con las de Estados Unidos. ¿Por qué los empresarios hacen esto? Deberían mantener las mismas condiciones. ¿Por qué la mano de obra extranjera ha de valer menos? Es injusto. *Intolerable*. Si yo tuviese poder, derrumbaría por completo el sistema de leyes y exigiría unas condiciones justas para todo el mundo.

Dios mío, ¡eso es lo más comunista que he pensado nunca! Seguro que me acaba de salir bigote como a Stalin.

—¿Y qué es lo que pide el sindicato para que los empleados retomen su actividad?

Dejo de divagar sobre ceras para el bigote y regreso a la reunión.

Las manos del señor Sánchez tiemblan cuando abre una carpeta. Me da pena, el pobre hombre. Sé que su alteza intimida bastante, con su aspecto de déspota sanguinario. También sé que no lo hace aposta. Derek es así.

—Una subida salarial —balbucea el infeliz, mirando cómo su alteza coloca ambas piernas encima de la mesa y se repantiga aún más.

¡Por el amor de Dios, Derek!

Le doy un codazo, pero no se da por aludido. Me guiña un ojo y vuelve a dirigir su atención hacia el señor Sánchez, que nos mira parpadeando con rapidez.

—Eso es evidente —dice su majestad, un poco irritado—. Lo que quiero saber es qué tipo de subida salarial exigen.

—Un veinte por ciento —la voz le sale ronca al decirlo.

Apenas se atreve a mirar al déspota sanguinario a través de las cortas pestañas que sombrean sus achinados ojos. Está claro que piensa que los empleados han pedido demasiado, y juraría que está dispuesto a aceptar una

subida de cinco por ciento.

—Veinticinco —acuerda su alteza, bajando los pies de la mesa.

Se levanta de la silla y le lanza una sonrisa de oreja a oreja al señor Sánchez, que parece en estado de shock. Yo misma alucino. Derek Brooks tiene una manera un poco extraña de negociar. Excepto, claro, cuando se trata de mí. Entonces, a Derek Brooks no le tiembla el pulso. Puede ser increíblemente implacable.

—¿Está usted seguro de ello? —balbucea el señor Sánchez, descompuesto—. Quiero decir...

Derek le tiende una mano, dando por concluido el encuentro.

—Segurísimo. Un placer volver a verle.

El señor Sánchez balbucea que el placer es mutuo.

Derek y yo abandonamos el edificio en silencio. Una reunión corta, pero intensa.

—Pensaba que tu padre nos había enviado a solucionar la crisis —le digo, de vuelta al aparcamiento.

Derek arranca el Ferrari y pone la marcha atrás para salir.

—Y eso hemos hecho, pequeña Lizzy. Te garantizo que el lunes a primera hora estarán todos trabajando con más energías que nunca.

Salimos del aparcamiento con el típico chirrido de ruedas.

—De eso no me cabe ni la más mínima duda. ¿Pero te has parado a pensar en lo que esta subida supone para la empresa? —replico, intentando atrapar su mirada.

Derek gira el volante y coge un camino de tierra a mano derecha. Nos adentramos en el bosque, donde detiene el vehículo a la sombra de un árbol.

—Me la refanfinfla la empresa. No podía negociar y hablar de cifras cuando lo único en lo que podía pensar era en besarte y follarte contra ese horrible despacho lleno de arañazos.

¡Ay, Dios!

—Además —prosigue como si nada—, las condiciones de trabajo de esta gente son pésimas, ya lo has visto. Es una vergüenza que mi padre permita la explotación humana como un jodido esclavista feudal. Si quiere que gestione la empresa, lo haré. Pero a mi manera. Y mi manera no supone comercializar con personas.

Dios mío. Creo que empiezo a enamorarme de él. A enamorarme *de verdad*. ¿Cómo se llamaba la novia de Stalin? Da igual. Seremos como ellos.



Capítulo 21: El día en el que el mundo de Lizzy

se detuvo

Sábado, 22:51

Arranco la camisa de Derek Brooks con gesto tan brusco que los diminutos botones de color rosa saltan en el aire antes de precipitarse al suelo. Complacida, paseo la mirada por su duro y bronceado pecho, que se

agita al son de su acelerada respiración, y elevo la boca en una sonrisa traviesa.

—Lizzy, estás hecha una fiera —me dice Derek, divertido.

—Cállate —ordeno y empujo su pecho hacia atrás.

Se tambalea un poco y cae encima de una silla de su dormitorio. Me mira atónito. Sonriendo, me quedo delante de él y deslizo un dedo desde su labio inferior hasta el botón de sus pantalones vaqueros. A Derek se le contrae el abdomen. Se humedece los labios, exuberantes y entreabiertos, y me observa con los ojos nublados de deseo.

Eres mío, Derek Brooks. Capullo o no, eres mío.

—Das miedito —murmura, fingiendo estar aterrado. ¡Qué mentiroso!

Como si yo no supiera ya cuánto está disfrutando con esto.

—Te he dicho que no hables.

—Tu noche, tus normas —cede él.

Me inclino un poco sobre él, cojo su rostro entre las manos, con los dedos fuertemente clavados en su mandíbula, y me apodero de su boca, con un beso profundo, brusco y bastante agresivo.

—Voy a poseerte —murmuro contra sus labios.

Derek agarra mis caderas y me hace sentarme encima de él. Llevo solamente la ropa interior. Mi elegante vestido negro yace al lado de la

puerta. Volvimos con cierta prisa de la taberna, donde cenamos comida típica de aquí y bebimos un poco más de la cuenta.

—Nada me gustaría más que ser poseído por ti, preciosa —musita Derek mientras me aparta el pelo y lame el largo tallo de mi cuello.

Sus manos se cuelan dentro de mi sujetador de encaje y encuentran mis pechos, endurecidos de deseo.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo escapar un gemido abandonado. No sé cómo consigue hacerme perder la cabeza de esta forma. Todo en él me resulta tan condenadamente excitante...

Incluso su lado malo me atrae sin cesar.

Muevo las manos por su espalda, ancha y rígida por la tensión, y nuestras lenguas se encuentran en un lánguido beso. Con un gruñido, Derek traslada ambas manos a mis caderas y frota su erección, aprisionada por ese pantalón pijo que lleva, contra mi entrepierna.

—Dios —exhalo, enredando las manos en sus oscuros y despeinados cabellos.

—Derek, muñeca —me corrige, con respiración irregular y los labios registrando cada centímetro de mi mandíbula.

Hunde los dedos en mis caderas y murmura algo que no soy capaz de entender.

—Esto es lo que provocas en mí, Elisabeth— jadea, empujando su erección contra mi sexo.

Se deshace de mi sujetador y se lleva uno de mis pezones la boca.

Con el cuerpo encendido y oleadas de placer invadiéndome sin compasión, ahogo un gemido, cojo su mano y, con urgencia, la meto entre mis piernas. Derek gruñe de placer y empieza a masajear el sexo húmedo y palpitante que tanto ansía sus caricias. Estremecida de placer, rodeo su torso con las piernas.

—Y esto es lo que tú provocas en mí, Derek —le susurro al oído, antes de mordisquear el lóbulo de su oreja.

Derek aprieta los dientes cuando empiezo a agitar las caderas y a ondularme contra su mano. Me muevo de forma desvergonzada, sin remordimientos ni ternura ni timidez. Es extraño en mí comportarme de esta forma. Soy diferente cuando estoy con Derek Brooks. Parece ser el único capaz de enloquecerme. Con él, soy peor y mejor al mismo tiempo. Saca lo bueno y lo malo de mí, y creo que eso es genial, porque con él no tengo que aparentar ser alguien quien no soy.

—Ya basta —le digo, agarrando su mano para hacerle parar—. Te quiero dentro de mí. Ahora.

Derek no espera a que se lo pida dos veces. Se desabrocha la cremallera

del pantalón, deja salir su grueso miembro, erecto a más no poder, y lo aprieta contra los labios de mi sexo. Empiezo a fricciónarme contra él, hasta que suelta una exclamación, balancea la cadera y se introduce dentro de mí.

—Me alegro de que estés aquí —murmura, embistiéndome lentamente.

—A mí me alegra más —jadeo, incapaz de apartar la mirada de esos ojos tan hipnóticos que me arrastra hacia ellos. Lo único que se refleja en sus pupilas en este momento es deseo. *Por mí*. No por Maggie Uno, ni por las Alisons, ni por la saga Charlotte. Sino que por mí. Elisabeth.

Derek, con los labios buscando a los míos, me levanta por las caderas y, sin salir de mi interior, me lleva a su cama. Me tiende encima del colchón y me hace el amor como nunca hasta ahora lo hemos hecho.

La pasión se desata, demente y desenfrenada. Nos buscamos en la oscuridad, nos encontramos, nos fundimos. El frenesí se ha apoderado de nosotros.

Sus manos buscan mi carne, desesperadas, esparciendo fuego a lo largo de mi muslo.

Mis labios se estrellan contra los suyos.

Una gota de sudor, que se desliza por la piel, es lamida por una lengua hambrienta.

Su fuerza de voluntad entrechoca con la mía, lo cual lo vuelve todo mucho

más apasionado. Él quiere mi rendición. Yo exijo la suya. Los dos estamos en el filo y solo nos hace falta un empujoncito para caer.

Sábado, 23:49

Estoy pensando en que, gracias a Dios, tengo en mi poder un descubrimiento de la ciencia moderna llamado *o píldora del día después*. ¡Hay que ver lo que inventan!

También pienso en mi horóscopo de hoy. Decía: *No permitas que el orgullo se interponga entre el amor de tu vida y tú. Busca la fuerza para sobrellevar las vicisitudes.*

Ahora que lo pienso, los horóscopos siempre te dicen lo que tienes que hacer, pero jamás aclaran el misterio más misterioso del mundo: ¿cómo cojones hay que hacerlo? ¿Cómo busco yo la forma de sobrellevar las vicisitudes? ¡El horóscopo no se digna a decírmelo!

Derek está encima de mí, con el pelo alborotado y los labios húmedos. Me está abrazando. Aún sigue dentro. Se niega a salir.

—Dime una cosa, Derek. ¿Siempre has sido un capullo?

Noto su pecho moviéndose despacio. Está riendo. Alza la cabeza y me pasa el pulgar por la boca.

—No. De pequeño, era normal.

—¿Y qué te pasó?! —clamo, deseando saber más sobre su vida.

Acabo de darme cuenta de que lo único que sé de él es que tiene una enfermiza debilidad por las mujeres rubias con aspecto de modelos.

—Mi madre murió —me contesta, con la voz triste y algo ronca de alguien que no ha superado el palo aún.

¡Joder, Lizzy! ¿No podías estar calladita?

—Lo siento —musito, incómoda por haber abierto un tema tan delicado.

Derek me dedica una corta sonrisa. Se quiere hacer el valiente, pero los dos sabemos que aún le duele.

—De todos modos, fue hace mucho tiempo. Tenía ocho años cuando se la llevó el cáncer.

Suspira, sale de mi interior y se deja caer a mi lado en la cama. Mi mano derecha busca la suya y nuestros dedos se entrelazan.

—Mi padre volvió a casarse —dice de pronto—. Dos semanas después del entierro.

Si es que es genético.

—Lo siento. Tuvo que ser difícil para ti.

—Lo fue. Hanna, mi madrastra, solo tenía doce años más que yo. Nunca perdoné a mi padre por ello.

Me incorporo para mirarle a la cara.

—¿Juzgas a tu padre por lo que hizo?

Derek hace una larga pausa. Sus ojos oscuros se pasean por mi rostro, incrédulos, heridos. Son los ojos de aquel niño de ocho años que acaba de perder a su madre y contempla cómo todos a su alrededor han seguido con sus vidas mientras él se ha estancado en su dolor. Mierda.

—Por supuesto. ¿Qué niño no lo haría? Mientras mi madre estaba enfriándose en una tumba, mi padre y Hanna se acostaban en su cama. Yo...

—Se calla, frunce el ceño y su mirada se oscurece un poco más—. Le odié por eso, Lizzy. Aún le odio— añade en un murmullo.

Cojo su mano entre las mías y le beso los nudillos.

—Entonces ¿por qué te comportas como él, Derek?

—¡Yo no soy él! —estalla, lanzándome una mirada feroz—. Yo soy capaz de amar, Lizzy. Mi padre, no. ¿Crees que amaba a Hanna? En absoluto. Miles de veces la vi llorar. Ella solo era uno de sus trofeos. Pero yo... —Agita la cabeza y hace amago de sonreír, aunque el gesto acaba torciéndose en una mueca de amargura—. Yo soy capaz de amar —murmura para sí. Alza la mirada y me contempla, con la cabeza ligeramente ladeada hacia un lado. Sus ojos muestran un extraño resplandor—. Deberías saberlo.

Embotado por el dolor, Derek coge mi rostro entre las manos y me acerca a él. Sus dilatadas pupilas sostienen a las mías como si todo el universo se hubiese desplomado a su alrededor y ahora ya no quedara nada a lo que

aferrarse, salvo yo. Las puntas de sus dedos acarician mis pómulos. Muy despacio. Un roce.

Está tan ausente que temo abrir la boca y romper la magia de este momento.

—Deberías saberlo —repite, en un murmullo, y por alguna razón, parece herido al descubrir vestigios de duda en mi rostro.

Noto un nudo de emoción centrándose en mi garganta.

—¿Qué es lo que debería saber, Derek?

No soy capaz de reconocer mi propia voz, me sale ronca y entrecortada.

—Que no soy tan malo...

¿Por qué me siento decepcionada? ¿Y qué querías que te dijera, Lizzy?

¿Qué eres el amor de su vida?

Intento sonreír para disimular mi decepción y asiento con la cabeza.

—Tú no eres malo, Derek —Me abrazo a sus hombros desnudos e inspiro el tranquilizador olor masculino que desprende su piel—. Sé que no eres malo. Ya te lo dije una vez.

Me rodea entre los brazos y me acaricia el pelo de forma distraída.

—Deberías saber una cosa más.

Levanta mi barbilla y la sostiene para poder mirarme a los ojos.

—¿Qué es lo que debería saber, Derek? —musito, aferrándome con más

fuerzas a él.

Se produce una larga pausa, tiempo que Derek aprovecha para evaluar mi mirada.

En silencio, nos contemplamos el uno al otro, mientras las ramas de un enorme castaño se golpean contra nuestra ventana, movidas por un fuerte viento que barre el mundo exterior. No se escucha nada más, salvo ese ruido y nuestras agitadas respiraciones.

—Que te quiero.

Analiza mis ojos, para nada consciente de que su confesión ha quebrantado el mundo por encima de mí.



Capítulo 22: El lado oscuro de Lizzy O'Conner

Lunes, 10:50

—¿Y qué fue lo que hiciste?

Lucy está tan pasmada que es incapaz de seguir comiendo sus palomitas dulces, y deja el bol encima de la pequeña mesa de café que hay al lado del sofá.

Mientras espera mi contestación, agarra al pobre *Señor Zarpas*, que se estaba echando una plácida siestecilla encima de los cojines, y empieza a acariciarlo con tal ímpetu que el gato, más que ronronear, gruñe y enseña los colmillos.

Con el ceño fruncido, me acerco a ella, rescato al minino en apuros y lo bajo al suelo. *Zarpas* sale corriendo por el pasillo, con el rabo tieso y las orejas echadas hacia atrás.

—Nada. Yo... —Hago un gesto de impotencia con las manos y balbuceo—: Me bloqueé. Y le besé.

—¿Le besaste y dijiste? —noto la impaciencia en su voz, y ojalá tuviera una respuesta genial a esa pregunta. Pero no la tengo.

Bajo la mirada y me observo los nudillos.

—Dije *qué bien* —murmuro.

—¿Dijiste *qué bien*? —me grita Lucy, horrorizada, colocando las manos en jarras. Oh, no, esto pinta mal—. ¿*Qué bien*? —repite, sin dar crédito—.

¿Qué clase de mujer en su sano juicio dice *qué bien* cuando él hombre de sus sueños le declara su amor a la luz de las estrellas?

—Estaba nublado —murmuro a modo de explicación.

—¡Eso me importa un bledo! ¡¿Cómo demonios pudiste decir *qué bien*?!

Me sonrojo y empiezo a dar vueltas por el salón. Desde que regresé a casa,

soy incapaz de estar me quieta. Estoy tan nerviosa por *el asunto mexicano* que empiezo a mordisquearme las puntas de las uñas. Sé que la cagué cuando no me salieron las palabras que él necesitaba oír.

—¿Y qué se supone que debía decirle?

—Eh, ¿hola? ¡¿Derek Brooks, te quiero, casémonos?! —me propone, incrédula.

Bufo con desprecio.

—¡Por favor! No voy a convertirme en la séptima mujer de Derek Brooks solo porque me haya declarado su amor a la luz de una bombilla del Ikea.

¡No podía decirle que le quiero!

Lucy me lanza una mirada cargada de suspicacia.

—¿Por qué no? ¿Es que no le quieres?

La miro con el ceño fruncido y me dejo caer en el sofá, a su lado. Recorro con la mirada la envejecida tela naranja de rayas. Está descolorida y destrozada por las zarpas del gato (de ahí el nombre de la criatura). Parece sacada de la beneficencia.

Voy a comprar un sofá mañana mismo. Odio el naranja. Que sea algo elegante, beige o gris perla. Incluso blanco. No, blanco no, que se mancha mucho.

—¿Y bien? —Lucy se inclina para buscar mi mirada.

Dejo de pensar en cosas absurdas como el precio de los sofás de Ikea y me centro en el tema principal de esta conversación.

—Yo no sé lo que quiero —murmuro al fin—. No sé *a quién* quiero. Estoy muy confusa y muy perdida en esta vida. ¡Si es que tenía que haberme hecho lesbiana la semana pasada! O haber seguido el consejo del reverendo Jackson, que se empeñó mucho el año pasado en hacerme ingresar en un convento de clausura. Siempre me he preguntado si iba a comisión con las monjas. De otra manera no se explicaría su interés.

—Estás como una puta cabra, muchacha.

—Lo sé...

Durante casi un minuto nadie habla. Lo único que se escucha es el tic tac del reloj y los colmillos de *Zarpas*, que está devorando su plato de pienso. Lucy y yo permanecemos sentadas en el sofá, distraídas, enfrascadas en nuestros pensamientos.

—Cuando me mudé contigo parecías normal —comenta mi amiga, con la mirada perdida en el vacío.

—Las apariencias engañan.

—Ya ves...

El ridículo cambio de réplicas va seguido por otro largo momento de silencio. Silencio que Lucy interrumpe al gritar:

—¿Cómo COÑO puedes NO saber lo que quieres? —Gira la cabeza hacia mí y me taladra con la mirada—. ¿Pero tú le has visto? ¡Está buenísimo! ¡Y cachas! Y... y... ¡es casi famoso! Piensa en todos los libros gratis que podrás leer si te casas con un editor.

Agotada, me llevo una mano a la frente y empiezo a masajearmela.

—No lo sé, Lucy —respiro con fastidio—. Si no hubiera besado a Jensen... Si no hubiera conocido a Jensen, las cosas, tal vez, serían distintas. Pero cuando Jensen y yo nos besamos, también sentí algo. —Dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos—. Ay, Dios, estoy hecha un auténtico lío.

—Ahora que lo mencionas, ha llamado como veinte veces desde que te fuiste —comenta como si tal cosa.

Alzo la cabeza de golpe y la fustigo con la mirada mientras ella finge estar contemplando las musarañas.

—¿Quién ha llamado, Lucy? —gruño entre dientes.

Entorna sus ojos marrones.

—¡Jensen! ¿Quién va a ser?

¡La madre que te parió!

—¿Por qué demonios no empezaste por eso?

—Perdona, entré en estado de shock cuando me dijiste lo del jefe capullo.

Además, ¿qué más da? Me inventé una patraña y todos felices.

Siento que empiezo a perder la paciencia con ella. ¡Ya me conozco yo sus patrañas!

—¿Qué fue lo que le dijiste, Lucinda? —me esfuerzo mucho para decir esa frase con calma.

Hace un gesto de exasperación con la mirada.

—Oh, tranquila. —Mueve la mano para quitarle importancia al asunto y tuerce la boca con desdén—. No le dije que estabas tirándote a tu jefe.

—Qué detalle —remarco con voz seca.

—Le dije que estabas en un balneario para gente de la tercera edad, con tu abuelita moribunda y enferma de Alzheimer y su novio albanés. Ah, y que no había cobertura de móvil ahí porque era un sitio para budistas ortodoxos. De lo más estrictos. ¡Y mi nombre es Lucille! ¿Cómo es que no lo sabes todavía?

¿Qué clase de amiga eres tú?

Me pongo en pie de un salto, boquiabierta y con los ojos dilatados.

—¿Por qué demonios le dijiste eso? ¡¿Budistas ortodoxos?! ¡Eso ni siquiera existe! ¿Y si quiere conocer a mi abuelita enferma?

—Pues se la presentas y ya está. Ya ves tú que problema. Cómo te gusta hacer dramones todo el rato.

—¡Mi abuela está muerta! —grito y pateo el suelo—. ¿Y por qué el novio tenía que ser albanés?

Lucy traga en seco y, durante unos segundos, me mira avergonzada.

—Fue lo primero que se me pasó por la mente —balbucea, bajando la mirada al suelo—. Tenía un folleto de comida albanesa en la mano. Siento lo de tu abuela —hace una larga pausa y luego añade, recuperando de nuevo su buen humor—. Bueno, pues la próxima vez déjame una patraña preparada antes de ir a darte el lote con tu jefe. Así no tendré que improvisar.

¡Por el amor de Dios! Con lo sencillo que hubiera sido decirle que me habían contagiado un virus mortal que se podía pegar incluso a través del teléfono. ¡Budistas ortodoxos!

—¿Sabes qué? Es igual. Iré a hablar con Jensen y ya está. Le explicaré que he ido a un balneario budista para relajarme, porque trabajar para Derek Brooks me estresa demasiado y me hace decir cosas poco ortodoxas que, dentro de veinte años, estando moribunda y enferma de Alzheimer, lamentaré. Ah, y qué apagué el móvil para que su alteza, que está en Albania por motivos de trabajo, no pudiera localizarme.

Lucy agita sus angelicales rizos rubios, en completo desacuerdo con mi maquiavélico plan.

—¿Vas a salir con los dos?

—No voy a salir con ninguno. —Entorno los ojos, consciente de la incongruencia—. De acuerdo. No voy a *acostarme* con ninguno hasta que

decida a quién amo.

Mi amiga se cruza de brazos y me contempla con ojos censuradores.

—¿Y cómo piensas conseguir eso, pequeña sirenita?

Echo hacia atrás mi larga melena y sonrío con satisfacción felina.

—Muy sencillo. Les daré dos días a cada uno. Me quedo con él que me enamore antes. Durante toda mi vida he estado correteando detrás de los hombres. Ahora les toca a ellos corretear detrás de mí. El gran momento ha llegado. ¡Qué satisfacción!

Eufórica por mi victoria, le vuelvo la espalda a Lucy, cojo mi bolso y me dirijo hacia la puerta.

—¿A dónde demonios vas? —la oigo gritar a mis espaldas.

—A ver a Jensen. Hoy me he cogido el día libre. No quería ver a su alteza después de eso, así que le escrito un *e-mail* para decirle que me han contagiado la gripe mexicana y que me quedo en casa para no pegársela a nadie.

—¡Gripe mexicana! —bufa Lucy—. Y luego soy yo la que no tiene imaginación para las patrañas. ¡Llévate el paraguas! Tengo una aplicación en el móvil que dice que dentro de media hora va a llover a cantaros.

Cojo aire en los pulmones, esbozo una larga sonrisa y le contesto:

—Las neumonías tienen algo de romántico para mí.

Aun así, antes de salir por la puerta, cojo un paraguas morado, tan grande como el de Mary Poppins.

Tengo a dos hombres perfectos esperándome y soy yo la que va a elegir, por una vez en la vida. ¡Soy tan asombrosa y tan sexy como Catwoman!

Miau.



Capítulo 23: El principio del fin

Lunes, 11:35

Salgo a la calle con mi estúpida sonrisa victoriosa y tuerzo a la derecha.

Nunca me había sentido tan segura de mí misma. Es asombroso. Paseo por la acera, en dirección al metro, ondeando las caderas como un felino. Llevo vaquero ajustado, mis botines de tacón alto y una chaqueta de cuero de mangas arremangadas.

Realmente, soy Catwoman.

Sonrío a gente que no conozco de nada, y ellos me sonrían de vuelta. La vida es maravillosa. El sol brilla. Los pajarillos cantan. Los gatitos maúllan y

...

—¡Así que la gripe mexicana!

¡Me cago en la puta! ¡Tenía que estropearme la fantasía!

De vuelta a la realidad, me doy cuenta de que la vida es horrible. No hay ningún pajarillo cantando, salvo por un cuervo aterrador que parece mirarme fijamente desde la rama de un roble, juzgándome con sus severos ojos negros. Y ese no es pajarillo, ¡es un pajarraco! Los gatitos maúllan, ciertamente, aunque lo hacen en los cubos de basura a causa del hambre que tienen. La gente no me hace ni puñetero caso, mucho menos sonreírme. Y el sol ha sido engullido por unas oscuras nubes de tormenta.

Me vuelvo despacio sobre los tacones y le pongo mala cara a Derek

Brooks, que está apoyado contra un árbol y tiene los brazos cruzados, de forma desafiante, a la altura del pecho. Va vestido de forma casual, con vaqueros oscuros, chaqueta de cuero y camiseta blanca. De manera sorprendente, se ha afeitado, aunque es evidente que no ha pasado por la oficina hoy.

Al encontrarse nuestras miradas, tuerce los labios en una sonrisa socarrona.

—¿Mintiendo a tu jefe? —Sacude la cabeza con reprobación—. Lizzy, Lizzy, Lizzy. ¿Sabes que podría despedirte por ello?

—A ver si es verdad —lo desafío, con un brillo malévolo en los ojos.

Los labios de Derek esbozan otra pequeña sonrisa, cuyo toque dolido deja un regusto amago en mi boca.

—¿Y adónde vas tan provocativa, gatita? A trabajar, desde luego que no.

—Tengo cosas que hacer —respondo, intentando no ponerme nerviosa.

—Cosas que hacer —repite pensativo y asiente con la cabeza—. ¿Cómo, por ejemplo...?

Transformarme en una gatita maliciosa y afilarme las uñas encima de vuestros corazones. Muajajajakakakajajaj.

—Ir a confesarme. Ha sido un fin de semana muy... pecaminoso. Necesito una limpieza espiritual.

Derek se endereza y empieza a caminar hacia mí. *Oh, no, me mira de una forma demasiado sensual. ¡Recházale, Lizzy, antes de que te convierta en su séptima mujer!*

—¡Atrás, Derek Brooks! —le digo, apuntándolo con el paraguas—. Esto puede convertirse en un arma mortal en mis expertas manos.

—¡Eh! Tranquila, Batman. No pienso hacerte nada. —Levanta las manos para demostrármelo—. Solo quería hablar contigo de lo del sábado.

En estas situaciones, lo mejor es hacerse la loca.

—¿El sábado ¿Qué fue lo que pasó el sábado? No recuerdo nada. No. No me suena —Sacudo la cabeza, adoptando un aire inocente que en absoluto convence a Derek.

—Lizzy —me interrumpe en tono seco—. Fingir que no lo he dicho no es la solución. Tenemos que hablar de ello.

Alzo la barbilla, con el rostro completamente inexpresivo, y sostengo su mirada.

—No hay nada de lo que hablar. Me tendiste una emboscada, te aprovechaste de mis debilidades para seducirme y ya está. ¿Lo ves? Lo tengo olvidado. No hay que seguir hablando de ello.

Por un inquietante momento se me ocurre que Derek Brooks podría estrangularme en plan pasional y melodramático. Seguro que lo está

pensando.

—¿Que he hecho el qué? —ruge, sin dar crédito—. ¿Pero tú te has oído a ti misma? ¿Una emboscada? ¿Cómo coño crees que he hecho eso, Lizzy? ¿Enviándole un fax a Dios para que nos mande una tormenta? —me sugiere en tono burlón.

¿En sus ojos se reflejan llamas satánicas, o es cosa mía? A lo mejor el demonio no es Lucille ni yo. ¡A lo mejor el demonio es él!

—Si hay alguien capaz de conseguir eso, ese es Derek Brooks —le contesto, muy convencida.

Derek junta las manos detrás de la nuca, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, como si estuviera suplicándole algo al Cielo.

—No es cierto —musita entre dientes, abre los ojos y me observa en silencio durante unos interminables segundos—. Lo que te dije, no era cierto —añade, resoplando.

Me quedo paralizada por la sorpresa.

—¿Qué?—consigo balbucear en un final.

A ver, Lizzy, aclárate, interviene mi madre. ¿No quieres que te quiera, pero tampoco quieres que no te quiera? Eres una muchacha retorcida, hija mía.

Derek agrava el gesto y camina hasta detenerse a escasos metros de mí.

Hunde las manos en los bolsillos de sus vaqueros y, de repente, sus ojos ya no desvelan nada. Hace un rato reflejaban furia, irritación y enojo, pero ahora no hay nada de eso. Se vuelven completamente inexpresivos. Esto pinta mal.

—Los hombres decimos esa clase de gilipollecés después del sexo

—expone con frialdad.

Por

alguna

condenada

razón,

me

entran

ganas

de

llorar.

Inexplicablemente. Cuando lo tenía, no lo quería. Pero ahora que estoy a punto de perderlo, lo deseo más que nunca.

—Pensaba que era antes —murmuro, con la emoción cerrándome la garganta.

Derek entorna los ojos.

—Antes, mientras, después. —Se encoge de hombros con desdén y hace

una mueca desagradable—. ¿Qué más da?

Se calla, baja la mirada y frunce el ceño. Yo no me atrevo a decir nada.

Por segunda vez, mi mundo vuelve a bloquearse.

—Lizzy, deberías tomarte esta semana libre —resuelve de pronto y levanta la mirada del suelo con una lentitud desesperante—. Para poner orden en tus pensamientos. Creo que es mejor que no nos veamos en una temporada.

No soy capaz de hablar. Sencillamente. No me sale ni una sola palabra.

Quiero decirle que lo siento. Quiero decirle que he sido estúpida y que me he asustado mucho al oír ese *te quiero*.

Quiero gritarle que no se vaya; gritarle hasta fragmentar el hielo que envuelve mi corazón.

Pero no soy capaz de pronunciar ni una sola palabra.

Y Derek Brooks, al darse cuenta de ello, me dedica el triste amago de una sonrisa, da media vuelta y se marcha, dejándome sola en la acera.

Ya no soy consciente de la gente que pasa a mi alrededor, con esas típicas prisas de una mañana de lunes. Ni soy consciente de que ha empezado a llover a cantaros, según vaticinó Lucy. Ni siquiera lucho contra el frío que me inunda implacable.

Solo soy consciente de una cosa: Derek Brooks se está alejando de mí y yo

no hago nada para impedirselo.

Descompuesta, apoyo la palma contra la corteza de uno de los árboles que bordean la calle y tomo pequeñas cantidades de aire.

Está dejándome, pienso aterrada. Dios mío, yo no quiero que me deje.

Me doy cuenta de que estoy llorando cuando un hombre se detiene y me pregunta si he sufrido una violación.



Capítulo 24: La *fabulosa* vida de Lizzy

Lunes, 11:52

Mis manos tiemblan encima del móvil. Aún estoy en estado de shock.

Marco y, mientras espero, dejo caer el paraguas al suelo. ¿Para qué? Ya estoy empapada, tengo con el pelo aplastado, y lágrimas negras a causa del rímel se me juntan por debajo de la barbilla. Me parece a mí que nadie me va a nombrar Miss Mundo hoy.

—¿Jensen?—murmuro con cierto alivio en cuanto alguien descuelga.

—¡Lizzy! ¡Por el amor de Dios! ¿Estás bien? Intenté llamarte como mil veces y tenías el móvil apagado. Y luego llamé a tu casa y esa amiga loca tuya me dijo que...

—Jensen —murmuro entre hipos—. Te necesito.

Jensen se queda callado durante unos latidos de corazón.

—Claro —dice al fin—. ¿Dónde estás?

—En la acera frente a mi portal.

—Estaré ahí en tres minutos. De todas formas, iba de camino a tu casa.

Lunes, 11:54

Me ha mentido. Solo han pasado sesenta y ocho segundos desde que colgué hasta que detiene el coche a mi lado.

—Lizzy —me grita, apeándose—. ¡Cristo! Estás empapada.

Giro la cabeza hacia esa voz tan familiar y miro distraída cómo me coge por los hombros y me guía hacia la puerta del copiloto. Estoy tan aturdida que me limito a hacer lo que él me indica. Me monto en su coche sin preguntar nada y me quedo quieta hasta que me coloca el cinturón. Parece preocupado.

¡Qué ojos tan azules! ¿Serán lentillas?

Lo sigo con la mirada mientras rodea el coche. Es muy alto. ¿La última vez que nos vimos era tan alto? Debe de medir más o menos lo mismo que Derek, poco más de metro ochenta. Hoy lleva las mangas de la camisa negra recogidas, los primeros botones desabrochados y un pantalón chino negro. Parecería muy formal si no fuera por ese pelo rubio oscuro tan despeinado que lleva siempre. Reparo en la sombra que cubre su mandíbula.

—No te has afeitado —murmuro.

Jensen arranca el coche y me lanza una mirada divertida.

—Quería estar en las tendencias —me dice, guiñándome el ojo.

Enciende la calefacción del coche y se incorpora al tráfico.

—¿Adónde vamos?

Las comisuras de su boca se levantan en una sonrisa traviesa.

—¿Por qué? ¿Estás asustada, muñeca?

Le muestro una sonrisa nerviosa.

—¿Debería? —repongo, con una ceja en alto.

Jensen mueve ligeramente la cabeza y vuelve a sonreír.

—¿Asustada? No. —Se inclina hacia mí y abre mucho los ojos—.

Deberías estar *aterrada*.

Sonríó un poco y vuelvo la mirada hacia las gotas que se deslizan por la ventanilla. Jensen extiende el brazo y coloca su mano encima de la mía. No hago nada para impedirselo. No puedo evitar que una parte de mí se sienta culpable. Estoy aquí, con él, le besé hace una semana y luego me acosté con Derek.

Oh, Derek. No, no voy a pensar en Derek Brooks ahora.

Soy una persona malísima y me merezco todo lo que me está pasando.

Seguro que en la siguiente vida voy a despertar siendo una cucaracha (¡oh, el karma es tan irritantemente vengativo!)

—¿Quieres decirme qué es lo que te pasa? —pregunta, con su mirada azul abrasando la mía.

—Nada —niego con la cabeza—. Yo... —me detengo de golpe, suelto un suspiro e intento sonreír—. Solo quería verte y estar contigo. Supongo que te he echado de menos.

Al decirlo, me doy cuenta de que eso es cierto. ¡Realmente he echado de menos a Jensen!

¿Qué clase de criatura retorcida eres tú?, me pregunta mi madre.

—¿Vas a decirme dónde estuviste este fin de semana?

Abro la boca para replicar, pero en el último momento decido no hacerlo.

No quiero inventarme una patraña. Tampoco quiero decirle la verdad, claro.

—Lo mejor es que hagamos borrón y cuenta nueva. Hola. Soy Lizzy

O'Conner. ¿Y tú?

Jensen enarca las cejas, debatiéndose entre la sorpresa y la diversión.

—Jensen Singer —dice, siguiéndome el rollo.

Sonríe. Sonrío. Y todo vuelve a ser normal entre nosotros.

—Y dime, Jensen Singer, ¿a qué te dedicas?

—Soy escritor. Hasta ayer era camarero en el Starbucks. Ahora ya no.

Giro la cabeza hacia él y lo miro asombrada.

—¿Has dimitido? ¿Por qué?

Jensen medio sonrío.

—Porque ya tengo lo que quería.

La oscura mirada que clava en mis labios me dice que no está

hablándome de la inspiración. Tengo que aclararme la voz para hablar.

—Era ridículo que fueras camarero.

Los ojos azules de Jensen contemplan la carretera a lo lejos. Su boca se

eleva un poco, solo en una esquina.

—Lo sé. Soy excéntrico. —Deja de sonreír y me lanza una mirada seria
—. A veces me aburro de ser Jensen G, Lizzy. Es agotador. Entrevistas,
reuniones, giras interminables... Hay veces que solo quiero ser normal.
—¿Trabajar en el Starbucks con veintinueve años de edad te pareció
normal?

Finge estar escandalizado.

—Tú dijiste que era guay.

—Mentí.

—Malvada.

Miro por la ventanilla y sonrío.

—¿Vas a decirme adónde vamos? —pregunto y giro de nuevo la cabeza
hacia él.

Jensen hace una mueca maliciosa.

—¿No es evidente? A mi casa, donde pienso hacerte el amor encima de la
encimera de granito de mi maravillosa cocina de diseño.

He debido de quedarme pálida y con los ojos fuera de órbitas, porque
Jensen se echa a reír a carcajadas.

—¡Chaval! —Le da unas palmaditas al volante—. ¡Si vieras tu rostro en
este instante! Tranquila, Lizzy, era broma. Solo vamos a pasar un rato tú y
yo. Solos. —Alza las cejas con gesto burlón y añade—: *En la cocina.*

Suspiro con resignación.

—Buen plan.

Jensen me devuelve la sonrisa y se centra en la conducción hasta que llegamos al Upper West Side.

—Bonito barrio —murmuro distraída, admirando las fachadas de los edificios.

—Y tiene buenos colegios —puntualiza él, muy serio.

—¿Tienes hijos?

Yo misma puedo notar el tono de preocupación que hay en mi voz.

¡Jensen no puede ser padre! ¡Un padre no puede estar tan cachas y besar tan bien como Jensen!

—No, pero pienso tenerlos algún día —me dice, indicándome el camino hacia su portal.

—Oh.

En silencio, cogemos el ascensor hasta la última planta.

—¡¿Un *loft*?! —exclamo cuando me abre la puerta de su casa—. Qué bohemio.

—Ese soy yo, Don Bohemio —responde, arrojando las llaves encima de la mesa del recibidor.

El apartamento de Jensen me encanta. Es el tipo de casa que pienso tener

en cuanto pueda permitírmelo. Es cálido, acogedor y muy práctico. No quisiera cambiar nada aquí. Incluso los colores, beige, caramelo y dorado, son los que me a mí me gustarían.

Bueno, tiraría ese casco de moto que ha colgado en la pared junto al sofá. Es hortera. Por lo demás, me encanta.

En el salón encuentro una enorme biblioteca de madera blanca repleta de libros. Dejo el bolso encima del sofá y me acerco para cotillear mientras Jensen prepara dos copas de vino. Platón. Bruno. Descartes. Guau.

Cuando vuelve Jensen y me ofrece la bebida, estoy hojeando un libro de Erasmo de Róterdam.

—En el Medievo te habrían quemado en la hoguera por hereje.

Jensen ríe entre dientes y toma un poco de vino.

—Me gustan esos libros. Me hacen cuestionarme cosas. Al fin y al cabo, soy humano.

Dejo la copa sobre una estantería, después de dar un sorbo. Está buenísimo. El vino, quiero decir.

—Sentémonos, Lizzy.

Jensen me coge de la mano y me lleva al sofá, donde nos sentamos.

—¿Cómo es la vida de Jensen G? —pregunto atropelladamente, porque sé que es mejor preguntar que ser preguntado—. Me he leído todos tus libros y,

aun así, tengo la sensación de que no te conozco en absoluto. Nada me cuadra. Esto —gesticulo, enseñándole el salón— no me encaja con tu profesión de escritor. Las motos que conduces no me encajan con tu *loft* de bohemio. Los libros que lees no me encajan con tu coche pijo. ¿Quién eres, Jensen G?

Jensen me coge por la cintura y me atrae a sus brazos.

—Soy quien tú quieres que sea, preciosa —musita, cada vez más cerca de mi boca.

Inclina la cabeza, apenas rozando mis labios, y me respira durante unos segundos. Dejo escapar un suspiro y, como la pecadora que soy, aprieto la boca contra la suya. Jensen coge mi nuca entre las manos con un leve gruñido saliendo de su garganta, me pega a su pecho y, echando mi cabeza hacia atrás como en las películas de los sesenta, me besa de manera tan intensa que, en cuanto me suelta, necesito un buen rato para recuperar el aliento y la compostura. *Dios, ¿todos los escritores serán así de pasionales?*

—Y ahora que te he hecho entrar en razón —me dice mientras acaricia mi rostro ruborizado—, ¿vas a decirme a qué estás jugando?

Parpadeo como si alguien hubiese arrojado una jarra de agua fría encima de mi cabeza.

—¿Jugando? —Evalúo sus pupilas, pero no me desvelan nada—. Yo no

estoy jugando, Jensen.

—Lizzy, no soy tonto ni nací ayer. Sé que pasa algo entre tu jefe y tú. Y quiero que me digas exactamente él qué.

No sé cómo consigue hablarme con esta serenidad, dada la situación. Lo contemplo con ojos incrédulos, ruborizada por la violencia del momento. No puedo creer que sea dueño de la más absoluta tranquilidad. O es que es un ser frío y controlador, o le da igual todo, o es muy buen actor.

—¿Y bien? —alza las cejas con aire expectante.

—Derek y yo... —carraspeo—. Esto... Mantenemos una... —me aclaro la voz de nuevo y lucho por elegir bien las palabras—. Mantenemos una relación muy... complicada. Él —Agito la cabeza y sonrío ausente— ...él es Derek Brooks, con todo lo que eso conlleva, y yo soy yo, y...

Vale, sí, sé lo que vais a decir. Es la peor explicación que habéis oído en vuestras vidas. Es que no se me ha ocurrido nada mejor. ¡Demandadme!

—Él es él y tú eres tú —murmura Jensen, cayendo en una intensa abstracción. De pronto, alza la mirada y sus ojos azules me sonrían —Lizzy, gracias a Dios que trabajas en una editorial. Como abogada, te morirías de hambre.

Empieza a embargarme un sosegado alivio.

—¿Eso qué significa? —pregunto, frunciendo el ceño—. ¿Que estamos

bien?

Durante medio minuto o así, Jensen no habla. Se limita a escrutar cada facción de mi rostro con su penetrante mirada. Apenas me atrevo a respirar. —Te diré lo que esto significa. Significa que te has tirado a tu jefe, que él ha pasado de ti, cosa totalmente previsible ya que siempre hace lo mismo, y ahora vienes a que el pobre Jensen te consuele.

Pese a la consternación, no puedo dejar de mirar esos ojos tan azules que se burlan de mí.

—Pero —continua, guiñándome un ojo—, resulta que a Jensen le gusta Lizzy, por alguna razón, y el hecho de que tengamos una segunda cita hoy es la prueba de ello. —Se inclina sobre mí y me susurra con aire confidencial—. Entre tú y yo, nunca tengo segundas citas. Me acuesto con ellas en la primera y luego pierdo el interés.

Abro los ojos, horrorizada por su confesión. Jensen es un tío extraño y demasiado directo para mi gusto. Aun así, tiene algo que cautiva.

Y es Jensen G, mi escritor favorito en el mundo mundial...

Estoy perdida. ¿Por qué no habré nacido lesbiana?

Claro que, de esa forma, me enfrentaría al mismo dilema, pero con dos mujeres. Casi que es mejor que en la próxima vida sea una cucaracha. En contra de las convicciones de Maggie Uno, no creo que el miserable bicho

tenga una existencia demasiado profunda.

—Lo que realmente quiero decir es —me despierta Jensen de mi meditación—, que tú y yo deberíamos empezar a salir formalmente. Si estás dispuesta a dejar al capullo de tu jefe, claro.

¡Pero yo no quiero dejar al capullo de mi jefe! Lo que quiero es juntar a Derek y a Jensen y tener al novio perfecto. Como bien ha dicho mi madre, soy una muchacha retorcida.

—Jensen, yo... no sé qué decir.

—Di *de acuerdo, Jensen, iré contigo al baby shower de tu hermana.*

Mis ojos se abren de golpe. Baby... ¿¿qué?!

—Pues ya tenemos una cita para mañana —resuelve, sin molestarse a esperar mi contestación.

Me planta un beso rápido en los labios y empieza a hablarme sobre un sitio recién abierto al que me va a invitar a cenar esta noche. No puedo escucharle. Solo soy capaz de pensar en dos cosas:

A) He perdido a mi novio, Derek Brooks, su alteza, el hombre al que odio.

Ejem, *odiaba.*

B) Me he comprometido a ir a una ridícula reunión de futuros papás que se tirarán medio día restregándome su felicidad conyugal y compadeciéndome por seguir soltera.

¡Qué asco de vida!



Capítulo 25: ¿Vibradores o baberos? ¿ESA es la cuestión?

Martes, 10:15

—Un vibrador y ya está.

Cojo el brazo de Lucy y la saco a rastras del *sex shop*.

—¡No voy a regalarle un vibrador a una mujer que está a punto de tener un bebé! —protesto, consternada.

—Oh, tranquila. Será temporal. Hasta que recupere su peso y a su marido vuelva a ponérsela dura.

—¡Lucy!

La fulmino con la mirada. Va tan tranquila, con su ropa de deporte y su mochila rosa. Me mira y da un ruidoso sorbo a su batido de chocolate.

—¿Qué? Seguro que está gorda y su vida sexual es una mierda. ¿De cuánto está?

—¡Y yo qué sé! ¿Tengo pintas de pitonisa?

Lucy se detiene y yo me veo obligada a hacer lo mismo.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No lo has preguntado?

No, porque me importaba un carajo. Estaba demasiado ocupada lloriqueando por la perdida de Derek.

—Eh... ¿no? ¿Qué más da? Le compraré un babero y Santas Pascuas.

Satisfecha, dirijo mis pasos hacia la tienda más cercana. *Petit et mamans* se llama. *Oh la la.*

Lucy viene detrás, refunfuñando. No entiendo por qué está de tan mal humor hoy. A ella le encanta ir de compras. Será que lo ha dejado con el chaval aquel... ¿cómo se llamaba ese, el que parecía una zanahoria?

—¿Qué tal tu novio, Lucy?

—Lo dejamos —bufa y empieza a revolver entre un estante lleno de trajes para bebés.

¡Aja! ¡Lo sabía! La teoría de que soy un genio adquiere más fuerza que nunca.

—¿A este que le pasaba? —quiero saber, incapaz de disimular mi malicioso regocijo.

—Follaba como los conejos —me contesta, muy tosca.

Una abuelita, que está mirando vestiditos de ballet para niñas, nos observa boquiabierta. Le dedico una sonrisa adorable y arrastro a Lucy de ahí antes de que empiece a soltar más barbaridades.

Las dos, remilgadas como damiselas victorianas en su noche de bodas, empezamos a mirar baberos.

—¡No puedes comprarle un babero azul! —protesta Lucy, arrancándome de las manos el cacho de tela que estaba estudiando con ojo crítico.

—¿Por qué no?

—¿Y si es una niña?

—Cierto. No había pensado en eso. Está bien. Cogeré el amarillo.

La bendita Lucille sacude la cabeza con reprobación.

—¿Y ahora qué? —gruño, exasperada—. Más vale que lo sueltes de una

vez. Llevas todo el día enfurruñada y no creo que sea por haber perdido al conejo pelirrojo.

—Dios te ha castigado por avariciosa. Querías jugar con los dos y ahora has perdido al jefe capullo, pero cachas, y te vas a quedar con el tío Sam. ¡Ja!

—Jensen —la corrijo con los párpados entornados.

—Lo que sea. —Suspira y me mira de nuevo, esta vez, con aire serio—.

¿Qué sabes de él?

Me muerdo la lengua para evitar que las lágrimas se amontonen en las esquinas de mis ojos. Siempre que pienso en Derek, me entran unas estúpidas, ridículas e innecesarias ganas de llorar. No sé por qué.

—Nada —murmuro, con la garganta hecha un nudo.

Lucy coloca una mano en mi hombro y sus ojos buscan a los míos.

—¿Cómo lo llevas?

Me encojo de hombros y me muerdo el labio inferior. El muy traicionero no deja de temblar.

—Lo echo de menos —confieso, apesadumbrada.

El bonito rostro de mi amiga adopta una expresión maternal.

—Tiene que ser jodido amar a un hombre y saber que lo has perdido por pura gilipollez.

Bajo la mirada al suelo para ocultar mis ojos llenos de lágrimas. No quiero

despertar su lastima.

—Yo no amo a Derek Brooks —farfullo, sorbiéndome las lágrimas.

—¡Oh, cariño! —Me rodea con los brazos y empieza a frotarme la espalda para reconfortarme—. Claro que sí. Le amas desde el primer día que lo viste. Solo que estás en fase de negación.

Cojo aire en los pulmones y me obligo a dejar de llorar. Esto es ridículo.

Lucy no tiene ni idea de lo que está diciéndome. Yo no quiero a Derek Brooks. ¿Verdad?

—Tengo una idea —me dice, de pronto muy entusiasmada—. Está noche, después de ese horrible encuentro de mujeres casadas y amargadas, iremos de fiesta. Tú y yo. Como en los viejos tiempos. Vamos a desmelenarnos, emborracharnos y tirarnos al primer idiota cachas que nos invite a chupitos. A la abuelita se le caen las bailarinas que llevaba en la mano.

—¡Lucy! —la regaño, y si bien finjo estar escandalizada, sonrío para mis adentros.

Es la mejor proposición que me han hecho en días . *¡Fiesta! ¡Fiesta!*

Claro que, antes de la fiesta loca, está el *baby shower* de... como se llame la hermana de Jensen. *¡Qué ilusión!*

Martes, 17:32

—Amber —me dice este mientras aparca el coche delante de una mansión.

Estamos en un barrio residencial, en las afueras de Nueva York; uno de esos sitios donde todas las casas son iguales, hay arboles por todas partes, y sonrientes padres de familia juegan al tenis con sus trilingües hijos de cinco años, que recitan a Shakespeare mejor que yo. Asco de críos. ¿Cómo pueden ser tan listos? ¿Y por qué solo los hijos de los ricos son tan inteligentes? La única poesía que me sabía yo a los cinco años era una verde que me había enseñado el tío Tom, sobre la fulana y el minero. Aún me ruborizo cuando recuerdo con qué desenvoltura la recitaba en encuentros sociales, sacándole los colores a mi pobre madre, que nunca supo dónde había aprendido a decir guarrerías.

—¿Liz?

—¿Eh? —murmuro distraída.

—Mi hermana. Se llama Amber.

—Oh.

Es lo único que consigo decir, porque se abre la puerta de la entrada y una rubia esbelta sale corriendo hacia nosotros. ¿Y su barriga?

—¡Pequeño Jensen! — chilla, dándole un fuerte abrazo a su hermano—.

¡Cuánto tiempo sin vernos!

—Nos vimos la semana pasada —repite él, con una ceja enarcada.

—Eso digo. ¡Cuánto tiempo! ¿Y esta monada? —La señora *reparte-*

abrazos me estrecha fuerte entre sus brazos y me dedica una amplia sonrisa maternal—. Debes de ser Lisa.

—Lizzy —la corrige Jensen con un gruñido.

Amber se queda cortada y me lanza una sonrisilla de disculpa.

—Eso. Lizzy. Claro. Qué tonta Sabes, Lizzy, el embarazo afecta las neuronas —Cogidas del brazo, entramos en su casa—. ¿Tú tienes hijos?

—Gracias a Dios, no —Al darme cuenta de la salvajada que acabo de soltar delante de una mujer *embarazada*, me ruborizo y añado—: De momento, pero los deseo. Mucho. ¡Sí! —exclamo, con falso entusiasmo—.

Ser madre es mi sueño de toda la vida. Ya me he devorado el libro ese de *Qué esperar cuando se está esperando*. Está lleno de consejos útiles.

La hermana de Jensen entorna sus ojos azules.

—No voy a engañarte, Lizzy, ser madre es un asco. Yo cuando tuve a Jess, hará dos años, sufrí una depresión post parto. ¡Y todo porque me di cuenta de que un niño no es como un bolso!

Amber se echa a reír a carcajadas mientras yo la miro parpadeando. ¿Me he perdido algo?

—No sé si te sigo —murmuro, cohibida.

—¡Que no se puede devolver, mujer! —me explica, dándome un golpe en el brazo.

El resto de las señoras y señores ahí presentes irrumpen en carcajadas. Yo alucino.

—Chicos, esta es Lizzy, la nueva novia de Jensen.

—¿No era Lisa? — quiere saber un hombre alto y moreno que debe de ser el marido de Amber.

—No, cari, Lisa fue hace... hmmm, mucho tiempo. Este es Ryan, mi marido.

Ryan se me acerca y me da dos besos.

—¿Qué quieres tomar, Lizzy?

—Una Coca Cola estaría genial. Gracias. —Les sonrío a todos y me siento en un sofá junto a dos mujeres embarazadas, que me sonrían y me hacen sitio en el medio.

¿Es que en este barrio están todas a punto de tener bebés? ¡La de *Qué esperar cuando se está esperando* se ha debido de forrar!

—¿Y qué me dices de las náuseas? —dice la morena sentada a mi derecha.

—Eso no es nada. Tenías que ver mis estrías —asegura la otra. Estoy pensando en que esto de sentarme en el medio está resultando ser mala idea.

Estoy muy incómoda—. ¿Y vosotros? ¿Cuándo vais a tener un bebé?

No me doy cuenta de que se refiere a Jensen y a mí hasta que él, hundido en un sillón al lado del sofá, le contesta a la rubia cotilla.

—A decir verdad, Lizzy y yo tenemos grandes planes de futuro, Andrea, gracias por preguntar.

Abro los ojos de golpe. ¿Los tenemos?

—¿Hace mucho que estáis juntos? —quiere saber un señor pasado de los cuarenta.

—No exactamente —responde Jensen—, pero fue un flechazo.

Yo miro primero a Jensen, luego al señor, moviendo la cabeza como en un partido de tenis.

—Oh, los flechazos —interviene otro, que será el abuelo de alguno de por aquí—. Yo cuando conocí a mi difunta Peggy Sue, también noté un flechazo.

El señor se gira hacia mí y empieza a contarme la historia de su vida. Le sonrío, me acomodo en el sofá y lo escucho pacientemente, limitándome a interrumpir de vez en cuando su monólogo con un *sí, claro* o un *por supuesto*. ¿Qué más da lo que ellos me cuenten? Dentro de exactamente tres horas estaré en un club. ¡Fiesta! ¡Fiesta!



Capítulo 26: *Sexy and I know it*

Martes, 23:00

Los martes son los nuevos jueves, con lo que los clubs de Manhattan están llenos hasta arriba de gente dispuesta a pasárselo como nunca. Llevo mi mejor sonrisa y un vestido rojo de putón. De Lucy, por supuesto. Yo soy una chica sensata que jamás se gastaría quinientos dólares en una prenda que solo

cubre lo imprescindible.

—¿Tequila? —me grita Lucy, arrastrándome hacia la barra.

—¡Por favor! Somos mujeres con clase. —Me inclino sobre la barra para hacerme escuchar y le grito al camarero—. Dos Martinis.

Lucy deja el bolso sobre la barra de acero inoxidable y se coloca el escote de su vestido azul, igual de corto que el mío.

—¡Vaya por Dios! —se sorprende cuando el camarero nos sirve las copas, con sus aceitunas y sus adornitos—. Hace unos cuantos meses bebíamos vino de envase de cartón.

Entorno los ojos y le doy un sorbo a mi copa.

—Porque hace unos cuantos meses no había metido las zarpas en el fondo para emergencias.

Lucy ahoga una risita, se toma su copa como si de un chupito se tratase y me arrastra hasta la pista de baile.

—¿Sabes a quién me recuerda esta canción? —me grita, meneando las caderas junto a un ejecutivo guapete.

Presto atención a la música y, en cuanto reconozco la canción (*Sexy and I Know it*), sé lo que va a decirme. Aun así, me tomo la molestia de preguntar:

—¿A quién?

—Al capullo de tu jefe.

Me río, levanto las manos por encima de la cabeza y empiezo a bailar con los ojos cerrados. El Martini surte efecto, todo mi cuerpo se relaja, mi mente se nubla y lo único que quiero, lo único en lo que puedo pensar en este instante, es en bailar. Me muevo como si no hubiera un mañana. Me encantan los nuevos jueves. Los clubs están llenos de gente de aquí. Los turistas salen los jueves, cuando los neoyorquinos van al cine o cenan en alguna parte de Chinatown.

Martes, 23:15

En el fragor de mi bailecito, alguien coloca las dos manos en mis caderas y me pega a su cuerpo, haciéndome notar que se la he puesto dura. ¡¿Será marrano?!

Giro sobre los tacones con la clara intención de abofetearle, pero, en cuanto nuestros ojos se encuentran y lo reconozco, no soy capaz de reaccionar. Estoy boquiabierta, delante de un Derek Brooks endiabladamente atractivo, que baila a mi lado, atrayendo la atención de todo el mundo. Se ha arremangado la camisa negra de cuello alzado, ¡y se está moviendo de maravilla!

Al verme tan estupefacta, curva sus voluptuosos labios en una pícaro sonrisa.

—¿Qué hace una chica como tú en un garito como este?

Hago un mohín.

—De todos los garitos del mundo, ¿tenías que entrar precisamente en este y soltarme esa ridiculez de frase?

—Resulta que este es mi garito, muñeca. La intrusa eres tú. Yo vengo aquí todos los martes. Lucy. —Inclina la cabeza en gesto de saludo.

—Derek —saluda ella, antes de esfumarse. *¡Traidora!*

Me cruzo de brazos y ladeo la cabeza con aire impaciente.

—¿Oh, en serio?, ¿es tu garito? —le digo con fingido tono maternal—.

¡Pues te fastidias!, porque no tengo pensado irme. —Alzo las cejas y le lanzo una sonrisa dulce.

Derek Brooks me coge por la cintura y me arrastra hacia él. Mierda. Ahora nuestras bocas están casi pegadas, mi corazón late con tantas fuerzas que a un cardiólogo le resultaría preocupante, y mi agitada respiración le demuestra a su alteza lo mucho que me afecta su presencia.

—¿Quién ha dicho nada de irse, bomboncito? —susurra contra mis labios.

Las puntas de sus dedos, fríos por la copa que ha debido de sujetar hasta hace muy poco, trazan una pequeña línea por mi clavícula. Sus ojos observan de forma hipnótica a los míos. *¡Santo Dios!*

Carraspeo, respiro hondo y encuentro, en alguna oscura parte de mi cerebro, las fuerzas necesarias para empujar su pecho hacia atrás. Derek me

mira con el ceño fruncido. Sin embargo, retrocede.

—¿Qué haces aquí, Derek? ¿Me estás siguiendo?

Finge indignación.

—¿Seguirte? ¡Por favor! —bufa consternado—. ¡Qué acusaciones tan injustas, pequeña Lizzy! Jamás recurriría a semejantes fechorías. No, pudiendo activar el GPS de tu móvil, quiero decir.

Noto los calores de la furia invadiendo todo mi ser.

—¿Has activado el GPS de mi móvil? —le grito, escandalizada—.

¿Cuándo y con qué maléficos fines?

Derek hace una mueca felina.

—Recuerdas cuando hicimos el amor por tercera vez el viernes, ese momento cuando tú me pediste que yo te hiciera...

—¡Ahórrate los detalles escabrosos y ve al grano! —interrumpo con impaciencia.

Derek se encoge de hombros como diciendo *tú lo has querido*.

—De acuerdo. Pues aproveché un momento cuando te fuiste al baño y activé el GPS.

Siento que estoy a punto de perder los papeles con él, y tengo que esforzarme mucho para conseguir un tono de voz sereno.

—¿Y me quieres explicar por qué hiciste tal cosa?

Me sonrío como si fuese yo una niña ingenua a la que está bien engatusar.

—¿No es evidente? Necesitaba tener a mi Lizzy controlada las veinticuatro horas del día. ¿Y si te secuestran los coreanos, los rusos o los japoneses? ¿Quieres decirme qué hago yo sin ti?

Arqueo una ceja. Intento parecer severa, pero la boca me traiciona. Mi sonrisa se vuelve cada vez más evidente.

—¿Por qué iban a secuestrarme los coreanos, los rusos o los japoneses, Derek?

El rostro de su alteza se mantiene tan serio e inalterable que me saca de quicio.

—Puede que estén en desacuerdo con los títulos que publican las filiales de Ediciones Brooks en sus respectivos países y exijan una sanguinaria venganza.

Entorno los ojos, exasperada por el dramón que se está inventando para justificar que es un maníaco, psicópata, controlador y delincuente, porque no estoy nada segura de que activar el GPS del teléfono de tu *pseudo* novia sea muy legal que digamos.

—No tenéis filiales en ninguno de esos países, querido Derek.

—¿Y tú que sabrás? ¡Hace días que no vienes a trabajar! Han cambiado muchas cosas desde el viernes.

Resoplo con fastidio.

—De acuerdo. No quiero seguir hablando de esto, porque me vuelves completamente loca.

—Y más que pienso volverte —murmura, agarrando mi rostro entre las manos.

—Derek, no quiero...

—Chisss —me acalla con ternura. Cierro la boca y trago saliva mientras Derek me observa muy atentamente. Sus ojos parecen acariciar cada una de mis facciones—. Te he echado de menos, pequeña Lizzy —susurra, deslizando las yemas de sus dedos por mis pómulos.

Sus labios dibujan una sonrisa trémula, que me afecta más de lo que me gustaría.

Le devuelvo el gesto y coloco las manos su pecho.

—Yo también te he echado de menos —confieso en un murmullo.

Derek esboza una sonrisa de satisfacción y su boca choca contra la mía en el beso más perturbador que me han dado jamás. Me retiene junto a él con increíble fuerza mientras su lengua se hunde dentro de mi boca casi con agresividad.

Cuando detiene el beso, no se aparta de mí. Simplemente, pega su frente a la mía y, aun sujetando mi cara entre las manos, me susurra:

— *Realmente*, te he echado de menos.

Veo en su rostro una expresión extraña que nunca había dejado entrever, una mezcla de excitación, temor y ternura que me conmueve. Realmente me mira como si me amara.

Empiezo a cuestionarme seriamente si su confesión del otro día era cierta o no. Desde luego, en este momento, sus ojos me dicen que sí.

—¿Tienes algo que decirme, Lizzy?

Oh, no... ¡Quiere que le diga que yo también le quiero! No, no, no. Esto no está pasándome.

—Derek, yo —Me humedezco los labios e intento sonreír—...yo realmente estoy confusa. No sé qué es lo que quieres de mí.

Noto cómo los dedos de Derek ejercen cada vez menos presión sobre mi rostro. Hasta que, de repente, sus brazos caen a su alrededor.

Lo miro con temor y él asiente muy despacio conforme su rostro se convierte en una máscara inexpresiva.

—Está bien, entonces —dice, resoplando. Me mira de nuevo, casi con tristeza, vuelve a asentir y fuerza una sonrisa—. De acuerdo. No hay confesiones por hoy. Y dime, pequeña Lizzy, ¿qué has estado haciendo últimamente?

—Lo mismo que tú, querido Derek —le contesto, con dulzura.

—Yo no me he tirado a Jensen G —repite, sin siquiera parpadear.

Me quedo atónita.

—¡Ni yo me he tirado a Jensen! —le grito, consternada.

Convenientemente, omito los besitos que intercambiamos. Eso no es poner los cuernos, ¿verdad? Decido que no lo es.

Visiblemente, el cuerpo de Derek se tensa.

—¿En serio? ¿Y por qué irías a conocer a su familia, si entre vosotros no hay nada romántico?

Quiero replicar, quiero decir algo en mi defensa, pero no se me ocurre nada . ¡Joder! ¿Qué haría Catwoman?

—¿Sabes qué, Lizzy? —Derek arruga el entrecejo y sacude la cabeza con incredulidad, mirándome como si no me reconociera—. Voy a marcharme.

Agarro su brazo para detenerle.

—¿Vas a cortar conmigo por segunda vez en dos días?

Me maldigo a mí misma por habérselo dicho en ese plan tan lastimoso, con los labios temblorosos y los ojos húmedos.

Derek se detiene y reflexiona. Tiene ojos gélidos y mandíbula tensa.

—No, Lizzy, no voy a cortar contigo —resuelve al cabo de unos angustiosos segundos—. Porque tú y yo no mantenemos una relación. Tienes miedo al compromiso, por lo que veo, así que, cuando hayas solucionado

todo ese follón que reina en tu cabeza, hablaremos de ello.

Es tan frío su modo de hablar, tan impersonal, que se me cargan los ojos de lágrimas. Derek se marcha y yo me quedo en mitad del club, observando su ancha espalda entremezclándose entre el gentío. No quiero llorar. Derek Brooks no se merece ni una sola lágrima mía. ¿Pero cómo voy a parar? Está dejándome. Otra vez...



Capítulo 27: La Declaración de Rebeldía de

Lizzy

Sábado, 17:25

—¿Se puede saber adónde vas con esa gorra de los Lakers? —quiere saber Lucy, que está parada en la puerta de mi habitación y tiene una zanahoria en la mano.

—Pareces Bugs Bunny —le digo divertida mientras frunzo los labios para poder pintármelos bien.

Miro mi propia imagen en el espejo y esbozo una amplia sonrisa. Sonrisa saludable de anuncio de leche desnatada. Hoy me siento feliz. He tomado una decisión muy importante, posiblemente la decisión más importante de toda mi vida.

Hoy, aquí, yo, Elisabeth O'Conner, hija de Susan y Paul O'Conner, con mis vaqueros anchos, una camiseta blanca de mi ex y mi nueva gorra de los Lakers, tomaré las riendas de mi vida y haré algo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo.

—¿Qué estás tramando? —Lucy se me acerca y me escruta el rostro muy de cerca, con suspicacia.

Sonrío como la niña adorable que soy y finjo no tener ni idea de lo que está hablando.

—Llevo una gorra de los Lakers porque Jensen y yo iremos a un partido de baloncesto. Es fan del equipo de Nueva York, así que me he comprado esta humilde gorra para mostrarle mi apoyo.

La diabólica Lucille (me gustaba más cuando pensaba que se llamaba Lucifer) enarca una ceja y le da un ruidoso mordisco a su zanahoria.

—Eres consciente de que el equipo de Nueva York son los Knicks y de que Los Lakers son sus rivales, ¿verdad?

¿Qué? Mierda. ¿Por qué no le habré comprado a aquel coreano simpático ambas gorras? Me hacía descuento y todo. ¡Maldición!

—Claro, claro. —Me quito la gorra, la lanzo debajo de la cama, me peino las ondas con los dedos y le lanzo una sonrisa abochornada a Lucy, que me mira con escepticismo—. De acuerdo, no lo sabía —admito, entornando los párpados.

Mi amiga mastica muy despacio, con sus oscuras pupilas clavadas en las mías. No tiene las manos en jarras, pero, aun así, es aterradora.

—Ya. Y dime, ¿cuál es tu plan? Ese regocijo en tu rostro no puede suponer nada bueno.

Hago un gesto afectado.

—Lucille, por favor, no lances acusaciones injustas. No tengo ningún plan.

—Y yo soy virgen —repite ella, con los ojos en blanco—. ¿Me lo vas a contar o hay que torturarte para que hables?

Me echo el pelo hacia atrás y vuelvo a sonreír.

—Voy a volver con Derek Brooks —informo, muy entusiasmada.

Lucy cae de rodillas, junta las dos manos por debajo de la barbilla y le da las gracias al Señor con gesto teatral.

—Gracias, Dios mío. Se han acabado los lloriqueos por la noche, las tarinas de helado y las películas coreanas.

—A ti te gustan esas pelis —murmuro, humillada.

—¡Y una mierda! Las odio con todo mi corazoncito sureño, pero estabas tan triste que me las tragaba para no fastidiarte. —Hace una pausa, coge aire en los pulmones y suspira con alivio—. Peso eso ya es historia. Así que, al final, te has admitido a ti misma que quieres al jefe capullo, ¿eh?

Niego solemnemente.

—No quiero a Derek. Pero es cierto que lo que siento por él es mucho más intenso que lo que siento por Jensen. Así que hoy mismo, después del partido, claro, voy a cortar con Jensen. Luego voy a llamar a Derek y le explicaré la situación. Si me quiere tal y como afirma, querrá ir despacio.

Lucy asiente, pero no parece demasiado impresionada por mi maquiavélico plan.

—¿Y has pensado en una opción B, pequeña sirenita?

—¿Opción B? —repito, confirmando que no lo he hecho.

—¿Y si Derek no quisiera volver contigo? Después de todo, ya te ha dejado dos veces.

De acuerdo, no había tomado en cuenta esa posibilidad. Mi vanidad me impedía ver las cosas desde esa perspectiva. Me imaginé que Derek estaría esperándome en su habitación, con un pijama de franela rosa, escribiendo en su diario, comiendo gusanitos con queso y escuchando en *repeat* alguna canción de los Backstreet Boys.

¡Por Dios, Lizzy!, ¡estás hablando de Derek Brooks, no de una niña de secundaria! , clama mi madre con los ojos en blanco.

—Derek va a volver conmigo —me empecino, aunque a estas alturas ya no estoy segura de nada. ¿Es azul el cielo? Todos sabemos que no. ¿Sabe a leche la leche? Si la leche no sabe a leche, ¿cómo vamos a saber a qué sabe la leche de verdad?! ¡Jamás la hemos probado!

Lucy me mira con una ceja enarcada y yo dejo de lado el intenso conflicto sobre el sabor de la leche. Creo que estoy siendo un poco neurótica con todo este asunto. Mi vida era mucho menos complicada antes de Derek Brooks.

Mis aspiraciones en la vida eran publicar un libro y hacer el mal. Ahora, todo se ha visto puesto patas arriba y ya no sé cómo poner orden en mis asuntos.

—¿Y dime, cómo piensas dejar al chico de las motos?

Decido echarme colorete, lo cual hago mientras miro a través del espejo cómo Lucy se acomoda en mi cama.

—Muy sencillo. —Me detengo y vuelvo para encararla—. Me aguantaré durante el partido, porque me dijo que es el evento más importante del año. Es buen chico, no se merece que yo le estropee el momento. Después, cuando vayamos a cenar a un bonito restaurante italiano de Manhattan, con mucha sutileza, le diré que no puedo volver a verle.

Lucy echa la cabeza hacia atrás y suelta unas molestas carcajadas.

— *¿Sutileza?* —repite entre risas—. ¿Tú? Pero si a tu último admirador le dijiste que no podías volver a verle ¡porque habías decidido meterte a monja!

—Y eso le resultó plausible —repongo, molesta—, hasta que me vio besando a su compañero de piso, claro. Luego se lio la de Dios.

Mi mejor amiga sacude la cabeza con reprobación.

—Esto pinta mal —vaticina con aires de gran pitonisa.

Le saco la lengua.

—¡Eres una bruja mala! Y tus augurios demoniacos me interesan una mierda. Todo va a salir bien porque yo lo digo. Jensen se lo tomará bien, Derek me recibirá con los brazos abiertos, y todos felices. ¡La vida es maravillosa!

Enervada, le doy la espalda, me echo brillo de labios y me observo en el espejo. ¿Por qué no parezco tan convencida de lo que acabo de decir? ¿Por qué una parte oscura de mi cerebro le da la razón a Lucy?

Agito la cabeza para bloquear esos pensamientos. ¡La vida es maravillosa, Derek Brooks me quiere con locura y a Jensen G no le importará en absoluto no volver a vernos!

Complacida por mi positivismo, agarro mi chaqueta vaquera y salgo a la calle a esperar a mi futuro exnovio.



Capítulo 28: El invierno de mi vida

Sábado, 19:30

¡Cuánta testosterona!

Es lo primero que se me pasa por la mente cuando Jensen y yo nos sentamos en la grada, entre personas que vociferan, sueltan improperios y lanzan nachos hacia los aficionados del equipo rival.

¡Hmmm, nachos!

Decido que quiero unos nachos ahora mismo y, aunque Jensen insiste en ir él mismo a por ellos, yo insisto aún más. No voy a permitir que el pobre chaval se pierda las jugadas más importantes por satisfacer mis caprichitos. Si no tuviera pensado cortar con él dentro de dos horas, tal vez, pero dadas las circunstancias, será mejor que me levante yo misma.

—Tú tranquilo. De los nachos me ocupo yo. ¿Quieres algo de beber?

—Si me traes una birra...

—Pues claro.

Me inclino y le doy un beso en la mejilla. A Jensen debe de resultarle extraño que haya evitado besarle en los labios durante toda la tarde, pero, si lo ha notado, no ha dicho nada.

Empujada por mis antojos, salgo al pasillo y me dirijo al puesto de venta de nachos, donde me pongo en una larga cola.

—¡Joder, Lizzy!, pensaba que te habías fugado —escucho la voz de Derek Brooks a mis espaldas.

Nunca me he alegrado más de oír esa profunda y masculina voz tan cerca de mí. Giro sobre los talones con una amplia sonrisa en el rostro, sonrisa que se congela en cuanto me doy cuenta de que no es a mí a quién se lo estaba diciendo.

A unos dos metros de Derek, hay una rubia más mayor que yo, tal vez en sus treinta. Aun así, es la mujer más atractiva que he visto jamás. Sus facciones, sus altos pómulos, su larga y despeinada melena, unos ojazos azul cielo... ¡toda ella! es pura perfección, desde las puntas de sus botas marrones hasta la raíz de su pelo.

Quiero darme la vuelta y esconder mi rostro, huir, refugiarme en algún lugar remoto donde esto no pueda hacerme el menor daño, pero estoy tan impactada que mi cuerpo se niega a ponerse en marcha.

Así que me quedo parada, sin más, mirando a Derek como si me faltaba el aire.

Él tarda unos segundos en reparar en mi presencia y, cuando lo hace, un gesto de terror contrae sus hermosas facciones.

Sacude la cabeza, como diciéndome que no es lo que parece. Supongo que ha advertido mi rostro crispado y las lágrimas de decepción que nublan mis ojos. Me maldigo a mí misma por no ser capaz de controlar mis emociones.

—Lizzy, no. —Se acerca a mí e intenta abrazarme, mientras su *amiguita* se da la vuelta y se va—. Lizzy, por favor —suplica cuando empujo su pecho y salgo a correr hacia la salida—. ¡Lizzy! ¡Espera!

Para mi desesperación, me sigue.

Me alcanza nada más llegar a la calle.

—¡Por favor, para!

Falta de energías, obedezco; me detengo y me giro hacia él, con el rostro descompuesto y arroyos de lágrimas escurriéndose por mis mejillas.

—Es irónico —farfullo, y ya me importa una mierda que se me haya quebrado la voz o que él se esté dando cuenta de todo.

Derek se detiene a poca distancia de mí y me mira con el ceño fruncido y una expresión de tormento en el rostro.

—¿Qué es irónico, Lizzy? —apenas se atreve a musitar.

Trago en seco y agito despacio la cabeza, con incredulidad.

—Es irónico que me haya dado cuenta de que te quiero precisamente ahora. Cuando te he perdido —añado en un murmullo desgarrado.

Derek rechaza esa posibilidad con un gesto, se acerca a mí y me agarra por los brazos.

—No digas eso. No te atrevas. ¡Mírame! ¡Lizzy, mírame! —grita, furioso.

Alzo la barbilla y nuestros ojos se encuentran. Derek se humedece los labios y sacude la cabeza de nuevo para negarlo—. No me has perdido, ¿me oyes?

Porque yo también te quiero. ¿Es que no lo ves?

—Sí, es bastante evidente lo mucho que me quieres —repongo con sarcasmo—. Solo dime una cosa, Derek. ¿A cuál de las dos conociste antes? ¿A ella o a mí?

Derek, herido, entrecierra los ojos y su pecho se ensancha cuando inhala una honda bocanada de aire.

—No es lo que crees —musita, abriendo los párpados para mirarme.

Me doy cuenta de que estoy llorando cuando él extiende el brazo y me limpia las lágrimas. Aparto su mano con gesto brusco. No puedo soportar que me toque ahora mismo.

—¿A *quién* conociste antes, Derek? —le grito, con mirada feroz.

Brooks baja la mirada al suelo y tarda unos segundos en contestar.

Mientras espero a que diga algo, examino cada centímetro de su rostro, fijándome en lo desesperado que parece. Es casi palpable el dolor que endurece sus facciones, el mismo dolor que siento yo misma en mi interior; la misma desesperación que se apodera de mí cuando me doy cuenta de que esto se está acabando. Hoy. Aquí.

Qué manera más estúpida de volver al mundo real. Mi error fue alzarme demasiado alto. Fui tan infantil como para pensar que iba a poder mantenerme a flote a su lado, pero ahora estoy en caída libre, precipitándome a gran velocidad hacia un vacío donde lo único que me espera es miseria.

¡Y la culpa de todo la tiene el maldito Derek Brooks! ¿Por qué no me mantuve alejada de él? ¿Por qué no apague la chispa en cuanto se encendió?

¿Por qué dejé que esto me quemara? ¡¿Por qué, joder, por qué?!

—¿A quién conociste antes, Derek? —repito la pregunta por tercera vez.

Estoy derrotada. Acabada. No tengo fuerzas.

—A ella —contesta Derek con la voz apagada.

Asiento con la cabeza, sorbiéndome las lágrimas que se empeñan en ahogarme la voz.

—Así que yo soy Lizzy Dos.

Derek lo niega, con una expresión de puro tormento desfigurando su cara.

—Entre ella y yo ya no hay nada.

—Pero lo hubo —repongo, limpiándome la nariz con el reverso de la mano.

—Hace mucho de eso, Lizzy. —Me agarra el rostro entre las manos y me evalúa con la mirada—. Te juro por Dios que ya no hay nada entre ella y yo.

Solo es una amiga. Lo de los nombres es pura coincidencia.

Lo agarro por las muñecas y aparto sus manos de mi rostro.

—¿Esto es lo que les decías a tus seis mujeres? —grito, incapaz de contener la ira que se apodera de mí—. *¿Solo es una amiga?* ¡¿Eso es lo que le decías a Kim?! —vuelvo a gritar.

—Eres injusta.

—Vete a la mierda.

Asqueada, le doy la espalda, dejándolo en mitad de la acera, medio

envuelto por las sombras de la noche. Parece completamente destrozado, pero ni siquiera me importa.

—Ni se te ocurra irte —dice a media voz—. Tenemos que solucionar esto.

Suspiro y me detengo en seco. No quiero girarme, porque pienso que, si me mirara en este instante, con esos ojos suyos tan penetrantes, si me mirara y me suplicara quedarme, puede que lo hiciera. No confío en mí misma. No cuando se trata de él. Derek altera mi percepción de la realidad.

—No hay nada que solucionar, Derek. Crees en el matrimonio, pero no en la fidelidad. ¿Lo ves? Lo tengo claro.

Elevo el rostro y obligo a mi cuerpo a ponerse en marcha de nuevo.

—¡Lizzy! —ruge, y da un paso hacia delante—. ¡Te prohíbo que me des la espalda!

Suelto una carcajada y me giro para mirarle. Está a unos pasos de mí, con el pelo despeinado y las manos en los bolsillos.

—¿Que me lo prohíbes? —pregunto, sin dar crédito—. ¿Quién coño te crees que eres? ¿Mi padre?

El rostro de Derek se vuelve inexpresivo en cuestión de segundos. Levanta la barbilla con determinación y su mirada me taladra con frialdad.

—Tu padre, no. *Tu jefe.*

Lo niego con una sonrisa de amargura.

—Ya no, Derek. Dimíto. Y, esta vez, va en serio.

—No acepto tu dimisión —contraataca con voz implacable.

Mi boca se tuerce en una sonrisa desdeñosa.

—Me la refanfinfla. Adiós, Brooks.

Le vuelvo la espalda. A Derek Brooks. Mi exjefe. El único hombre al que he amado en toda mi vida. Amado *de verdad*. Le vuelvo la espalda y salgo corriendo hacia el metro. Ni siquiera intenta seguirme. Mejor. No lo soportaría.

Cuando llego a la estación, bajo deprisa las escaleras y cojo el primer metro que llega, sin saber hacia dónde va. No importa. ¿Qué más da? Lo importante es que me lleve muy lejos de aquí. Lejos de todo esto.

Quiero seguir llorando, puede que las lágrimas alivien mi dolor, pero las muy traicioneras se niegan a salir. Estoy congelada, absorta en mis pensamientos, sentada en un asiento con la mirada tan fría como mi propio corazón.

Después de una eternidad ahí sentada, me bajo en una parada cualquiera y salgo a la calle, arrasando los pies sin rumbo alguno. Siempre he creído que el Infierno era un sitio plegado de llamas devoradoras, calderos de brea y demonios sedientos de sangre. Pero no lo es. El Infierno es esto y acabo de descubrir en mi propia piel que es mucho peor. Esa descripción apocalíptica

que nos contaban en los libros solo es una versión *light*.

El Infierno está aquí, ahora, y me aterra. Es hielo. Frío. Oscuridad.

Soledad. El Infierno es perder a Derek Brooks. ¿Cómo es que no me había dado cuenta de ello hasta ahora?

Las fuerzas empiezan a flaquearme. Sin saber qué hacer, saco el móvil del bolsillo y llamo a Jensen.

—¿Lizzy, dónde diablos estás? —me grita, preocupado a más no poder.

Levanto la mirada del suelo y miro a mí alrededor.

—No tengo ni puñetera idea —murmuro con la voz apagada.

—De acuerdo. Tranquila. Dime lo que ves.

Le doy una breve descripción del sitio.

—Ya sé dónde estás. Eso es Queens. En media hora estoy ahí.

—¿Jensen? —lo llamo desesperada justo cuando él está a punto de colgarme.

—¿Sí, Lizzy?

—Gracias.

Jensen resopla y hace una pausa.

—¿Por?

—Por estar ahí —musito, y cuelgo mientras él dice que *siempre*.

A medio camino de guardármelo en el bolsillo, el móvil vibra en mi

palma. Miro la pantalla. Llamada entrante de *capullo infiel*. Guardé su número de teléfono el primer día de trabajo con ese nombre y se ha quedado así. Tiene gracia. Realmente, la tiene.

Me río, dividida por la incredulidad y la amargura, arrojo el móvil a una alcantarilla y me arrebujó en mi chaqueta vaquera.

Apoyo la espalda contra una farola y me quedo así, esperando a Jensen mientras ráfagas de viento congelan mi cuerpo y mi alma. Esperando a que este cruel hielo termine de apoderarse de mi interior...



Capítulo 29: Más oscuridad aún

Sábado, ¿quién sabe la hora? ¿a quién le importa?

—¿Adónde quieres ir? —pregunta Jensen suavemente, con la mano izquierda en el volante y la derecha encima de la mía.

Ni siquiera giro la cabeza hacia él. Con mirada ausente, contemplo la carretera a lo lejos, sin ver nada.

—Me da igual. Lo más lejos posible de aquí.

Mi voz suena fría e indiferente. Quizá sea así cómo me esté sintiendo.

Jensen se incorpora al tráfico y conduce deprisa. No dice nada. No formula preguntas de respuestas enrevesadas. Mejor así. No quiero hablar.

No quiero tener que explicarle por qué desaparecí en mitad del partido.

No quiero, porque eso significaría pensar en Derek. Y no puedo pensar en él ahora, porque si lo hago, si recuerdo lo que ha pasado esta noche, todo se volverá real en mi mente y tendré que enfrentarme a todo ese dolor. No puedo hacerlo. Físicamente, no creo que fuera capaz de aguantarlo. Me vendría abajo.

Así que prefiero alejar esa información de mi cabeza, encerrarla en un oscuro cajón de mi cerebro, un cajón que no voy a abrir jamás.

Miro distraída por la ventana cómo las luces de Nueva York arrojan destellos de diamante sobre el cielo. Estamos en el barrio de Jensen.

El coche se detiene. Me bajo en silencio y muevo las piernas en dirección al ascensor. Mientras subimos, Jensen me pregunta si tengo frío. Estoy abrazada a mí misma.

Sí, Jensen, estoy congelada, pero de una forma mucho peor.

—No. Estoy bien —miento con la voz apagada.

Arriba, me apoyo contra la pared y contemplo con ojos vacío cómo se abre

la puerta.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta Jensen en cuanto entramos.

—¿Por qué no? —accedo, dejándome caer en el sofá.

—¿Vino?

Me encojo de hombros con frío desdén.

—Lo que sea.

Jensen me da la espalda y entra en la cocina. Unos segundos más tarde, regresa con dos copas de vino tinto y me ofrece una. La cojo con dedos temblorosos y me la tomo de golpe.

Jensen arquea una ceja. Aun así, no pregunta nada. Se levanta, va a la cocina y se trae la botella. Me llena la copa en silencio, mirándome a los ojos.

Hago un amago de sonrisa para tranquilizarlo y me la bebo entera.

¡Hostia puta! Me empieza a doler el estómago.

—¿Estás bien? —susurra Jensen.

Encuentro sus ojos y me pierdo en ellos. Estoy callada. Pensativa. Jensen me sostiene la mirada en silencio. Muevo la cabeza para decir que no.

—¿Hay algo que yo pueda hacer para mejorar las cosas? —susurra, extiende el brazo y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Es tan tierno. Tan dulce...

Frunzo el ceño y le digo:

—Ahora que lo mencionas... Hay una cosa.

Jensen levanta una ceja con aire expectante.

—¿Cuál? —murmura mientras sus dedos se pasean por la línea de mi mandíbula.

—Hazme el amor —le pido con frialdad.

Jensen me sonrío un poco.

—¿Estás segura de que es eso lo que necesitas?

Cojo su cabeza entre las manos y le sostengo la mirada.

—Estoy segura de que quiero ir en serio con esto. Me gustas, Jensen. Me gustas mucho.

Lo cual no es mentira. Jensen me gusta.

Asiente despacio, coge mi mano y planta un beso en mi muñeca.

—Muy bien.

Enreda los dedos con los míos y me lleva de la mano por un estrecho y oscuro pasillo que desemboca en su dormitorio.

—Adelante —me dice, al ver que me detengo en la puerta—. No temas.

No te haré nada malo. No soy un tipo siniestro como Jonathan Reed —el personaje de su libro—. No tengo bozales ni esposas ni... nada. Será de lo más convencional.

— *Convencional* me parece perfecto —murmuro, y cruzo el umbral.

Jensen me recibe con una sonrisa, me coge por los hombros y deposita un beso en mi frente, antes de alejarse hacia la cama para encender la luz de una lampara colgada encima de la mesilla blanca.

Sé que esto está mal. Mi corazón está muy lejos de aquí. Jensen puede tener cualquier parte de mi cuerpo esta noche, pero mi corazón siempre le pertenecerá a otra persona.

También soy consciente de que esa otra persona no se lo merece, de que lo nuestro ha acabado para siempre y de que tengo que superarlo de una forma u otra. Elijo superarlo así. Seguiré el consejo de Hank Moody, que se pasó toda la primera temporada de *Californication* ahogándose en un *mar de coños* para superar a su amada Karen.

¡Dios mío!, ¡soy la versión femenina y patética de Hank Moody! Al menos él había escrito un libro bueno. Yo solo escribo mierdas.

¡Basta, Lizzy, céntrate!

No es que lo mío con Jensen esté mal. Solo que no está bien hacerlo *ahora*. No por las razones equivocadas. Pero ya no tengo tiempo ni ganas de esperar. Cambiaremos las reglas del juego y punto.

Aprieto los dientes y, sin darle más vueltas, me quito la camiseta y la tiro al suelo. Jensen se acerca a mí muy despacio, con los ojos brillantes.

Prácticamente está lamiéndose los labios como un felino.

—No creo que seas consciente de lo mucho que te deseo, Lizzy —me susurra, y su dedo se arrastra por debajo del tirante de mi sujetador, a lo largo de todo mi hombro.

Me pongo de puntillas y le rozo la barba con un beso. Jensen cierra los ojos y me envuelve en un fuerte abrazo. Siento su corazón latiendo con furia contra el mío.

—Lizzy.

—¿Hmmm?

—Me gustas —me susurran sus labios, junto al oído—. Me gustas mucho.

Me levanta la barbilla y nuestros labios chocan en un beso que nada me inspira. No soy capaz de sentirlo como solía hacerlo hasta ayer.

Ahora me resulta algo mecánico besarle. Un acto falto de emoción.

Prescindible. Casi una obligación. *Mejorará con el tiempo*, me digo a mí misma y sé que lo daré todo para que eso suceda.

Ojalá le hubiese conocido antes. Ojalá me hubiese enamorado de él antes.

Ojalá las cosas fuesen diferentes ahora...

Jensen saca mis pechos por encima de las copas del sujetador. Su respiración se vuelve irregular. Se inclina y roza suavemente el pezón con la punta de la lengua. Mi cuerpo reacciona ante sus caricias, aun cuando mi mente está embadurnada. Los pezones se endurecen y una dulce excitación

contrae mi vientre.

—Jensen, no te entretengas —le digo, humedeciéndome los labios—.

Solo... solo hagámoslo. Hemos esperado demasiado ya.

Jensen me mira con el ceño fruncido, aunque cede a mis peticiones. Me tumba sobre la cama y, mientras yo termino de desnudarme, él se yergue para hacer lo mismo. Se saca la camiseta por encima de la cabeza y se desabrocha los pantalones. Su cuerpo es perfecto. Definido. Firme.

Su vaquero cae al suelo, seguido por los calzoncillos.

—Levanta las rodillas —me susurra al oído cuando, ya desnudo, se inclina sobre mí.

—Apaga la luz —le pido, antes de obedecer.

La luz se apaga y nuestros labios se juntan en un beso pasional. Las manos de Jensen recorren todo mi cuerpo, subiendo y bajando. Me aquero y busco de nuevo sus labios.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres hacer? —pregunta por última vez.

Asiento.

Y Jensen me penetra.

Aprieto los párpados y dejo que amargas lágrimas se escurran por mis mejillas. Sé que hay bastante oscuridad para que él no las vea.

Derek follaba. Jensen solo... Jensen solo hace el amor. Pero a mí no me importa en este momento porque es justo lo que yo necesito, alguien que me quiera, y me cuide. Alguien seguro. Alguien que nunca me hará daño. Con él no me sentiré expuesta. Ni insegura. Ni viva...
Pero me sentiré a salvo y eso es todo lo que importa.



Capítulo 30: Los aterradores padres de ella

Viernes, 13:15

—¡Un parche! —clama Lucy mientras saca las camisetas que acabo de meter en una maleta—. Es lo único que supone Jensen para ti. ¡Un simple parche! Tienes el corazón despedazado y lo mejor que se te ha ocurrido ha sido ponerle una tiritita. Pero ¿sabes qué, Lizzy? Las tiritas jamás detienen la hemorragia.

—¿Quieres apartarte de mi camino? —le digo con aire fatigado. Lleva toda la mañana dando el coñazo con este asunto. Estoy harta. He tomado una decisión y pienso mantenerla.

—Lo que quiero es que pares esta locura antes de que los tres salgáis heridos. Es la peor de las ideas lleva a Jensen a Wisconsin para que conozca a tus padres. Has perdido la puta cabeza.

Cojo de nuevo las camisetas y vuelvo a guardarlas. Cierro la maleta para que Lucy deje de hurgar.

—¡Puede que sea eso lo que yo necesite en este momento! —le grito, con mirada chispeante—. ¡Un jodido parche!

La aparto de mi camino y arrastro la maleta hacia la puerta. Me sigue, por supuesto.

—Dale de comer a *Zarpas*. Y límpiale la caja todos los días. ¡Y échale agua!

Lucy entorna los ojos.

—¡Que sí! Que ya me lo has dicho.

—¡Todos los días, Lucy! —insisto, volviéndome—. No hagas como la última vez, que tuvo que beber el pobre del váter hasta que volví yo de Wisconsin.

—¡Que sí, pesada! —Se cruza de brazos y añade en tono hostil—: Pero que sepas que estás cometiendo el error de tu vida. Deberías llamar a Derek y arrastrarte para que vuelva contigo.

—¡Y una mierda!

Enervada, salgo y cierro de golpe la puerta a mis espaldas.

¡Genial! ¡El ascensor no va! ¿Es que todos los planetas se han alineado en mi contra?

Arrastro la maleta escaleras abajo, furiosa. Con Lucy. Con Derek. Con el ascensor. Con el Universo.

—La vida es una mierda, michi —le digo a un gato que duerme encima de un felpudo.

El gato ni siquiera me mira. Ugh. Qué asco de vida.

Cuando por fin llego abajo, encuentro a Jensen apoyado contra el capo de su coche. Al ver la lucha que me traigo con la maleta, sale corriendo hacia mí, me la coge de la mano y la guarda en el maletero. En agradecimiento,

monto en el coche sin decirle nada y cierro de un portazo. Creo que Jensen empieza a sospechar que tengo problemas mentales.

Abre la puerta del conductor, se sienta y, antes de arrancar, se inclina hacia mí y me da un beso.

—Hola, cielo.

—Jensen —rezongo de muy mal humor.

—¿Preparada? —me dice en tono suave.

Jamás.

Le muestro mi mejor sonrisa falsa.

—¡Hacia el norte! —le grito, tal y como haría Dora la exploradora.

Jensen suelta una carcajada.

—Eres consciente de que vamos a coger dirección oeste durante un buen rato, ¿verdad?

Entorno los ojos, me pongo los cascos, elijo *Call out my name*, cuyo volumen elevo hasta límites preocupantes, y cierro los ojos. No quiero verme obligada a mantener una conversación ahora mismo. Ya bastante molesto es tener que aguantar a mis padres mañana. Si no me hubiera gastado el crédito para emergencias y si no hubiera dejado el trabajo, no estaría metida en este lío. *Bueno, al menos con Jensen en casa me gritarán menos, digo yo, me consuelo a mí misma.*

Abro los ojos, apoyó la mejilla derecha contra la ventanilla y contemplo las hojas muertas que vuelan por la acera. Nueva York parece desierta. Y fría. Aterradora. Decenas de ventanas me observan con sus ojos inanimados, juzgándome por todas las malas decisiones que he tomado. Nueva York se me antoja inhóspita hoy. Me alegro de marcharme, aunque solo sea por un par de días.

Jensen desenchufa los cascos de mi iPod y la música se escucha por todo el coche.

— *¿The Weekend?* —dice divertido—. ¿Música para hacer el amor? Me gusta cómo piensas, cariño. Vuelve a poner esta canción esta noche, cuando paremos en el motel, y te enseñaré de lo que soy capaz.

Me abstengo de decirle que, si escuchara la letra, sabría que no es una canción para hacer el amor. Todo lo contrario. Es una canción para corazones rotos.

Sábado, 17:32

Jensen aparca el coche delante de la casa de mis padres, una humilde granja de madera, con fachada blanca y unos cuantos metros cuadrados de jardín en la parte delantera, a los que mi madre dedica todo su tiempo libre. Siempre presume de tener las mejores rosas de todo Wisconsin. Y así es. Mientras Jensen baja las maletas, se abre la puerta de la entrada y veo el

cabello moreno de mi madre asomándose a lo Marge Simpson. Se niega a admitir que la permanente ya ha pasado de moda.

Al ver que somos nosotros, sale a recibirnos con su mejor sonrisa de anfitriona acostumbrada a organizar eventos todos los fines de semana. Lleva un pantalón beige, una blusa blanca y un delantal rojo que me hace visualizar a Blancanieves y los siete enanitos. ¡Ay, Dios!, ¡está cocinando! Lo que puede ser eso...

Los intentos de alimentar a la familia se suelen torcer en pequeñas catástrofes domésticas cuando es mi madre la que está al mando de la cocina. Inundación causada por el estallido de la alarma de incendios, incendio causado por un pato flambeado, cortinas envueltas en salsa de caramelo... Y esos solo son algunos de sus grandes éxitos.

—Lizzy, cariño, al fin vienes a vernos. —Me da un abrazo que casi me deja sin aliento. Mi madre es muy cariñosa.

—Lo siento, mamá, he estado muy liada con el trabajo —me disculpo, consciente de que he estado evitando un poco a mis padres.

Mi madre sonrío y se gira hacia Jensen, que espera, cargado de maletas.

—Debes de ser Jensen. —Le da dos ruidosos besos en las mejillas y le sonrío—. Susan. Tu suegra. Encantada de conocerte.

—Mamá —gruño entre dientes.

—¿Qué? —se hace la inocente.

—Un placer, Susan —contesta Jensen, sonriendo.

—Vamos a pasar dentro, chicos. No quiero quemar el cordero como la última vez. —Suelta una risita (no sé por qué le hace tanta gracia haber servido bocadillos de margarina las navidades pasadas) y sube como una jovencita los pocos escalones que hay hasta la entrada.

Mamá es una pésima cocinera y sé que, haga lo que haga, quemará el cordero.

Pese a esa certeza, le sonrío dulcemente y finjo no recordar ese incidente navideño, cuando se presentaron los bomberos en la puerta de nuestra casa porque un vecino pensó que ese grueso humo que salía de nuestra cocina solo podía ser la causa de un mortífero incendio y que, sin duda, estábamos todos (*pobre familia, siempre tan simpáticos*) muertos.

Pero no. Solo se trataba de un triste cordero que mi madre había chamuscado mientras veía un emotivo programa televisivo y lloraba a moco tendido, porque acababan de decir que había mucha gente sin hogar que no celebraba las navidades. Los bomberos fliparon un poco. Yo también, al ver a los bomberos, altos y musculosos, apagando lo que se suponía que era nuestra cena navideña.

—Tu padre ha ido a por el vino —informa mamá de camino a la nevera.

Curioso, no huele a quemado aún. Démosle tiempo—. Pero no tardará en volver.

Y, efectivamente, a los dos segundos escucho el estridente ruido de la puerta trasera.

—¿Papa sigue peleado con la vaselina? —pregunto divertida.

Mi madre y Jensen se ríen.

—¿Lizzy? ¿Dónde está mi niña favorita? —resuena la voz varonil de mi padre nada más abrirse la puerta.

Me giro hacia ese hombre alto y moreno cuyos ojos azules he heredado y le sonrío como una niña adorable. Siempre he sido una niña de papá.

—Hola, papá —Le doy un abrazo fuerte—. Este es Jensen. Mi novio.

Mi padre va hacia Jensen y estrecha su mano.

—Señor O'Conner, es un placer conocerle —dice Jensen, como el muchacho formal que es.

—Llámame Paul, por favor —pide mientras guarda el vino en la nevera—.

¿Queréis una cerveza?

—Sí, señor. Gracias.

—¿Lizzy? ¿Quieres tú una?

—Yo no bebo, papá.

Mi padre se vuelve con su cara de Robert De Niro que no se ha tragado

nada de lo que le acabo de decir.

—¿Desde cuándo? ¿O es que piensas que no sé las juergas que te traes con esa amiga tuya...? ¿Cómo se llama? ¿Lucinda?

—Lucif... Lucille, papá. Se llama Lucille.

—Pues bien podía haberse llamado Lucifer. Porque es más mala que el demonio.

Al menos coincidimos en algo.

—Paul, deja a la niña tranquila. No quiere que la avergoncemos delante de su novio.

—¿Quién dice que la estemos avergonzando?

Mi madre hace un gesto elocuente en mi dirección. Mierda.

—Conque eso es lo que crees, ¿eh? Y dime, hija, ¿piensas que, por presentarnos a tu novio, no íbamos a regañarte por haberte fundido el fondo para emergencias? —expone mi padre con toda la tranquilidad del mundo, mientras coge una aceituna verde de un plato que hay encima de la mesa y se la lleva a la boca.

El vaso de agua que los dedos de mi madre sujetaban cae al suelo.

—¿TE HAS FUNDIDO EL FONDO PARA EMERGENCIAS,

ELISABETH O'CONNOR?

Ay, madre.

Abro los ojos de par en par, esbozo una sonrisilla abochornada y me preparo mentalmente para exponer mi defensa. Emergencia grave. Alguien se estaba muriendo. Mi orgullo, probablemente.



Capítulo 31: Caída libre

Sábado, 19:45

Salgo de la peluquería de mi tía con la mejor de mis sonrisas. Es una

locura lo mucho que puede mejorar tu día un simple tinte de pelo. Sacudo mi melena en el viento, me coloco las gafas de sol y echo a andar de camino a casa.

Al final no fue para tanto la bronca que me dieron mis padres. Pese a lo mucho que rugen, suelen ser unos padres comprensivos. Lo mejor de todo es que han decidido pagarme el alquiler hasta que encuentre otro trabajo, con lo que estoy bastante contenta.

Oh, y mi madre no quemó el cordero. ¡Eso sí que fue épico! ¡Grandioso!
¡Digno de contar!

Camino por la acera más feliz que una perdiz, cuando un coche ralentiza la marcha y se pega al bordillo. Un coche negro, con chófer y cristales tintados.

Mi primer pensamiento: ¡un perverso que va a secuestrarme! Como en *Cautiva*. ¿Habéis leído esa novela? ¡Es terrible!

Claro que, si me secuestrara un tío guapo y sexy como ese, quizá no me fuera a importar demasiado...

¡¿Pero qué estoy diciendo?! ¡Es terrible! Caminaré más deprisa. ¿Por qué no hay nadie por la calle? Malditos pueblos pequeños.

Alguien baja el cristal trasero del coche. No me atrevo a mirar. Aumento el paso y aprieto los dientes, consciente de que el corazón está a punto de estallarme dentro del pecho.

—Eres más difícil de localizar que la reina de Inglaterra.

¿Derek Brooks?! Pues casi que prefería al perverso.

Freno en seco y me vuelvo. Derek se baja del coche y se apoya en la puerta.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le grito mientras me cruzo de brazos—. ¿Y cómo me has localizado?

—Te he llamado al menos mil veces. ¿Tienes el móvil roto?

El recuerdo del móvil cayendo por una alcantarilla me arranca una sonrisa.

—Algo así. ¿Y bien? ¿Cómo has conseguido encontrarme?

Derek entorna los ojos.

—Lucy.

Hago una mueca. Cómo no. Lucy siempre metiendo las narices en mis asuntos.

—Lizzy, tenemos que hablar. —Derek se acerca a mí y me coge de la mano. Parece turbado—. Estoy volviéndome loco sin ti. Hay que aclarar las cosas.

La desesperación en sus ojos es casi palpable. Supongo que cinco minutos de mi vida sí que puedo darle, ¿verdad?

Después de todo, Derek Brooks *solo* es al amor de mi vida. ¿Qué son cinco minutos en un mundo donde lo más importante que tenemos es tiempo?

—Habla —cedo, con un nudo en la garganta.

Derek suspira con alivio y se dispone a abrir la boca, cuando oigo la voz de mi madre a mis espaldas.

—Lizzy, ¿has comprado ya las cervezas para Jensen y tu padre?

Derek se queda sin aliento, como si acabara de recibir un golpe en el estómago. Deja caer mi mano y sus enormes ojos marrones me observan impactados.

—¿Jensen está aquí? ¿Contigo? —murmura, herido.

—Oh, lo siento, no sabía que estuvierais hablando —se disculpa mi madre, ceñuda—. Voy a por las cervezas. Ahora vuelvo.

Solo oigo su voz a lo lejos. No puedo concentrarme en ella ahora mismo.

No cuando los ojos de Derek despedazan mi rostro como las garras de una cruel bestia.

—¡Contéstame, maldita sea, Lizzy! ¿Te has traído a Jensen a casa de tus padres?

—Derek, yo... —me detengo y resoplo con fastidio—. Sí —confieso, levantando la mirada hacia la suya—. Él está aquí. Conmigo. Lo siento —hago una larga pausa y añado, con voz casi inaudible—. Nos hemos acostado.

Derek cierra los ojos para luchar contra el nuevo impacto que acaba de

recibir. Me empieza a escocer la garganta y me entran unas tremendas ganas de llorar. Mi mirada se nubla, y ya no soy capaz de reprimir las lágrimas, que se escurren en arroyos por mis mejillas. Él asiente muy despacio y abre los ojos para mirarme.

—Así que ahora estás con él —dice a media voz. Se siente traicionado, y eso se le nota en los ojos.

Nadie habla durante un tiempo. Me enjuago las lágrimas y recorro su rostro con la mirada. Veo sufrimiento. Veo dolor. Veo turbación. No queda nada del hombre al que conocí hace tan solo un par de semanas. En tan poco tiempo, lo he destrozado.

Conmovida, extendiendo el brazo para acariciar su rostro, en un patético intento por aliviar tanto su dolor como el mío, pero Derek retrocede medio paso para eludir mi caricia. Me tiemblan las manos y no puedo hacer nada para impedirlo.

—Derek, por favor... Déjame que te lo explique.

Niega muy despacio y mis ganas de llorar aumentan todavía más.

—¿Explicármelo? ¿Para qué? Se ha acabado, y esta vez te garantizo que es definitivo, Elisabeth. —Parece faltar de aire cuando nuestros ojos vuelven a cruzarse—. No volveremos a vernos, pequeña, con lo que esto es un *adiós*.

Levanta el brazo y apoya los dedos contra mi mejilla. No me atrevo ni tan

siquiera a pestañear, mucho menos a soltar el aire que llevo varios segundos reteniendo en los pulmones. Temo que esto acabe si lo hago. Temo que se vaya y me abandone entre las aterradoras sombras de la soledad.

Derek curva los labios en una sonrisa amarga y asiente muy despacio.

—Dimisión aceptada —murmura, abriendo la puerta del coche—. Adiós, Lizzy.

Con ojos dilatados de dolor, lo contemplo mientras desaparece dentro y se marcha de mi vida.

No soy capaz de moverme.

No puedo ni respirar.

Mi mente se niega a pensar con claridad.

Estoy perdiendo algo que nunca he tenido. ¡Porque nunca he tenido a Derek!

Entonces ¿por qué duele tanto perderle?

Cierro los ojos y permanezco en la acera durante mucho tiempo, hasta que vuelve mi madre con las condenadas cervezas. Estoy devastada como nunca lo había estado.

—¿Nos vamos, cielo?

—Claro...

Camino a su lado como si estuviera atrapada dentro de un sueño. Una

pesadilla. Presencio el mundo, gris y desapacible, veo el desarrollo de las cosas, pero no puedo intervenir porque, en el fondo, no estoy aquí realmente. Esto no me afecta. No me afecta porque despertaré en breve y me sentiré aliviada de descubrir que no ha sido más que una pesadilla.

Quizá cuando despierte aún sea mi primer día de trabajo en Ediciones Brooks. Puede que el reloj señale las siete de la mañana. Me he quedado dormida y mi mente ha soñado todo esto. Quizá en el mundo real Derek Brooks tenga calvicie incipiente y problemas de erección. Quizá. Quizá. ¡Quizá!

Si el tiempo es tan importante como dicen, ¿por qué no podemos retenerlo, hacerlo retroceder, jugar con él según nuestro antojo? ¿Por qué no puedo volver a ese maldito día, esos seis minutos que me quedaban antes de escuchar el despertador; volver y hacer las cosas de otra forma?

—¿Quién era ese hombre tan guapo con él que estabas hablando, cariño?

—me interroga mamá de camino a casa.

—Él solo era... Nadie —mi voz se quiebra y tengo que proseguir en un susurro desgarrado—. No era nadie.

Y al darme cuenta de que en eso se ha convertido ahora, en *nadie*, me abandono a la más intensa de las agonías. El sufrimiento se vuelve desgarrador, tan fuerte que no sé cómo soy capaz de aguantarlo sin

derrumbarme en mitad de la acera, delante de todas estas estúpidas casas de madera que acogen familias felices, familias que se quieren y no se traicionan como hemos hecho nosotros dos.

Todo el dolor reprimido estalla dentro de mi cerebro, envolviéndome entre sus garras, precipitándome otra vez hacia ese oscuro y aterrador Infierno en el que se convierte mi vida cuando Derek no está. Estoy en caída libre y no puedo hacer nada para evitar hundirme en esas profundidades heladas que tanto me asustan.

Noviembre

Las hojas del parque me recuerdan a Derek. A sus ojos. A su sonrisa.

Todo el mundo ha seguido adelante. Todos, menos yo, que no estoy preparada para dejarlo marchar.

Estoy cansada de estar aquí sentada y pensar. Pensar *¿y si...?* ¿Y si las cosas hubiesen sido diferentes? ¿Y si le hubiese creído cuando aseguró que entre Lizzy y él no había nada? No hay nada peor que los arrepentimientos.

Diciembre

Odio las navidades en casa. Tengo que sonreírles a mis padres y a Jensen y fingir que estoy bien. Quiero morirme. ¿Por qué no me dejan todos en paz? Solo quiero estar en mi habitación, a oscuras, y escuchar música deprimente.

Enero

Las cosas van mejorando. Ya apenas me duele. Tengo un nuevo trabajo, y pensar en Derek ya no es una rutina dolorosa. Todo se supera con el paso del tiempo. Tiempo, tiempo, tiempo. ¿Por qué será tan importante?

Febrero

A veces las cosas suceden como en las películas. Estoy de camino al trabajo, cuando, de repente, me detengo en mitad de la acera. Me siento atraída hacia el otro lado de la calle. Ni siquiera sé por qué. Es un presentimiento. O puede que un *déjà vu*. Puede que esto lo haya soñado antes.

Desconcertada, vuelvo la cabeza hacia atrás, hacia ese lugar que está atrayéndome como un imán. Me quedo sin aliento.

Estamos en aceras diferentes, aceras repletas de gente, pero, pese a ello, nuestras miradas se encuentran a la primera. Derek Brooks está magnífico, con un traje negro muy elegante, barba de varios días y el pelo despeinado. Él también se ha detenido. Tiene las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón y me mira fijamente.

Alzo un poco la mano para saludar, pero cambio de parecer en el último momento y la dejo caer. Derek asiente con la cabeza. Comprende por qué no puedo hacerlo. Cierra los ojos por un segundo, mueve los labios en una pequeña sonrisa y retoma su camino. Yo, a mi vez, le doy la espalda y me

alejo corriendo en dirección contraria.

Por la tarde, envuelvo mis cosas en cajas. Jensen y yo vamos a empezar una nueva vida juntos.



Capítulo 32: Nuevos horizontes

Miércoles, 15:45

Vuelve a ser septiembre. Me gusta contemplar el parque desde la ventana.

Me haré un té. Aún tengo tiempo.

Miércoles, 16:45

¡Maldición! ¡Maldición! ¿Será posible que llegue tarde a la presentación de mi propio libro? ¡Vaya escritora estoy hecha!

Miércoles, 17:48

Cruzo como un terremoto las puertas de la librería. Ugh.

—Lo sé, lo sé —chillo, levantando las manos en el aire para refrenar las protestas—. Llego horriblemente tarde. Es que me he perdido. Nueva York es tan enrevesado...

Mi agente, Josh, se me acerca y me da un fuerte abrazo.

—Elisabeth, necesito que te tranquilices. Ahora mismo. Inspira. Expira.

Inspira. Expira. Inspira...

—¡Josh! —interrumpo con impaciencia—. Lo he pillado.

Josh asiente.

—Bien. Hoy es tu gran día y no quiero que nada salga mal. El libro se está vendiendo. Las críticas son buenas. Todo marcha sobre ruedas. Ahora sonríe y ve a por ellos. ¡Como te he enseñado!

Cojo una profunda bocanada de aire, me obligo a sonreír, y abro las siguientes puertas.

¡Vaya, cuánta gente! Y todos llevan en la mano un ejemplar de *Cómo*

matar a tu jefe en treinta y dos capítulos, de Elisabeth C. Será que, al fin y al cabo, no soy tan mala escritora. ¡Chúpate esa, Brooks!

Saludo a todo el mundo, intercambio cortesías, me hago fotos, suelto el discurso que tenía ensayado desde casa y por fin llega mi parte favorita, la de escribir dedicatorias. Eso es lo que hace que uno se sienta verdaderamente como un escritor. No las ventas ni las posiciones en el top, sino el bonito vínculo que se crea entre él y sus lectores.

Sonriendo, ocupo la silla, coloco los codos sobre la mesa y empiezo a firmar todos los ejemplares que me entregan.

Pasado un tiempo, después de firmar más de cien libros, deja de parecerme emocionante y se convierte en algo mecánico. Ya ni siquiera levanto la mirada. Me limito a preguntar el nombre, a poner algo sencillo y a firmar.

—¿Para quién? —pregunto, con el boli en la mano y la vista bajada.

—Sandra Douglas.

Escribo tres líneas y firmo.

Alguien coloca otro libro delante de mí.

—¿Para quién? —quiero saber de nuevo, sin mirar a esa persona.

—Andrew Jane.

Otras tres líneas y firmo.

Me entregan un nuevo libro. Empiezo a estar muy cansada. Resoplo,

muevo el cuello y me froto las cervicales.

—¿A nombre de quién?

—Derek Brooks.

El mundo se detiene. El tiempo. El reloj. ¡Todo!

Derek coloca su ejemplar sobre la mesa y, junto a él, una pequeña cajita de terciopelo negro. Viene abierta, y solo contiene una joya, un precioso anillo de compromiso, cuya piedra no es un diamante, según la costumbre de Brooks (eso dice la Wikipedia), sino un enorme zafiro, un azul intenso que junta los dos extremos del círculo de oro blanco.

—Cásate conmigo, pequeña Lizzy.

Levanto la mirada y nuestros ojos se encuentran llenos de ansia. Después de tanto tiempo, volvemos a estar en la misma habitación. No puedo creerlo.

—¿Lizzy? —me susurra Josh—. ¿Todo bien?

No encuentro las palabras. Me he quedado en blanco, ¡y todos los ojos están clavados en mí!

La presión se vuelve tan insoportable que me levanto bruscamente y salgo corriendo.

Me detengo en la calle, donde me aparto el pelo de las sienes y me obligo a coger aire en los pulmones. ¿Cómo decía Josh? *Inspira, expira, inspira, expira*. Tampoco puede ser tan difícil.

—Lizzy...

Me giro hacia él con el rostro pálido. No puedo creer lo mucho que he echado de menos su voz, su rostro, sus brillantes ojos marrones. Todo él. Lo he echado tantísimo de menos...

Como arrastrada por un hilo, acorto la distancia que nos separa, extendiendo el brazo y rozo su atormentado rostro para asegurarme de que es real. Mis dedos temblorosos recorren la áspera sombra que cubre su mandíbula, pasan por encima de sus pómulos, dibujan la línea sus labios.

—Hola, Derek —murmuro ensimismada. Sé que los ojos deben de brillarme, porque los noto cargados de lágrimas.

Derek planta un beso en las puntas de los dedos y sonrío.

—Hola.

—Te he echado de menos —susurro.

Él asiente.

—Lo sé, muñeca. Causo un gran efecto en las féminas —asegura con gran arrogancia mientras sus ojos hacen un gesto pícaro.

Me echo a reír, con la palma de mi mano aún apoyada contra su mejilla.

Mis ojos están clavados en los suyos. No puedo dejar de mirarle, así de sencillo. Supongo que aún no he asimilado que está aquí de verdad, y temo que, si mis ojos se apartan de los suyos por un segundo, termine descubriendo

que no ha sido más que un sueño.

—Cásate conmigo, Lizzy. Te quiero, y es evidente que tú también me quieres.

Dios, voy a llorar.

¡No, no vas a llorar, Lizzy! ¡Vas a enfrentarte a esto como la adulta que eres!

¡Lucy, sal de mi cabeza!

—Me dijiste que era definitivo —me falla la voz al decirlo. Frunzo el ceño y, tras aclararme la voz, continúo—: Dijiste que era un adiós.

Los labios de Derek Brooks se curvan en una sonrisa socarrona.

—Mentí.

Le devuelvo la sonrisa. Solo él puede hacerme llorar y sonreír al mismo tiempo.

Retrocedo dos pasos, cojo aire en los pulmones y me obligo a recuperar la compostura.

—Vivo con él —informo, sin más.

Derek asiente, en absoluto impresionado. Supongo que lo sabía.

—En cuanto nos casemos, tendrás que venir a vivir conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

Agito la cabeza despacio, incapaz de reprimir una sonrisilla tonta.

—Siento tener que decirte esto, *alteza*, pero no voy a casarme contigo.

Nunca. No eres mi tipo.

Derek suelta una carcajada.

—Ni tú eres mi tipo, Lizzy. Además, es ridículo que una mujer de veinticinco años se haga llamar Lizzy. Y tu pelo... Dios mío. ¿Pero tú has visto ese pelo? ¡No hay manera con él!

Me río entre dientes.

—¡Como jefe, apestas! —contraataco, viniéndome arriba—. Y has tenido más esposas que el rey Salomón. No voy a casarme contigo, Derek. Mézetelo en la cabeza.

Satisfecha, echo a andar hacia la puerta de la librería.

—Eso ya lo veremos —amenaza a mis espaldas, y sus paseos se alejan de mí.

Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro.

Abro la puerta, regreso a mi sitio y pido disculpas por la espera.

—¿Seguimos con la firma de libros? —me pregunta Josh en tono irónico.

—Por supuesto.

Empiezo a moverme con desbordante energía, porque, por primera vez en muchos meses, las oscuras nubes se alejan lo suficiente como para que pueda entrever el horizonte.



Capítulo 33: El capítulo en el que mi jefe me

mató a mí

Miércoles, 21:50

Introduzco la llave en la cerradura, la giro sin hacer ruido y abro la puerta despacio.

Entro de puntillas, como si fuese un ladrón a punto de robar en el Louvre.

En la casa reina el silencio y la tranquilidad, pero, por alguna razón, tengo un extraño presentimiento, una inquietud en el estómago.

Será mi consciencia, que siempre asoma cuando hago el mal.

Con una mueca, dejo el bolso encima de la mesa del recibidor y voy hacia el salón.

—Os vi —murmura Jensen.

Está sentado en la mesa del comedor, con una botella de vodka al lado y un vaso de chupito en la mano.

Me detengo en la puerta, con el corazón latiendo muy deprisa dentro de mi pecho. No pregunto a lo que se refiere. Ya lo sé.

Respiro hondo y sostengo su fría mirada.

—No hay nada entre Derek y yo —respondo con voz gélida—. No sé qué es lo que *crees* haber visto, pero te equivocas.

Pese a que su rostro está descompuesto de dolor, de la garganta de Jensen brota una carcajada. Antes de que lo vea venir, levanta el brazo y estrella el vaso contra la chimenea. Me estremezco ante el ruido de cristales rotos.

—Siempre me has tomado por gilipollas, Lizzy —me dice, con los ojos dilatados por la furia—. Ese ha sido realmente el problema. Has pensado que, por estar siempre ahí, por acudir a tu rescate cada maldita vez que él te destrozaba el corazón, yo era un estúpido. Pero no lo soy, cariño. Solo soy un

hombre que estaba enamorado de ti.

Empieza a temblarme el labio inferior. Recorro los pocos metros que nos separan y, arrodillándome delante de él, cojo su mano entre las mías. Estoy partiéndole el corazón y no quiero hacerlo. Quiero a Jensen. Siempre le he querido.

—Jensen, por favor, tienes que creerme. *Necesito* que me creas cuando te digo que no hay nada entre él y yo. ¡No ha pasado nada entre nosotros! Solo estábamos hablando. Por favor... —suplico, con la voz quebrada por la emoción.

Jensen frunce el ceño y sacude la cabeza con expresión de lastima.

—He visto cómo le mirabas hoy —la voz le tiembla al hablar y yo ya soy incapaz de contener las lágrimas. Me tapo la boca con la mano y rompo a llorar desconsoladamente por él. Está hecho polvo—. Siempre he querido que me mires de esa forma, Lizzy. Nunca lo has hecho.

Contemplo, llorando, el tormento que tuerce su rostro. Hay demasiado dolor en él en este momento, y solo es culpa mía. Soy igual de mala que Derek Brooks. No, yo soy peor. Ni siquiera Derek haría algo así.

—Estoy mirándote ahora, Jensen —mi voz apenas es audible, el nudo de la garganta no me permite hablar más alto.

Jensen niega despacio.

—Te habría amado durante toda mi vida, ¿sabes?

—Jensen, por favor, mírame... —Con la ayuda de mi dedo índice, alzo su barbilla—. Yo te quiero.

Jensen baja los párpados y rechaza esa idea con un gesto.

—Sé que me quieres, Lizzy. Lo sé. Pero estás enamorada de él. Siempre lo has estado. Y yo ya no puedo competir con eso. —Se humedece los labios y hace una larga pausa—. Deberías estar con el hombre al que quieres —añade, en un murmullo.

Dios...

Hundo la cara entre las manos, completamente destrozada, y empiezo a sollozar. La mano de Jensen roza mi brazo.

—Lizzy, está bien amarle. Él también te ama a ti. Vete. No pierdas más tiempo. Has perdido ya demasiado.

Levanto la mirada, incrédula, dudando. Jensen tiene los labios curvados en una especie de sonrisa, a pesar de todo el dolor que se refleja en sus ojos.

¿Cómo puede ser tan bueno conmigo siempre?

Con ternura, cojo su rostro entre las manos y rozo despacio sus labios con un beso. Jensen cierra los ojos y suspira. Él también sabe que es la última vez.

—Adiós, Jensen —susurro contra sus labios.

Asiente, porque hablar parece una tarea ardua ahora. Me sorbo las lágrimas, me levanto del suelo y arrastro los pies hasta la puerta, donde me detengo y vuelvo a girarme.

—¿Jensen?

Él levanta su turbia mirada azul del suelo y me mira en silencio.

—¿Lizzy? —musita al ver que no digo nada.

Me flaquea la voz y tengo que hacer una larga pausa para recuperar el habla.

—Gracias —murmuro, pasada toda una vida.

Jensen se muerde el labio inferior. Quizá para retener las lágrimas.

—¿Por?

Me encojo de hombros, como si eso fuera evidente.

—Por estar ahí...

Sonríe. Sonrío. Y me marcho.

Cojo el bolso y salgo por la puerta, consciente de que no volveré a ver a Jensen nunca más. Fuera ya es de noche, pero hay mucha gente en las aceras.

Nueva York siempre es así.

Levanto el brazo y detengo el primer taxi que pasa.

—Manhattan. Ediciones Brooks. ¡Rápido!

El hombre asiente y se pone en marcha.

22:25

Seguimos en el mismo barrio. ¡Joder! ¿Este hombre no es capaz de ver que, tras haber perdido nueve meses de mi vida, no puedo perder ni un minuto más?

—¿Quiere usted darse prisa?—le grito—. ¡Ni siquiera hay tráfico, joder!

El conductor, un señor bastante mayor, me lanza una mirada a través del espejo.

—Señorita, hay que ser prudentes al volante.

Genial, me ha tocado el pisa-huevos de Nueva York. Esas oscuras fuerzas del Universo que he convocado para maldecir a Brooks están ahora volviéndose en mi contra.

Al borde de un colapso, me pregunto dónde estará ahora Daniel Morales. ¿Seguirá ejerciendo? Lo dudo. Era el taxista más borde del mundo. Aunque rápido sí que era, el *jodío*. Me llevó a Manhattan en un pispas... Aun así, llegué tarde. Ugh. ¿Quizá deba asumir que la puntualidad no es lo mío?

22:59

¡Al fin! ¡Aleluya! ¡Estamos salvados!

El taxi se detiene delante de una torre de cristal, sede de la editorial más prestigiosa de Manhattan, lugar de trabajo de un editor cascarrabias que nunca ha abierto mi libro.

Le lanzo un billete de cincuenta dólares al conductor y salgo corriendo hacia la entrada.

—¡Señorita!, ¡su cambio!

—¡Quédese! —grito, antes de ser engullida por las puertas de cristal.

—¡Espere! —me grita el vigilante—. ¿Adónde va a estas horas?

¡Joder! Mira que me lo ponen difícil. Me detengo con una mueca de exasperación.

—Tengo cita con Brooks.

—¿Lizzy?

Miro ceñuda ese rollizo rostro. Obviamente, no es Noah.

—¿Bob?

Bob se abalanza sobre mí y me da un abrazo fuerte. No entiendo por qué tanto entusiasmo.

—¡Vaya! ¡Lizzy O'Conner! ¡No me digas que vuelves a trabajar para Brooks!

—Algo así. ¿Qué haces aquí? ¿Tú no trabajabas en marketing?

Bob entorna los ojos marrones.

—Ya. Trabajaba... metí la pata hace cinco meses, y Brooks, que, por cierto, está de un humor de perros desde que te fuiste y se niega a buscarse otra secretaría, me ha enviado a seguridad. Bueno, seguridad es mejor que

despedido. Y, de otra forma, no te habría vuelto a ver. —Se encoge de hombros y me sonríe lascivo.

¡Arrrrggghhh! ¿Bob y yo? ¡Quita, quita!

—Bob, hay una cosa que hace tiempo que quería comentarte.

Su sonrisa se amplifica. ¡El muy idiota piensa que voy a declararme! ¡Ja!

—¿Qué pasa, Lizzy? —susurra, mirándome fijamente los labios.

—Tu mujer te pone los cuernos. Con Carl. Del departamento legal.

¡Por fin he hecho el mal! Brooks estaría orgulloso.

Animada por la malicia, le doy la espalda a un atónito Bob y entro en el ascensor.

En la última planta, está todo igual. Oscuro . Vacío. Justo como lo estaba en mi primer día de trabajo. Es como si hubiese vuelto un año atrás.

¿Y si Brooks no está?, pienso horrorizada. Tiene que estar. ¡Tiene incluso un sofá en su ridículamente grande despacho!

Recorro casi corriendo el largo pasillo. Abro la puerta de sopetón y entro como solía hacerlo en los viejos tiempos. Como un becerro desquiciado.

Mierda, no hay nadie. Está a oscuras. ¡Joder! ¿Dónde demonios vive

Derek? No puedo esperar a mañana.

—Aún recuerdo la primera vez que te vi —resuena su fría voz desde alguna parte del despacho.

Enfoco la mirada, pero no veo nada. Está todo demasiado oscuro. ¡Y llevo las lentillas!

—¿Derek? —murmuro mientras la puerta se cierra a mis espaldas.

—Parecías tan frágil. Tan delicada... Tan pequeña, con tu vestido amarillo.

¡Dios, está dándole algo! ¡Esas maldiciones que le he echado han surtido efecto!

Avanzo hasta el centro del despacho y parpadeo varias veces para adaptar la vista. Al fin distingo su figura. Está sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una estantería y la cabeza entre las rodillas. Hay una botella de alcohol en el suelo. Nada de vasos. Derek es un hombre tosco, de los que beben a morro.

—Llevaba una falda colorida y la camisa blanca de Lucy —lo corrijo, con un enorme nudo en la garganta.

Derek lo niega.

—Esa fue la tercera vez que te vi. La primera, llevabas un vestido largo de seda amarilla. —Hace una pausa y suelta una carcajada—. Y una ridícula cinta del mismo color en el pelo —gesticula, muy divertido, enseñándome con la mano el tamaño de la cinta—. Pensé: *¿quién lleva cintas amarillas en el pelo a esas edades?*

Me detengo delante de él, atónita por lo que está contándome. ¡Es cierto! Hace años tenía un vestido amarillo de seda y, siempre que lo llevaba, me ponía una cinta del mismo color en el pelo. Y sí, ¡era grande!, pero tampoco que hay mofarse tanto...

—Yo estaba en la planta baja, discutiendo con Kim, con la que estaba casado en aquel entonces. Me había pedido un castillo en Irlanda para su cumpleaños y yo solo le había regalado un colgante de diamantes —Se ríe con ganas—. Estaba furiosa.

Mis rodillas flaquean, así que me acerco y me dejo caer en el suelo, a su lado. Cojo su botella y le doy un buen trago. No me mira ni se mueve. Sigue ensimismado en su historia. Y yo no hablo. Solo quiero que, por una vez, seamos completamente sinceros el uno con él otro.

—Y entonces te vi entrar. Llevabas un manuscrito en la mano y una enorme sonrisa en los labios. Parecías feliz. Me quedé impactado, incapaz de seguir escuchando los insultos de Kim. Solo podía verte a ti. Me miraste al pasar por delante. Supongo que llamó tu atención el hecho de que mi mujer me gritara como una loca. Durante unos segundos, esos preciosos ojos azules tuyos se clavaron en los míos. Solo me llevó otro segundo descubrir que estaba perdido.

Arrugo la frente.

—Derek, esto es... Es... *increíble* lo que estás diciéndome. Yo... —Giro la cabeza hacia él y lo miro, muy confusa—. Espera. ¿Qué intentas decir? —Que estaba bajo tu embrujo. Que nada tenía sentido ya. Que no podía sacarme de la cabeza tus ojos azules mirándome... —Se encoge de hombros y tuerce la boca en un gesto de desdén—. No sé lo que intento decir. ¡Estoy borracho!, ¿no lo ves?

Se produce una larga pausa que no me atrevo a interrumpir.

—Pedí tu manuscrito en recepción —dice de pronto—, y me lo leí esa misma tarde. Me encantó. Era la clase de trabajo que yo quería para Ediciones Brooks. Divertido. Fresco. Alocado. Un cambio radical respecto a la rigurosa línea que llevaba mi padre. Algo novedoso, e ingenioso; algo en lo que tú estabas muy presente. En cada palabra te veía a ti. En cada escena te imaginaba. Era perfecto. Una obra maestra.

Por un segundo, quiero darle un bofetón. Luego, quiero darle un beso.

Estoy muy confusa. No sé lo que quiero hacer.

—¿Y por qué me enviaste esa horrible carta, entonces? —pregunto, intentando conservar la sangre fría.

Derek se abalanza sobre mí, me coge por los hombros y me sacude.

—¿Es que no lo entiendes? —me grita, de repente furioso conmigo—. Yo *nunca* te la envíe. ¡Fue Kim!

—¿Qué?

—Kim lo supo desde el principio. En cuanto me vio leer ese manuscrito.

En cuanto supo de quién era. Se dio cuenta de que estaba irremediablemente enamorado de ti. Y decidió joderme la vida, apartándome de ti. No lo supe

hasta que me lo dijiste ese día en la oficina. No supe lo que ella había hecho.

Yo le pedí que organizara una reunión contigo, que te dijera que estábamos

interesados en tu libro. Pero Kim dijo que tú te negaste. Lo tergiversó todo.

Rodeo su cabeza con los dedos y aprieto un poco más de la cuenta.

—¿Y por qué no me lo dijiste en ese momento?!

—Iba a hacerlo, ¿recuerdas? Organicé una cena. Lo que había pasado era

demasiado fuerte. No podía soltártelo así, tal cual. Quería hacer las cosas

bien contigo, Lizzy. Quería que fuera especial. En esa cena iba a confesarte

que estaba enamorado de ti y todo eso. Pero tú...

Se calla y deja caer los hombros con aire derrotado.

—Me traje a Jensen... —acabo su frase con voz desgarrada.

—Jensen —musita Derek, ausente—. Sí...

—Y te perdí.

Tengo ganas de llorar. Pero no lo hago.

Derek agarra la botella y le da un trago.

—Ya. Ahora que has vuelto, tengo que decirte una cosa.

Mis ojos, tocados de dolor, se vuelven hacia sus suyos.

—¿El qué?

—Creo que soy alcohólico. Desde que te fuiste, no dejo de empinar el codo.

Hago una mueca y le quito la botella de las manos.

—No eres alcohólico. ¡Eres gilipollas! —exclamo al ver lo poco que ha bebido.

Suelta una carcajada.

—Sí, eso también.

Mis ojos recorren todo su rostro conforme mis labios se alzan en una tenue sonrisa.

—Las cosas siempre han estado en nuestra contra, Derek. Y, sin embargo, estamos de nuevo aquí. ¿Qué emboscadas me has tendido? ¿Cómo he acabado aquí contigo?

Ríe entre dientes.

—Es sencillo. Puedes resistirte. Puedes huir. Puedes tirarte a ese novio tuyo idiota. Pero, hagas lo que hagas, tú y yo siempre vamos a acabar juntos, Lizzy. Y lamento decirte que yo no tengo nada que ver con ello. Es el destino.

Que lo diga Derek Brooks le quita toda la gracia. ¡Él solo cree en sí

mismo!

—He empezado a creer que el destino no existe —murmuro, apoyando la espalda contra la estantería.

—¿Cómo explicas entonces que dos personas de Nueva York se encuentren en una isla del Pacifico?

Mis pensamientos pierden velocidad gradualmente, hasta que se detienen.

—¿De qué estás hablando?

Derek responde después de una larga demora.

—Me había olvidado de ti, casi. Habían pasado once meses desde aquello y la imagen de tu rostro se había vuelto borrosa en mi mente. El manuscrito de tu libro estaba guardado bajo llave en un cajón que nunca usaba. Apenas me acordaba de él. Estaba curado. Pero... —Curva los labios en una sonrisa irónica—. Tuve que volver a verte. Estaba de vacaciones con Kim, y escuché una risa. Cuando miré, ahí estabas, muy morena y vestida de blanco. ¡No me lo podía creer! Hice que tropezaras con mi pie, pero me llevé un chasco porque esta vez ni siquiera me mirarse. Te disculpaste y saliste corriendo.

— *Lo que para ti solo son un par semanas, para mí pueden ser años*, me dijiste una vez. ¡Porque realmente lo eran! —Me tapo la boca con la palma, impactada por lo que me está contando—. Tú ya me conocías. Sabías cosas sobre mí.

—Unas cuantas, sí.

—Pero yo nunca te había visto antes. No me acuerdo de ti.

—Tengo uno de esos rostros comunes —se mofa, y luego esboza una sonrisilla—. Ese día, durante mis últimas vacaciones con Kim, una extraña idea se apoderó de mí. Quería que me miraras. Que me tocaras. Que supieras que existo. Volví a Nueva York dándole vueltas a esa idea, intentando descubrir cómo hacerlo. La oportunidad se presentó en pocas semanas, cuando tú subiste un currículum a la red. Estabas buscando trabajo. Y, en eso, amor mío, yo podía ayudarte. Era mi oportunidad de conocerte.

—Dios mío... —murmuro, con los rasgos de mi rostro tensos a causa del descubrimiento. ¡Él ha estado moviendo todos los hilos! ¡ *Todo* el rato! Yo he hecho lo que él quería que hiciera.

—Le pedí a Mary White que te llamara. —Se calla, desliza una mano por mi rostro y suspira—. Nunca nos enviaste una solicitud, Lizzy. Fue un montaje, porque yo necesitaba tenerte para mí, por alguna condenada razón que no soy capaz de explicarme a mí mismo.

—Porque me amas con locura —le digo con arrogancia.

Derek esboza una sonrisa traviesa.

—Sí, eso también.

Me coge por la barbilla y vuelve mi rostro hacia el suyo.

—Piensas que estoy loco, ¿a que sí? Que soy algún psicópata. O un perverso.

Decido ser sincera.

—Sin duda alguna, sí.

Se queda muy quieto, meditando.

—¿Lizzy? —suelta en un impulso.

—¿Derek?

—Espera un momento. No estaba preparado para esto.

—Te estás cargando la magia —protesto con los ojos en blanco.

—Ay, lo siento. No soy perfecto.

Sonrío, mirando cómo Derek rebusca por todos los bolsillos la caja de terciopelo. La encuentra, pero se le cae al suelo dos veces.

—La emoción —se justifica, avergonzado—. Y la bebida.

Que poco aguante tiene este hombre. ¡La botella está casi llena! Tampoco puede haber bebido tanto. *¡Niñita de papá!*

— Ahora sí estoy preparado. —Carraspea y se vuelve serio—. Elisabeth Mary O'Conner. Espera. ¿Te pusieron los nombres por las dos reinas de Inglaterra?

Entorno los ojos con exasperación.

—Al grano, Derek.

—Al grano, sí. —Coge aire y lo suelta despacio—. Joder. Qué difícil. No es como si fuera la primera vez que lo hago... Está bien —se anima al ver la mueca que le dedico—. Cásate conmigo, por favor —murmura suplicante mientras coloca (¡Al fin! ¡Aleluya!) el anillo sobre mi dedo.

No espera una respuesta. Se inclina sobre mí y me besa. Al principio, con la suavidad que requiere la situación, rozándome los labios muy despacio. Luego, con el hambre de un enamorado que no ha tenido cerca a su amada durante todo un año. Me coge el rostro entre las manos y se hunde en mi boca, ansioso, impaciente, intenso.

Muevo las manos hacia su rostro y lo detengo.

—Espera, Derek.

—¿Qué? —murmura, con ojos enardecidos y respiración irregular.

—No quiero convertirme en tu séptima esposa —musito entre jadeos—.

Me horroriza ese título.

La boca de Derek se curva en una sonrisa tierna. Mueve el brazo y me coloca un mechón.

—Ni yo quiero que te conviertas en mi séptima esposa, Lizzy. Lo que quiero es que te conviertas en la última.

¡Hostia puta! Estoy perdida.

La boca de Derek Brooks toma a la mía despacio. Cierro los ojos y me

dejo llevar, seducida por las llamas que se levantan a su paso. Ahora estoy en el infierno personal de Derek, un sitio que él ha creado solo para mí, para atraparte, para encerrarme aquí con él. *Para siempre.*

No nos engañemos, ¡el demonio es Derek!

Solo que no tiene cuernos ni cola. No es más que un humilde empresario, ligeramente trastornado, con una sola debilidad: *yo.*

¡Muahjajajajajajakakaka!



Epílogo

Viernes, 23:51

—Yo, Derek Brooks, te tomo a ti, Lizzy O' Connor...

— *Elisabeth* —puntualiza el falso cura.

Brooks entorna los ojos y se gira hacia el pequeño hombrecillo para lanzarle una de esas miradas suyas tan intimidantes.

—Padre, estamos en un casino de Las Vegas. Usted va envuelto en purpurina y lleva peluca rubia. No hay que ser tan tiquismiquis.

Ahogo una risita y lanzo una mirada a mis espaldas. Lucy, mi supuesta dama de honor, (borracha como una cuba), moquea en el hombro de un tipo vestido de Elvis.

—La emoción —se justifica, cuando le lanzo una mirada elocuente.

Su alteza se aclara la voz para llamar mi atención. Odia que la gente no le haga caso.

—Como iba diciendo antes de la interrupción del padre... —Hace un gesto de impaciencia con la mano— como se llame, te tomo a ti, Lizzy O' Conner, como mi legítima esposa, en lo bueno y en lo malo. —Entorna los ojos, cada vez más impaciente—. En la salud y en la enfermedad, bla bla bla, pasemos a la parte interesante de HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE.

Trago saliva, intimidada por ese tono suyo tan amenazador. Derek, sin esperar permiso del falso sacerdote, besa a la novia.

—Os declaro marido y mujer.

Para jodernos el momento, Lucy sopla, ruidosamente, los mocos en un pañuelo, que resulta ser la corbata del pobre Elvis.

—Lo siento. Es tan bonito —se disculpa, secándose las esquinas de los ojos—. Te compraré otra.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —susurra su alteza contra mis labios. Aún está abrazándome.

—No sé tú, pero yo voy a escribir la segunda parte del libro.

—Que el Señor nos pille confesados —refunfuña por lo bajo.

Me libero de su agarre y le doy una palmadita en el brazo.

—¡Oye!, ¡que ha sido un *bestseller*! —protesto indignada.

—Nadie consigue entender por qué —gruñe mi editor cascarrabias—.

Pero —se aparta y levanta un dedo en el aire para llamar mi atención—, ahora que eres mi mujer, *legalmente*, he decidido comprarte, como regalo de boda, claro, los derechos de la segunda parte. Te ofrezco diez mil dólares y la única, irresistible, increíble posibilidad de publicar con Ediciones Brooks.

—Quinientos mil —negocio con una sonrisa adorable.

—Quince mil —ofrece Brooks, sin dar su brazo a torcer.

—Cuatrocientos cincuenta mil.

—Veinte mil y de ahí no paso —se obstina Brooks, incapaz de dejar de sonreír.

—Trescientos mil y es mi última oferta —digo yo en tono categórico, y me cruzo de brazos.

Derek finge estudiar muy atentamente mi propuesta.

—Vale —resuelve y frunce los labios en gesto de disgusto—. Tú ganas,

cielo. Trescientos mil dólares. Menos mal que tenemos ganancias. Si no, otra vez me quedo en calzoncillos.

Me da la mano, pero yo tiro de él hacia mí y sello nuestro pacto con un ardiente beso.

—Disculpe, ¿les importaría hacer eso fuera? Tengo que organizar una boda india.

Derek y yo nos sonreímos el uno al otro y, cogidos de la mano, echamos a correr hacia la salida, como en las películas. Somos muy teatrales.

—¡Vivan los novios! —clama Lucy, melodramática, a nuestras espaldas—. No me esperéis en el hotel. Iré a comprarle una corbata a Elvis.

Ya volveré mañana. O pasado. Siempre he querido tirarme al Rey.

Pongo los ojos en blanco y Derek se ríe.

—¿Quieres que nos juguemos la fortuna de mi padre en el casino? —me propone, ya fuera.

—No. Esta noche, no. Tenemos otras cosas que hacer.

Alza las cejas con aire travieso.

—Pensaba que nunca me lo pedirías.

Me río y lo beso.

—Gracias —le digo, de pronto seria.

Baja los ojos hacia los míos y frunce el ceño.

—¿Por qué?

—Por ceder. Por no darme una boda convencional, como a las otras seis.

—Tú eres especial —murmura, y roza mis labios con un beso—. *Esto es especial.*

—Lo sé. ¡Vamos en moto!

Suelta una carcajada.

—Las limusinas están muy vistas. Además, a ti te encanta *Vacaciones en Roma*.

Sonriendo, me coge de la mano, me lleva a nuestro vehículo nupcial y me ofrece el casco.

—¿Lizzy? —dice mientras se abrocha el suyo.

—¿Derek?

Se inclina sobre mí, con una mueca maligna.

—Entre tú y yo, te habría dado los quinientos mil —me susurra al oído.

Suelto una carcajada y me abrocho el casco.

—¿Derek?

—¿Lizzy? —repone, un poco exasperado.

—Entre tú y yo, lo habría hecho gratis.

Otros libros de la autora

Esposas malas

Isabella Marín

Prólogo

En nuestro país, uno de cada dos matrimonios termina en divorcio. No es fatalismo, amargura o una mórbida fantasía. Es un hecho real. La pregunta no es por qué, sino cuándo. ¿Cuándo se acaban las perdices, si es que alguna vez existieron? ¿Cuándo se esfuma la magia? ¿Cuándo te das cuenta de que tu príncipe azul no es más que un sapo viejo y gordo?

A través de esta guía —que cualquier marido en su sano juicio desearía quemar en la hoguera—, cinco mujeres, con existencias completamente diferentes, intentarán responder, no a todas las preguntas de arriba, sino a una sola:

¿Cuándo se convierte una buena esposa en una esposa mala?

Es por ello por lo que han creado el club de las esposas malas, un santuario femenino donde ningún marido podrá entrar jamás. Si lo hiciera, oh, Dios, sería algo bíblico. Apocalíptico, incluso.

Para mantener su anonimato, nuestras valientes esposas "corrompidas" usarán nombres ficticios. Como imaginaréis, nada de apellidos. Todas son personas públicas, y de lo más influyentes, además. No queremos que las redes sociales de Nueva York se incendien a causa de todos estos chismorreos, ¿verdad? Sus historias son de tal crudo realismo que tan solo el anonimato

permitiría. Conozcámoslas. Tal vez te sientas identificada con alguna de ellas.

¿Te atreves a echar un ojo por la mirilla?

Capítulo 1

Mia es el cerebro del grupo. Licenciada en Harvard y presidenta ejecutiva de su propio negocio. Nunca en su vida se ha permitido tales lujos como dejarse llevar. *Siempre* va al mismo restaurante, *siempre* a la misma hora y *siempre* se pide el mismo plato de comida: ensalada sin aceite. El aceite ralentiza la digestión, y una digestión lenta no entraría en la jornada perfectamente planificada de Mia.

De hecho, hay quienes sospechan que Mia y su marido, Eliot, *siempre* mantienen relaciones sexuales el mismo día de la semana y *siempre* a la misma hora, ni un minuto más tarde, ni un minuto antes. Algunas del grupo nos preguntamos si tendrán una planificación en Excel, pero solo especulamos sobre este peculiar asunto cuando Mia no está delante. A decir verdad, no queremos recibir una respuesta contundente. Ya bastante traumático es saber todo lo que sabemos.

Físicamente hablando, Mia es morena, delgada, de facciones angulosas y elegantes. *Siempre* lleva el pelo recogido, y *siempre* viste elegantes conjuntos, falda lápiz y chaqueta ceñida a la cintura, *siempre* de color gris

perla. ¿Por qué el pelo recogido y por qué *siempre* viste de gris?

—Porque eso *siempre* encaja —aclara Mia con una sonrisa fría y tensa.

En la vida de Mia todo tiene que encajar. Como un enorme puzle.

Anabelle es la guapa. Dueña de una *boutique* de moda en la Quinta con 50th. Todos los otoños protagoniza la portada de su catálogo de promoción.

Ligerita de ropa, además, para desesperación de su compulsivo y controlador marido. Belle es rubia de ojos azules, voluptuosa y tiene una boca tan sensual que haría rabiar a la mismísima Dakota Johnson. Su vida parece perfecta.

No lo es.

El precio de tener el mundo a sus pies es bastante elevado para Belle.

Cuando no sale en portadas de moda, se pasa el día encerrada en su palacio de cristal. Es este caso, un moderno ático de amplios ventanales en el Midtown Manhattan. Está casada con la Bestia. Tiene gracia, son Belle y la Bestia, como los del cuento.

Su marido, Jordan, un próspero empresario de Wall Street, no soporta la idea de que Belle tenga vida propia. Constantemente necesita saber dónde está y qué es lo que está haciendo. Me extraña que aún no le haya puesto un chip como a los perros. Solo se siente tranquilo cuando ella está en casa. Por eso Belle casi siempre está en casa. Con nosotras.

Jordan no tiene ni idea de que el club de las esposas malas se reúne en su

salón, se sienta en su sofá de cinco mil pavos y bebe sus pretenciosos vinos franceses, mientras le ponen a parir. Y casi que es mejor que nunca lo sepa. A nadie le gusta que le rujan. Y, entre nosotras, Jordan ruge mucho.

Skyler es la conservadora. Cabello largo, castaño, ondulado hacia las puntas. No es guapa ni es fea, diríase que es atractiva, con su mandíbula cuadrada y sus severas facciones. No tiene el cerebro calculador de Mia ni el *sex appeal* de Belle, pero tiene agallas, cualidad gracias a la cual se ha convertido en la mejor dentro de su campo de trabajo. Sky, como consecuencia de su arraigado sentido de justicia, se dedica a la abogacía. Es socia fundadora de uno de los más importantes bufetes de Nueva York.

No deja de repetirnos que, mientras que ella no soporta la idea de ser la madre de alguien, su marido intenta fecundar sus óvulos a toda costa. Ese es un asunto que la tiene bastante estresada. Por lo que sea, el acto sexual estresa a Sky más que una complicada fusión. En una fusión sabe lo que hay que hacer y siempre lleva las riendas. En el sexo... Esa es otra historia.

—¿Por qué no le dices claramente que no quieres ser madre?

Belle deposita encima de la mesa un plato de almendras fritas, para acompañar el vino que acaba de abrir, y toma asiento en el sillón contiguo al sofá.

—Lo hacemos una vez a la semana —le explica Sky—. Si se lo dijera, lo

haríamos una vez al año. Tal vez —reflexiona, con la boca torcida en una mueca de desagrado—. Y no es por nada, ya sabéis que detesto el sexo, pero si dejamos de hacerlo, ¿de qué voy a hablar en el club? Mi trabajo os mataría de aburrimiento.

Mia frunce el ceño, meditabunda.

—¿Una vez a la semana? Estadísticamente hablando, hay pocas posibilidades de que te quedes embarazada.

Con Mia, todo es estadística.

—Pues a mí me encantaría ser la madre de alguien —comenta Belle, soñadora.

—¿Y por qué no se lo dices a Jordan? —pregunta *Miss Estadísticas*—.

Teniendo en cuenta que estáis todo el día dale que te pego, no creo que le cueste demasiado esfuerzo hacerte un bombo.

Sky abre la boca escandalizada. Mia es demasiado elegante como para emplear ese lenguaje.

—¿Desde cuándo dices palabras como *bombo*?

Mia le lanza una mirada hastiada a Sky.

—Cariño, me crié en Queens.

—Ah. Ahora se explica todo. —Sky mueve los ojos hacia Belle, que está mordisqueándose una uña con nerviosismo—. ¿Y bien? ¿Por qué no se lo

dices?

Belle entorna sus ojos azules.

—Se lo dije ayer.

Todas nos inclinamos hacia adelante. Cualquier asunto relacionado con la Bestia, es de nuestro interés. Ese hombre provoca más sofocos que la puta menopausia.

—¿¿Y??

Su hermoso rostro adquiere un aire de decepción.

—No quiere compartirme con nadie —susurra apesadumbrada—.

Además, considera que un niño nos jodería la vida sexual.

—Y te la jode, te la jode —asegura Julia—. Y, encima, están las almorranas, las estrías, la celulitis, las tetas caídas... ¿Seguro que quieres ser mamá? Piénsatelo bien, Anabelle. Se habrán acabado las portadas. Y las tallas treinta y seis —Evalúa a Belle con ojo crítico y hace una mueca—, o treinta y cuatro, lo que sea que lleves, pasarán a ser historia. ¡*Pre-historia!* Julia es la mamá del grupo. Está empeñada en recuperar el cuerpo que tenía antes de los trillizos. Pero por lo que cuenta, eso parece imposible. Por lo visto, el embarazo le ha cambiado el metabolismo. Come mucho menos que antes y engorda el doble. Incluso ha ido a un dietista. Un fraude, por supuesto.

Julia es rubia de ojos verdes y tiene uno de esos rostros tiernos y cándidos que hace que te caiga bien de inmediato. Intenta compaginar su carrera de escritora de novelas románticas con su trabajo de mamá de trillizos y sus obligaciones como la esposa de un contable. Ella se ve poco atractiva, pero para todas nosotras es un modelo de perfección. En el fondo, a todas nos gustaría ser Julia. Cuando no despotrica sobre la celulitis, las almorranas, las peleas con su suegra o las interminables noches de fútbol con los colegas de su marido, Julia es la persona que todas quisiéramos ser: alguien feliz, alguien quien tiene amor que dar y amor que recibir. Todo ese amor la llena lo bastante, y eso se le nota en el rostro. Su sonrisa es espectacular. Llenaría de luz incluso un sótano sin bombillas. Sí, ojalá tuviéramos las demás la perfecta familia de Julia.

Ojalá tuviera yo la mitad de lo que tiene Julia. Pero solo recibo migajas. Yo soy la pelirroja del grupo. Pura pasión, así me define Sky. Soy la única soltera. Me reciben solo porque somos muy buenas amigas. Y porque, detrás de sus máscaras de perfectas señoras de la alta sociedad neoyorquina, son unas morbosas. Yo mantengo una relación sexual de alta intensidad con un hombre que no está emocionalmente disponible, y mis amigas quieren conocer todos los detalles succulentos. Por supuesto, me guardo mis secretitos, como cualquiera haría.

—Tengo una aventura —suelta Mia de pronto, como si explotara por seguir guardándoselo para sí.

Si fuera físicamente posible que nuestras bocas se abrieran más, lo harían.

Pero no lo es. Nuestras barbillas casi rozan el suelo.

—¿¿¿Qué??! —creo que gritamos todas a la vez.

Mia nos lanza una mirada angustiada.

—Es terrible, lo sé. Nunca pensé que yo haría algo así. Es decir, no estaba planificado...

Vaya, la señora *Siempre* conoce la palabra nunca. ¡Menos mal! El club empezaba a parecerme aburrido.

Cojo su mano entre las mías e intento atrapar su mirada, aunque en vano.

Mia la pasea inquieta por los escandalosamente caros cuadros que adornan las paredes de Belle y Jordan.

—Oye, cielo, no pasa nada —susurro con aire indulgente—. ¿Quieres que hablemos de ello?

Alguien tendrá que darle un poco de consuelo a la pobre, ¿y quién mejor que yo, que tanto entiendo de infidelidades? Mia me mira con sus oscuros ojos brillantes de emoción, vacila durante un momento y me vuelve a mirar suplicante.

—La verdad es que necesito contárselo a alguien —conviene después de

unos instantes de duda—. Este asunto está carcomiéndome por dentro.

Las chicas y yo intercambiamos una mirada de muda comprensión.

—Deberías contárnoslo, nena —aconseja Julia—. Al fin y al cabo, para confesiones así hemos creado este club.

—Supongo... —titubea Mia.

La vida de Mia

7 a.m. de un martes

La mañana empezó como cualquier otra. Es decir, mal. Con un codazo en las costillas, para ser precisa.

—Cariño.

Gruñí algo incomprendible para los oídos humanos. Y por eso recibí otro codazo de Eliot, esta vez más fuerte.

—Mia. Despierta, cariño. Son las siete.

A las princesas Disney se les despierta con un beso. O con el desayuno en la cama. Eliot solo sabía despertarme con un codazo. Volví a gruñir. ¡Qué asco de vida!

—Mia, vas a llegar tarde —insistió Eliot—. Sabes lo mucho que detestas llegar tarde.

Si tú, gilipollas inútil, te buscaras un trabajo de los de verdad, no tendría

que estar toda la semana madrugando.

Lo admito, eso es lo que pensé. Sin embargo, no se lo dije. Yo nunca decía lo que verdaderamente pensaba. Era algo que había aprendido desde una temprana edad. Si quería encajar en el mundo, había que cerrar la boca. Medio dormida, eché los pies fuera del lecho matrimonial y me arrastré hasta el vestidor, donde empecé a sacar prenda tras prenda, mientras bostezaba como si fuera a tragarme el armario. Mis perchas siempre estaban perfectamente colocadas, por un preciso orden que seguía a rajatabla. Todos los domingos decidía lo que iba a ponerme a lo largo de la semana siguiente, de modo que aquella mañana no dediqué demasiado tiempo a localizar la falda gris, la chaqueta gris ajustada al cuerpo y la blusa blanca que me tocaba ponerme. A fin de cuentas, estaba todo colocado en la segunda percha, la percha que tenía una etiqueta en la que, con letra elegante, había escrito *martes*.

Retiré unas medias negras del cajón y unos zapatos negros de la estantería. *Siempre* llevaba medias negras y zapatos de tacón. Recapitulando mi agenda para aquel día, me vestí con gestos mucho más lentos de lo habitual. Estaba cansada. Era martes y yo necesitaba un respiro, del trabajo, de mi vida en general y supongo que también de Eliot.

Creo que, en realidad, necesitaba un respiro de nuestro matrimonio.

Ya vestida y maquillada, regresé al dormitorio para coger el móvil. Eliot estaba tumbado boca abajo en la cama y roncaba como un camionero borracho. Justo cuando entré yo, se tiró un par de flatulencias, la una detrás de la otra. Hice una mueca de asco. Dormía con la boca abierta y se le estaban cayendo las babas encima de la almohada. ¿Quién era ese ogro que se había tragado a mi marido? Avancé de puntillas hacia mi mesilla, cogí el móvil deprisa y salí pitando. Resolví no desayunar en casa. Estaba demasiado horrorizada.

Mientras conducía de camino al trabajo, sorteando con destreza el tráfico matinal, empecé a reflexionar sobre el significado del matrimonio. Yo soy una persona bastante reflexiva, con demasiadas inquietudes espirituales. Si no estoy demasiado ocupada organizando el día a día, paso mucho rato sumida en mis pensamientos. Así que esa mañana me había propuesto descubrir el momento exacto en el que se echa a perder un matrimonio.

Al principio, los hombres son atentos, seductores y dinámicos. Eso pasa antes del *sí, quiero*, por supuesto. Porque, nada más casarse, lo primero que hacen es abandonar el gimnasio. ¿Para qué molestarse si ya están casados? No hay necesidad de recorrer los bares en busca de polvos fáciles. Así que ¿por qué iban a preocuparse por su aspecto físico? Ya tiene a alguien a quien follarse en casa, y ella nunca se negará, ya que ellos poseen ese estúpido

papel en el que pone que esa mujer les pertenece.

Y puesto que ser atractivos ha dejado de preocuparlos, lo que hacen es tumbarse en el sofá, encender la tele y rugir desde ahí:

—Cariño, trae unas cervezas. ¡Y unos bocadillos de bacón y queso!

Tú, la joven recién casada y deseosa de impresionar a tu hombre, corres a satisfacer todas sus necesidades. Le ofreces un botellín de cerveza bien fresco

—que has tenido que cargar desde el supermercado, ya que la compra la haces tú, como buena mujer que eres—, y esperas sonriente a que él te dé las gracias. Tu marido, falto de elegancia, se lleva la botella a los labios —esos sensuales labios que antes de casaros recorrían partes ocultas de tu cuerpo; ahora solo recorren la superficie de ese maldito vidrio—, bebe un buen trago y te obsequia con... ¡un eructo! He llegado a la conclusión de que ese es el momento cuando verdaderamente se jode la magia. El primer eructo marca un antes y un después.

Te quedas mirándolo, lo examinas con ojo crítico, y te preguntas: ¿Qué he hecho? ¡¿QUÉ COÑO HE HECHO?! Y así, presa de la más profunda desesperación, abres una botella de vino, te sirves una copa con manos trémulas y le das un buen trago, mientras intentas no derramar ni una gota sobre la encimera de mármol blanco. Solo son las doce de la mañana de un sábado, ¿pero eso qué diablos importa? ¡Ni que fueras una alcohólica como

tu madre! Tú no bebes por beber —te consuelas a ti misma—, solo bebes para despejar tu mente . Tal vez después de ese vaso veas las cosas con otros ojos. Sí, seguro que sí.

De modo que te lo trincas rápido, giras los ojos hacia el supuesto amor de tu vida y te das cuenta de que... ¡no te gusta! Ahí está, el objeto de todos tus deseos (anteriores deseos), tumbado en el sofá, con su pijama roído de Spiderman, que encima le queda pequeño porque esas cervezas forman barriga, y como él no se mueve en todo el santo día...

Tiene que haber algo que te atraiga. Algo. ¡Lo que sea!

Tus ojos se mueven frenéticos.

¿Nada? ¡¿No hay nada?!

¡Tiene que haber algo, maldita sea! , te gritas a ti misma. ¡Sigue buscando!

Entonces, él se mueve.

Vamos, cariño, haz algo que me recuerde a por qué nos casamos; algo que me haga ver al hombre que eras hace cinco años. Dime algo, hazme un cumplido, fóllame encima del suelo, ¡lo que sea! ¡Pero, demonios, haz algo porque esto se va a la mierda!

Su mano se mueve despacio. Sus ojos siguen clavados en la caja tonta como si tú no existieras. Está mirando un documental sobre pesca, mientras

tu friegas el suelo, pones una lavadora, haces la comida, y todo esto después de una larga semana de trabajo, semana en la que él no ha movido un palo, puesto que juega a los escritores.

Su mano sigue moviéndose, y tú lo examinas con ojos cada vez más desorbitados, aguardando con el corazón frenético a que haga algo interesante, algo que te enamore de nuevo.

Y ahí va él y se saca un moco.

—¡Cariño, tráeme una servilleta! —grita desde el sofá.

Tú, desencantada, te tomas la segunda copa de vino y piensas en añadir unos psicofármacos a la lista de la compra.

Así empieza el matrimonio, con él sacándose los mocos y eructando feliz, y tú cogiéndote una buena cogorza. Después de esa resaca, decides hacer algo con tu vida, puesto que el matrimonio ya no te satisface. Y así nace tu empresa online, que en dos años te hará inmensamente rica. Tan rica que vas a salir en un reportaje de *Forbes*. Algo bueno tenía que salir de toda esa mierda llamada matrimonio...

En eso estaba yo pensando, cuando un repentino estruendo me hizo regresar a mi presente, ese en el que yo tenía treinta años, era una triunfadora en el mundo empresarial y seguía casada con un sapo —por razones que ni me acordaba.

Miré en derredor mío para ver qué había sucedido. Estaba parada delante de un semáforo y no veía nada raro. ¿Qué diablos había sido ese ruido?

—¿Está chiflada? —ladró un hombre.

Sobresaltada, giré la mirada hacia la ventanilla a medio bajar. A mi izquierda había un motorista en el suelo. ¡Ay, madre! He debido de golpearle con el espejo mientras rememoraba la escena del moco.

Aparté de inmediato el Mercedes de la carretera, me bajé y corrí para auxiliarle. Me veía ridícula, corriendo con tacones y esa maldita falda tan ajustada. Cuando llegué a su lado, él ya estaba en pie, sacudiéndose el barro de la ropa. Eso ni Ariel se lo iba a quitar, y os lo digo yo, que soy ama de casa con experiencia.

—Las mujeres como usted no deberían andar sueltas —gruñó enfurecido.

Me quité las gafas negras solo para lanzarle una mirada aterradora.

—¡No sea misógino! Podía haberle pasado a cualquiera.

—A mí, no.

—Será usted perfecto —comenté con un retintín irónico.

Se quedó mirándome. No le veía muy bien el rostro, ya que llevaba casco, pero sus ojos eran preciosos. Muy sexys. Azules, de una intensidad que dejaba sin aliento.

—Pues ahora que lo menciona, sí, lo soy.

Chasqué la lengua.

—Ya. Me congratula saberlo. Ahora, si es usted tan amable de darme sus datos para que mi abogado se ponga en contacto con usted y solucione este...

—Le daré mis datos —me interrumpió, impaciente—. Pero de ningún modo hablaré con su abogado. Hablaré con usted. Y váyase preparando porque deberá compensarme muy generosamente por haberme manchado un traje de *Kiton*.

Lo miré con mala cara.

—Si lleva usted trajes de miles de dólares, ¿por qué va en moto? ¿No ve que está lloviendo?

—Porque cuando salí de casa esta mañana, no tomé en cuenta la posibilidad de que una chiflada con un Mercedes pijo fuera a lanzarme a un charco de barro.

No me sentí para nada ofendida. Es más, tuve que apretar los labios para ahogar una sonrisa. Hay que admitir que al hombre se le daban bien las descripciones. Yo era una chiflada, y, en efecto, conducía un Mercedes pijo.

—Ah, que encima le resulta divertido su intento de asesinato —refunfuñó.

Me reí, no pude evitarlo. Sus ojos tenían tal expresión de cabreo que solté un par de carcajadas.

—Lo siento, señor...

Me taladró con la mirada. Parecía un niño malhumorado.

—Alexander C... —contestó finalmente.

Me acerqué para ofrecerle mi mano. Sus ojos bajaron hacia ella y la miraron con desconfianza, como si no supiera si reaccionar o no. Sus dedos rozaron a los míos después de unos segundos, pero nuestro apretón de manos fue muy breve. Yo me retiré de inmediato en cuanto noté unos calambres recorriéndome la piel.

Nos quedamos mirándonos extrañados, no sé si por la brusquedad con la que yo había retirado la mano, o más bien por la intensidad de lo que sentimos al tocarnos. La curiosidad con la que me examinó indicaba que él también había sentido esa electricidad flotando entre nosotros dos.

—¿Y usted es?

Su tono de voz había cambiado. Ahora era tan suave como una caricia. Sin darme cuenta de ello, busqué su boca con la mirada. Era sensual. Muy sensual. Me hubiese gustado sentirla sobre mi cuerpo.

¡Mierda, no puedo pensar lo que estoy pensando! ¡Estoy casada!

—Soy Mia B...

Alexander se pasó la lengua por el labio inferior.

—De modo que Mia —sonrió lentamente—. ¡Qué encanto!

Había cierta ironía en su voz al hablar. Ojalá hubiese podido verle bien el

rostro. Estaba convencida de que debía de ser muy guapo. Su cuerpo era fuerte, de constitución alta, hombros anchos y cintura delgada. Era muy masculino, todo él. Esperé sinceramente que no tuviera la nariz torcida. Eso habría estropeado el conjunto.

—Hagamos una cosa, Mia. Te dejaré mi tarjeta y mañana a primera hora, procurando no atropellar a otro pobre infeliz, vendrás a mi despacho y hablaremos. ¿Te parece? ¿Mia? —insistió al ver que yo no daba señales de que hubiera vida inteligente dentro de mi cuerpo.

Sacada de mi ensueño, agité la cabeza.

—¿Eh? Claro —intenté sonreír brevemente—. ¿Por qué no?

Se sacó la cartera del bolsillo y, con sus dedos largos —que yo ya me imaginaba recorriendo mis curvas—, extrajo una tarjeta y me la alargó.

—A las nueve en punto. No llegues tarde. Odio cuando la gente no es puntual.

—No he llegado tarde en toda mi vida —alardeé, tan orgullosa de mi legendaria puntualidad.

¡Pues al día siguiente llegué tarde por primera vez en treinta años!

Eliot se había pasado con la cerveza la noche anterior, así que no me había despertado con sus *cariñosos* codazos.

Cuando llegue a la oficina del señor C..., eran las diez treinta. Jamás, en

toda mi vida, había llegado tarde. Yo *siempre* llegaba a tiempo. Salvo esa vez, que llevaba hora y media de retraso, los pelos sueltos y peinados a la ligera y un traje negro. Acababa de conocerle, y mi perfecta planificación ya empezaba a dar señales de tambaleo.

El edificio donde trabajaba el señor Alexander C... —en su tarjeta ponía presidente— era una torre de cristal de veinte plantas, con dos porteros y tres recepcionistas, que recibían a los visitantes en un impresionante *hall* de color beige, tan amplio que me hizo pensar en el interior de un hotel de lujo.

Intentando parecer profesional, me acerqué a uno de los mostradores de granito marrón chocolate y pregunté por él. Una mujer rubia e inexpresiva me dijo que el señor C... ya llevaba un tiempo esperándome —como si yo no supiese ya que llegaba *muy* tarde.

Después de echarme la bronca disimuladamente, la recepcionista me indicó la última planta del edificio.

—¡Detenga el ascensor! —grité enloquecida mientras corría hacia las puertas, que estaban a punto de cerrarse. Mis tacones repiqueteaban encima de las baldosas de tal modo que sonaba como si estuviera acercándose una horda de caballos asustados, no una muchacha fina y delicada como yo.

Por suerte para mí, una mano masculina salió del ascensor y detuvo las puertas justo a tiempo. Entré, jadeando como un podenco muerto de sed, le di

gracias por encima del hombro e intenté calmar los latidos de mi corazón.

—De nada —contestó él con voz culta—. ¿A qué planta va?

Hice un esfuerzo por dejar de jadear.

—La última.

En silencio, el hombre apretó botón. Me saqué un pequeño espejo del bolso y casi grité a causa del espanto que me produjo ver mi propia imagen.

—Pensaré que soy una demente —mascullé por lo bajo.

—Lo pienso desde ayer. El hecho de que esté hablando consigo misma tan solo confirma algo que ya sabía.

De todas las cosas malas que me podían haber pasado aquella mañana, esa encabezaba la lista. Lentamente, me volví sobre los tacones con una expresión de *no-me-toques-las-narices*; expresión que en unos segundos se convirtió en ¡*Dios-mío-qué-bueno-está!* Ni siquiera me acordé de lo que pretendía decirle, tan solo pude mirar ese rostro anguloso y delgado, cuya soberbia belleza me dejó sin aire en los pulmones. Sus pómulos eran un escándalo.

—Así que nunca llega usted tarde, ¿eh?

Esforzándome por dejar de mirar sus sensuales labios, tragué saliva.

—Me quedé dormida. Nunca me había pasado antes —expliqué con nerviosismo.

Me dedicó una sonrisa condescendiente.

—Claro. Igual que *nunca* atropelló usted a un pobre hombre que solo pretendía llegar a su trabajo con el traje intacto —se mofó.

Puse los ojos en blanco. No estaba para sermones.

—Escuche, señor, ya sé que se ha formado una mala impresión sobre mí, pero...

—Ni se imagina lo que pienso sobre usted —repuso con aplomo.

Solté una risa nerviosa.

—Oh, yo creo que sí. Piensa que estoy loca de atar, informal y un auténtico peligro para los moteros de Nueva York.

Con los ojos fijos en los míos, dio un paso hacia mí, lo cual me hizo retroceder. De repente, el ascensor me pareció demasiado pequeño para los dos. Su cuerpo estaba muy cerca, demasiado cerca. Notaba el calor que emanaba. Tenía el rostro inclinado sobre el mío, solo nos separaban un par de centímetros de aire. Miré sus labios mientras nuestras respiraciones, algo alteradas, se cruzaban. Si tenía buen oído, entonces seguro que podía escuchar los latidos de mi corazón.

A medida que pasaban los segundos y seguíamos sin movernos, un aire lujurioso descendió sobre nosotros. No sé a qué se debía, tal vez al modo que teníamos de mirarnos. Nos estábamos devorando con los ojos, como si no

existiera nada aparte de nosotros dos.

—Sí, pienso que es usted un peligro como conductora —susurró, con los labios tan cerca de los míos que pensé que iba a robarme un beso—. Y, sí, pienso que es una informal, ya que nadie, *nunca*, me ha hecho esperar durante hora y media. En cuanto a lo de atar... —se detuvo y sonrió deleitado, con sus azules ojos brillando peligrosamente bajo la mata de pelo oscuro—, tal vez tenga alguna idea, pero es posible que las personas rígidas como usted se santigüen si se lo cuento.

Sus ojos enfocaron mis labios. Su mirada era intensa, ardiente y muy insinuante.

Dios mío, quiere follarme, ¡y yo quiero que me folle! ¡Aquí mismo!

¡Ahora!

Ese es el verdadero momento cuando una esposa buena se corrompe, cuando se admite a sí misma que quiere mantener relaciones sexuales con alguien quien no es su marido.

—Señor C... —balbuceé con voz débil.

Me callé porque no sabía qué decirle .

¿Áteme, señor C..., y hágame el amor encima de su mesa?, me propuso mi calenturienta mente.

Sacudí la cabeza para ahuyentar esos pensamientos. Realmente no podía

pensar lo que estaba pensando.

—Lámame Alex —susurró, sin apartar la mirada de mis labios—. Yo te llamaré Mia.

Mientras nos estábamos devorando con la mirada, el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas. Gracias a Dios, porque creo que él iba a besarme y creo que yo iba a corresponder a ese beso. Había gente esperando, de modo que nos apresuramos a recuperar la compostura, y salimos en silencio.

Una vez fuera, me invadió el nerviosismo. Mi parte conservadora quería salir corriendo, regresar al despacho, trabajar como una esclava en lo que quedaba de día y luego ir a hacer la compra, para poder prepararle la cena al inútil de mi marido. Yo era Mia, la que no hacía esta clase de cosas como sentir un deseo sexual tan intenso por alguien a quien ni siquiera conocía. Yo lo tenía todo planificado, y eso, desde luego, no figuraba entre mis planes. ¡No, joder! Según la planificación que había hecho en Excel, ese día tenía que hacer la compra semanal. Ese día no podía follar, puesto que solo follaba los jueves. Y siempre con Eliot. ¡Y ese día era miércoles, maldita sea! Por no añadir que ese hombre tan guapo y tan seguro de sí mismo, NO ERA MI JODIDO MARIDO.

—Escuche, ¿por qué no me dice qué es lo que quiere? Ya le he hecho perder bastante tiempo.

Su rostro inflexible se giró hacia mí.

—Cierto. Te mereces un castigo, Mia. Entremos a mi despacho. Está al final de este pasillo.

Tragué en seco. Si entraba a su despacho, algo malo iba a pasar. Lo presentía. Los dos estábamos excitados. El aire del ascensor se había vuelto demasiado cargado. Además, sus ojos estaban clavados en mí como los de un depredador. No debía entrar en su despacho, a no ser que quisiera convertirme en una presa.

—Realmente tengo prisa. Mi marido quiere que le recoja una chaqueta de la lavandería antes de ir a trabajar.

Su rostro no se alteró en absoluto. Una parte de mí se entristeció. No sé qué es lo que esperaba, pero, desde luego, indiferencia, no.

—Así que tienes un marido.

—Sí.

Sonrió, mostrando unos dientes blancos, muy bonitos. No sé por qué sonrió, pero lo hizo.

—¿Hace mucho que estás con él?

—Seis años, de los cuales cinco casados.

Frunció los labios, meditabundo, y asintió con la cabeza.

—Debes de amarle, entonces.

¡Ojalá me acordara de lo que es el amor!, pensé mientras caminaba a su derecha. En algún momento, no sé cuándo, había empezado a andar. Y no precisamente hacia la salida.

—Claro que le amo —mentí—. Es mi marido.

Me lanzó una mirada escrutadora.

—Que sea tu marido no supone que estés enamorada de él.

Cuando me quise dar cuenta, él abrió la puerta de su despacho, me arrastró dentro y la volvió a cerrar. Violentamente, aplastó mi espalda contra la pared y se pegó a mí.

—Te diré qué es lo que quiero de ti, Mia —susurraron sus labios, encima de los míos—. Quiero follarte. Duro.

Abrí los ojos como platos soperos.

—Que usted... quiero decir, tú... quieres...

Entornó los ojos, irritado por mi tartamudeo.

—¡Oh, cállate, Mia! Tú también lo deseas. Hagamos las cosas fáciles.

Fue agresivo y muy excitante el modo en el que sus manos agarraron mi nuca y acercaron mi boca a la suya. Sus labios fueron firmes cuando los rocé.

Ni siquiera se me ocurrió resistirme. Él me metió la lengua dentro y yo hice otro tanto, mientras una mano suya se colocaba encima de mi pecho y empezaba a masajearlo. Entonces me di cuenta de que, con las prisas, se me

había olvidado ponerme el sujetador. Y de que mis pezones estaban tan duros que solo la humedad de su boca habría podido calmarlos. Me imaginé como sería que él pasara, lentamente, la punta de la lengua por esas prominencias, y gemí en su boca.

Alexander apoyó su erección contra mí y siguió besándome de ese modo tan feroz. Agarró mi mano, la introdujo entre nuestros cuerpos y la colocó encima de su miembro. Yo no estaba acostumbrada a esa pasión, y me sentí mareada. Con Eliot, era todo planificado y de lo más frío. Él nunca me cogía con violencia para pegarme contra una pared, ni me besaba de ese modo. De hecho, creo que ni siquiera me besaba. Con Eliot era todo:

—¿Tienes el lubricante?

—Sí...

—Pues abre las piernas. ¿A qué coño estás esperando? Tenemos quince minutos antes de que empiece el partido.

Pero eso era con Eliot. Con Alexander era... explosivo.

Su boca bajó por mi mandíbula, lamiendo y mordisqueando mi piel. Seguí acariciándole la polla, y sus manos siguieron encima de mis pechos, estrujándolos. Si no íbamos a parar en ese instante, acabaríamos follando encima de su escritorio. Y, Dios, no había nada que yo quisiera más que a este hombre entre mis piernas, penetrándome con furia.

Estamos todas con las bocas abiertas. A Julia se le cae la almendra al suelo.

Sky se ha ruborizado violentamente. Incluso Belle, cuya vida sexual es... complicada, se ha quedado con la mandíbula descolocada.

—¿Y qué pasó? —insiste Belle impaciente—. No puedes pararte ahora.

—¡Nena, dime que te lo follaste! —suplica Julia—. Quiero saber que al menos alguien de por aquí tuvo sexo del bueno.

Belle y yo la miramos escandalizadas.

—¡Oye! ¡Nosotras sí tenemos sexo del bueno! —me defiende en tono de reproche—. ¡Constantemente!

Julia hace una mueca.

—Tú tienes sexo con el hombre de otra y esta tiene sexo pervertido. ¡Eso no es sexo del bueno! Sexo del bueno es lo que Mia nos estaba contando.

—Además, estamos hablando de la calculadora Mia —alega Sky.

—Eso. ¡Estamos hablando de la calculadora Mia! Ella nunca pierde el control.

Mia toma un sorbito de vino. Tiene el rostro ruborizado, lo cual la hace parecer más guapa que nunca.

—Pues ese día lo perdí.

—O sea, que te lo follaste nada más conocerlo —conjetura Belle.

—¡No! Ese día solté su polla, aparte mis tetas de sus manos y salí despavorida.

Suelto una carcajada. Eso sí me suena más al comportamiento de Mia, la que todas conocemos.

—¿Entonces cuándo demonios te lo follaste? —se impacienta Julia.

Mia le dedica una sonrisilla enigmática.

—Otro día os lo cuento. En quince minutos he de estar en casa. Ya sabéis que siempre llego a tiempo.

Belle desvía los ojos hacia el enorme reloj metálico que destaca en una de las paredes de su aséptico ático.

—¡Mierda! Jordan está por llegar. Marcharos antes de que nos pille cuchicheando.

—Por Dios, Belle —protesta Sky—, ¿es que no quiere ni que tengas amigas?

—¡No seas ridícula! Claro que quiere que tenga amigas. Pero no que pase con ellas todo el rato.

—¿Entonces qué es lo que quiere que hagas en todo el santo día, Belle? —pregunto, mirando lo hermosa y delicada que luce con su vestido blanco de tirantes y sus rubios cabellos recogidos en un moño alto que le aporta cierto aire virginal.

—Quiere que, al llegar a casa después de una larga y estresante jornada en la oficina, yo esté completamente desnuda encima de la mesa del salón. ¡De patas abiertas!

Julia se ríe.

—Pues más o menos lo que quiere mi Tommy. Con una única diferencia. En lugar de a su mujer en pelotas, Tommy prefiere a un enorme y sabroso... ¡pavo asado! También de patas abiertas.

Alguien sofoca una carcajada. Dos segundos después, las cinco estallamos en risas.

Julia se enjuaga las lágrimas y suspira.

—El club no se reunirá la semana que viene —avisa Mia, ya con las llaves de su coche en la mano.

Intercambiamos miradas desconcertadas.

—¿Por qué? —exige saber Skyler.

—Tengo cosas que hacer.

—Cosas como... ¿follar? —le propongo con una ceja enarcada.

Mia suelta una risita de colegiala. Algo nos está ocultando.

—Os lo contaré la próxima vez que nos veamos.

En otro momento, habría insistido a que nos lo contara *ipso facto*, puesto que me pierde la curiosidad, pero esta noche no puedo perder más tiempo.

—De acuerdo —cedo—. De todos modos, tengo que salir corriendo. He quedado con mi padre. Ya os lo contaré. —Echo a andar hacia el ascensor, aunque nadie me sigue, ya que están todas admirando la nueva escultura que Jordan le regaló a Belle para su cumpleaños—. Adiós, chicas.

—Adiós, Chloé —escucho antes de que se cierren las puertas del ascensor.

Mis nervios están un poco tensos por la inminente cena con mi padre.

Nunca quedo con él, no tenemos mucho que contarnos. La última vez que lo vi fue en el funeral de mamá. Han pasado cinco años desde entonces. Ayer cuando me llamó, parecía impaciente por verme. Nuestra conversación no debió de durar más de un minuto; aun así, noté un tono urgente en su voz. Me pregunto qué querrá de mí. No creo que me haya invitado a cenar para saber qué tal me va la vida. Para esa clase de informaciones, solo tiene que leer el *Post*.

Arrebujada en una gabardina azul marino, taconeo bajo la lluvia, con la historia de Mia dando vueltas dentro de mi cabeza. Lo cierto es que nunca la había visto tan feliz como hoy, cuando hablaba sobre Alexander. Ese brillo de emoción en sus ojos nunca había estado ahí. Sé que Mia y Eliot perdieron la magia hace mucho tiempo, si es que alguna vez hubo magia entre ellos dos, cosa que dudo. Quizá Mia pensara que resultaba *estadísticamente* provechoso casarse con él y la magia no tuvo nada que ver con eso.

Mientras intento parar un taxi, llego a la conclusión de que Mia debería divorciarse. A veces la gente se empeña en seguir en matrimonios que ya no les satisfacen. Inevitablemente, pienso en *él*. En mi señor X. No uso nunca su nombre real, ni siquiera dentro de mi mente. Él es el hombre perfecto, con una sola excepción: está muy, muy, muy casado. ¡Casadísimo!

Y, aunque él diga lo contrario, yo sé que nunca dejará a su mujer. Siempre seré la otra, la zorra, la que destruye matrimonios felices. Esa es mi cruz, y si he de llevarla, pues la llevaré. Nadie sabe en realidad lo difícil que resulta ser la otra. Todos empatizan con la mujer engañada y nadie se da cuenta de que la otra también sufre. Porque cuando él se va, ella se queda sola en una casa vacía. Sola y rodeada de recuerdos, de huellas, de su olor. Durante la noche, en la más profunda oscuridad, ella coge la almohada encima de la cual hicieron el amor antes de que él se fuera, y la estrecha entre sus brazos solo porque aún conserva su olor.

Porque ella, la otra, la zorra o como queráis llamarla, le ama, a diferencia de su mujer.

Con esos pensamientos agobiándome la mente, regreso a la soledad de mi piso. A Julia la esperan sus tres hijitos y su marido. A Mia, Eliot. A Sky, su marido Blake. Belle, desnuda encima de la mesa del salón, espera a la bestia de Jordan. A mí no me espera nadie, salvo la oscuridad que se refugia no

solamente en mi casa, sino también en mi interior, ahí donde nadie puede verla.

Día tras día, me coloco la máscara de una sonrisa. Y, día tras día, la gente me mira y ve en mí a una mujer pasional, fogosa, que vive la vida como a ellos les gustaría vivirla si tuvieran agallas. Sin tabúes, sin responsabilidades, sin límites. No ven a la mujer que soy en realidad. Solo ven la amplia sonrisa de una actriz de Broadway. Desconocen lo bien que interpretamos nuestros papeles las actrices. No saben que en cuanto nuestro público deja de aplaudirnos, nos refugiamos en la soledad de nuestros camerinos y lloramos porque, fuera del escenario, no tenemos nada que nos hagan sonreír.

No, nadie sospecha eso. Así que, día tras día, mis amigas se van a la cama con sus preocupaciones cotidianas atormentándoles sus cerebros de perfectas amas de casa, y se duermen sin tener ni idea de que su amiga Chloé está sentada en el frío suelo de su dormitorio, envuelta por la más densa oscuridad. No son capaces de ver las lágrimas que se escurren sobre la almohada que ella estrecha entre sus brazos.

Y es mejor que no lo sepan. Lo cierto es que nadie, ni siquiera tus cuatro mejores amigas, quieren verte llorar. Quieren ver que te has colocado tu sonrisa de siempre y finges estar bien, porque, como diría el bueno de Freddy, *el espectáculo debe continuar*.

Document Outline

- [¡Te odio, Derek Brooks!](#)
- [Índice](#)
- [Capítulo 1: El reloj siempre es puntual. Lizzy O'Conner... no lo es.](#)
- [Capítulo 2: A Lizzy le encantan las habichuelas mágicas](#)
- [Capítulo 3: ¡El jefe de Lizzy debe morir!](#)
- [Capítulo 4: El Diablo es simpático](#)
- [Capítulo 5: Fue homicidio. O asesinato...](#)
- [Capítulo 6: El conde Derekula](#)
- [Capítulo 7: No quiero quererte](#)
- [Capítulo 8: Tic, tac, tic, tac](#)
- [Capítulo 9: Una escritora en apuros](#)
- [Capítulo 10: Las escritoras visten de Gucci](#)
- [Capítulo 11: Cuando Derek conoció a Jensen](#)
- [Capítulo 12: La dama de corazones. Rotos.](#)
- [Capítulo 13: Aumenta el calor...](#)
- [Capítulo 14: La chica que soñaba con una motosierra y la cabeza de su jefe encima de una bandeja de plata](#)
- [Capítulo 15: El amo absoluto](#)
- [Capítulo 16: Pactando con el Diablo](#)
- [Capítulo 17: Cena para los chacales](#)
- [Capítulo 18: El camino hacia el Infierno](#)
- [Capítulo 19: El Diablo y yo](#)
- [Capítulo 20: Solos en la oscuridad](#)
- [Capítulo 21: El día en el que el mundo de Lizzy se detuvo](#)
- [Capítulo 22: El lado oscuro de Lizzy O'Conner](#)
- [Capítulo 23: El principio del fin](#)
- [Capítulo 24: La fabulosa vida de Lizzy](#)
- [Capítulo 25: ¿Vibradores o baberos? ¿ESA es la cuestión?](#)
- [Capítulo 26: Sexy and I know it](#)
- [Capítulo 27: La Declaración de Rebeldía de Lizzy](#)
- [Capítulo 28: El invierno de mi vida](#)
- [Capítulo 29: Más oscuridad aún](#)
- [Capítulo 30: Los aterradores padres de ella](#)

- [Capítulo 31: Caída libre](#)
- [Noviembre](#)
- [Diciembre](#)
- [Enero](#)
- [Febrero](#)
- [Capítulo 32: Nuevos horizontes](#)
- [Capítulo 33: El capítulo en el que mi jefe me mató a mí](#)
- [Epílogo](#)
- [Otros libros de la autora](#)
- [Esposas malas](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo 1](#)